ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

— LA NUEVA PROFECÍA —

LUZ ESTELAR

salamandra

El cuarto episodio de la segunda serie protagonizada los Gatos Guerreros, titulada “La nueva profecía” narra la llegada del Clan de la Sombra, del Clan del Rio, del Clan del Viento y del Clan del Trueno a las orillas de un lago, en un tranquilo paraje boscoso, donde pueden establecer los límites de sus territorios e instalar sus campamentos, lejos de peligrosas carreteras. La trama se centra en el proceso que siguen los diversos clanes para asentarse en un lugar conveniente, sin despertar recelos en los otros.



Erin Hunter

Luz estelar

Los gatos guerreros: La nueva profecía - 4

ePub r1.0

libra 14.07.16

Título original: *Starlight (Warriors: The New Prophecy # 4)*
Erin Hunter, 2006
Traducción: Begoña Hernández Sala
Ilustraciones: Hanna Hörl

Editor digital: libra
ePub base r1.2

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

• **Líder**

– ESTRELLA DE FUEGO: hermoso gato rojizo.

• **Lugarteniente**

– LÁTIGO GRIS: gato de pelo largo y gris.

• **Curandera**

– CARBONILLA: gata gris oscuro.

– Aprendiza: HOJARASCA

• **Guerreros (*gatos y gatas sin crías*)**

– MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

– Aprendiza: ZANCÓN

– MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

– Aprendiz: ESQUIROLINA

– TORMENTA DE ARENA: gata color melado claro.

– NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo.

– FRONDE DORADO: atigrado marrón dorado.

– Aprendiza: ZARPA CANDEAL

– ESPINARDO: atigrado marrón dorado.

– CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

– ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos color ámbar.

– CENIZO: gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

– ORVALLO: gato gris oscuro de ojos azules.

– HOLLÍN: gato gris de ojos ámbar.

– ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

• **Aprendices (*de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros*)**

– ESQUIROLINA: gata de color rojizo oscuro de ojos color ámbar.

– HOJARASCA: atigrada marrón claro de zarpas blancas y ojos ámbar.

– ZANCÓN: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

– ZARPA CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

• **Reinas (*gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas*)**

– FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

• **Veteranos (*antiguos guerreros y reinas, ya retirados*)**

– FLOR DORADA: gata de pelaje rojizo claro.

– RABO LARGO: gato atigrado, de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas

de vista.



CLAN DE LA SOMBRA

• **Líder**

– ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

• **Lugarteniente**

– BERMEJA: gata de color rojizo oscuro.

• **Curandero**

– CIRRO: atigrado muy pequeño.

• **Guerreros**

– ROBLEDO: pequeño gato marrón.

– CEDRO: gato gris oscuro.

– SERBAL: gata rojiza.

– Aprendiz: GARRUNDO

– TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.

• **Reina**

– AMAPOLA: gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

• **Veteranos**

– NARIZ INQUIETA: pequeño gato blanco y gris; el antiguo curandero del clan.

– GUIJARRO: gato gris muy flaco.



CLAN DEL VIENTO

• **Líder**

– ESTRELLA ALTA: gato blanco y negro de cola muy larga.

• **Lugarteniente**

– ENLODADO: gato marrón oscuro con manchas.

• **Curandero**

– CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

• **Guerreros**

– OREJA PARTIDA: macho atigrado.

– Aprendiz: ZARPA DE CÁRABO

– MANTO TRENZADO: gato atigrado gris oscuro.

– Aprendiz: ZARPA DE TURÓN

– BIGOTES: atigrado marrón.

– CORVINO PLUMOSO: gato gris oscuro, casi negro, de ojos azules.

– PERLADA: gata gris.

• **Reinas**

– COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

• **Veteranos**

– FLOR MATINAL: reina color carey.

– TORRENTE: gato marrón claro.



CLAN DEL RÍO

• **Líder**

– ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• **Lugarteniente**

– VAHARINA: gata gris oscuro de ojos azules.

• **Curandera**

– ALA DE MARIPOSA: preciosa gata atigrada dorada.

• **Guerreros**

– PRIETO: macho negro grisáceo.

– Aprendiz: MUSGAÑINO

– PASO POTENTE: corpulento gato atigrado.

– Aprendiz: PIZARRINO

– ALCOTÁN: gato marrón oscuro de anchos omóplatos.

– GOLONDRINA: gata atigrada marrón oscuro de ojos verdes.

- **Reinas**

– MUSGOSA: gata parda.

– FLOR ALBINA: gata gris muy claro.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

– HUMAZO: musculoso gato blanco y gris que vive en un granero cerca de las

caballerizas.

– DALIA: gata de pelo largo color tostado que vive con Humazo.

– PELUSA: pequeña gata gris y blanca que vive con Humazo y Dalia.


Casa de los Dos Patas
Zona de ocio de los Dos Patas
Casa de los Dos Patas abandonada
Laguna Lunar
Viejo Sendero Atronador
Camino de los Dos Patas
Camino de los Dos Patas
Medio puente
Campamento del Clan del Trueno
Campamento del Clan de la Sombra
Roble centenario
Medio puente
Pequeño Sendero Atronador
Zona de ocio de los Dos Patas
Lago
Medio puente
Campamento del Clan del Viento
Medio puente roto
Isla
Arroyo
Granja y viviendas de los Dos Patas
Campamento del Clan del Río
Cercado de los caballos
Sendero Atronador
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar


Casa de los obreros (abandonada)
Camping Hareview
Carretera de la cantera (abandonada)
Laguna Crystal
Villa Sanctuary
Cantera
Bosque de Hare
Bosque de Sadler
Colinas de Hare
Carretera de Littlepine
Centro de vela de Littlepine
Lago Sanctuary
Isla de Littlepine
Río Alba
Caballerizas de Hare
Arboleda Knight
Carretera de Hare
Carretera de Whitchurch
Árboles de hoja caduca
Pinar
Ciénaga
Lago
Senderos
NORTE



Prólogo

La luz de la luna bañaba la colina y formaba sombras negras alrededor de un tupido muro de espinos. Los arbustos rodeaban una hondonada de paredes rocosas, que descendían abruptamente hasta una poza con la forma exacta de una luna llena. En mitad de la escarpada ladera, un pequeño manantial borboteaba entre dos piedras cubiertas

de musgo, centelleando como el fulgor de las estrellas a medida que caía a la laguna de más abajo.

Hubo un susurro entre las ramas, que se separaron cuando unos gatos aparecieron en lo alto de la hondonada y comenzaron a descender hasta la orilla del agua. Sus pelajes brillaban bajo una suave y pálida luz, y sus pasos dejaban una estela reluciente sobre el musgo.

La primera en llegar a la laguna fue una gata parda. Miró a su alrededor con ojos resplandecientes.

—Sí —ronroneó—. Éste es el lugar.

—Tienes razón, Jaspeada. Cuando escogimos a los cuatro gatos que guiarían a los clanes lejos del bosque,

los elegimos bien —respondió una guerrera de color gris azulado, acercándose por el otro extremo de la hondonada. Saltó desde una roca prominente y miró a la gata parda por encima del agua iluminada por la luna —. Pero los clanes todavía tienen una dura tarea por delante.

Jaspeada coincidió con ella inclinando la cabeza.

—Sí, Estrella Azul. Su valor y su fe serán puestos a prueba hasta límites insospechados. Pero ya han conseguido llegar hasta aquí… No se darán por vencidos.

Se les unieron más guerreros estelares, que se apiñaron alrededor del

agua hasta que la laguna quedó rodeada por sus lustrosos pelajes.

—Nuestro viaje también ha sido difícil —maulló uno.

—Hemos sufrido la pena de tener que abandonar las sendas que habíamos transitado durante mucho tiempo… —añadió otro.

—Ahora debemos aprender a movernos en nuevos cielos. —La voz de Jaspeada no había perdido ni un ápice de su seguridad. Se sentó en una roca, cerca del arroyuelo, y enroscó la cola alrededor de las patas—. Tendremos que guiar a nuestros clanes hasta este nuevo punto de reunión, desde el que podremos hablar con los líderes y los

curanderos. Sólo entonces éste será de verdad un hogar para los cinco clanes.

Se oyó un murmullo de aprobación, y un brillo de esperanza centelleó en los ojos de los gatos congregados.

—Podrán pescar en el lago —maulló uno.

—Y hay presas corriendo por las colinas y también cerca de la orilla —intervino otro—. Los clanes encontrarán comida, incluso durante la estación sin hojas.

La guerrera de color gris azulado seguía preocupada.

—En la vida hay más cosas aparte de la carne fresca —apuntó.

Un gato marrón rojizo se abrió paso

hasta la primera fila.

—No estamos hablando de cachorros —declaró con impaciencia—. Saben cómo eludir a los Dos Patas y a sus perros. Y también a los zorros y los tejones.

—Pero no todas las dificultades proceden de los Dos Patas —repuso Estrella Azul, mirando ceñuda al gato—. Ni de los zorros y los tejones, Corazón de Roble. Lo sabes tan bien como yo. Los problemas empiezan en los clanes, por su propia naturaleza.

Los guerreros se miraron inquietos, pero Corazón de Roble bajó la cabeza.

—Por supuesto. Y siempre será así. Eso forma parte de lo que significa ser

guerrero.

—Problemas del interior más peligro conllevan —dijo una nueva voz, profunda y grave.

Estrella Azul se volvió con rapidez, erizando el pelo del lomo, y se quedó mirando a la recién llegada, que se hallaba en lo alto de la hondonada. Era demasiado grande y corpulenta para ser una gata. Parecía como si la oscuridad hubiera cobrado vida y atravesado el círculo de arbustos de espino; los gatos sólo podían distinguir unas extremidades robustas y musculosas y el brillo de unos pequeños ojos.

Al cabo de unos segundos, Estrella Azul se relajó.

—Bienvenida, amiga —maulló—. El Clan Estelar tiene que darte las gracias. Lo has hecho muy bien.

—Yo poco he hecho —contestó la recién llegada—. Su destino han encarado los gatos con valor.

—Los clanes han viajado hasta muy lejos y han soportado muchas penurias que nosotros éramos incapaces de mitigar —coincidió Jaspeada—. Consiguieron arreglárselas incluso cuando dejamos de verlos y oírlos entre las montañas, cuando tuvieron que atravesar los senderos de una tribu diferente. Ahora deberán aprender a ser de nuevo cuatro clanes. —La gata se mostró solemne—: Será un proceso

doloroso, especialmente para los que viajaron juntos al lugar donde se ahoga el sol. No les resultará fácil dejar atrás su amistad.

—Deben delimitar sus nuevos territorios lo antes posible —maulló Corazón de Roble con su profunda voz —. Eso traerá problemas, desde luego.

—Todos los guerreros leales querrán lo mejor para su clan —repuso Estrella Azul.

—Siempre y cuando luchen por los intereses de su propio clan —objetó Corazón de Roble—, y no en favor de sí mismos.

—Ahí es donde reside el peligro —murmuró una voz angustiada. Una gata

de pelaje negro reluciente observaba la plateada superficie del agua, como si pudiera ver el peligro del que hablaba alzándose desde las profundidades como un gigantesco pez—. Veo a un gato ávido de un poder que no se merece…

—¿Que no se merece? —Un gato delgado con la mandíbula torcida se levantó de un salto al otro lado de la poza, erizando con furia el pelo de su lomo—. Estrella Nocturna, ¿cómo te atreves a decir algo así?

El otro alzó la mirada, y su pelaje negro se onduló bajo la luz de la luna.

—Está bien, Estrella Doblada: que no se merece… todavía —maulló—. Ese gato necesita aprender la virtud de

la paciencia. El poder no es una presa a la que uno debe cazar con violencia, antes de que escape.

El gato de la mandíbula torcida volvió a sentarse, aunque la furia no había desaparecido de su mirada.

—¿Acaso quieres que nuestros guerreros sean tan tímidos como ratones? —masculló.

Estrella Nocturna le lanzó una mirada desafiante y agitó el extremo de la cola, pero, antes de que pudiera replicar, se acercó otra gata: tenía un tupido pelaje gris, la cara ancha y un fiero brillo en los ojos. Se detuvo junto a Jaspeada, en el musgoso borde de la laguna, y miró el agua. Un instante

después, en el centro de la poza comenzaron a formarse ondas que se propagaron en círculos hasta bañar la orilla.

La gata gris levantó la cabeza.

—He visto lo que vendrá —anunció con un bufido. Frunció el hocico como si hubiera captado el olor de una presa putrefacta—. Se avecinan tiempos oscuros.

Una oleada de inquietud recorrió a los presentes como el viento cuando sopla entre los juncos, pero nadie se atrevió a preguntar en voz alta.

—¿Y bien? —la instó Estrella Azul cuando el silencio ya se había prolongado varios segundos—.

Cuéntanos qué quieres decir, Fauces Amarillas.

La gata gris titubeó.

—No sé con certeza lo que he visto… —respondió por fin con voz ronca—, pero lo que tengo que deciros no va a gustaros. —Cerró los ojos, y cuando habló, su voz era más profunda y queda, de modo que todos los gatos allí reunidos tuvieron que aguzar el oído—. «Antes de que haya paz, la sangre derramará sangre, y el lago se tornará rojo».

Estrella Azul se puso tensa e inclinó la cabeza para contemplar el agua. Una mancha roja se extendió por toda la superficie, hasta que la laguna llameó

bañada en color escarlata. Parecía reflejar el fuego del atardecer, aunque la luna seguía flotando en el cielo, entre finos retazos de nubes.

Los gatos dieron un paso atrás, horrorizados. Jaspeada se adelantó, temblando, y miró con desesperación hacia el agua, como si estuviera buscando algo que rebatiera las siniestras palabras de Fauces Amarillas.

—¿Estás intentando encontrar algo que ayude a Estrella de Fuego? —le preguntó Estrella Azul con delicadeza —. No busques con demasiada pasión, Jaspeada. Precisamente tú, de entre todos nosotros, deberías saber que, en ocasiones, no hay nada que podamos

hacer.

Jaspeada alzó la cabeza. En sus ojos brillaba una fuerte determinación.

—Haré lo que haga falta para ayudar a Estrella de Fuego —bufó—. Lo protegeré con todo el poder que me conceda el Clan Estelar.

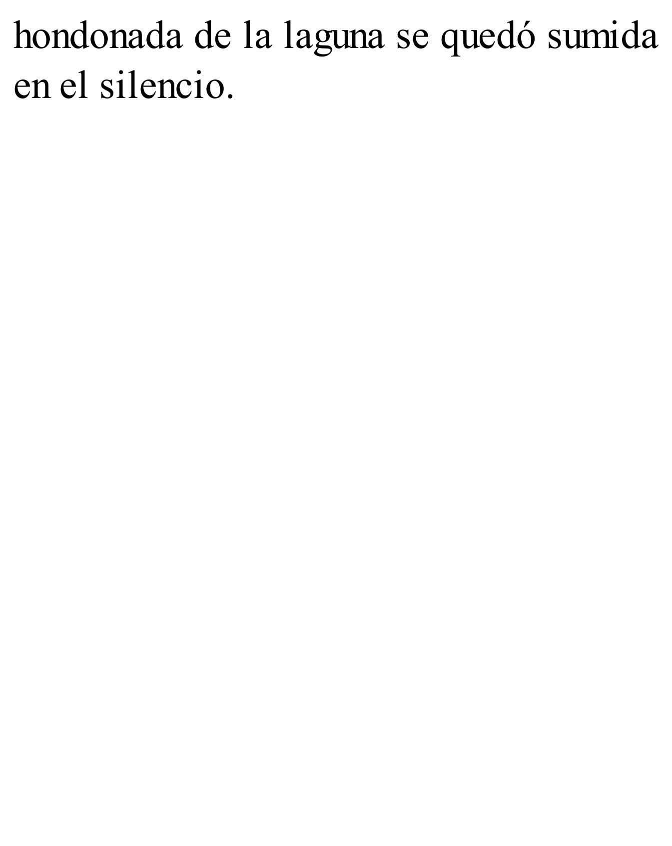
—Aun así, incluso eso podría no bastar —le advirtió Estrella Azul.

A su alrededor, los guerreros del Clan Estelar empezaron a alejarse de la poza, ascendiendo por la rocosa ladera, y desaparecieron de nuevo entre los arbustos de espino y el fulgor de sus pelajes se desvaneció entre las sombras. En la hondonada, la única luz provenía del reflejo de la luna sobre el agua.

La criatura que había permanecido entre los arbustos se quedó observando en silencio la laguna, hasta que desapareció el último gato. Luego se movió, y un rayo de luz de luna incidió en el pelaje de sus robustos omóplatos.

—Medianoche, éste tu lugar no es —gruñó para sí misma—. Más que puedas hacer no hay. —Hizo una pausa y a continuación añadió—: Quizá con los clanes me encuentre más adelante. Turbios días vienen.

Al dar media vuelta para internarse en los arbustos de espinos, la luna iluminó la ancha franja blanca que nacía de la cabeza de la tejona. Luego Medianoche desapareció, y la



hondonada de la laguna se quedó sumida en el silencio.



1

Zarzoso estaba inmóvil en lo alto de la colina, contemplando los puntos de fuego plateado que se reflejaban en el lago de más abajo. Los clanes habían encontrado su nuevo hogar, como les había prometido Medianoche. El Clan Estelar estaba esperándolos allí, y ellos se encontraban, por fin, a salvo de los monstruos mecánicos de los Dos Patas.

A su alrededor, los guerreros de los cuatro clanes murmuraban entre sí, mirando con inquietud los lugares oscuros y desconocidos que había al pie de la colina.

—Con esta luz, resulta imposible decir qué es lo que hay ahí abajo —maulló Centella, una guerrera blanca y canela del Clan del Trueno, moviendo la cabeza para que su único ojo sano pudiera escudriñar el paisaje que se extendía ante ella.

Su pareja, Nimbo Blanco, agitó la cola.

—No puede ser muy malo. Piensa en todo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí. Podemos enfrentarnos a

cualquier cosa con cuatro patas.

—¿Y qué me dices de los Dos Patas? —quiso saber Bermeja, la lugarteniente del Clan de la Sombra.

—Este largo viaje nos ha dejado a todos agotados y débiles —intervino Prieto, del Clan del Río—, y los zorros y los tejones pueden localizarnos fácilmente en espacios abiertos como éste.

Por un instante, Zarzoso sintió un escalofrío de miedo, pero se recuperó enseguida. El Clan Estelar no los habría conducido hasta allí si no creyera que los clanes podían sobrevivir en ese nuevo territorio.

—¿A qué estamos esperando? —se

quejó una nueva voz—. ¿Vamos a quedarnos aquí toda la noche?

Sofocando un ronroneo de risa, Zarzoso se volvió hacia Esquirolina, su compañera de clan. La aprendiza de pelaje rojizo estaba arrancando la mullida hierba con sus zarpas delanteras, mientras sus ojos verdes centelleaban de expectación.

—¡Zarzoso, mira esto! —exclamó, encantada—. ¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos encontrado nuestro nuevo hogar!

Se preparó para salir disparada colina abajo, pero, antes de que pudiera hacerlo, Estrella de Fuego se abrió paso entre el grupo de gatos y se interpuso en su camino.

—Espera —dijo el líder del Clan del Trueno, rozando afectuosamente a su hija en el lomo con la punta de la cola —. Iremos todos juntos y estaremos atentos por si hay problemas. Quizá éste sea el lugar que nuestros antepasados querían que encontráramos, pero dudo mucho que también quisieran que nos dejáramos el sentido común en el bosque.

Esquirolina inclinó la cabeza para mostrar respeto y dio un paso atrás; sin embargo, cuando miró de reojo a Zarzoso, el guerrero vio que sus ojos seguían centelleando de emoción. Para ella, el final de aquel viaje no podía esconder nada siniestro.

Estrella de Fuego se dirigió hacia donde estaban Estrella Negra y Estrella Leopardina, los líderes del Clan de la Sombra y el Clan del Río, respectivamente.

—Propongo que enviemos a una patrulla de reconocimiento —maulló—. Sólo un par de gatos, para ver qué es lo que hay ahí abajo.

—Me parece buena idea —respondió Estrella Leopardina—, pero no podemos quedarnos aquí a esperar a que vuelvan. Estamos demasiado expuestos.

Estrella Negra coincidió con un leve gruñido.

—Si ahora apareciera un zorro,

atraparía a los gatos más débiles sin el menor problema.

—Pero ¡necesitamos descansar! —protestó Enlodado, del Clan del Viento, uniéndose a la conversación. Su líder, Estrella Alta, estaba tendido en el suelo a poca distancia, con el curandero, Cascarón, inclinado sobre él—. Estrella Alta no puede ir mucho más lejos.

—Entonces lo mejor será enviar a esa patrulla cuanto antes —sugirió Estrella de Fuego—. El resto seguiremos más despacio hasta que encontremos un lugar bien resguardado… Sí, Enlodado —añadió al ver que el lugarteniente del Clan del Viento abría la boca para replicar—,

todos estamos agotados, pero dormiremos mejor en un sitio que no sea la cima de una colina como ésta.

Estrella Negra llamó a Bermeja, mientras Estrella Leopardina reclamaba con un gesto de la cola a su lugarteniente, Vaharina.

—Quiero que vayáis hasta el lago y que luego regreséis directamente hasta donde estemos —les ordenó Estrella Leopardina—. Explorad la zona y estad atentas a lo que veáis, pero sed rápidas y sigilosas: manteneos fuera de la vista.

Las dos gatas agitaron las orejas y asintieron; luego giraron en redondo y echaron a correr, avanzando con la barriga casi pegada al suelo. Al cabo de

unos metros, desaparecieron en la oscuridad.

Estrella de Fuego las observó marcharse antes de soltar un maullido para convocar al resto de los gatos a su alrededor. Enlodado regresó junto a Estrella Alta y empujó con suavidad al viejo líder para ayudarlo a ponerse en pie. Los clanes se apiñaron detrás de los líderes del Clan del Trueno, el Clan del Río y el Clan de la Sombra, y comenzaron a seguirlos colina abajo, en dirección al lago.

Al principio, Zarzoso no se movió de donde estaba.

—¿Qué sucede? —le preguntó Esquirolina—. ¿Por qué te quedas ahí

quieto como un conejo congelado?

—Quiero… —El guerrero miró alrededor hasta localizar a su hermana, Trigueña, que pasaba a poca distancia, y la llamó con un gesto de la cabeza—. Quiero que vayamos todos juntos —explicó cuando la guerrera parda se reunió con ellos—. Todos los gatos que hicimos el primer viaje.

Quedaban cuatro gatos de los seis que habían respondido a la llamada del Clan Estelar para abandonar el bosque en busca de un nuevo hogar, varias lunas atrás. En ese viaje habían conseguido algo muy valioso, aparte de un lugar donde sus clanes vivieran seguros: entre ellos se había forjado un fuerte vínculo

de amistad, más fuerte que la roca y más profundo que la interminable masa de agua que azotaba el acantilado en el que vivía la tejona Medianoche.

Ahora, Zarzoso quería recorrer ese último trayecto con sus amigos, antes de que las obligaciones con sus respectivos clanes los forzaran a separarse.

Trigueña soltó un ronroneo de aprobación. Al mirar sus ojos verdes, Zarzoso supo que, como él, su hermana comprendía que pronto volverían a ser rivales; que la próxima vez que se encontraran podría ser en una batalla. El dolor de la separación creció en su corazón, y restregó su hocico contra el de Trigueña, olisqueando la calidez de

su aliento.

—¿Dónde está Corvino Plumoso? —preguntó la guerrera del Clan de la Sombra.

Zarzoso alzó la vista y vio al joven guerrero del Clan del Viento a sólo unas colas de distancia, caminando inquieto junto a Estrella Alta. El líder del Clan del Viento parecía tan exhausto que apenas podía poner una pata delante de la otra; arrastraba la larga cola por el suelo, dejando una estrecha huella tras él, mientras apoyaba todo su peso en Bigotes, un guerrero atigrado de color marrón. El curandero del Clan del Viento, Cascarón, los seguía con expresión preocupada.

—¡Eh, Corvino Plumoso! —lo llamó Esquirolina.

El joven se les acercó.

—¿Qué queréis?

Zarzoso pasó por alto su tono antipático. La lengua de Corvino Plumoso era lo bastante afilada como para cortarle a uno las orejas, pero Zarzoso sabía que, si algún peligro los amenazara, el joven guerrero del Clan del Viento lucharía hasta agotar su último aliento para defender a sus compañeros de viaje.

—Ven al lago con nosotros —lo invitó Zarzoso—. Quiero que terminemos el viaje igual que lo empezamos: juntos.

Corvino Plumoso bajó la cabeza.

—No tiene sentido —replicó en un susurro—. Nunca volveremos a estar juntos. Borrascoso vive ahora en las montañas y Plumosa está muerta.

Zarzoso pasó levemente la cola por el hombro del joven guerrero. Compartía su pena por la hermosa guerrera del Clan del Río que había entregado su vida para salvar a Corvino Plumoso y a los gatos de la tribu de la montaña del terrible felino conocido como Colmillo Afilado. Y Borrascoso, el hermano de Plumosa, se había quedado con la Tribu de las Aguas Rápidas porque estaba enamorado de la apresadora Rivera. Zarzoso lo echaba

muchísimo de menos, pero sabía que su tristeza no era nada comparada con el sufrimiento de Corvino por la muerte de Plumosa.

—Plumosa está con nosotros ahora —aseguró Esquirolina. Sus ojos resplandecían con la fuerza de la convicción—. Que no lo sepas, Corvino Plumoso, me hace pensar que eres más descerebrado todavía de lo que yo imaginaba. Además, estoy convencida de que volveremos a ver a Borrascoso. Aquí estamos más cerca de las montañas que cuando vivíamos en nuestro bosque.

Corvino Plumoso soltó un largo suspiro.

—De acuerdo —maulló—. Vayamos

juntos.

La mayoría de los gatos ya habían pasado ante ellos, moviéndose con cautela en aquel territorio desconocido, y manteniéndose tan cerca los unos de los otros como lo habían estado en el largo y peligroso viaje que los había llevado hasta allí. Un poco más adelante, Zarzoso vio a Ala de Mariposa, la curandera del Clan del Río, caminando al lado de un grupo de aprendices de los cuatro clanes. En el extremo más alejado de una extensión de aulagas, el suelo descendía hasta una hondonada herbosa. Amapola, la reina del Clan de la Sombra, se esforzaba en ayudar a sus cachorros a subir por la

empinada cuesta; Nimbo Blanco y Centella, del Clan del Trueno, se apresuraron a ayudarla cargando con una cría cada uno. Más abajo, Cedro, un guerrero gris del Clan de la Sombra, avanzaba a lo largo de un seto de espino, comprobando si había zorros o tejones que pudieran estar al acecho de presas fáciles.

Si no conociera a aquellos gatos de toda la vida, Zarzoso habría sido incapaz de distinguir a un clan de otro. Avanzaban en grupo, ayudándose entre sí. El guerrero se preguntó con amargura cuánto tardarían en dividirse de nuevo y cómo de dolorosa sería esa separación.

—¡Venga, Zarzoso, o te dejamos

atrás y te haces una guarida aquí!

La exclamación impaciente de Esquirolina lo sacó de sus pensamientos, y el gato atigrado aceleró el paso para descender la colina, deteniéndose sólo de vez en cuando a olfatear el aire nocturno. El olor a gato era el más fuerte, pero por debajo podía detectar el rastro del de ratón, campañol y conejo. Se le hizo la boca agua mientras intentaba recordar cuándo había comido por última vez. Seguro que los líderes les permitirían cazar al cabo de poco.

Estaba imaginándose el delicioso sabor de una presa recién cazada cuando lo sorprendió un bufido de Trigueña, que

iba un par de colas por delante.

—¡Mirad eso! —maulló la guerrera del Clan de la Sombra, señalando con la cola.

Zarzoso irguió las orejas al ver el fino entramado metálico de una valla de los Dos Patas que brillaba bajo la tenue luz de la luna como una telaraña gigantesca. Dos o tres gatos más se habían detenido también a mirarla con aprensión.

—¡Sabía que, tarde o temprano, nos tropezaríamos con los Dos Patas! —maulló Esquirolina, sacudiendo la cola con disgusto.

Zarzoso volvió a olfatear el aire. Captó el olor a Dos Patas, pero era

débil y rancio. Había otro rastro menos conocido y tuvo que esforzarse para recordar de qué se trataba.

—Caballos… —confirmó Corvino Plumoso—. Allí hay uno.

Señaló con la cola, y Zarzoso reparó en una gran forma oscura que estaba plantada bajo una pequeña arboleda, al otro lado de la valla. Creyó ver otro a su lado, aunque resultaba difícil asegurarlo debido a las sombras que proyectaban las ramas.

—¿Qué son caballos? —preguntó Zarpa Candeal, la hija de Nimbo Blanco y Centella, mirando con inquietud a través de la reja.

—Nada que deba preocuparnos —la

tranquilizó Oreja Partida, del Clan del Viento, rozando el hombro de la aprendiza con la punta de la cola—. A veces atravesaban corriendo nuestro antiguo territorio, con un Dos Patas sobre el lomo.

Zarpa Candeal parpadeó como si no pudiera creérselo.

—Nosotros vimos unos cuantos de camino al lugar donde se ahoga el sol —añadió Zarzoso—. No nos hicieron ningún caso cuando cruzamos el prado donde se encontraban. Aunque sí debemos vigilar a los Dos Patas que cuidan de ellos.

—No veo ninguna vivienda de los Dos Patas —apuntó Trigueña—. Quizá

estos caballos se cuidan solos.

—Esperemos que sea así —maulló Zarzoso—. Si están solos, los caballos no deberían preocuparnos.

—Siempre que nos mantengamos alejados de sus torpes cascos —puntualizó Esquirolina.

Los gatos siguieron el cercado de los Dos Patas hasta llegar a una arboleda en la que se agrupaban los demás. Al mirar a su alrededor, Zarzoso vio a Carbonilla, la curandera del Clan del Trueno, y a su aprendiza, Hojarasca, hermana de Esquirolina.

—¿Qué sucede? —preguntó Esquirolina—. ¿Por qué nos paramos?

—Acaba de regresar la patrulla que

los líderes habían enviado a explorar —explicó Carbonilla.

Siguiendo la mirada de la curandera, Zarzoso vio a los líderes de los cuatro clanes y a Enlodado, el lugarteniente del Clan del Viento, reunidos cerca del tocón de un árbol. Vaharina y Bermeja, las dos gatas que se habían adelantado para explorar el territorio, estaban frente a ellos. Los demás se habían tumbado en la corta y suave hierba que rodeaba el tocón, como si se alegraran de la oportunidad que se les presentaba de descansar.

Seguido por sus amigos, Zarzoso zigzagueó entre los gatos hasta estar lo bastante cerca de los líderes para oír lo

que decían.

Vaharina informaba:

—En esta orilla del lago, el suelo es cenagoso. No tiene sentido seguir avanzando hasta que se haga de día. No podemos arriesgarnos a perder ningún gato en el barro.

—El Clan de la Sombra está acostumbrado a moverse en este tipo de terreno —le recordó Estrella Negra, antes de que algún otro líder pudiera hacer un comentario—, pero nos quedaremos con vosotros si es eso lo que queréis.

Había cierto tono en su voz, como si el Clan de la Sombra estuviera haciéndoles un gran favor al no irse a

explorar por su cuenta.

Zarzoso entornó los ojos. Era demasiado pronto para que los clanes comenzaran a competir entre sí para ver quién se quedaba cada parte del nuevo territorio. Se había acostumbrado a verlos unidos, pasando por alto las diferencias que los habían mantenido separados durante más estaciones de las que podía recordar ningún gato. También le daba miedo el hecho de que hubiera gatos más débiles y agotados que otros, pues los enfrentamientos que esto pudiera provocar podrían ser más perjudiciales de lo necesario.

Deseó que los líderes decidieran quedarse allí hasta que se hiciera de día.

Las colinas seguían estando lo bastante cerca como para protegerlos del viento, y los árboles proporcionaban más abrigo todavía. Un fuerte olor a presas se elevaba desde las sombras, y sintió un cosquilleo en las patas: su instinto lo empujaba a cazar.

—Creo que deberíamos quedarnos aquí —maulló Estrella de Fuego, para alivio de Zarzoso—. Todos necesitamos descansar, y parece que más cerca de la orilla estaremos bastante incómodos.

Estrella Leopardina coincidió con un ronroneo. Antes de que Estrella de Fuego terminara de hablar, Estrella Alta se dejó caer de costado, resollando, como si fuera incapaz de dar un solo

paso más. Enlodado se le acercó, lo olfateó brevemente y le susurró unas palabras al oído.

—Estrella Alta parece exhausto —maulló Zarzoso en voz baja dirigiéndose a Corvino Plumoso—. Está en su última vida, ¿verdad?

Corvino Plumoso asintió con expresión sombría.

—Se pondrá bien, ahora que estamos aquí.

Pero Zarzoso sospechó que su amigo intentaba convencerse a sí mismo tanto como a los demás.

Estrella Negra subió de un salto al tocón de árbol. El corpulento gato blanco irguió la cola y amasó la áspera

madera con sus poderosas zarpas negras. Soltó un maullido autoritario, y el resto de los gatos se volvieron hacia él para escucharlo.

—¡Gatos de todos los clanes! —bramó Estrella Negra cuando aparecieron los últimos rezagados—. Hemos llegado al lugar que el Clan Estelar quería que encontráramos, pero estamos cansados y hambrientos. Acamparemos aquí para recuperar fuerzas.

—¿Quién le ha pedido que hable en nombre de los líderes? —masculló Esquirolina.

Sus ojos verdes centellearon de indignación, y Zarzoso, al ver que había

guerreros del Clan de la Sombra que podían oírla, la hizo callar tapándole el hocico con la punta de la cola.

—¿Y qué hay de cazar? —preguntó un gato desde el fondo.

—Esperaremos a que amanezca —respondió Estrella Negra—, a que las presas salgan de sus madrigueras. Parece que habrá suficientes para todos…

Estrella de Fuego saltó junto a Estrella Negra, forzándolo a retroceder un paso.

—Mientras tanto, deberíamos montar guardia —intervino—. Lugartenientes, elegid a dos o tres guerreros que puedan mantenerse

despiertos un poco más. No queremos que ningún zorro se nos acerque a hurtadillas mientras estamos durmiendo.

Enlodado, que parecía hablar en nombre del Clan del Viento, pues Estrella Alta estaba demasiado débil para levantar siquiera la cabeza, se mostró de acuerdo, al igual que Estrella Leopardina, la líder del Clan del Río. La breve reunión concluyó, y los gatos comenzaron a buscar un sitio donde acomodarse para dormir. Cascarón empujó suavemente a Estrella Alta para ponerlo en pie y lo ayudó a trasladarse hasta una mata de hierba, donde el frágil líder del Clan del Viento se tendió de nuevo, temblando de la cabeza a la punta

de la cola. Bigotes se acomodó cerca de él y empezó a lamerlo, con tanta delicadeza como una madre haría con su cachorro.

—Creo que me necesitarán —maulló Corvino Plumoso mientras avanzaba para reunirse con los gatos del Clan del Viento.

Trigueña entrechocó la nariz con la de su hermano.

—Será mejor que me presente ante Bermeja. Hasta luego, Zarzoso.

Moviéndose con agilidad, la guerrera se dirigió a un grupo de miembros del Clan de la Sombra que se habían reunido en torno a su lugarteniente.

Zarzoso se preguntó si debía ofrecerse voluntario para montar guardia. Aunque era guerrero desde hacía menos de cuatro estaciones, el Clan del Trueno necesitaba que todos ayudaran a alimentar y proteger a sus compañeros de clan… sobre todo desde la pérdida de su lugarteniente, justo antes de abandonar el bosque donde habían vivido siempre. Estremeciéndose, Zarzoso recordó cómo los Dos Patas habían atrapado a Látigo Gris y se lo habían llevado en uno de sus monstruos mecánicos. Se volvió hacia Estrella de Fuego, que estaba dando órdenes a Acedera y Fronde Dorado. Supuso que no lo necesitaban

de momento, así que miró a su alrededor para ver si podía prestar su ayuda a otros miembros del Clan del Trueno.

Manto Polvoroso estaba bajo las sombras de los árboles con su pareja, Fronda, y su hijo, Betulino, el único de su última camada que había sobrevivido a la falta de presas de los últimos meses. Fronda se inclinaba sobre Rabo Largo, tendido en la hierba, olfateándolo con inquietud. Rabo Largo no era muchas estaciones mayor que Manto Polvoroso, pero había tenido que unirse a los veteranos cuando comenzó a fallarle la vista. El viaje desde el bosque había sido especialmente duro para él. Flor Dorada, la madre de

Zarzoso, también estaba tumbada junto a él. Hasta hacía poco, era la reina de mayor edad del Clan del Trueno, y el joven guerrero reparó, con una punzada de compasión, en que parecía demasiado agotada para hacer otra cosa que pegar su cálido cuerpo al de Rabo Largo.

Manto Polvoroso le dio un empujoncito al gato atigrado de color claro.

—Venga, Rabo Largo —maulló—, que ya estamos cerca.

Mientras Esquirolina corría a ayudar, Zarzoso descubrió un recodo resguardado donde el suelo descendía un par de colas más allá de la arboleda;

allí la hierba era más alta y había unos cuantos arbustos de ramas bajas.

—¿Qué os parece si montamos una guarida provisional ahí? —sugirió, señalando con la cola.

—Buena idea —respondió Manto Polvoroso, que volvió a empujar al atigrado—. Vamos, Rabo Largo, podrás dormir todo lo que quieras en un lugar más protegido.

Rabo Largo se puso en pie penosamente. Esquirolina le rodeó el cuello con la cola para guiarlo, y Zarzoso dejó que Flor Dorada se apoyara en su lomo, mientras Fronda animaba a Betulino a seguirlos.

—Espero que éste sea el lugar que

hemos estado buscando —maulló Manto Polvoroso, mirando a los exhaustos gatos—. Ninguno de nosotros tiene fuerzas para seguir viajando.

Zarzoso no contestó. Sabía que Manto Polvoroso tenía razón y no podía decir con certeza que aquél fuese el lugar que el Clan Estelar deseaba que encontraran. Se quedó mirando cómo los demás se deslizaban entre las ramas y se instalaban sobre los montones de hojas secas que había debajo de los arbustos. Al ver que Hojarasca pasaba ante él con la boca llena de musgo para preparar un lecho, recordó que la aprendiza de curandera estaba convencida de que sus antepasados guerreros habían viajado

con ellos. Deseó poder estar tan seguro como ella. Durante todo el viaje se había aferrado a la creencia de que los problemas terminarían cuando llegasen a su nuevo territorio. Ahora, intimidado por la novedad de todo lo que lo rodeaba, vio que las dificultades apenas estaban empezando.

La voz de Esquirolina se coló en sus pensamientos.

—Manto Polvoroso, ¿quieres que cacemos algo para ti?

Su mentor le tocó la oreja con la cola.

—No. Cazaremos en grupo más tarde. Mírate: te estás quedando dormida de pie. Vete con Zarzoso a

descansar.

—De acuerdo —respondió ella, y abrió la boca en un gran bostezo—. ¿Qué te parece ese arbusto de aulaga?

Zarzoso se encaminó al sitio que había señalado la aprendiza, a unas colas de distancia ladera arriba, y se metió debajo de las ramas inferiores.

Esquirolina lo siguió y se acurrucó en un prieto ovillo con la cola sobre el hocico.

—Que duermas bien —dijo en un susurro apenas audible.

Zarzoso escarbó entre las hojas que cubrían el suelo para formar un lecho confortable. Tras enroscarse cerca de Esquirolina, aspiró su olor, cálido y

familiar. Lo alegraba que todavía no hubieran encontrado un campamento definitivo, en el que los guerreros y los aprendices tendrían guaridas separadas. Tras ese último pensamiento, se dijo que echaría de menos dormir al lado de Esquirolina. Poco después, el sueño lo cubrió como una suave ola negra.

Zarzoso tuvo un sueño oscuro y confuso. Estaba buscando algo en mitad de un frondoso bosque, pero no recordaba qué, y todos los senderos que tomaba desaparecían bajo zarzales enmarañados o muros de espino impenetrables. Desesperado, intentaba

abrirse paso a la fuerza, pero una rama se le clavaba en el costado, causándole un dolor terrible.

—¡Despierta, Zarzoso! Llevas durmiendo una eternidad… ¿Qué te crees que eres, un erizo?

Zarzoso abrió los ojos de golpe, y vio que Esquirolina estaba clavándole la zarpa. La acuosa y amarillenta luz del día se filtraba a través de las ramas del arbusto de aulaga.

—¡Ya es de día! —continuó la joven gata—. Vamos a cazar algo. Si es que puedes dejar de hibernar, claro.

Pestañeando para espabilarse, Zarzoso se puso en pie, se sacudió los trozos de hojas del pelaje y siguió a la

aprendiza.

La confusión de su sueño se desvaneció al recordar dónde estaba. Pero fue reemplazada de nuevo por una sensación de inquietud al contemplar por primera vez el paisaje a la luz del sol. Se preguntó si aquel extenso y desconocido territorio le parecería algún día su hogar.

Soplaba una brisa fría que rizaba la superficie del lago y mecía los juncos que bordeaban la orilla. La resplandeciente masa de agua gris se extendía ante Zarzoso y se perdía hasta donde alcanzaba su vista. Sobre las colinas que se alzaban al este, el brillo del cielo mostraba el lugar por donde

estaba a punto de asomar el sol. En la zona por la que habían llegado ellos, la tierra se elevaba más suavemente hasta un prado desnudo. Lo atravesaba la valla de los Dos Patas, y, bajo la creciente luz, Zarzoso pudo distinguir dos casas en la distancia. Soltó un leve sonido de satisfacción; unas viviendas tan pequeñas no podían albergar a demasiados Dos Patas y, al estar tan lejos, era poco probable que su presencia afectara a los clanes.

Siguiendo la línea del lago, al pie de las colinas, había algo difuso que parecía una niebla de color verde grisáceo. Se dio cuenta de que se trataba de una extensión de árboles sin hojas

que crecían a lo largo de la orilla y hasta lo alto de una cresta. Se animó al pensar que pronto podría volver a estar bajo la protección de un bosque, por muy extraños que le resultaran esos árboles.

En el extremo más distante del lago, el borrón grisáceo se oscurecía en un verde más intenso, y Zarzoso supuso que se trataba de pinos y abetos, verdes incluso en plena estación sin hojas. Cubrían la zona boscosa como un pelaje suavemente ondulado por el efecto de la brisa.

A medida que el sol ascendía, el resplandor del horizonte se volvió demasiado brillante para mirarlo. Las

últimas estrellas se difuminaban, y el cielo se tornaba de un azul claro y despejado.

—Hora de cazar —le dijo a Esquirolina, que estaba a su lado.

Miró a su alrededor, buscando a Estrella de Fuego o a uno de los guerreros veteranos, para ver si estaban organizando patrullas. El líder del Clan del Trueno salía de una mata de aulaga cercana, seguido de Estrella Leopardina y Enlodado. Zarzoso imaginó que los líderes habían celebrado una reunión y sintió una punzada de aprensión al ver a Enlodado ocupando el lugar de Estrella Alta como representante del Clan del Viento.

—Me pregunto si Estrella Alta se habrá reunido con el Clan Estelar esta noche —masculló, sintiendo que se le hacía un nudo en el estómago.

Esquirolina negó con la cabeza.

—No lo creo —maulló—. De ser así, habrían dispuesto su cuerpo para que su clan le presentara sus respetos.

Zarzoso esperó que la aprendiza tuviera razón. Antes de que pudiera decir nada, Estrella de Fuego saltó al tocón de árbol desde el que los líderes se habían dirigido a los clanes la noche anterior. Estrella Negra saltó a su lado y Enlodado trepó por el otro extremo. Apenas había espacio para los tres gatos, de modo que Estrella Leopardina

ni siquiera intentó unirse a ellos, se limitó a sentarse al pie del tronco, sobre una raíz retorcida.

—Está claro que necesitaremos un nuevo lugar donde celebrar las Asambleas —susurró Esquirolina.

La interrumpió el maullido de Estrella de Fuego para convocar a los gatos de todos los clanes. Las ramas y las hojas de los arbustos y helechos que rodeaban aquel pequeño claro se separaron a medida que los gatos salieron de los lugares donde habían dormido. Todos parecían agotados y estaban muy delgados. Eran conscientes de que serían una presa fácil para cualquier depredador que cazara por

aquel territorio, y escrutaban con inquietud el espacio a su alrededor, como si notaran ojos hambrientos observándolos por todas partes.

Zarzoso se dirigió hacia el tocón, con Esquirolina a la zaga. A mitad de camino, reparó en la figura negra y blanca de Estrella Alta, ovillada sobre la hierba en la que se había acostado por la noche. Cascarón, el curandero del Clan del Viento, estaba junto a él, olfateándolo con inquietud. Ninguno de los dos hizo el menor intento de unirse a los gatos que se congregaban alrededor del tocón. Era evidente que el viejo líder no iba a poder participar en la reunión.

—¡Gatos de todos los clanes! —empezó Estrella de Fuego cuando Zarzoso llegaba junto a sus compañeros de clan—. Hoy debemos tomar decisiones y ocuparnos de ciertas cosas…

—¡Las patrullas de caza saldrán de inmediato! —lo interrumpió Enlodado, apartándolo ligeramente a un lado—. El Clan del Viento irá a las colinas y el Clan del Río puede pescar en el lago. El Clan del Trueno…

Bigotes, su compañero de clan, se levantó de un salto bufando furioso.

—¡Enlodado, ¿qué estás haciendo, dando órdenes de esa manera?! —gruñó—. Cuando anoche llegamos aquí,

Estrella Alta seguía siendo el líder del Clan del Viento.

—No podrá serlo durante mucho tiempo más.

Zarzoso parpadeó, sorprendido ante el tono frío del lugarteniente. Esperó que Estrella Alta no lo hubiera oído. Miró hacia el lugar donde lo había visto y, aliviado, comprobó que el viejo líder seguía durmiendo en su lecho, acompañado de Cascarón.

—Alguien tiene que ponerse al frente —continuó Enlodado—. ¿O acaso quieres que los demás clanes se repartan el territorio entre ellos y dejen fuera al Clan del Viento?

—¡Como si fuéramos a hacerlo! —

exclamó Esquirolina, indignada.

Bigotes fulminó con la mirada a Enlodado, erizando el pelo, desafiante.

—¡Muestra un poco de respeto! —le gritó, furioso—. Estrella Alta ya era el líder de tu clan cuando tú no eras más que un cachorrito que lloriqueaba en la maternidad.

—Ahora ya no soy un cachorro —replicó Enlodado—. Soy el lugarteniente del clan. Y Estrella Alta no ha hecho gran cosa por liderarnos desde que abandonamos el bosque.

—Ya basta. —Estrella de Fuego hizo callar al lugarteniente del Clan del Viento con un movimiento de la cola—. Bigotes, sé que estás preocupado por

Estrella Alta, pero Enlodado sólo cumple con su obligación.

—No tiene por qué actuar como si ya fuera el líder —gruñó Bigotes.

Dicho esto, volvió a sentarse mirando ceñudo a ambos lados, como retando a que alguien más hiciera un comentario.

—Bigotes tiene razón —continuó Estrella de Fuego, dirigiéndose a Enlodado—. Para un lugarteniente resulta difícil sustituir a su líder… Tan difícil como lo es para el resto del clan.

Enlodado, que había erguido la cabeza con arrogancia al creerse respaldado por Estrella de Fuego, se puso furioso. Abrió la boca para

replicar, pero, antes de que pudiera decir nada, Estrella Negra se le adelantó.

—Si el Clan del Viento tiene problemas con su liderazgo, que lo discuta en privado. Estamos perdiendo el tiempo.

Enlodado soltó un bufido de rabia y le dio la espalda con toda la intención. Zarzoso sacó las uñas, listo para saltar si el lugarteniente del Clan del Viento daba muestras de querer causar más problemas. Enlodado era uno de los gatos más agresivos de los cuatro clanes y jamás había apreciado a Estrella de Fuego ni al Clan del Trueno. Zarzoso estaba seguro de que daría problemas

cuando se convirtiera en el líder del Clan del Viento, sobre todo cuando tuvieran que establecer nuevas fronteras entre los clanes.

La voz de Estrella de Fuego lo sacó de sus sombríos pensamientos.

—Me gustaría iniciar la vida del Clan del Trueno en este lugar nombrando a una nueva guerrera —anunció el líder rojizo—. Esquirolina, ¿dónde estás?

—¿Qué? ¿Yo?

Atónita, Esquirolina chilló como una cachorrita. Se puso en pie de un salto, con las orejas erguidas y la cola bien tiesa.

—Sí, tú.

Zarzoso adivinó un brillo risueño en los ojos de Estrella de Fuego cuando le indicó con un gesto a su hija que se acercara.

—El Clan del Trueno te debe más de lo que puedo expresar por haber hecho el viaje hasta el lugar donde se ahoga el sol y por ayudar a conducir a los clanes a su nuevo hogar. Manto Polvoroso y yo estamos de acuerdo en que si un aprendiz se ha merecido alguna vez su nombramiento como guerrero ésa eres tú.

Zarzoso restregó suavemente su hocico en la oreja de Esquirolina.

—Anda, ve —le dijo en un susurro —. Estrella de Fuego tiene razón.

Después de todo lo que has hecho por el clan, te mereces convertirte en guerrera.

Ella parpadeó, demasiado impresionada para hablar, y luego se encaminó hacia el tocón de árbol sobre el que estaba Estrella de Fuego. A Tormenta de Arena le brillaban los ojos de orgullo, y cuando Esquirolina pasó por su lado le dio unos rápidos lametones a su hija para atusarle el pelo. Zarzoso vio cómo Hojarasca se acercaba también para hundir el hocico en el costado de su hermana.

Manto Polvoroso, el mentor de Esquirolina, se unió a ella para acompañarla hasta el tocón de árbol y se quedó a su lado mientras aguardaban las

palabras de Estrella de Fuego.

El líder del Clan del Trueno bajó del tocón y le dedicó un guiño de ánimo a su hija, antes de alzar la cabeza y dirigirse a todos los reunidos.

—Ésta es la primera vez que un gato pronuncia estas palabras en nuestro nuevo hogar —comenzó—. Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que observen a esta aprendiza. Ha entrenado duro para comprender el sistema de vuestro noble código y os la encomiendo a mi vez como guerrera.

En sus ojos había una intensidad abrasadora, y Zarzoso comprendió cuánto significaba ese momento para

Estrella de Fuego, no sólo por el Clan del Trueno, sino por los cuatro clanes que habían viajado hasta allí desde sus hogares en el bosque, tan lejano ya. Al invocar al Clan Estelar para que aceptara el nombramiento de un nuevo guerrero, en cierto modo estaba reivindicando ese territorio desconocido como propio. Durante el viaje, habían temido en muchísimas ocasiones que hubieran dejado atrás a sus antepasados guerreros, pero ahora Estrella de Fuego les hablaba con tanta confianza como si sus espíritus estelares brillaran sobre ellos. Zarzoso notó un hormigueo de culpabilidad al pensar que a él le encantaría poder estar tan seguro como

Estrella de Fuego de que el Clan Estelar había viajado con ellos. Sin embargo, se dijo a sí mismo que habían llegado a un territorio que parecía un hogar adecuado para los clanes. Tal vez su líder tuviera razón al sentirse tan confiado. Sacudió la cabeza para apartar sus preocupaciones y prestó atención a la ceremonia de nombramiento.

—Esquirolina —estaba diciendo el líder del Clan del Trueno—, ¿prometes respetar el código guerrero y proteger y defender a tu clan, incluso a costa de tu vida?

—Lo prometo —respondió la joven gata en voz alta y clara.

—Entonces, por los poderes del

Clan Estelar, te concedo tu nuevo nombre de guerrera: Esquirolina, a partir de este momento serás conocida como Esquiruela. El Clan Estelar se ve honrado con tu valor y tu determinación, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan del Trueno.

Estrella de Fuego posó el hocico sobre la cabeza inclinada de Esquiruela, y ella le dio un lametón respetuoso en el hombro. La determinación no era una virtud que soliera mencionarse en las ceremonias de nombramientos guerreros. En Esquiruela a veces se manifestaba como tozudez, lo cual le había causado contratiempos en más de una ocasión. Zarzoso se preguntó si

padre e hija estarían recordando los numerosos enfrentamientos que habían tenido, cuando la feroz independencia de la joven había provocado conflictos con su líder y con el código guerrero. Pero luego recordó que, durante el viaje, se habían producido muchas situaciones en las que su convicción de que saldrían airosos había dado nuevos ánimos a todos sus compañeros. Lo embargó el orgullo al recordar la infatigable valentía de su amiga y su rechazo a creer que no conseguirían llegar al final del viaje.

Cuando la nueva guerrera se separó de Estrella de Fuego, Hojarasca corrió hacia ella, coreando su nuevo nombre.

—¡Esquiruela! ¡Esquiruela!

Los gatos que la rodeaban la imitaron. Esquiruela miró a su alrededor: sus ojos verdes brillaban de orgullo. Todos parecían contentos de que le hubieran dado su nombre de guerrera, incluso los gatos de los otros clanes, porque todos ellos habían tenido ocasión de ver cuánto se lo merecía.

Mientras se abría paso hacia su amiga, Zarzoso vio que Corvino Plumoso y Trigueña también iban hacia ella. Los gatos que habían viajado hasta la gruta de Medianoche, antes de que los clanes abandonaran el bosque, siempre estarían unidos a Esquiruela por un vínculo único y especial.

—Felicidades —maulló Trigueña.

Corvino Plumoso asintió, posando la punta de la cola en su lomo.

Zarzoso restregó el hocico contra el de ella.

—Enhorabuena, Esquiruela —murmuró—. Pero, cuidado —añadió, burlón—, tienes que seguir haciendo caso a los guerreros más experimentados.

Los ojos de Esquiruela brillaron divertidos.

—Ahora no puedes darme órdenes… ¡Ya no soy aprendiza!

—No creo que notemos mucha diferencia —intervino Manto Polvoroso, que la había oído al pasar—. Nunca

hacías lo que te decían…

Esquiruela soltó un ronroneo de risa y le dio un cabezazo afectuoso a su mentor.

—Debería haberte escuchado en más de una ocasión —admitió—. En serio, gracias por todo, Manto Polvoroso.

Los maullidos de felicitación se apagaron cuando Estrella Negra dio un paso al frente y ordenó silencio con un movimiento de la cola.

—Todo esto es muy conmovedor, pero lo que necesitamos ahora es averiguarlo todo sobre este lugar, para poder empezar a establecer nuestros nuevos territorios. Vamos a enviar a una patrulla con un gato de cada clan para

que exploren la orilla del lago y los bosques que lo rodean.

Zarzoso irguió las orejas y notó que Esquiruela se tensaba a su lado, rozándolo apenas. Intercambió una mirada con Trigueña y vio en sus ojos un brillo de expectación.

—Hemos decidido enviar a tres de los gatos que hicieron juntos el primer viaje —continuó Estrella de Fuego—. Zarzoso, del Clan del Trueno, Corvino Plumoso, del Clan del Viento, y Trigueña, del Clan de la Sombra.

A Zarzoso lo recorrió una oleada de emoción de las orejas a la punta de la cola. Le parecía perfecto que eligieran a los gatos que habían hecho el primer

viaje.

Estrella Negra frunció el hocico cuando Estrella de Fuego nombró a los escogidos, pero no protestó.

—¡Vaya! —musitó Trigueña—. Es la primera vez que Estrella Negra me permite representar al Clan de la Sombra.

Zarzoso le pasó la cola suavemente por el lomo. Sabía que Estrella Negra no iba a olvidar que Trigueña había nacido en el Clan del Trueno, por mucho que ella intentara demostrar que era una leal guerrera del Clan de la Sombra.

—Vaharina irá en representación del Clan del Río —maulló Estrella Leopardina, que hablaba por primera

vez.

Zarzoso recordó con dolor que ninguno de los miembros del Clan del Río del primer viaje seguía con ellos. En su interior se abrió un vacío al pensar en Plumosa y Borrascoso.

—¿Y qué pasa conmigo? —se molestó Esquiruela—. Yo también hice ese viaje. ¿Por qué no puedo formar parte de la patrulla?

—Porque entonces habría dos gatos del Clan del Trueno —replicó Estrella Negra, muy serio.

Zarzoso pensó que el líder del Clan de la Sombra se equivocaba si creía que así haría callar a Esquiruela.

—Una patrulla de cuatro gatos es

insuficiente para internarse en un territorio desconocido como éste —objetó ella.

Estrella Negra abrió la boca para mostrar su desacuerdo, pero Estrella de Fuego habló primero.

—Quizá tenga razón —repuso—. Creo que deberíamos dejarla ir. Podría ser su primera tarea como guerrera. Esta noche no puede pasarla velando, como suelen hacer los nuevos guerreros, porque aún no tenemos campamento.

Estrella Negra lanzó una mirada a Estrella Leopardina, que movió la cola sin expresar nada, y luego a Enlodado, que inclinó la cabeza.

—El Clan del Viento no tiene

ninguna objeción —maulló el lugarteniente.

—Muy bien —gruñó Estrella Negra—, pero no penséis ni por un momento que eso le dará al Clan del Trueno más derechos sobre el territorio.

Zarzoso intercambió una mirada de exasperación con Corvino Plumoso. ¡Estrella Negra ya estaba pensando que los demás clanes intentaban ganar ventaja antes incluso de repartir los nuevos territorios!

—Por supuesto que no —contestó Estrella de Fuego con voz serena—. Esquiruela, puedes unirte a la patrulla.

Ella enroscó la cola, encantada.

—Id rodeando el lago y explorad al

máximo el terreno circundante —los instruyó Estrella de Fuego—. Necesitamos saber qué clase de territorio es y dónde están las mejores zonas para cazar. Tened presentes las distintas formas de caza de cada clan, porque eso podría ayudar a establecer fronteras más adelante. Estaría bien tener una idea de cómo podría dividirse el territorio y qué lugares serían buenos para asentar los campamentos. Y estad atentos por si hay Dos Patas o cualquier otra cosa que pueda entrañar peligro.

—¿Eso es todo? —masculló Corvino Plumoso.

—Imagino que necesitaréis un par de días para rodear todo el lago —continuó

Estrella de Fuego. Levantó la cabeza, entornando los ojos para mirar por encima del agua y calcular la distancia —. Aun así, procurad no tardar demasiado. Mientras permanezcamos aquí, estamos expuestos al peligro, de modo que es preciso que todos los clanes puedan establecer sus campamentos lo antes posible.

—¡Haremos todo lo que podamos, Estrella de Fuego! —exclamó una nueva voz.

Al volverse, Zarzoso vio que Vaharina, la lugarteniente del Clan del Río, se dirigía hacia ellos con el pelaje del lomo erizado.

—Hola —maulló el guerrero,

apartándose para dejarle sitio.

Vaharina parecía cautelosa, y Zarzoso imaginó que para ella suponía todo un desafío sumarse al unido grupo de gatos que habían hecho el primer viaje.

—Buena suerte —les deseó Estrella Leopardina.

—Que el Clan Estelar os acompañe —añadió Estrella de Fuego.

Para entonces, el sol ya se había alzado sobre las colinas. Con un cosquilleo en las patas, ansioso por partir, Zarzoso inclinó la cabeza ante Estrella de Fuego y los demás líderes y alzó la cola para indicar al resto que lo siguieran. Con el rabillo del ojo vio que

Trigueña hacía una mueca y que Corvino Plumoso daba un respingo. De pronto, comprendió avergonzado que Vaharina debería ir al frente de la expedición, ya que era la lugarteniente de un clan. Se detuvo y dio un paso atrás. Vaharina le dedicó una mirada larga y fría antes de asentir brevemente y ponerse en cabeza.

—Cerebro de ratón… —le susurró Esquiruela a Zarzoso.

Se encaminaron hacia la orilla del lago mientras oían a sus espaldas la voz de Estrella Negra, que empezaba a organizar patrullas de caza.

—¡Esquiruela! ¡Espera!

Zarzoso vio que Hojarasca corría hacia su hermana.

—Ten cuidado, ¿vale? —suplicó la aprendiza de curandera.

Esquiruela entrechocó la nariz con Hojarasca.

—No te preocupes por nosotros —respondió—. Sabemos cuidarnos.

—Pero estáis tan cansados por el viaje como los demás —remarcó Hojarasca—. No os olvidéis de cazar en cuanto podáis y no os alejéis demasiado del lago, podríais perderos.

Esquiruela rozó el hocico de su hermana con la cola para detenerla.

—Estaremos bien, Hojarasca —insistió. Y señaló con la nariz la reluciente extensión de agua—. Mira. Puedes ver adónde vamos exactamente.

Regresaremos antes de que te des cuenta. —Hizo una pausa, y luego añadió en voz baja—: ¿Has recibido alguna señal del Clan Estelar? ¿Por eso estás tan preocupada?

Hojarasca negó con la cabeza.

—No, no es nada de eso; te lo prometo. Es que me cuesta separarme de ti de nuevo. Me recuerda a la primera vez que te marchaste, cuando te fuiste al lugar donde se ahoga el sol.

Zarzoso se acercó para posar el hocico sobre el hombro de la aprendiza y reconfortarla.

—Y volvimos ilesos a casa, ¿no es cierto? No te preocupes, Hojarasca, yo cuidaré de tu hermana.

Esquiruela se apartó con indignación fingida.

—¡No necesito que nadie cuide de mí! ¡Lo más probable es que sea yo quien deba cuidar de tu maltrecho pellejo!

Hojarasca soltó un ronroneo risueño, dejándose animar.

—Está bien, sed prudentes, todos. Y si tenéis ocasión de recoger algunas hierbas… sería genial. Pronto habrá que reabastecer las provisiones medicinales.

Esquiruela le lamió la oreja.

—Por supuesto que sí. Mantendré los ojos bien abiertos cuando no esté eludiendo zorros, tejones, Dos Patas, Senderos Atronadores…

—¿Nos vamos o qué? —gruñó Corvino Plumoso—. El día es corto, y tenemos que llegar al otro lado del lago, como mínimo, antes de que caiga la noche.

Hojarasca pasó por alto su comentario.

—Que el Clan Estelar os acompañe —le dijo a Esquiruela en un susurro, antes de marcharse ladera arriba.

Zarzoso olfateó el aire y percibió el sonido del agua en la orilla. El agua gris se había inundado de color a medida que el sol ascendía sobre las colinas. Se extendía hasta tan lejos que los árboles de la orilla opuesta no eran más que un borrón verdoso. La tierra pantanosa que

tenían delante descendía abruptamente, y algo en la quietud del agua, en el silencio que pendía sobre ella como si fuera niebla, le dijo que aquel lago era muchísimo más profundo que el río del bosque, incluso cuando iba crecido. Miró de soslayo a Vaharina. Ella también parecía intimidada, aunque, como todos los miembros del Clan del Río, era una excelente nadadora.

Como si hubiera notado la mirada del guerrero, la lugarteniente del Clan del Río sacudió su pelaje.

—Muy bien —maulló, volviéndose hacia la patrulla—. Veamos adónde nos ha traído el Clan Estelar.



2

Hojarasca se detuvo en mitad de la ladera y se volvió para ver cómo su hermana y el resto de la patrulla descendían hacia el lago. Por el cosquilleo que ella misma sentía, podía imaginarse lo emocionada que estaría Esquiruela, no sólo ante la perspectiva de explorar el nuevo territorio, sino por estar otra vez con los amigos que había

hecho en el viaje al lugar donde se ahoga el sol. Durante unos segundos, la joven aprendiza de curandera sintió que le faltaba el aire de envidia: le encantaría tener un vínculo así de fuerte con otro gato; un vínculo basado en la profunda confianza, fruto de muchas experiencias compartidas.

Se fijó en la delgada figura gris oscuro de Corvino Plumoso. De todos ellos, era a quien más le costaba comprender. Deseaba conocerlo mejor. Parecía el menos dispuesto a confiar en gatos de otro clan, y sin embargo, durante el largo viaje a través de las montañas, Hojarasca lo había visto arriesgarse una y otra vez para ayudar a

sus compañeros, que no pertenecían al Clan del Viento. Un escalofrío recorrió su cuerpo de la nariz a la cola. Algo le decía que el Clan Estelar había trazado un gran camino para Corvino Plumoso, aunque no tenía ni idea de adónde conducía; claro que tampoco había ninguna razón por la que el Clan Estelar fuera a contarle el destino de un miembro de otro clan.

Dio un respingo cuando algo le rozó el hombro. Carbonilla estaba mirándola con sus sabios ojos azules.

—¿Te gustaría poder ir con ellos? —le preguntó su mentora.

Hojarasca vaciló. Ella era aprendiza de curandera, no guerrera; su labor

consistía en ayudar a su debilitado y exhausto clan. Entonces, ¿por qué sentía en sus patas el impulso de seguir a la patrulla que se dirigía a la orilla del lago? Se vio a sí misma corriendo hacia ellos para caminar junto a Corvino Plumoso, que iba en la retaguardia. Aspiró con intensidad el rastro que le llegaba, notando casi el roce del pelaje gris oscuro del guerrero contra el suyo, mientras avanzaban sobre las matas de hierba de la ciénaga.

—¿Te encuentras bien? —maulló Carbonilla, mirándola fijamente.

Hojarasca parpadeó.

—Sí, estoy bien… Claro que no quiero ir con la patrulla. Aquí ya tengo

bastante trabajo.

—Eso es cierto —asintió la curandera—. Tenemos cuatro clanes de gatos agotados a los que atender, y nuestra provisión de hierbas medicinales consiste apenas en un par de hojas y un puñado de bayas machacadas.

Hojarasca tragó saliva, preguntándose de pronto si no debería haber ido con la patrulla para buscar nuevas provisiones de hierbas.

—Será mejor que reunamos a los demás curanderos —continuó su mentora—. Tenemos que debatir cómo encontrar nuevas hierbas y también cómo vamos a compartir lenguas con

nuestros antepasados guerreros, ahora que estamos tan lejos de las Rocas Altas. —Alzó la vista al cielo, donde la media luna se ocultaba parcialmente tras unos retazos de nubes, y siguió hablando en voz baja—: Espero que hallemos pronto una nueva Piedra Lunar.

Hizo un gesto con la cola, y Hojarasca vio que su amiga Ala de Mariposa, la ahora curandera del Clan del Río, estaba sentada al abrigo de un zarzal con Cirro, el curandero del Clan de la Sombra. A su alrededor, los guerreros y aprendices de todos los clanes empezaban a dividirse en grupos a medida que las patrullas de caza iban preparándose para partir.

Carbonilla aguardó a que se marchara la mayor parte de las patrullas, antes de reunirse con sus colegas. Hojarasca se acercó a Ala de Mariposa y le rozó la nariz con la suya.

Su amiga la miró nerviosa.

—¡Me siento de lo más impotente! —le susurró al oído—. Ya no me quedan provisiones, y los gatos están muy cansados y débiles.

A Hojarasca no le sorprendió la angustia de Ala de Mariposa. Aunque se había entrenado con tesón y había recibido su nombre guerrero hacía varias estaciones, no llevaba tanto tiempo como Hojarasca ejerciendo de curandera. La muerte de Arcilloso, el

curandero del Clan del Río, antes de abandonar el bosque de los clanes, la había obligado a cargar con todas las responsabilidades del puesto antes de finalizar su aprendizaje. Hojarasca se sintió muy agradecida de que Carbonilla estuviera viva y fuese lo bastante joven y fuerte como para vivir durante muchas lunas más. No tenía ninguna prisa por sustituir a su mentora y no envidiaba la situación de Ala de Mariposa, pero se recordó que su amiga del Clan del Río había aprendido bien y que, si lo necesitaba, podría consultar y pedir consejo a los demás curanderos. Por otro lado, todos tendrían que aprender cosas en aquel nuevo territorio.

Le dio un lametón en la oreja a su amiga.

—Te irá bien —le aseguró—. Todos te ayudaremos.

Carbonilla miraba a su alrededor.

—¿Dónde está Cascarón?

—Supongo que sigue cuidando de Estrella Alta —respondió Cirro, e inmediatamente soltó un suspiro—. Aunque no creo que se pueda hacer gran cosa por él.

Hojarasca se estremeció. No le parecía justo que el Clan Estelar instara al líder del Clan del Viento a unirse a ellos cuando ni siquiera había llegado a ver su nuevo hogar.

—Ahí viene.

Carbonilla señaló con las orejas a Cascarón, que se aproximaba arrastrando la cola, cabizbajo.

—¿Cómo está Estrella Alta? —quiso saber Cirro.

Cascarón soltó un largo suspiro desde lo más profundo del estómago mientras se tumbaba bajo las ramas del zarzal, junto a sus colegas.

—Durmiendo —contestó—. Está muy débil. El viaje ha sido demasiado para él y es evidente que el Clan Estelar está esperando que se reúna con ellos.

—¿No hay nada que puedas hacer por él? —preguntó Hojarasca.

Cascarón negó con la cabeza.

—Aunque hayamos conseguido

llegar hasta aquí desde el bosque, a Estrella Alta lo aguarda un viaje más largo todavía. Ha sido un líder noble, pero no puede seguir indefinidamente.

—Todos los clanes lo honrarán —murmuró Carbonilla, que inclinó levemente la cabeza. Luego se irguió, sacudiéndose—. Mientras tanto, hay tareas que debemos atender.

—Tenemos que buscar hierbas —maulló Ala de Mariposa—. Con todos tan cansados y hambrientos, cualquier enfermedad se propagaría con rapidez.

—Cierto —repuso Carbonilla—. Enseguida saldremos a buscar provisiones, y ojalá el Clan Estelar nos guíe hasta lo que necesitamos. Pero

primero… —Hizo una larga pausa y arañó el suelo antes de continuar—: Aunque haya una patrulla buscando nuevos campamentos para cada uno de los clanes, nosotros sabemos que necesitamos algo más que eso si éste va a ser nuestro hogar. ¿Dónde van a reunirse los clanes cada luna llena? ¿Y qué hay de la Piedra Lunar? Hay muchos días de viaje desde aquí hasta la Boca Materna.

A Hojarasca le dolieron las patas ante la idea de tener que volver a recorrer los fatigosos caminos que habían seguido tras rebasar las Rocas Altas. Sin duda, sería imposible ir hasta allí cada media luna para reunirse con el

Clan Estelar. Pero ¿dónde recibirían los nuevos líderes su nombre y sus nueve vidas?

Hubo un largo silencio. Ninguno de los curanderos tenía la respuesta, ni sabía dónde buscarla.

—¿Estamos seguros de que éste es el lugar correcto? —maulló Cirro poco después—. Sin la Piedra Lunar, la única manera que tenemos de contactar con el Clan Estelar es a través de sueños y señales, y yo no he visto nada que me confirme que éste es el sitio donde se supone que debemos establecernos.

—Tiene que serlo… —afirmó Hojarasca, que de inmediato pensó en cómo conseguir que los otros curanderos

la creyeran, pues tenían mucha más experiencia que ella—. Narrarrocas se reunía con los antepasados de su tribu en la Gruta de las Rocas Puntiagudas —prosiguió, recordando su estancia con la Tribu de las Aguas Rápidas—. Así que puede que haya otros lugares como la Piedra Lunar.

—Yo creo que el Clan Estelar nos envió una señal cuando vimos su reflejo brillando sobre el lago —maulló Carbonilla, y Hojarasca sintió que se le alisaba el pelaje de alivio—. Pero seguimos necesitando un lugar donde compartir lenguas con nuestros antepasados.

—Quizá nos envíen una señal para

indicarnos dónde localizar otra Piedra Lunar —dijo Cascarón.

—Tal vez. —Cirro no sonó muy convencido—. Sólo espero que sea pronto.

—Pero ¿realmente importa eso ahora? —intervino Ala de Mariposa—. Es decir, nada nos impide encontrar las hierbas que necesitamos y…

La joven curandera se interrumpió al ver que los demás se habían quedado mirándola boquiabiertos. Hojarasca se estremeció. ¿Cómo podía su amiga pensar que la única tarea de un curandero era sanar? Ala de Mariposa miró a todos sus colegas, uno tras otro, con expresión vacilante y azorada.

—Ala de Mariposa quiere decir que podemos seguir cuidando de nuestros compañeros mientras esperamos una nueva señal del Clan Estelar —la ayudó Hojarasca.

Su amiga se volvió hacia ella, aliviada.

—Sí… sí, eso es.

Carbonilla agitó las orejas.

—Supongo que deberíamos empezar a reabastecer nuestras provisiones —maulló Cirro.

Cascarón se puso en pie con mucho esfuerzo.

—Si no os importa, yo debería quedarme con Estrella Alta, pero me vendría bien un poco de fárfara, si

consiguierais encontrarla. Le cuesta respirar.

—No habrá fárfara hasta la estación de la hoja nueva —apuntó Ala de Mariposa, angustiada—, pero las bayas de enebro también sirven.

Cascarón asintió.

—Claro que sí. Gracias, Ala de Mariposa.

—Te traeremos unas cuantas —prometió Carbonilla.

Con un breve gruñido de agradecimiento, Cascarón se encaminó a la mata de hierba en la que estaba tendido Estrella Alta, como un bulto inmóvil de pelo blanco y negro. Hojarasca vio cómo el curandero

intercambiaba unas palabras con Bigotes, que montaba guardia junto a su debilitado líder. Luego se tumbó tocando con el costado a Estrella Alta, para que el viejo guerrero supiera que no estaría solo si iniciaba su largo y oscuro viaje.

—¡Bien hecho, Ala de Mariposa! —exclamó Hojarasca—. A mí no se me hubiera ocurrido lo de usar bayas de enebro en vez de fárfara.

La joven curandera le dio un lametón a su amiga.

—¿Dónde deberíamos buscarlas? —preguntó.

Carbonilla se levantó trabajosamente, sin forzar la pata que se había herido mucho tiempo atrás en el

Sendero Atronador.

—Si vamos por ahí —empezó, señalando con la cola—, acabaremos donde están los caballos de los Dos Patas. Creo que deberíamos ir en dirección contraria y acercarnos más al lago.

—Pero Estrella de Fuego dijo que es una zona cenagosa —recordó Hojarasca.

—En las ciénagas crecen todo tipo de plantas —repuso Ala de Mariposa, y le propinó un toque en la oreja con la punta de la cola—. Si fueras una gata del Clan del Río, ¡no te importaría mojarte un poco las patas!

—Ahora mismo, a mí no me importaría comerme una rana o un sapo

—declaró Cirro. Al ver que los demás lo miraban sorprendidos, añadió a la defensiva—: ¡No saben tan mal! Había muchos en el territorio del Clan de la Sombra, incluso cuando empezaron a escasear las otras presas.

A medida que se acercaban al lago, la ruda hierba del prado fue reemplazada por los juncos y el musgo. El suelo era blando, y Hojarasca se empapaba de agua las zarpas con cada paso.

—Espero que no sea todo el camino así —masculló para sí.

Se detuvo para sacudirse el agua de las patas y, al mirar hacia delante, vio que, aunque aquel pantanal llegaba hasta

el lago, un poco más allá había árboles en la orilla. En la distancia, una lengua de tierra arbolada se internaba en el agua. «Ése podría ser un buen lugar para un campamento», pensó.

Echó a correr para alcanzar a los demás y los encontró junto a una gran mata de cola de caballo. Había más matas de esa planta, grandes y sanas. A Hojarasca se le levantó el ánimo.

—Excelente —maulló Carbonilla—. En nuestro antiguo territorio no crecían así de bien. Recogeremos un poco cuando regresemos. Hojarasca, ¿para qué se utiliza?

A la aprendiza no le gustó que la examinaran delante de los demás

curanderos, como si acabara de iniciar su aprendizaje, pero al menos sabía la respuesta.

—Para las heridas infectadas —respondió con prontitud.

—Así es —maulló Cirro—. Y vamos a necesitarla. Durante el viaje, los gatos han ido sufriendo toda clase de rasguños y cortes.

Carbonilla asintió.

—Tenemos que acordarnos de dónde está.

Se puso en marcha de nuevo y el resto la siguió. Hojarasca se alegró de ser la primera en descubrir una mata de menta acuática, uno de los mejores remedios para el dolor de barriga.

—Pero aquí abajo no vamos a encontrar bayas de enebro para Cascarón —maulló Ala de Mariposa, señalando un arroyuelo—. Hay demasiada humedad.

—¿Por qué Hojarasca y tú no os alejáis un poco de la orilla? —propuso Carbonilla—. Desde aquí veo unos arbustos. Puede que alguno sea un enebro.

—Claro.

Ala de Mariposa se alejó del agua, en dirección a las colinas que habían cruzado la noche anterior. Hojarasca la siguió, aliviada por sentir un suelo más seco y duro bajo sus patas.

Cuando llegaron al terreno elevado,

se encaminaron hacia un bosquecillo resguardado. Hojarasca reconoció de inmediato entre la vegetación las hojas oscuras y puntiagudas y las bayas moradas de los enebros.

—Justo lo que necesitamos —maulló alegremente.

Comenzó a arrancar algunas ramitas y, en cuanto recolectaron todo lo que podían cargar, regresaron hacia el lago. Al salir de entre los árboles, Hojarasca distinguió las minúsculas y difusas figuras de Carbonilla y Cirro en la distancia, siguiendo el borde del agua. Desde esa altura, se dio cuenta de que lo que había tomado por una lengua de tierra era en realidad una isla separada

de la orilla por un estrecho canal.

—¡Mira! —dijo a Ala de Mariposa —. Hay una isla en el lago.

A la joven curandera le brillaron los ojos.

—¡Sería un lugar estupendo para celebrar las Asambleas! —exclamó—. Es lo bastante grande para los cuatro clanes, y ahí nada nos molestaría. Vamos a contárselo a los otros.

Tras recoger sus ramitas de enebro, echó a correr hacia Carbonilla y Cirro.

Hojarasca recogió sus provisiones y la siguió más despacio. Ala de Mariposa no le había dado la oportunidad de decir que sólo los gatos del Clan del Río sabían nadar de verdad

y que ningún otro clan podría alcanzar la isla. Era una lástima, porque su amiga tenía razón: la isla sería un lugar perfecto para que se reunieran los cuatro clanes, a salvo de los depredadores y los Dos Patas.

Cuando llegó junto a los demás, Ala de Mariposa estaba contándoles emocionada lo de la isla. Los cuatro caminaron juntos por la orilla para verla mejor. Allí, el suelo estaba más seco y descendía hasta una ribera rocosa; en algunas grietas crecían espinos.

—Parece bastante seguro —maulló Carbonilla—. Pero ¿cómo llegaríamos hasta ella? ¿Te apetece contar a los veteranos que tendrán que nadar cada

vez que quieran asistir a una Asamblea?

Cirro soltó un resoplido risueño y Ala de Mariposa pareció dolida.

—Quizá sea poco profundo y se pueda vadear… —intervino Hojarasca diplomáticamente, aunque ella no estaba dispuesta a comprobarlo.

—Podría nadar hasta allí y echar un vistazo —se ofreció Ala de Mariposa.

Carbonilla asintió.

—Si quieres intentarlo…

Ala de Mariposa no necesitó más apoyo para lanzarse rocas abajo.

—¡Ten cuidado! —le pidió Hojarasca.

Su amiga respondió agitando la cola antes de meterse en el lago. Enseguida,

el agua le llegó hasta la barriga y tuvo que ponerse a nadar, impulsándose con brazadas potentes y decididas. Estaba claro que no se podía llegar a la isla vadeando ese canal. Hojarasca entornó los ojos —la luz del sol se reflejaba en el agua— mientras seguía el progreso de la pequeña cabeza atigrada que avanzaba entre las ondas.

—¿Por qué no cazamos algo mientras esperamos? —preguntó Cirro a sus espaldas—. ¡Tengo tanta hambre que podría comerme un tejón!

Al oír esas palabras, Hojarasca fue consciente de cómo le rugía el estómago, pero no se movió hasta ver que Ala de Mariposa alcanzaba la orilla

de la isla. Su amiga salió del agua y agitó la cola alegremente antes de desaparecer entre los arbustos.

La aprendiza se volvió justo a tiempo de presenciar cómo Cirro cazaba un campañol y se ponía a devorarlo con rápidos mordiscos. No pudo evitar sentirse aliviada por que no hubiese atrapado una rana o un sapo, por si acaso le ofrecía un poco. Habría sido una grosería decirle que no, pero no tenía tanta hambre como para comerse algo de aspecto tan duro y poco apetitoso.

Más allá Carbonilla estaba acechando una presa entre la alta hierba que crecía al pie de las rocas. Un

instante después, consiguió cobrar la pieza y llamó a Hojarasca moviendo la cola.

—Venga. Ala de Mariposa estará bien. Aquí hay mucho que cazar.

Hojarasca volvió a mirar en dirección a la isla, pero ya no había ni rastro de la curandera del Clan del Río y, además, ella no podía hacer nada para ayudarla. Al aproximarse con sigilo al montón de rocas más cercano, oyó el correteo de una pequeña criatura y se quedó inmóvil. El movimiento de una brizna de hierba dejó ver a otro campañol, que escarbaba entre las semillas caídas al suelo. Hojarasca avanzó poco a poco, sin levantar apenas

las patas. En cuanto tuvo la presa a su alcance, atacó y la despachó con una dentellada veloz en el cuello.

La joven gata no recordaba cuándo había sido la última vez que había visto un campañol tan rollizo. Las presas que quedaban en el bosque después de que los Dos Patas comenzaran a destrozarlo estaban escuálidas y aterrorizadas, y durante el viaje habían tenido pocas ocasiones de cazar como era debido.

Estaba terminándose el último y satisfactorio pedazo cuando oyó la exclamación de Cirro:

—¡Ya vuelve Ala de Mariposa!

Hojarasca engulló el bocado y corrió a la orilla. La joven curandera

nadaba con brío hacia ella y no tardó en pisar tierra firme y sacudirse el agua del pelo.

—¿Y bien? —quiso saber Carbonilla—. ¿Qué has descubierto?

Ala de Mariposa soltó un largo suspiro.

—¡Es el sitio perfecto! Crecen árboles y arbustos por todo el contorno, pero justo en el centro hay una gran extensión de hierba. Hay espacio de sobra para que se reúnan todos los clanes.

Cirro negó con la cabeza.

—Quizá esté bien para el Clan del Río, pero es imposible que los otros tres clanes acepten reunirse ahí. —Y añadió

con tono sombrío—: Algunos gatos con más valor que sentido común morirían si lo intentaran.

—Y justo en mitad del claro —continuó Ala de Mariposa entusiasmada, como si Cirro no hubiese hablado— hay un roble enorme. Es tan grande como los de los Cuatro Árboles, pero tiene ramas bajas, de modo que los líderes podrían trepar hasta ellas para dirigirse a los clanes. —Sus ojos azules centellearon—. ¡Ojalá nos sirviera!

—Sí, pero no nos sirve —maulló Carbonilla en tono pesaroso—. Aunque tienes razón, Ala de Mariposa: suena perfecto. Gracias por inspeccionar la isla.

—También hay presas —añadió la joven, pasándose la lengua por el hocico.

Hojarasca quería preguntarle si había reparado en algo insólito en la isla, como una roca de forma extraña o un árbol retorcido, algo que sugiriera la presencia del Clan Estelar. Quizá la isla no valiese para las Asambleas, pero tal vez hubiera allí una nueva Piedra Lunar.

En cualquier caso, en cuanto quedó claro que los demás curanderos no consideraban que la isla fuera adecuada para las Asambleas, Ala de Mariposa se alejó. Echó a andar por la orilla arrastrando la cola, cansada de nadar, y Hojarasca se dijo que se lo preguntaría

en otro momento.

Cirro y Carbonilla también iniciaron el regreso al campamento provisional. Hojarasca fue la última en ponerse en marcha, tras mirar con pesadumbre la isla. Los clanes necesitaban un lugar donde reunirse y una Piedra Lunar tanto como campamentos protegidos y seguros y rebosantes de presas. El punto de reunión y la Piedra Lunar serían el hogar del quinto clan que también se había visto obligado a abandonar el bosque: el Clan Estelar.

Hojarasca se estremeció, a pesar de que los juncos la resguardaban de la fría brisa procedente del lago. A menos que encontraran esos lugares pronto, el

futuro de los clanes en el nuevo territorio estaría lleno de sombras de duda.



3

Vaharina guió a la patrulla a través de la cenagosa orilla a un ritmo constante. Zarzoso, que iba detrás de ella, inspiró profundamente y olfateó el aire cargado de olor a presas, disfrutando de la calidez del débil sol invernal. Sentía deseos de apretar el paso, pero se obligó a sí mismo a mantener el ritmo que había establecido

la lugarteniente del Clan del Río, consciente de que tenían un largo camino por delante.

—Este sitio no me gusta —refunfuñó Esquiruela al resbalar de nuevo en otro hueco embarrado. Se detuvo para sacudirse el agua de la pata delantera, con expresión de disgusto—. Si nos quedamos a vivir aquí, acabaremos teniendo patas palmeadas.

—Quizá no esté tan mal para el Clan del Río —contestó Vaharina—. Pero en un terreno así no habrá muchas presas, así que no sería muy conveniente.

—No tenemos por qué ocupar todo el territorio que rodea el lago —repuso Trigueña—. Hay espacio de sobra, así

que no pasa nada si nadie quiere ocupar esta zona.

Zarzoso se paró a observar el paraje que los rodeaba. A un lado se elevaba con brusquedad hacia una sucesión de colinas. Ahora, el cercado de los Dos Patas y los caballos quedaban a sus espaldas, y más allá la herbosa ladera desaparecía bajo una frondosa extensión de aulagas y otros arbustos. Por delante de ellos, el terreno pantanoso se extendía hasta la orilla del lago, y en la distancia Zarzoso distinguió una estribación boscosa que se adentraba en el agua. Ya estaban cerca de los árboles.

—Parece que pronto saldremos de la zona pantanosa —maulló.

—¿No podemos subir a esa colina, Zarzoso? —preguntó Esquiruela—. Por favor. Estoy harta de tener las patas mojadas.

—Además, ahí arriba habrá presas —maulló Trigueña con anhelo—. ¿Tú qué dices, Zarzoso? Necesitamos cazar.

—Se supone que tenemos que patrullar el lago —replicó él.

—Y el territorio que lo rodea —le recordó Corvino Plumoso.

—Supongo que podríamos hacer alguna incursión más allá del lago —maulló el guerrero, pensativo—. No descubriremos mucho si nos limitamos a recorrer la orilla. Empecemos subiendo a esas colinas. Cazaremos de camino,

y…

Lo interrumpió una tos queda, y Zarzoso notó un hormigueo al ver que Vaharina estaba mirándolo fijamente.

—Lo… lo… lo lamento, Vaharina —tartamudeó—. Quiero decir, si a ti te parece bien.

Un brillo divertido centelleó en los ojos de la lugarteniente.

—Mira, Zarzoso, quizá sea mejor que tú te pongas al mando. Es evidente que estos gatos están acostumbrados a aceptar tus órdenes.

—Yo no diría tanto. —Zarzoso se sintió más avergonzado todavía—. En general, solíamos debatir las cosas en nuestro primer viaje.

—Quiere decir que discutíamos a menudo —intervino Trigueña secamente—. Por lo menos, algunos de nosotros —añadió, mirando con dureza a Esquiruela y Corvino Plumoso.

—¿Qué, nosotros? —Esquiruela abrió los ojos al máximo, enroscando la cola al mismo tiempo—. ¡Jamás!

Sofocando un ronroneo de risa, Zarzoso encabezó la marcha hacia la ladera en busca de un suelo más seco. Agradeció al Clan Estelar que Vaharina comprendiera que ellos se habían acostumbrado a organizarse solos durante el viaje, sin la típica jerarquía de los clanes, de líderes, lugartenientes y guerreros experimentados. Se sentía

bien viajando de nuevo con sus amigos, aunque notaba la ausencia de Borrascoso como una espina en el costado. Se preguntó cómo serían las cosas cuando los clanes se separaran y él perdiera la desinteresada amistad con Corvino Plumoso y Trigueña. ¿Seguiría creciendo el vacío que sentía en su interior?

En la colina, ladera arriba, había presas entre los arbustos, y los gatos no tardaron en cobrarse buenas piezas y en disfrutar de una comida suculenta.

—Mmm… —murmuró Esquiruela, tumbándose y estirando las extremidades con placer—. Es el ratón más sabroso que he comido en lunas. Ahora me iría

de maravilla una buena siesta.

—¡Ah, no, de eso nada! —Zarzoso la arañó con la zarpa—. Tenemos un largo camino por delante, y hemos de aprovechar la luz del día para llegar lo más lejos posible.

—Vale, vale, no te sulfures. —Esquiruela se levantó con mirada burlona—. Eres una bola de pelo marimandona. ¡No te olvides de que ya soy guerrera!

Pasó por delante de él dándole un golpecito con la cola.

—¡No me das la ocasión de olvidarlo! —replicó Zarzoso, aunque no pudo disimular la risa.

Se preguntó cuánto tiempo hacía que

no tenían la oportunidad o las fuerzas para bromear.

Reunió a los demás —Vaharina lo observó dar órdenes sin decir nada; la expresión de sus ojos era indescifrable —, e iniciaron de nuevo la marcha. Al mirar atrás, en dirección al campamento provisional, Zarzoso descubrió que la lengua de tierra que había visto antes era, en realidad, una isla. Había tres diminutas figuras contemplándola desde la orilla.

—¡Ahí está Hojarasca! —exclamó Esquiruela.

Zarzoso no le preguntó cómo podía reconocer a su hermana desde tan lejos. Sabía que entre ellas había una especie

de conexión especial, de modo que ambas sabían siempre dónde estaba la otra y cómo se sentía. Notó una punzada de celos, pero la sofocó.

Descendieron hacia la orilla, más allá de la isla. Para alivio de Zarzoso, las zonas cenagosas y las charcas bordeadas de juncos fueron desapareciendo poco a poco. El suelo estaba ahora cubierto de una hierba larga que resultaba refrescante y cómoda para sus patas.

—¡Esto está mucho mejor! —masculló Corvino Plumoso.

Los gatos del Clan del Viento eran los menos habituados al suelo húmedo, ya que procedían de una meseta seca y

arenosa que se hallaba por encima del bosque en el que vivían los demás gatos.

El sol llegó a su cenit y lo rebasó a medida que los cinco gatos recorrían el borde del lago. Una franja de guijarros lisos y redondos discurría a lo largo de la ribera, y a Zarzoso le recordó a los márgenes del río del bosque. A poca distancia de la orilla, vio las ondas formadas por un pez al saltar.

—Presas abundantes para el Clan del Río —le dijo a Vaharina.

Ella asintió.

—Así es, pero tal vez tengamos que aprender nuevas técnicas de pesca. Estamos acostumbrados a plantarnos en la ribera o sobre los pasaderos y a sacar

los peces con las zarpas. ¿Cómo nos las arreglaremos si todos los peces van a esconderse al centro del lago?

Esquiruela soltó un bufido risueño, pero Zarzoso la hizo callar con una mirada ceñuda. Vaharina no hablaba en broma: sin las técnicas de pesca adecuadas, su clan podría morir de hambre junto a un lago lleno de peces. El guerrero entornó los ojos y miró al extremo opuesto del lago, hasta el borrón verdoso en el que podría haber la clase de árboles entre los que vivía antes el Clan del Trueno. Seguro que cazar allí ardillas y ratones sería igual que en el bosque, ¿no?

Los guijarros que pisaban se

tornaron más grandes y resbaladizos, de modo que redujeron el paso para avanzar con cuidado, sin que las patas se les quedaran atrapadas entre las piedras. El lago se curvaba en la zona que había más adelante, y Zarzoso se detuvo a contemplar la orilla opuesta. Al borde del agua había pinos rodeando un espacio cubierto de hierba, donde una estructura de madera se metía en el lago. Se parecía un poco al puente de los Dos Patas que había en los viejos territorios, pero no parecía llevar a ninguna parte.

—¿Qué es eso? —preguntó Zarzoso, señalando con la cola.

—Una cosa de los Dos Patas —contestó Corvino Plumoso con desdén.

—Espero que eso no signifique que esto está plagado de Dos Patas —maulló Trigueña.

—Creo que no —repuso Vaharina—. No veo ningún Dos Patas por aquí. A lo mejor sólo vienen en la estación de la hoja verde, como hacían en nuestro territorio. A sus cachorros les gusta jugar en el agua.

—Yo siempre he pensado que los Dos Patas tienen cerebro de ratón —resopló Corvino Plumoso.

Esquiruela estaba observando esa especie de puente con la boca abierta, para absorber todos los olores que arrastraba la brisa.

—No huelo más que a bosque y a

presas —informó finalmente.

—Estamos demasiado lejos para captar todos los rastros olorosos —maulló Zarzoso—. Podremos comprobarlo cuando lleguemos allí. Como dice Vaharina, ahora no hay Dos Patas por aquí.

Hizo una seña a la patrulla para continuar. Avanzaron en silencio, como si el medio puente de los Dos Patas les hubiera recordado a sus viejos enemigos y los hubiera vuelto más cautelosos. Poco después, Zarzoso oyó otro sonido por encima del de las olas de la orilla: el gorgoteo de una corriente de agua. El suelo se tornó más húmedo, y vieron una densa línea de juncos que se adentraba

en el bosque.

—¡Un arroyo! —exclamó Vaharina, corriendo hacia allí.

Los demás apretaron el paso y se reunieron con ella en la ribera. Tras serpentear entre los carrizos, Zarzoso vio que el arroyo desembocaba en el lago. Era más ancho que los que habían cruzado con anterioridad, demasiado para salvarlo de un salto, con profundos canales reptando alrededor de bajíos pedregosos y pequeñas islas rocosas. El agua parecía verde y fresca, oscurecida por la sombra de los juncos y los pocos árboles que crecían junto a la orilla. Las matas de helechos resecos prometían una vegetación más exuberante en la

estación de la hoja verde.

Vaharina miró a su alrededor, agitando la punta de la cola.

—Al Clan del Río le gustaría un lugar como éste.

Zarzoso reparó en que la lugarteniente no se había apresurado a reclamar el territorio para su propio clan, aunque vio el anhelo en sus ojos mientras inspeccionaba el arroyo. Estaba de acuerdo con ella en que sería un buen lugar para el Clan del Río, pero no era él quien debía decidirlo. Su obligación era informar al resto de los gatos cuando terminaran de explorar los territorios que rodeaban el lago, y los líderes decidirían cómo repartírselos.

—¡Eh! —exclamó Esquiruela—. ¡Acabo de ver un pez!

Al cabo de un segundo, Zarzoso también vio uno, un destello plateado que formó ondas al rozar la superficie del agua.

—¡Perfecto! —maulló Vaharina—. ¿Queréis que pesque unos cuantos para todos?

—Nosotros ya sabemos pescar, gracias —contestó Trigueña educadamente, aunque con un tono un poco cortante.

Vaharina la miró con curiosidad.

—¿Y dónde habéis aprendido?

—En nuestro primer viaje —respondió Corvino Plumoso

bruscamente—. Nos enseñó Plumosa.

El guerrero giró en redondo y dio unos pasos por la orilla. Finalmente, se apostó cerca del agua, contemplando las profundidades con una zarpa alzada, listo para atacar.

A Zarzoso le dolió el corazón por su amigo. Ninguno de ellos olvidaría jamás a la valiente y dulce guerrera del Clan del Río, que tanto había ayudado a que Corvino Plumoso se sintiera a gusto en el grupo, y que al final había dado su vida para salvarlo de Colmillo Afilado. El guerrero del Clan del Trueno se preguntó si el dolor de Corvino Plumoso desaparecería alguna vez. En ocasiones, parecía tan quisquilloso y reservado

como al principio de su viaje, antes de aprender a confiar en sus compañeros, y antes de enamorarse de Plumosa.

Vaharina respondió con un murmullo comprensivo. Zarzoso también vio pena en sus ojos, y recordó que ella había sido la mentora de Plumosa. Pero la lugarteniente no intentó acercarse al guerrero del Clan del Viento para consolarlo. Quizá sabía que él no aceptaría de buen grado que alguien se inmiscuyera en sus tristes recuerdos. En lugar de eso, la lugarteniente se agazapó donde estaba, a esperar que un pez se acercara. Esquiruela y Trigueña se le unieron, pero Zarzoso se quedó junto a los carrizos, con todos los sentidos

alerta, pendiente de cualquier peligro que pudiera amenazarlos. Todavía no sabían qué podía ocultar aquel nuevo territorio, y cuatro gatos concentrados en cazar serían una presa fácil para un zorro hambriento.

No había rastros de olor de depredadores ni de Dos Patas, y para cuando sus amigos consiguieron sacar varios peces del arroyo, no los había inquietado ni el menor sonido.

—¿No tienes hambre, Zarzoso? —le preguntó Esquiruela, acercándose hasta él para dejar en el suelo un grueso pez plateado—. ¿O es que ya te has olvidado de pescar?

—¡Estaba vigilando…! —protestó

el guerrero, pero se detuvo al ver un centelleo en los ojos verdes de la guerrera.

—Cerebro de ratón… —ronroneó la joven, empujando el pez hacia él—. Sé exactamente qué estabas haciendo, y he pescado de sobra para los dos. Ven a compartirlo.

Cuando Zarzoso se sentó al lado de Esquiruela, Trigueña los miró entornando los ojos.

—Parecéis muy unidos —señaló quedamente—. ¡No hace falta preguntarle al Clan Estelar qué os depara el futuro!

Zarzoso se agitó azorado, incómodo ante la idea de que los demás cotillearan

sobre con quién le gustaba pasar el tiempo, pero se relajó de inmediato. No tenía ninguna razón para ocultar sus sentimientos hacia Esquiruela, y menos aún a su hermana.

—Entonces el Clan Estelar ya tiene una cosa menos de la que preocuparse —replicó alegremente.

Cuando terminaron de comer, Zarzoso se levantó pasándose la lengua por el hocico.

—¿Y ahora hacia dónde vamos? —preguntó—. ¿De nuevo hacia el lago, o seguimos un poco el arroyo?

—A mí me gustaría explorar el arroyo —maulló Vaharina—. Podríamos ver si hay buenos lugares para un

campamento.

Zarzoso asintió, y avanzaron en fila india por la ribera, alejándose del lago. El joven guerrero dejó que Vaharina fuera en cabeza, porque ella sabía mejor que nadie cómo sería un buen campamento para el Clan del Río. Hasta donde él podía ver, había muchos sitios donde los compañeros de clan de Vaharina se sentirían como en casa: cañaverales, zarzales donde encontrar presas que no fueran peces, siempre sin dejar de oír el borboteo del arroyo. Poco después, se cruzaron con un arroyuelo que descendía por una ladera completamente cubierta de helechos y musgo, hasta unirse al arroyo principal.

La tierra que había entre ambas corrientes estaba resguardada por avellanos y zarzales.

—¡Esto es perfecto! —exclamó Vaharina.

Con ojos relucientes, cruzó el arroyo saltando de una isla rocosa a otra, y luego se detuvo, como si hubiera recordado de pronto que debía estar atenta a posibles peligros. Levantó la cabeza para olfatear el aire, antes de desaparecer en la vegetación.

—Parece que el Clan del Río ya se ha establecido —comentó Trigueña.

—No hay nada establecido —le recordó Corvino Plumoso, cortante—. Son los líderes los que deben decidir

cómo se repartirán los territorios.

—Bueno, no me digas que el Clan del Viento quiere vivir junto a un arroyo, porque no me lo creeré —replicó Esquiruela.

—Corvino Plumoso tiene razón, pero no hay por qué discutir —intervino Zarzoso.

Intentó sonar neutral, pero no pudo evitar sentir una punzada de envidia. Aquel lugar era perfecto para el Clan del Río, pero también le iría muy bien al Clan del Trueno. Vale, era cierto que nunca habían pescado en el bosque, pero podían aprender, y allí había suficientes árboles para conseguir también presas con pelo. No iba a decir nada ahora para

no disgustar a Vaharina, pero no habría decisiones definitivas hasta que lo hubieran visto todo.

—Con un poco de suerte, encontraremos algo adecuado para todos nosotros —maulló con firmeza.

Vaharina no tardó en regresar, con la cola bien alta y los ojos brillantes de satisfacción.

—Ya he visto suficiente, al menos de momento —maulló—. Desde luego, podríamos instalar aquí nuestro campamento. Sigamos adelante, a ver si también podemos encontrar algo para vuestros clanes.

Procurando no sentirse irritado por el tono de suficiencia de la gata —como

si estuviera haciéndoles un gran favor al acompañarlos cuando el Clan del Río ya había encontrado su hogar perfecto—, Zarzoso se reunió con ella al otro lado del arroyo principal. Se encaminaron de nuevo hacia el lago, pasando ante el lugar en el que habían pescado, y salieron de entre los árboles a un espacio abierto que se extendía hasta la orilla. No muy lejos, se hallaba el medio puente de los Dos Patas, y ahora que estaban más cerca, Zarzoso captó en el aire un olor débil pero inconfundible.

—¡Hay un Sendero Atronador cerca! —bufó.

El pelo de su lomo se erizó, y la sangre se le heló en las venas, al

recordar a los monstruos mecánicos de los Dos Patas que arrasaban el bosque, arrancando árboles de raíz y dejando un paisaje irreconocible, lleno de barro y profundos surcos. ¿Acaso los Dos Patas y sus monstruos también los expulsarían de allí?

A su lado, Esquiruela estaba muy quieta y con todo el pelo erizado, como si también estuviera presenciando de nuevo la destrucción de su hogar.

—Yo no he oído ningún monstruo —maulló Vaharina con calma—. Vayamos a echar un vistazo.

Dio un paso adelante, pero volvió la vista atrás al advertir que ninguno de ellos la seguía.

—Mirad. Hemos vivido cerca de los viejos Senderos Atronadores durante estaciones y estaciones, y nunca le han hecho el menor daño a ningún gato que tuviera cuidado. Éste parece más tranquilo incluso; hoy no hemos oído ni un solo monstruo de los Dos Patas. No tenemos por qué darle tanta importancia. Vamos, tenemos que echar un vistazo.

Zarzoso se sacudió el miedo de encima. Se enfadó un poco consigo mismo por haberse quedado paralizado ante el primer atisbo de peligro, permitiendo con ello que Vaharina volviera a tomar el mando de la patrulla. Se puso en marcha recelosamente, con los otros apiñados a su alrededor. El

hedor del Sendero Atronador se intensificó, y pronto vieron la dura superficie negra que zigzagueaba entre la hierba como una serpiente aplastada. Era mucho más estrecho que el viejo Sendero Atronador, y, como había señalado Vaharina, no había monstruos corriendo de un lado a otro.

—¿Para qué sirve? —se preguntó Corvino Plumoso, llegando justo hasta el final—. Mirad: va hasta el lago y allí se acaba.

Zarzoso se dio cuenta de que tenía razón. El Sendero Atronador terminaba justo al lado del lago, en un área amplia, cubierta con el mismo material negro y duro. En un extremo había una pequeña

construcción de los Dos Patas hecha de madera.

—El olor a Dos Patas es débil y rancio —apuntó Trigueña—. Diría que hace lunas que no vienen por aquí.

—¡Mirad lo que he encontrado!

Zarzoso se volvió, y se quedó de piedra al ver que Esquiruela se había aventurado a recorrer el medio puente y ahora estaba observando el agua.

—¡Ten cuidado! —exclamó el joven guerrero, corriendo a su lado.

Sus patas produjeron un tenue repiqueteo sobre las tablas de madera; cada pocos pasos, una tabla suelta traqueteaba siniestramente. El joven guerrero intentó no pensar en qué

ocurriría si cayera en aquella helada agua gris.

—¡Mira!

Esquiruela se inclinó sobre el borde e irguió las orejas.

Siguiendo sus indicaciones, Zarzoso vio otro objeto de los Dos Patas flotando sobre el agua. Parecía una hoja boca arriba, pero era muchísimo más grande y de madera. Estaba oculto en parte por el medio puente, por eso no lo habían visto desde la orilla.

—¿Qué es eso?

—Los Dos Patas lo llaman «barca» —les dijo Vaharina, que también se había acercado. Su pelaje estaba liso por completo; era evidente que a ella no

le preocupaba el traqueteante medio puente—. A veces traían unas como éstas a nuestro río… ¿Nunca las visteis? Solían usarlas para pescar.

Zarzoso intentó imaginarse a un Dos Patas inclinado en esa barca, esperando atrapar un pez con sus grandes y torpes zarpas. Le costaba creer que fueran lo bastante rápidos para atrapar alguno, pero, si Vaharina lo decía, debía de ser cierto.

—Éste es probablemente un lugar al que los Dos Patas vienen en la estación de la hoja verde, como hacían en el río —continuó la lugarteniente—. Eso significa que, por ahora, no tenemos que preocuparnos por ellos.

—Pero tendremos que hacerlo en la estación de la hoja verde —maulló Esquiruela.

Vaharina se encogió de hombros.

—Ya pensaremos en eso en su momento. Para entonces, la vegetación también será más frondosa. Podremos mantenernos fuera de su camino, como hacíamos en nuestro bosque.

Levantó la cabeza para mirar directamente a Zarzoso y Esquiruela, y su mirada incluyó también a Corvino Plumoso y Trigueña, que estaban esperando nerviosos allí donde el medio puente se unía con la orilla.

—Por supuesto que habrá peligros en nuestro nuevo hogar, sean cuales sean

—señaló Vaharina—. Pero no debemos olvidar que en el bosque también teníamos enemigos, incluso antes de que los Dos Patas llegaran con sus monstruos. Si el Clan Estelar nos ha traído hasta aquí, no es porque no hubiera peligros, sino porque podíamos aprender a vivir entre ellos, igual que hicimos antes.

Esquiruela asintió, arrepentida, pero Zarzoso frunció el hocico. No le gustaba cómo los trataba Vaharina, como si fueran aprendices temerosos. ¡Ella no tenía ni idea de los peligros a los que se habían enfrentado en el viaje al lugar donde se ahoga el sol! Habían tenido que cruzar más Senderos Atronadores de

los que la gata había visto en toda su vida, además de tener que eludir a perros, mascotas hostiles, Dos Patas que querían atraparlos, zorros hambrientos…

—¿Vas a quedarte ahí para siempre?

Esquiruela había pasado ante él y estaba mirándolo por encima del hombro, alzando la cola de modo inquisitivo. Vaharina ya estaba en la orilla con los demás.

—No… Ya voy —masculló el guerrero.

Siguió a Esquiruela por el medio puente, e intentó no rebelarse cuando Vaharina encabezó el grupo para salir del claro, alejándose del Sendero

Atronador.

—Ella es la lugarteniente de su clan, Zarzoso —murmuró Esquiruela, rezagándose un poco para que su amigo la alcanzara—. No puedes culparla por tener más experiencia que nosotros.

Sin apenas poder contener la rabia, Zarzoso estaba ya a punto de replicar que su viaje al lugar donde se ahoga el sol les había dado más experiencia que la que pudiera tener cualquier otro gato forestal, cuando vio la comprensión que brillaba en los ojos verdes de Esquiruela. No era justo desahogarse con ella. Si era sincero consigo mismo, sentía vergüenza por haberse quedado paralizado de miedo al ver el Sendero

Atronador, temiendo que lo que los había expulsado del bosque pudiera ocurrir de nuevo.

Se acercó un poco más a Esquiruela para lamerle la oreja.

—Lo sé —maulló—. Y todo lo que ha dicho Vaharina es cierto. Venga, no nos quedemos atrás.

Echaron a correr, y el joven guerrero sintió una oleada de alivio al alejarse del área de los Dos Patas y del medio puente, adentrándose en la siguiente zona de su nuevo territorio.

Estaban aproximándose a la franja de color verde oscuro que habían visto desde el otro lado del lago, en el campamento provisional. Como Zarzoso

se había imaginado, era una zona en la que predominaban los pinos, igual que en la parte del bosque del antiguo territorio del Clan del Trueno que rodeaba el Cortatroncos. El joven guerrero olfateó el aire, pero no había ni rastro del desagradable olor que habían dejado los monstruos que talaban los árboles, y el suelo era plano y liso, sin las cicatrices que las roderas de esos engendros mecánicos dejaban tras ellos.

El sol había comenzado a descender, y su luz rojiza brillaba entre los árboles, proyectando sombras oscuras sobre la zona que recorrían los gatos. El pelaje pardo de Trigueña llameaba cuando la luz incidía en sus hombros, y sus ojos

resplandecían.

Zarzoso recordó que no sólo el bosque que rodeaba el Cortatroncos era como ése: el antiguo territorio del Clan de la Sombra también tenía muchos pinos, que daban paso a un terreno cenagoso y húmedo donde sólo crecían unos pocos árboles raquíticos.

—¿Crees que al Clan de la Sombra le gustaría establecerse aquí? —le preguntó a su hermana.

—Quizá —respondió Trigueña agitando la cola—. Pero en nuestro bosque teníamos más árboles de ramas bajas. Nos costaría bastante trepar a la mayoría de éstos.

Zarzoso pensó que la guerrera tenía

razón. Aquellos pinos eran altos y rectos, de tronco liso y resbaladizo, y las ramas más bajas comenzaban muy por encima de sus cabezas. Un gato fuerte podría trepar por el tronco, pero a los veteranos o a las reinas que cargaban con sus cachorros les resultaría difícil. Si los atacaran zorros o tejones, a los gatos más débiles del clan les costaría escapar de ellos.

—Pero no vais a acampar en los árboles —intervino Corvino Plumoso—. Si os quedarais con este territorio, necesitaríais instalar vuestro campamento en un lugar más fácil de defender.

Trigueña asintió mirando a su

alrededor. El viejo campamento del Clan de la Sombra se hallaba en el interior de una gran extensión de zarzales, lo bastante densos para mantener ocultos a los gatos y lo bastante punzantes para desalentar incluso a los zorros más curiosos.

—No veo nada apropiado por aquí —comentó.

El suelo ascendía suavemente, y el lago apenas era visible entre los árboles: un simple destello plateado. Hasta donde Zarzoso alcanzaba a ver, el sotobosque era liso y estaba despejado, con poca vegetación donde encontrar presas. Al olfatear el aire, el único olor más fuerte que el de ellos mismos era el

de ardilla; pero un clan no podía sobrevivir aguardando a que las ardillas bajaran de los árboles.

Sintió una punzada de lástima por su hermana, como un zarpazo. En el bosque que habían abandonado, el territorio del Clan de la Sombra era deprimente y poco acogedor: en parte cenagoso, y en parte un bosque cubierto de maleza y unos pocos árboles. Él siempre se había preguntado si el corazón oscuro de algunos miembros del Clan de la Sombra se debía a su entorno sombrío. Éste no era tan intimidante, pero seguía sin ser adecuado para el Clan de la Sombra.

—Quizá sea diferente más adelante

—maulló para darle ánimos—. Alejémonos un poco más del lago.

Trigueña abrió la marcha, subiendo la ladera con cautela. La espesa alfombra de pinaza amortiguaba sus pasos. Todo estaba tan tranquilo que sus maullidos sonaban demasiado estridentes, de modo que, poco a poco, fueron quedándose en silencio. Zarzoso se pegó un susto de muerte cuando un pájaro lanzó una sonora llamada de alarma.

Esquiruela olfateó unos hongos amarillentos y se apartó arrugando el hocico con asco.

—Yo no querría vivir aquí —le susurró a Zarzoso—. ¿Crees que tiene

sentido seguir explorando?

—Eso es decisión de Trigueña —contestó el joven guerrero—. Esto se parece más al territorio del Clan de la Sombra que todo lo que hemos visto hasta ahora.

Siguieron avanzando, pero, al cabo de muy pocos pasos, Vaharina se detuvo.

—Esto no va bien —maulló—. Estamos alejándonos cada vez más del lago, y pronto anochecerá.

—Yo necesito encontrar un sitio para el campamento del Clan de la Sombra —insistió Trigueña con tozudez.

—Pero los clanes nos han enviado a explorar el perímetro del lago —repuso Vaharina, sacudiendo la cola—. No

podemos perder el tiempo alejándonos tanto. Ya has dicho que estos árboles te recuerdan a tu antiguo hogar, así que quizá éste debería ser el territorio del Clan de la Sombra.

—¿Y qué crees que voy a decirle a Estrella Negra sobre el lugar en el que vamos a vivir de verdad? —La voz de Trigueña era ahora más cortante, y se le empezó a erizar el pelo del cuello—. Ni se te ocurra pensar que el Clan de la Sombra va a quedarse con el peor territorio. Si no hay ningún sitio donde instalar un buen campamento, ¡entonces olvídate!

Vaharina también erizó el pelo del cuello.

—¡Como siempre, el Clan de la Sombra poniendo pegas!

—Para ti está todo bien, ¿no? El Clan del Río lo tiene todo solucionado. ¡Te has dado bastante prisa en proclamar tu derecho cuando hemos encontrado ese arroyo!

Vaharina soltó un bufido furioso, desenvainando las uñas, y Zarzoso se apresuró a colocarse entre las dos gatas enfrentadas. Por mucho que comprendiera a Trigueña, sería un desastre si acabara peleándose con la lugarteniente del Clan del Río. Allí no podían permitirse heridas, sin curanderos ni hierbas medicinales. Además, ¿cómo iban a finalizar su

misión si empezaban a discutir entre ellos?

—¡Basta! Trigueña, nadie obligará al Clan de la Sombra a establecerse en un lugar que no quiera.

—¡Ja!

Trigueña fulminó con la mirada a Vaharina antes de dar media vuelta.

—Creo que deberíamos seguir un poco más —le dijo Zarzoso a la lugarteniente—. También necesitamos buscar un sitio donde pasar la noche.

—Lo sé. —Vaharina aún parecía irritada—. Pero creo que lo mejor sería que volviéramos hacia el lago.

—Pero… —Zarzoso se interrumpió de pronto. Se había levantado una leve

brisa, y arrastraba un olor inesperado. El guerrero olfateó el aire para asegurarse—. ¡Más gatos!

—¿Qué? —Esquiruela se acercó en un par de saltos.

Zarzoso ladeó la cabeza en la dirección en que se dirigían.

—Allí delante.

—Deben de ser descarriados o solitarios. —Corvino Plumoso sonó preocupado—. O tal vez otro clan ya se ha apropiado de esta zona.

Esa posibilidad inquietó a Zarzoso unos instantes, pero luego se consoló con el recuerdo de las estrellas reluciendo en el lago. Si el Clan Estelar los había conducido hasta allí, no podía

haber otros antepasados guerreros custodiando el lugar. El Clan Estelar había permanecido silencioso e invisible mientras los gatos atravesaban las montañas, donde la Tribu de la Caza Interminable cuidaba de su antiguo hogar.

—Quizá sólo están de paso —maulló—. Pero deberíamos comprobarlo.

—No creo que eso sea importante ahora —contestó Vaharina, y movió la cola cuando el guerrero abrió la boca para protestar—. De acuerdo, de acuerdo. Pero serás tú quien cuente a los líderes por qué hemos tardado tanto.

—Muy bien —accedió Zarzoso.

Fueron en dirección al olor. Al cabo de poco, llegaron a un muro bajo de tosca piedra gris; tras él, había una vivienda de los Dos Patas.

—¡Dos Patas! —exclamó Trigueña, asqueada—. Ahí estarán los mininos caseros que olemos.

Esquiruela puso los ojos en blanco.

—¿Y todo este jaleo por unos mininos caseros?

—Vosotros quedaos aquí —maulló Zarzoso en voz baja—. Yo voy a echar un vistazo.

—¿Para qué? —preguntó Vaharina.

La lugarteniente sacudió la cola con impaciencia, pero no dijo nada más cuando Zarzoso empezó a moverse

sigilosamente.

Con la barriga casi pegada al suelo, el joven guerrero se acercó al muro y saltó sobre él. A esas alturas, la luz del sol ya casi había desaparecido, y las sombras empezaban a ocupar el jardín de los Dos Patas. Zarzoso no vio movimiento alrededor de la casa, y estaba a punto de bajar para inspeccionar mejor la zona cuando oyó un sonido de garras en la piedra, e inmediatamente la voz de Esquiruela, que exclamaba:

—¡Nébeda!

—Te he dicho que te quedaras donde estabas —bufó Zarzoso.

Ella le dedicó una mirada inocente.

—¿Ah, sí? Lo lamento. Además, a los curanderos les interesará saber que he encontrado una mina de nébeda.

—Buen olfato —admitió Zarzoso a su pesar—. Ahora, si tienes que venir, quédate conmigo, y, por el Clan Estelar, ¡estate callada!

Saltó al jardín, detrás de una mata de velludas plantas de los Dos Patas. Esquiruela aterrizó con suavidad a su lado, y los dos juntos se aproximaron con cautela a la vivienda. El olor a minino casero era más fuerte allí; Zarzoso pensó que al menos había dos gatos. Estaba a punto de sugerir que volvieran atrás, cuando una luz centelleó en la vivienda y él se encontró

bizqueando ante el resplandor amarillo. Instintivamente, se apartó a un lado, escondiéndose de nuevo entre las sombras, y observó cómo un Dos Patas comenzaba a desplegar pieles para tapar la luz.

—¿Esquiruela? —susurró—. ¿Dónde estás? Salgamos de aquí.

La voz de la guerrera sonó desde el otro extremo de la mancha de luz.

—Ejem… Zarzoso, a lo mejor deberías reconsiderarlo.

Al principio, Zarzoso no la vio en la creciente oscuridad. Pero cuando el Dos Patas tapó la última luz que lo cegaba, enseguida la descubrió cerca de la pared de la vivienda. Esquiruela tenía el lomo

arqueado y el pelo tan erizado que parecía el doble de grande. Frente a ella había dos furiosos mininos caseros, arrinconándola contra la pared.

Zarzoso se quedó mirando la escena con incredulidad. A pesar de su encuentro con un minino casero hostil al principio de su viaje, seguía creyendo que la mayoría de las mascotas eran pequeñas y blandas, y que no suponían ninguna amenaza para un guerrero bien entrenado. Pero aquellos dos parecían fuertes y peligrosos; sus músculos se marcaban nítidamente bajo los lustrosos pelajes. El más cercano a él, un gran gato blanco y negro, tenía una oreja desgarrada, lo que demostraba que

estaba acostumbrado a pelear.

Justo en el momento en que Zarzoso se quedó paralizado, el gato se abalanzó sobre Esquiruela. La guerrera se encogió con un bufido rabioso.

—¡Déjame en paz, minino casero!

Con un aullido iracundo, Zarzoso atravesó el jardín en dirección al gato blanco y negro. Lo derribó de una embestida e intentó inmovilizarlo contra el suelo. El gato se retorció debajo de él, mientras le arañaba la cara y le aporreaba la barriga con las patas traseras. Zarzoso oyó que Esquiruela soltaba un maullido defensivo, y la entrevió rodando por el suelo con el otro minino doméstico, un atigrado

marrón claro.

El miedo golpeó a Zarzoso como una ola helada. El viaje los había dejado flacos y cansados, y no eran oponentes para gatos fuertes, bien alimentados y sedientos de pelea.

Trató de clavar los dientes en la garganta del rival, pero éste se revolvió y volteó a Zarzoso antes de que pudiera morderlo. El joven guerrero notó el peso del gato sobre el cuerpo, y vio unos afilados colmillos blancos cerrándose sobre su oreja. Sintió zarpas arañándole el costado, y golpeó en vano la barriga de su oponente con las patas traseras.

De pronto, sin poder explicarse cómo, Zarzoso dejó de sentir el peso del

minino doméstico. Se puso en pie tambaleándose y resollando, y vio cómo Vaharina propinaba un zarpazo en el hombro del gato. La lugarteniente del Clan del Río dio un salto para ponerse fuera de su alcance, antes de que él pudiera revolverse y encararse con ella. Aún desconcertado, el gato doméstico intentaba recobrar el equilibrio, pero Vaharina saltó sobre su lomo y le clavó los dientes en el pescuezo.

Más allá, el atigrado se separó de Esquiruela y desapareció maullando por la esquina de la vivienda. Zarzoso vio que Trigueña y Corvino Plumoso atravesaban corriendo el jardín, pero, antes de que pudieran unirse a la pelea,

la puerta de la vivienda se abrió de golpe. Un Dos Patas se plantó en el umbral, gritando. Lanzó algo que rozó la cabeza de Zarzoso y aterrizó con gran estruendo en los arbustos. El ruido distrajo a Vaharina, y el gato blanco y negro se zafó de entre sus garras y huyó hacia la vivienda. El Dos Patas dio unos pasos por el jardín, proyectando una sombra larga y amenazadora en medio de la luz que atravesaba la puerta.

—¡Corred! —bufó Vaharina.

Tras asegurarse de que Esquiruela se había incorporado, Zarzoso corrió hacia el muro. Algo más chocó contra el suelo a su lado, y el Dos Patas soltó otro grito. El guerrero trepó el muro arañando la

dura piedra, y aterrizó duramente al otro lado. Los demás lo siguieron mientras huía hacia los árboles, y no se detuvieron hasta que la vivienda del Dos Patas quedó fuera de su vista.

—¡Bueno! —resolló Vaharina—. Quizá me escuches la próxima vez, Zarzoso, y te lo pienses dos veces antes de lanzarte a explorar un territorio desconocido.

Zarzoso bajó la cabeza, ardiendo de vergüenza de las orejas a la punta de la cola. Había sido una estupidez acercarse tanto a esa vivienda. Había estado alardeando, intentando demostrar lo buen líder que podía ser.

—Lo lamento, Vaharina —musitó.

—Deberías. Podrías haber acabado malherido, o atrapado por los Dos Patas. —La voz de la lugarteniente del Clan del Río era áspera. Miró a su alrededor, y añadió—: ¿Tenéis idea de dónde estamos?

Zarzoso advirtió que no se habían alejado de la casa en la misma dirección por la que habían llegado. Estaban rodeados de altos pinos, sin nada que indicara hacia dónde podía estar el lago. Había anochecido casi por completo.

—No, ya veo que no —continuó Vaharina en tono burlón—. Perdidos en un bosque desconocido, y casi de noche. Será mejor que busquemos un lugar donde dormir; espero que encontremos

el camino de vuelta al lago por la mañana.

Se puso en cabeza, avanzando entre los árboles a grandes zancadas y con la cola bien alta. La siguieron Esquiruela y Corvino Plumoso. Trigueña le dedicó a su hermano una mirada comprensiva, y murmuró:

—Sé que intentabas ayudarme, Zarzoso.

El gato se encogió de hombros. No podía alegar nada en su defensa; si había escapado intacto de aquellos mininos domésticos se debía sólo a Vaharina. Se colocó en la retaguardia, arrastrando la cola, y apenas levantó la vista cuando Esquiruela se rezagó para restregarle el

hocico con afecto.

—¡Anímate! —exclamó—. Tampoco ha ido tan mal. Hemos descubierto algo que el Clan de la Sombra necesitará saber si decide establecerse aquí.

—Estrella Negra no querrá a esos mininos domésticos en su territorio —masculló Zarzoso.

—Bueno, yo no estaría tan segura. —Los ojos de Esquiruela centellearon. La joven miró a su alrededor para asegurarse de que Trigueña no podía oírla antes de añadir—: Si quieres saber mi opinión, esos mininos caseros serían unos estupendos nuevos miembros para el Clan de la Sombra.

Zarzoso soltó un ronroneo risueño.

—Venga; no quiero que nos dejen atrás.

Corrieron tras los demás, rozándose mientras zigzagueaban entre los apiñados árboles. El suelo comenzó a empinarse, con rocas sobresaliendo aquí y allá. Zarzoso redujo el paso tras engancharse dolorosamente una de sus garras en una hendidura rocosa. En los huecos que había entre las rocas crecían matas de hierba y pequeños arbustos, y el olor a presas se intensificó.

Trigueña fue la primera en llegar a lo alto de la pendiente. Tras detenerse en una piedra plana, exclamó:

—¡Eh, venid a ver esto!

Vaharina y Corvino Plumoso

corrieron hacia allí, seguidos de Zarzoso y Esquiruela. Aunque el sol ya se había puesto y las sombras iban en aumento, Zarzoso distinguió una hondonada en el suelo, amplia pero poco profunda, semioculta bajo espesos zarzales. La media luna, que brillaba a través de las finas nubes, proyectaba acuosos rayos de luz sobre los árboles que rodeaban la hondonada, cuyas retorcidas ramas casi tocaban el suelo.

Esquiruela le dio un lametón a Trigueña en la oreja.

—¡Un campamento para el Clan de la Sombra! —susurró—. Jamás lo habríamos encontrado si Zarzoso no hubiese ido a husmear a esa vivienda de

los Dos Patas.

Vaharina le lanzó una mirada entre irritada y alegre.

—Puede que sea un buen campamento. —Trigueña intentó sonar tranquila, pero Zarzoso sabía que estaba entusiasmada—. Pero será Estrella Negra quien decida si el Clan de la Sombra se instala en este territorio.

—Por lo menos es posible —maulló Vaharina—. Quizá encontréis lugares incluso mejores, cuando tengáis ocasión de explorarlo como es debido.

—Sea como sea, es demasiado tarde para continuar hoy —señaló Corvino Plumoso.

—Tienes razón —coincidió

Esquiruela—. ¡Se me van a caer las patas de cansancio! ¿Dónde vamos a dormir?

Zarzoso pensó que sería una buena idea refugiarse bajo los arbustos de la hondonada, pero tenía sed, y había visto agua al pie de la ladera que acababan de ascender. Volvió sobre sus pasos cuidadosamente, y los demás lo siguieron.

Al agacharse junto a Zarzoso a beber en la pequeña charca, Vaharina preguntó:

—¿Cazamos? ¿O lo dejamos para mañana?

—Mejor para mañana —contestó Esquiruela, aunque la pregunta no iba

dirigida a ella. Bostezó con ganas—. Estoy tan cansada que no podría atrapar a un ratón ni aunque se sentara en mis zarpas. Además, ¡hoy hemos comido de sobra para alimentar a todo un clan!

Zarzoso se dijo que Esquiruela tenía razón. En el bosque había muchos días en los que el clan no encontraba tantas presas como ellos en aquel día de patrulla.

Cuando todos los gatos hubieron bebido, se acomodaron para dormir sobre la hierba. Vaharina organizó guardias, y Corvino Plumoso se encargó del primer turno. Mientras se ovillaba confortablemente junto a Esquiruela, Zarzoso distinguió la silueta de las

orejas del guerrero del Clan del Viento, recortadas contra la espesura del bosque.

«Ha sido un buen día —pensó, cerrando los ojos—. Hemos encontrado posibles hogares para dos de los clanes. Pero ¿qué pasa con el Clan del Trueno? ¿Y si no hay ningún lugar para nosotros?».



4

A la mañana siguiente, cuando la patrulla se puso en marcha para hallar el camino de vuelta al lago, las nubes tapaban el sol. Mientras iban en la que creían la dirección correcta, Zarzoso se detuvo de golpe al captar marcas olorosas y ver los muros de la vivienda de los Dos Patas entre los árboles.

—¡Puaj! —exclamó Esquiruela

frunciendo el hocico—. Huele peor que las cagarrutas de zorro. Esos mininos domésticos deben de haber marcado su territorio.

La patrulla esquivó las marcas olorosas con cautela. Para alivio de Zarzoso, no había ni rastro de los hostiles gatos caseros. Sin quitar ojo a la vivienda, recordó por dónde se habían acercado hasta allí la noche anterior, y poco después encontraron el rastro oloroso que ellos mismos habían dejado.

—¡Por aquí! —indicó Zarzoso.

Una fría brisa sacudía la copa de los pinos, y los gatos notaron su intensidad al llegar a la orilla del lago. Zarzoso se

situó de cara al viento, con el pelo aplastado contra los costados. Imaginaba que ya habrían rodeado la mitad del lago y, al mirar atrás, distinguió el borrón oscuro de la isla contra un fondo de colinas verde claro. La superficie del lago estaba gris y picada, bajo nubarrones henchidos de lluvia.

—¡Justo lo que necesitábamos! —se quejó Trigueña, hundiendo el hocico en el pecho.

Tras indicar a los demás que lo siguieran con un movimiento de la cola, Zarzoso regresó al abrigo de los árboles.

—Creo que deberíamos continuar a

cubierto —sugirió—. Aquí estamos más resguardados.

—Siempre que no nos extraviemos de nuevo —advirtió Vaharina—. Será mejor que avancemos sin perder de vista el lago.

Todos se alegraron de escapar del helado viento. Se pusieron en marcha, manteniendo el lago a la vista a través de los árboles, pero sin aventurarse por la despejada orilla.

No habían ido muy lejos cuando Corvino Plumoso soltó un gruñido sofocado y se lanzó a la carrera. Zarzoso captó el olor a ardilla antes siquiera de ver a la criatura de pelo gris, que mordisqueaba una piña al pie de un

árbol. La ardilla irguió las orejas, alarmada, cuando Corvino Plumoso voló hacia ella. Soltó la piña y saltó hacia la seguridad del árbol. Pero el guerrero del Clan del Viento fue más rápido. Con un potente salto, agarró a la ardilla por la cola y la derribó. Regresó con el cuerpo inerte colgando de la boca.

—¡Buena captura! —exclamó Esquiruela.

Corvino Plumoso asintió, dejando la pieza delante de ellos.

—Venga, comamos.

Zarzoso se agachó con los demás para tomar su parte, pero no podía evitar un hormigueo de impaciencia por seguir adelante. Los líderes esperaban que

estuvieran de vuelta al caer la noche para informar de lo que habían descubierto, aún les quedaba mucho territorio por explorar… Y aún había dos clanes sin hogar.

—Vamos, sigamos adelante —maulló en cuanto terminaron.

Para su alivio, Vaharina no puso objeciones; la lugarteniente se limitó a pasarse la lengua por el hocico y se colocó a su lado cuando echaron a andar entre los árboles a buen ritmo.

Zarzoso notaba un cosquilleo de emoción en las zarpas. ¡Aquél podía ser el día en que encontraran el nuevo hogar del Clan del Trueno! El Clan del Río y el Clan de la Sombra ya habían hallado

buenos lugares, e imaginaba que la cadena de cerros que veía al otro lado del lago sería apropiada para el Clan del Viento. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, lo que deseaba era encontrar un sitio en el que su clan pudiera vivir y cazar con seguridad. Su hogar del bosque era perfecto para ellos, a pesar de estar bastante cerca del Sendero Atronador y el poblado de los Dos Patas. ¿Descubrirían allí algo así de bueno?

Como si pudiera leerle el pensamiento, Trigueña, su hermana, se le acercó para restregarle el hocico contra el costado.

—¿Te preocupa algo? —maulló.

—Estoy bien —respondió, intentando convencerse a sí mismo—. Es sólo que estaré más contento cuando encontremos un territorio para el Clan del Trueno.

—Aún queda mucho territorio por recorrer —lo animó Trigueña.

Al poco, tropezaron con un ancho camino que serpenteaba entre los árboles. La alfombra de pinaza daba paso a una corta hierba; había huellas regulares, que se habían llenado de agua hasta formar pequeños charcos.

—Por aquí han pasado caballos… —maulló Corvino Plumoso, antes de beber de uno de los charcos.

Trigueña olfateó el aire.

—También Dos Patas. Pero ahora no hay ni rastro de ellos.

Vaharina estaba observando un árbol que había al borde del camino.

—Eso es una cosa de los Dos Patas —afirmó, señalando con la cola por encima de su cabeza.

Zarzoso siguió su mirada. Había una forma redonda, hecha de algo duro y brillante, sujeta al árbol. Era de un azul intenso, del mismo color reluciente que algunos monstruos del Sendero Atronador.

—¿Para qué creéis que es? —preguntó Esquiruela.

—Quizá sea una especie de marca olorosa de los Dos Patas —sugirió

Zarzoso—. Este camino podría ser una frontera entre dos territorios.

La marca no parecía peligrosa, pero todos los gatos miraron a su alrededor con cautela al cruzar el sendero. Malhumorado, Zarzoso recordó que antes no le daban tanto miedo los Dos Patas. No hasta que llevaron sus monstruos mecánicos al bosque y encerraron en jaulas a todos los gatos que lograron atrapar. Se preguntó si alguna vez volvería a sentirse seguro sabiendo que los Dos Patas estaban cerca, y soltó un suspiro de alivio cuando alcanzaron la protección de los árboles del otro lado.

Poco a poco, el bosque se fue

aclarando, había menos pinos. Empezó a caer una fría lluvia sobre los gatos, y el viento azotaba las ramas, lanzando sobre sus cabezas una rociada de pinaza.

—¡Daría lo que fuera por una guarida calentita! —refunfuñó Esquiruela, sacudiéndose las gotas de agua de las orejas.

Con la cabeza gacha, avanzaron lenta y pesadamente hasta que los árboles desaparecieron de golpe, dando paso a un claro amplio y cubierto de hierba. En el lindero del bosque, cruzaron otro camino de los Dos Patas, más estrecho que el primero, con la hierba pisoteada por muchos pies. Para entonces, estaba todo tan mojado que

ningún gato pudo detectar el menor olor. Lo único que Zarzoso tuvo claro era que, en ese momento, allí no había Dos Patas.

—Ahí hay otro de esos medios puentes —maulló, señalando con las orejas la estructura de madera que sobresalía en el lago.

Atravesaron con cautela el espacio abierto, tan agazapados que la hierba les rozaba la barriga. Por unos instantes, los únicos sonidos que se oían eran los de la lluvia y el viento sacudiendo las copas de los árboles. Desde allí tenían una vista perfecta del lago, y Zarzoso advirtió que estaban a punto de entrar en la última zona arbolada antes de la serie

de cerros desnudos que veía a lo lejos; después de aquel altozano, estaba el cercado de los caballos, y luego el bosquecillo en el que los cuatro clanes aguardaban a la patrulla que había ido en busca de sus nuevos hogares. Si el Clan del Viento iba a ocupar los cerros, lo cual parecía lo más lógico, aquel bosque que ahora tenían delante era la última oportunidad del Clan del Trueno de encontrar un buen lugar donde vivir.

Zarzoso agitó las orejas al captar el sonido de una corriente de agua. Tal vez fuera un buen sitio donde instalar un campamento, cerca de un lugar donde beber.

—Debe de ser otro arroyo —maulló

Corvino Plumoso, que también lo había oído.

El suelo descendía, y la hierba dio paso a una orilla llena de guijarros, que desaparecían bajo un ancho arroyo de corriente rápida. A diferencia del que habían visto cerca de donde podría instalarse el Clan del Río, en ese curso de agua no había pasaderos ni islas que los ayudaran a cruzar.

—Tendremos que vadearlo —declaró Trigueña—. No parece demasiado profundo.

Avanzó hasta la orilla y metió una pata. La sacó enseguida con un bufido: estaba claro que el agua bajaba helada. Luego la gata se sacudió el pelo y siguió

avanzando, colocando cuidadosamente una pata tras otra sobre los resbaladizos guijarros que había bajo el agua. En aquel arroyo había menos juncos que en el que habían pescado el día anterior, y apenas había arbustos ni vegetación. Zarzoso sintió una punzada de decepción. Aquél no era un buen lugar para un campamento, sobre todo con indicios de Dos Patas tan cerca.

—Ten cuidado al llegar al centro —la avisó Vaharina—. A veces hay huecos que no se ven desde la superficie, y de pronto el lecho del cauce puede estar más hondo.

A Trigueña el agua le llegaba ya casi a la barriga. Se detuvo a asentir, sin

volver la vista atrás, y luego continuó con prudencia. Los demás la siguieron. Corvino Plumoso soltó un maullido asustado al resbalar sobre una piedra suelta, pero consiguió recuperar el equilibrio tras dar unas manotadas patosas, y en todo momento mantuvo la cabeza por encima de la superficie del agua.

Trigueña saltó a la orilla y se sacudió el pelaje de las orejas a la cola, salpicando agua a su alrededor.

—No tendréis problema —les dijo a los otros—. No me ha hecho falta nadar.

Helado, empapado e incómodo porque el pelo de la barriga se le pegaba al cuerpo, Zarzoso no estuvo

muy seguro de si eso era una ventaja. A su lado, Vaharina avanzaba segura por el agua, igual que si estuviera pisando tierra firme. Zarzoso se había dado cuenta de que la lugarteniente vigilaba de reojo a Esquiruela, que era la que tenía las patas más cortas de todos y se veía obligada a echar la cabeza hacia arriba para no mojarse el hocico.

En la ribera opuesta del arroyo había otra extensión de hierba, con más árboles al fondo. Calado hasta las orejas cuando por fin alcanzaron la orilla, Zarzoso corrió para ponerse a cubierto, aunque aquellos árboles habían perdido las hojas y apenas proporcionaban cobijo frente a la lluvia.

Se acurrucó bajo un tronco inclinado a esperar a los otros, intentando imaginarse cómo sería ese sitio en la estación de la hoja verde, con hierba más abundante, helechos y un dosel de hojas susurrando sobre él. Ahora mismo, el suelo estaba tan empapado que era desagradable echarse en él, y no vio zarzales ni matorrales de avellano, como los de su antiguo territorio.

Al menos los árboles no eran pinos, como los que habían dejado atrás, sino robles y hayas. Sin duda proporcionarían un buen refugio para los ratones y las aves que el Clan del Trueno solía cazar. Zarzoso empezó a sentirse más animado, pero seguían

inquietándole las señales de actividad de los Dos Patas: los caminos, aquella marca de vivo color en un árbol, los medios puentes… Se preguntó si sería sólo su inquietud la que le decía que allí había más indicios de los Dos Patas que en su antiguo territorio, y sacudió la cabeza para aclararse las ideas.

—¿Qué estás rumiando? —le preguntó Vaharina al llegar junto a él.

Antes de que Zarzoso pudiera responder, Esquiruela se acercó saltando y comenzó a hurgar entre las cáscaras vacías de hayucos que había sobre la hierba.

—Con tantos frutos, esto debería estar repleto de ardillas —maulló.

Vaharina miró a Zarzoso, que entornaba los ojos, pensativo, y él intentó no dar la impresión de que estaba perdiendo la esperanza de encontrar algo para el Clan del Trueno.

—¿Qué os parece si descansamos un rato? —propuso la lugarteniente—. Busquemos algún sitio resguardado de la lluvia, y esperemos que pare pronto.

—Esperando no se cazan presas —replicó secamente Corvino Plumoso, que acababa de acercarse con Trigueña y se sacudía el agua de las orejas.

—Es una buena idea, Vaharina —maulló Zarzoso.

—Si es que encontramos algún refugio —añadió Trigueña.

—Internémonos más en el bosque —decidió Vaharina—. El viento que sopla desde el lago es más frío.

Avanzaron entre los árboles siguiendo una senda escarpada que los alejaba del lago. Cuando aún podían distinguir el brillo plateado del agua a sus espaldas, dieron con un enorme y anciano roble que crecía entre las hayas. Sus retorcidas raíces sobresalían del suelo, y al meterse entre ellas olieron un rancio y débil rastro de conejo, como si aquel lugar hubiera servido de madriguera. Había espacio para que todos los gatos se cobijaran debajo de las raíces, donde estarían protegidos del viento, aunque no del todo de la lluvia.

Zarzoso se apretujó contra Esquiruela y empezó a lamerle gotas de agua del cuello y los omóplatos.

—Esto me parece lo más duro que hemos tenido que hacer durante el viaje —murmuró la joven al cabo de un rato—. Todo este trayecto, todos los peligros a los que nos hemos enfrentado para llegar aquí, las ocasiones en las que hemos estado a punto de fracasar… y ahora tenemos que decidir dónde debería establecer el clan su nuevo hogar. No tengo la sensación de que el Clan Estelar vaya a guiarnos a un campamento agradable y seguro. ¿Y si tomamos una decisión equivocada?

Esquiruela se había acercado tanto a

los temores secretos de Zarzoso que él se quedó mirando maravillado sus ojos, verdes como el bosque.

—Yo también creía que esto sería más fácil —admitió.

Esquiruela miró hacia fuera, parpadeando para librarse de las gotas de lluvia que le caían en los ojos.

—Estos árboles son los adecuados, pero, comparado con nuestro antiguo territorio, esto está muy despejado. El Clan del Trueno no se sentirá seguro aquí, con un sotobosque tan limpio de vegetación.

—Y menos aún si el territorio está lleno de Dos Patas —apuntó Zarzoso.

—¡Venga! —Trigueña dejó de

lamerse el pecho para mirar a su hermano—. En nuestro viejo bosque también había muchos Dos Patas. Antes, eso no era un problema, y no lo será ahora.

Las palabras de la gata eran sensatas, pero, por encima de todo, Zarzoso deseaba sentirse a salvo en su nuevo hogar, y allí no se sentía a salvo, al menos, todavía no.

—Esto tendrá mejor aspecto en la estación de la hoja nueva —intentó animarlo Vaharina—. Como todo.

—Mmm… —Esquiruela se retorció para poder lamerse la base de la cola—. Aun así, todavía tenemos que encontrar un sitio adecuado para un campamento.

—Apenas habéis explorado el territorio —remarcó Corvino Plumoso.

—Lo sé.

Zarzoso hizo un esfuerzo, decidido a dejar de preocuparse, y se concentró en dar unos vigorosos lametazos más a Esquiruela.

Ella abrió la boca en un gran bostezo.

—Esta lluvia no ayuda mucho. Si sigue así mucho más tiempo, me quedaré sin pelo de tanto lavarme.

Zarzoso se detuvo y apoyó el hocico sobre el cálido costado de la joven. Estaba quedándose ya adormilado, cuando ella se retorció y dijo:

—Parece que está escampando.

Zarzoso levantó la cabeza, y vio que el firme repiqueteo de la lluvia sobre la hierba se había transformado en rociadas desiguales y efímeras. El viento había amainado, y un acuoso rayo de sol relucía en las gotas que pendían de las ramas y los tallos.

—Las nubes se están deshaciendo… —maulló Trigueña.

Zarzoso salió de debajo de las raíces. Al alzar la mirada, descubrió que el sol estaba casi en su cenit. El resto de la patrulla salió tras él, y Vaharina olfateó el aire, mientras Corvino Plumoso se atusaba el alborotado pelo de los hombros.

—¿Qué tal si cazamos algo? —

preguntó Esquiruela, estirando una pata tras otra.

—Claro —contestó Zarzoso—. Busquemos alguna presa por ahí.

Sería una buena oportunidad para ver si ese bosque podía alimentar a gatos hambrientos.

Los cinco se desperdigaron entre los árboles. Zarzoso iba aguzando el oído para captar sonidos de presas, y se detenía cada pocos pasos para olfatear el aire. Al principio, sólo pudo oler a hojas mojadas y ramas goteantes, y una vez más se le cayó el alma a los pies. ¿Es que por allí había tantos Dos Patas que todas las presas habían huido? Por lo menos, el suelo era cada vez más

irregular, con arbustos y matas de helechos resecos, donde podrían esconderse pequeñas criaturas.

De pronto, detectó un leve correteo entre las hojas que había al pie de un árbol. Esquiruela lo oyó al mismo tiempo, y se dirigió hacia allí sin pensárselo dos veces. Sus pasos resonaron sobre el suelo, y la presa —un campañol— salió disparada y desapareció en un zarzal. Esquiruela corrió tras el roedor estirando el cuello, y Zarzoso gruñó: la guerrera debería haber sabido de sobra que no podía cazar tan ruidosamente en el silencioso bosque.

—Ahora ya no lo atrapará —

comentó Corvino Plumoso.

Los dos amigos vieron cómo Esquiruela se internaba en los arbustos. Durante un segundo, su pelaje rojizo oscuro fue visible entre las ramas antes de desaparecer. Un aullido brotó de los matorrales, y luego todo quedó en silencio.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Trigueña.

Zarzoso corrió hacia los arbustos, sin acordarse ya del campañol.

—¡Esquiruela! —gritó—. Esquiruela, ¿dónde estás?

Empezó a avanzar entre las espinosas ramas.

—¡Ten cuidado! —le avisó Vaharina

a sus espaldas.

Zarzoso apenas la oyó. Las ramitas más elásticas le golpeaban la cara, y una espina se le clavó en la almohadilla.

—¡Esquiruela! —llamó de nuevo.

—¡Estoy aquí abajo! —fue la lejana respuesta.

Zarzoso miró hacia abajo y soltó un maullido estrangulado. A apenas una cola de distancia, el suelo se hundía abruptamente: un par de pasos más, y él también habría caído por allí.

Miró por encima del hombro y vio que Trigueña lo había seguido.

—Quédate ahí —le advirtió—. Aquí hay una especie de quebrada. Deja que primero eche un vistazo.

Con la barriga pegada al suelo, avanzó hasta que pudo asomarse por el borde. Recordando el precipicio de las montañas por el que había caído Ahumado, se preparó para ver, sobre las rocas del fondo, el cuerpo destrozado de Esquiruela. Sin embargo, en vez de eso lo que vio fue a la gata plantada sobre una mata de helechos, a no más de cuatro colas de zorro por debajo de él, mirando hacia arriba con los ojos desorbitados.

—¡Esquiruela! —exclamó casi sin voz—. ¿Te encuentras bien?

—¡No, para nada! —contestó, malhumorada—. Me he clavado tantas espinas cruzando ese zarzal que me

siento como un erizo. Y no he conseguido atrapar a ese maldito campañol. Pero ¡he descubierto algo asombroso! Ven a ver.

—¿Luego podremos salir de ahí?

Esquiruela suspiró.

—En serio, Zarzoso, ¿acaso eres un ratón? Baja aquí. ¡Tienes que ver esto!

Zarzoso sintió un cosquilleo de emoción. Se volvió hacia los demás miembros de la patrulla. Trigueña seguía donde la había dejado, y Vaharina y Corvino Plumoso miraban angustiados por su costado.

—¿Esquiruela está herida? —preguntó Vaharina.

—No, creo que está bien —contestó

Zarzoso—. Quiere que baje ahí. ¿Vosotros podríais vigilar?

Vaharina asintió, y Zarzoso devolvió su atención a la quebrada. Al observarla bien, vio que no era tan vertical como un precipicio. Era empinada, pero había muchos salientes rocosos y matas de hierba en los que apoyarse. Medio resbalando y medio reptando, llegó hasta donde estaba Esquiruela, plantada entre los helechos y con un aspecto bastante desgreñado.

—¡Aquí! —Dio media vuelta, agitando la cola con impaciencia—. ¿Lo ves?

Zarzoso siguió su mirada más despacio. Se hallaban al borde de un

zarzal, y ante ellos se extendía un ancho espacio herboso, rodeado de paredes de piedra. Allí donde estaban Esquiruela y él, las paredes eran bastante bajas, pero en el extremo opuesto del claro se alzaban sobre sus cabezas hasta una altura de varios zorros.

—Menos mal que no has caído por ese lado —maulló el guerrero.

—Sí, lo sé, pero ¿acaso no lo ves, Zarzoso? —preguntó Esquiruela—. ¡Éste es el nuevo campamento del Clan del Trueno!

—¿Qué?

—Míralo bien —insistió ella—. Es perfecto.

Zarzoso se arrancó una espina del

pelaje y fue hasta el centro del claro. Las paredes rocosas se alzaban a su alrededor, excepto por una abertura bastante cercana que estaba bloqueada por helechos secos y hierba de largos tallos marchitos. Había más zarzales a su alrededor, y vio una o dos grietas que tal vez condujeran a alguna gruta en la parte más alta de la pared. Por fin comprendió lo que quería decir Esquiruela. Aquel lugar podía convertirse en un buen campamento, pero, aun así, había algo en él que lo asustaba.

—No sé… —comenzó, sin querer frustrar las ilusiones de Esquiruela, pero incapaz de apartar la inquietud que lo

incomodaba—. Mira la superficie de la piedra, el modo en que está cortada. Eso sólo pueden haberlo hecho los Dos Patas, y no podemos tener nuestro campamento en un sitio que esté tan cerca de ellos.

—Pero eso debió de ser hace muchísimo tiempo —rebatió Esquiruela, uniéndose a él en el centro del claro—. Mira la hierba y los arbustos que crecen en las paredes. Eso no sale de la noche a la mañana, ¿no te parece? Y no hay ni rastro de olor a Dos Patas.

Zarzoso olfateó el aire. Esquiruela tenía razón. Allí no había habido Dos Patas en mucho tiempo. Y su amiga también tenía razón en lo de los

arbustos. Los Dos Patas debían de haber cortado la piedra —quizá para construir sus viviendas—, y después se habían ido, dejando esa hondonada en mitad del bosque. En cierto sentido, le recordó al barranco que resguardaba al antiguo campamento del Clan del Trueno. Quizá eso sirviese para que el clan se sintiera como en casa.

Se obligó a sí mismo a calmarse. Sus compañeros de clan necesitaban que él fuera fuerte, que no viera peligros en todas las sombras y todas las hojas temblorosas.

—Supongo que puede servir…

Esquiruela agitó las orejas.

—No pareces demasiado

entusiasmado, ¿sabes? —maulló la joven guerrera.

—Sólo me preguntaba cómo habría que defenderlo. Esa parte de ahí está bien —dijo, señalando con la cola la pared más alta y vertical—, pero el lugar por el que hemos llegado es demasiado bajo. ¿Y qué me dices de ese hueco?

—Bueno, ¡lo que veo es que puede ser una vía de entrada y salida más fácil que la que acabamos de usar! Podemos rellenarla de espinos o algo así, para mantener a raya a visitantes no deseados.

Esquiruela comenzó a caminar entre la larga hierba, olfateando aquí y allá.

Mientras la miraba, Zarzoso sintió que lo inundaba una oleada de nostalgia, y cerró los ojos. La sensación pareció envolverlo y rodearlo como las olas del lugar donde se ahoga el sol, y, durante unos segundos, creyó que se ahogaría en ella. Quería estar en el viejo campamento del Clan del Trueno, con sus fuertes muros de espino y el túnel de aulagas, tan fácil de defender. Quería acostarse en la guarida de los guerreros, debajo del espino, o visitar a Carbonilla en su refugio, entre suaves y verdes helechos. Quería comer carne fresca junto a la extensión de ortigas, mientras los aprendices peleaban cerca de su tocón de árbol favorito y los cachorros

imitaban sus movimientos de lucha delante de la maternidad.

El dolor de saber que jamás podría regresar allí le resultó casi insoportable. Los monstruos mecánicos de los Dos Patas ya debían de haber arrasado todo el campamento, todos esos lugares que él guardaba en lo más profundo de su corazón. Cerrando los ojos con fuerza, deseó poder alzar la cabeza y lamentarse como un cachorro perdido. ¡No era justo! ¿Por qué el Clan Estelar había permitido que pasara eso?

El viento sopló de nuevo, entrechocando las ramas de los árboles que rodeaban el claro y sobresaltando a Zarzoso, que volvió al presente. Tras

respirar hondo, se acercó a Esquiruela, que seguía husmeando por el hueco que había entre las paredes.

—¿Estás bien? —le preguntó la joven—. Vas cojeando.

—Ay… Es que se me ha clavado una espina en la almohadilla.

Casi se había olvidado de eso.

—Túmbate y déjame echar un vistazo.

Zarzoso obedeció, y la joven le lamió la zarpa concienzudamente y logró atrapar la punta de la espina con los dientes. Con un brusco tirón, la sacó.

—Ya está —maulló Esquiruela—. Ahora tienes que lavarte bien.

—Gracias. ¡Eres casi tan buena

como para ser curandera!

Esquiruela soltó un pequeño ronroneo risueño. Luego la sonrisa desapareció de sus ojos, y miró fijamente a Zarzoso.

—No te gusta este sitio, ¿verdad?

—No es eso. —Zarzoso dejó de pasarse la lengua por la almohadilla herida—. Es sólo que… bueno, supongo que quería encontrar un campamento igual al que abandonamos, en un barranco con aulagas que detuvieran a los intrusos…

Enmudeció, temiendo que Esquiruela pensara que estaba siendo ridículo, pero ella restregó el hocico de forma afectuosa contra el suyo.

—No hay ni un gato entre los miembros del Clan del Trueno que no quiera recuperar su antiguo hogar. Pero ya no existe. El Clan Estelar nos ha traído a un nuevo territorio, y tenemos que descubrir cómo vivir aquí. ¿No crees que esta hondonada sería un buen campamento? Los Dos Patas no vienen por aquí, y no hay ni rastro de Senderos Atronadores.

Mirando los relucientes ojos de la gata, Zarzoso supo que se había llevado del bosque todo lo que era realmente importante para él.

—Tienes razón, Esquiruela —murmuró, apoyándose en su cálido cuerpo—. No podría hacer esto sin ti.

Lo sabes, ¿verdad?

La joven gata le pasó la lengua por la oreja delicadamente.

—Tontorrona bola de pelo…

Zarzoso le devolvió el cariñoso lametazo, pero se quedó paralizado al oír que algo se aproximaba por el hueco que había entre las paredes rocosas.

—Hola —los saludó Corvino Plumoso, con un campañol en la boca. Se abrió paso entre la larga hierba y dejó la presa a sus pies—. Tardabais tanto que empezábamos a pensar que os había cazado un zorro.

—No… Estamos bien —contestó el guerrero del Clan del Trueno.

—Si me hubiera atrapado un zorro

—replicó Esquiruela—, lo habríais oído; no te preocupes.

—Seguro que sí —maulló Corvino Plumoso, empujando el campañol hacia ellos—. Esto es para vosotros. Nosotros ya estamos servidos. Hemos cazado unos cuantos mientras esperábamos que volvierais.

—Gracias —maulló Zarzoso.

El guerrero del Clan del Viento respondió con un movimiento de la cola.

—Bueno, ¿qué piensas del nuevo campamento del Clan del Trueno? —le preguntó Esquiruela.

—¿Aquí? —Parpadeando, Corvino Plumoso inspeccionó el lugar mientras sus amigos compartían el campañol con

bocados veloces y hambrientos—. Supongo que está bien —maulló al final—, si queréis estar así de encerrados. Será fácil de defender, pero no serviría para el Clan del Viento.

—No se lo estamos ofreciendo al Clan del Viento —replicó Esquiruela.

Corvino Plumoso agitó las orejas, y Zarzoso se preguntó si estaría preocupado por encontrar un sitio adecuado para su clan. Seguramente estaba deseando explorar la cadena de cerros, antes de buscar en serio un campamento. Ahora que habían descubierto aquella hondonada, en medio de la clase de árboles propicios para campañoles, ardillas y aves,

Zarzoso empezaba a creer que sí podría haber territorios para todos los clanes alrededor del lago.

Trigueña y Vaharina entraron en la hondonada, olfateando el aire mientras miraban las paredes de roca vertical.

—No hay tejones ni zorros —señaló Vaharina—. Y esto parece bastante resguardado.

—Aun así, deberéis tener cuidado —advirtió Trigueña—. Si los Dos Patas han hecho este sitio, ¿cómo sabéis que no van a regresar?

—Los Dos Patas no vienen por aquí desde hace estaciones —maulló Esquiruela con calma—. No hay el menor rastro de ellos, y no habría tanta

vegetación si siguieran cortando la roca.

Pero las palabras de Trigueña provocaron que Zarzoso desenvainara las uñas, hundiéndolas en el suelo empapado por la lluvia. El recuerdo de los monstruos de los Dos Patas arrasando su antiguo hogar era demasiado reciente; le resultaba muy fácil imaginárselos llegando hasta allí para cortar más roca de la hondonada. Aun así, sería poco razonable que el Clan del Trueno no aprovechara un lugar como aquél, que parecía tener todo lo que necesitaban para un campamento seguro y protegido. Y en cualquier caso, era Estrella de Fuego quien debía tomar esa decisión.

—¿Estás listo? —Vaharina interrumpió sus pensamientos—. Ya hace rato que el sol ha dejado de estar en lo más alto.

Zarzoso asintió. Miró a su alrededor, intentando orientarse. Tenía el olfato colmado de olores desconocidos, y no estaba seguro de qué dirección debían tomar para regresar al lago. No muy lejos de la entrada, reparó en que el suelo ascendía.

—Vayamos por ahí —sugirió.

Si alcanzaban cierta altura, quizá pudieran ver el lago.

El resto de la patrulla estuvo de acuerdo. Atravesaron la maleza y abandonaron la protección de las

paredes de piedra para salir de la hondonada. Esquiruela se detuvo para mirar por encima del hombro.

—Volveremos, ¿verdad?

Habló tan bajito que Zarzoso no supo si se dirigía a él, pero respondió igualmente.

—Sí —maulló, y le tocó la punta de la oreja con el hocico—. Creo que sí.

—Vamos —los llamó Corvino Plumoso—. Tenemos que reunirnos con los clanes antes de que anochezca.

No añadió que todavía tenían que encontrar un sitio para el Clan del Viento, pero Zarzoso supuso que estaría pensándolo.

Subió la cuesta con Esquiruela a su

lado, dejando la hondonada para internarse de nuevo entre los árboles, que allí crecían muy juntos. La hierba mojada le rozaba el pelaje, provocándole escalofríos, pero en lo alto las nubes habían desaparecido, y sólo se veía el cielo azul claro de la estación sin hojas. El sol brillaba, aunque no calentaba mucho.

Zarzoso se volvió para mirar la extensión de ramas sin hojas de los árboles que crecían allí. La hondonada rocosa quedaba totalmente oculta en medio del bosque que la rodeaba: era un lugar seguro. ¿Podría convertirse de verdad en el nuevo campamento del Clan del Trueno? Había imaginado que

su confianza crecería cuando descubriera un sitio en el que pudieran vivir sus compañeros de clan; creía incluso que en aquel nuevo territorio se sentiría como en casa. Pero había algo opresivo en ese lugar, como si las mismísimas rocas no quisieran recibir de buen grado a los recién llegados.

Mientras ascendían, el número de árboles comenzó a disminuir, y la espesa vegetación dio paso a franjas llenas de quebradizas hojas caídas. Al cabo de un rato, Zarzoso vio retazos de llanura abierta a través de los árboles, y pronto alcanzaron el lindero del bosque, con la sucesión de colinas ondulándose ante ellos. El lago era un resplandor gris en

el valle de más abajo. Delante se desplegaba una suave extensión de hierba verde grisácea, mecida por el viento y salpicada de matorrales de aulaga. Zarzoso oyó el sonido de una corriente de agua. No cabía la menor duda de que habían hallado un hogar para el Clan del Viento.

—¡Eh, Corvino Plumoso! —llamó —. ¿Qué te parece esto?

Los ojos del guerrero del Clan del Viento centelleaban, pero el gato sólo respondió después de abrir la boca y saborear con atención el aire.

—¡Conejos! —exclamó.

—Perfecto, lo del Clan del Viento ya está arreglado —maulló Esquiruela—.

Ya podemos volver con los clanes.

Corvino Plumoso la miró entornando los ojos.

—Sólo estaba bromeando —se apresuró a aclarar la guerrera—. Venga, busquemos un sitio para vuestro campamento.

Zarzoso sabía que tenían que encontrar un hogar para el Clan del Viento, pero el sol ya estaba acercándose al horizonte, proyectando largas sombras sobre la hierba.

—En realidad, deberíamos volver con los clanes —empezó, azorado—. Lo lamento, Corvino Plumoso. No creo que tengamos tiempo de explorar estas colinas como es debido. Estrella Alta

puede enviar otra patrulla mañana para buscar un sitio donde montar vuestro campamento. Creo que ahora deberíamos cruzar estos cerros y dirigirnos sin detenernos hasta el lugar donde nos esperan.

Corvino Plumoso agitó la punta de la cola. Se quedó inmóvil unos segundos, observando el mar de colinas antes de bajar la cabeza para olfatear la hierba.

A Zarzoso le preocupaba que insistiera en seguir explorando, pero, al final, el guerrero del Clan del Viento asintió:

—De acuerdo, tienes razón. Deberíamos regresar.

Su mirada era cautelosa, y Zarzoso

supuso que no lamentaba demasiado que gatos de otros clanes perdieran la ocasión de inspeccionar el nuevo territorio del Clan del Viento. Sintió una punzada de dolor en el corazón. Corvino Plumoso era ferozmente leal a su clan; no era sorprendente que fuese el primero en empezar a restablecer las antiguas barreras.

Siguieron la ladera hacia lo alto, con el lago a sus pies como una reluciente lámina de cielo. Zarzoso caminaba junto a Esquiruela, mirando de un lado a otro el nuevo territorio. Ascendieron hasta un arroyo que espumeaba sobre las rocas y desaparecía entre los árboles que habían dejado atrás. Siguieron por la orilla,

hasta encontrar unos pasaderos por los que podían cruzar. Un pequeño arroyuelo se unía allí al mayor, borboteando por una cuesta empinada y herbosa.

Antes de alcanzar la cima, llegaron a un punto donde la tierra descendía de golpe, como si un monstruo gigantesco hubiera dado un mordisco a la colina. Pero no se trataba de un monstruo de los Dos Patas. Zarzoso advirtió que aquella hondonada era producto del tiempo. Había rocas esparcidas en el centro, con aulagas y otros arbustos en los laterales. Era una zona protegida del viento, pero no tanto como en el campamento del Clan del Trueno, rodeado de muros

rocosos.

Zarzoso entornó los ojos.

—¿Qué te parece esto para vuestro campamento, Corvino Plumoso? —preguntó.

El guerrero del Clan del Viento amasó el suelo entusiasmado, mirando hacia abajo.

—Tiene buena pinta —admitió—. Yo lo inspeccionaré. Seguid adelante, os alcanzaré enseguida.

—¿Estás seguro? —maulló Zarzoso—. No creo que debamos dejarte solo.

—Estaré bien —aseguró Corvino Plumoso, flexionando las patas traseras, disponiéndose a saltar—. No hay olor de Dos Patas ni de zorros. Y encontraré

sin problemas el camino de vuelta al campamento provisional, junto a los caballos: ¡puedo oler a esas criaturas desde aquí!

Antes de que ningún otro tuviera ocasión de protestar, Corvino Plumoso se lanzó cuesta abajo. Zarzoso vio cómo se detenía ante la hondonada y luego desaparecía entre la aulaga. Las ramitas temblorosas fueron la única señal de que había estado allí un momento antes.

—Espero que tenga razón con lo de los Dos Patas y los zorros —murmuró Vaharina, acercándose a Zarzoso.

Aunque ya era demasiado tarde, el joven se preguntó si debería haber consultado a la lugarteniente antes de

permitir que Corvino Plumoso se marchara solo. Abrió la boca para defender a su amigo, pero la gata lo detuvo, hablando con delicadeza y sin ningún reproche en su tono.

—No pasa nada, Zarzoso. He visto cuánto te respetan estos gatos. Eso es algo de lo que enorgullecerse, no por lo que pedir perdón. Pocos gatos son líderes natos, pero creo que tú eres uno de ésos.

Zarzoso parpadeó, en parte agradecido y en parte asombrado. Le resultaba extraño que un miembro del Clan del Río emitiera un juicio así sobre él. Se preguntó qué pensaría Vaharina de su hermanastro, Alcotán, que era

guerrero del Clan del Río. ¿El otro hijo de Estrella de Tigre también era un líder nato?

De pronto, los azotó una ráfaga de viento tan fuerte que, por unos segundos, Zarzoso creyó que iba a derribarlo. Empezaron a lagrimearle los ojos. El viento arrastraba un intenso olor a caballo. Tras sacudir la cabeza para librarse de las lágrimas, localizó el cercado de los caballos, al final de los cerros, y más allá el bosquecillo en el que los cuatro clanes estaban aguardando a que regresara la patrulla.

—¡Ya casi hemos llegado! —exclamó Esquiruela.

Echó a correr, y los demás la

siguieron volando sobre el liso suelo. Era mucho más fácil avanzar por campo abierto que por el bosque, y Zarzoso comprendió de pronto por qué los gatos del Clan del Viento eran mucho más veloces que los demás, y por qué parecían nerviosos rodeados de helechos y árboles.

El sol estaba poniéndose tras los pinos, transformando la superficie del lago en fuego mientras los gatos descendían por la colina. Acababan de llegar al pie del cerro cuando Corvino Plumoso los alcanzó resollando.

—¿Y bien? —quiso saber Esquiruela.

Corvino Plumoso se pasó la lengua

por el hocico como si acabara de engullir una jugosa presa. Sus ojos centelleaban de entusiasmo.

—¡Es genial! —exclamó—. Hay un túnel debajo de uno de los arbustos de aulaga que parece conducir a una antigua madriguera de tejones, pero estoy seguro de que hace mucho que los tejones se fueron de allí. No hay ni el menor rastro oloroso.

—Podríais usarla como guarida —sugirió Esquiruela.

Corvino Plumoso frunció el hocico.

—Los gatos del Clan del Viento duermen al raso —le recordó—. Sólo los tejones y los conejos viven en madrigueras.

A la luz del crepúsculo, bordearon el lago y pasaron junto a la valla tras la que vivían los caballos. Esquiruela pegó un salto cuando un caballo soltó un estruendoso resoplido, y luego bufó para disimular que se había asustado.

Poco después, oyeron un sonoro maullido desde la oscuridad.

—¡¿Quién está ahí?!

—Tranquilo, Alcotán, somos nosotros —respondió Vaharina.

El guerrero del Clan del Río salió de entre las sombras; sus poderosos omóplatos destacaban bajo su pelaje atigrado.

—Estrella Leopardina y los demás líderes me han enviado a buscaros —

maulló—. Todos os están esperando. Seguidme.

Zarzoso parpadeó. Resultaba extraño pensar que Alcotán y él estaban emparentados, al ser ambos hijos de Estrella de Tigre. Se parecían en muchos sentidos, aunque Zarzoso prefería no sentirse vinculado al guerrero del Clan del Río. A Alcotán le faltaba tiempo para dar órdenes, ansiaba demasiado abiertamente tener poder en su clan, y eso provocaba que Zarzoso se hiciese preguntas sobre su herencia en común que habría preferido no hacerse. ¿De dónde provenía la ambición de Alcotán? ¿Compartía con Estrella de Tigre el ansia de poder a cualquier precio? Y si

Alcotán había heredado esas inclinaciones de su padre, ¿qué significaba eso para Zarzoso?

Alcotán guió a la patrulla hasta los árboles que crecían cerca del recinto de los caballos, donde los clanes se habían detenido a descansar el día anterior. Estrella de Fuego y Estrella Negra estaban hablando junto al tocón del árbol, pero, aparte de eso, el claro se hallaba desierto.

En cuanto apareció la patrulla, Estrella Negra subió al tocón de un salto y lanzó un maullido:

—¡Gatos de todos los clanes! ¡Acercaos!

Al instante, comenzaron a surgir

oscuras formas gatunas de huecos y matas de larga hierba. Uno o dos descendieron de ramas bajas. Enlodado se abrió paso entre sus compañeros de clan y se reunió con Estrella Negra en lo alto del tocón, obligando a Estrella Leopardina a quedarse de nuevo en el suelo.

Estrella de Fuego se plantó delante de Zarzoso.

—Bienvenidos —maulló—. Espero que no hayáis tenido problemas.

—Ninguno que no pudiéramos solventar —contestó Zarzoso, que miró a Esquiruela con culpabilidad, recordando la pelea con los mininos caseros que habían estado a punto de

perder.

—Será mejor que uno de vosotros se suba al tocón de árbol para que todos podamos oírlo —decidió Estrella de Fuego—. Vaharina, ¿te gustaría unirte a nosotros?

La lugarteniente inclinó la cabeza.

—En realidad, Estrella de Fuego, creo que Zarzoso debería hablar como portavoz de la patrulla. Él tiene mucha más experiencia que yo describiendo lugares desconocidos.

Zarzoso se apresuró a mirarla, pero las palabras de la gata no tenían doble intención. La lugarteniente retrocedió un paso para que él ocupara su lugar.

—Gracias —murmuró el guerrero al

pasar a su lado.

Vaharina se limitó a dedicarle un guiño.

Zarzoso saltó al tocón. Había muy poco espacio, y rozó el costado de Estrella Negra al volverse hacia los gatos congregados. El líder del Clan de la Sombra se apartó con un leve bufido, pero Zarzoso intentó no inmutarse ante su hostilidad. El corazón le latía con fuerza al pensar que debía describir a los cuatro clanes el largo viaje que habían hecho alrededor del lago. Los gatos lo miraban desde el suelo, y el guerrero del Clan del Trueno percibió en el aire su impaciencia por oír las novedades. Se preguntó si aquel

momento se parecería en algo a ser líder de clan, con todos los gatos pendientes de sus palabras.

Entonces oyó la voz de Manto Polvoroso, que se alzó impaciente sobre el susurro de las ramas:

—¡Adelante, Zarzoso! Cuéntanos lo que habéis encontrado.

El guerrero tragó saliva con dificultad, preguntándose por dónde empezar. No podía decir que él no esperaba sólo encontrar un nuevo hogar, sino que los clanes pudieran formar parte de verdad de aquel territorio. Sin embargo, a pesar de las indicaciones de Medianoche, del guerrero agonizante y de la luz de las estrellas reflejada en el

lago, no sentía que aquel bosque fuera seguro para ellos. Le resultaba demasiado fácil imaginarse a los monstruos de los Dos Patas arrasándolo, transformando el suelo en barro y destrozando las paredes rocosas de la hondonada, hasta que las nuevas guaridas del Clan del Trueno quedaran expuestas al cielo y todos los gatos fueran tan indefensos como cachorritos recién nacidos…

Pero no, eso no era lo que querían oír los clanes, y ningún otro gato de la patrulla parecía dudar de que aquél era el sitio al que ahora pertenecían. «Quizá tengan razón», se dijo con firmeza. Habían confirmado que los clanes

podían vivir allí, ¿qué más podía esperar?

—Son buenas noticias —empezó tras coger aire—. Hemos encontrado territorios adecuados para todos los clanes: carrizos y agua para el Clan del Río; un pinar para el Clan de la Sombra; un bosque frondoso para el Clan del Trueno, y llanuras para el Clan del Viento.

Brotaron murmullos de emoción, y Estrella Leopardina preguntó:

—¿Qué me dices de las presas?

—Parece que hay bastantes —contestó Zarzoso—, y eso teniendo en cuenta que estamos en la estación sin hojas. Desde luego, no hemos pasado

hambre.

—¿Y de los Dos Patas? —quiso saber otro.

A Zarzoso le dio la impresión de que aquel gato era del Clan de la Sombra, aunque no estaba seguro.

—Hemos visto algunas evidencias de que acuden a ciertos sitios alrededor del lago, pero ahora esos lugares están vacíos —maulló—. Vaharina cree que vendrán algunos en la estación de la hoja verde. Igual que en nuestro bosque, es en esa temporada cuando suelen llevar a sus cachorros a nadar al río.

Advirtió que varios gatos se miraban con inquietud, y se dio cuenta del miedo que sentían hacia todo lo que los Dos

Patas habían llevado al bosque con ellos, aparte de sus cachorros. Se sintió aliviado cuando Vaharina intervino:

—Sólo tenemos que mantenernos fuera de su camino. No supondrán un gran problema.

—Bueno… eso es todo. —Zarzoso no estaba seguro de qué más podía decir—. Quizá cada uno de los miembros de la patrulla debería contarle a su clan con más detalle lo que hemos visto.

—Tenemos que decidir dónde estarán las fronteras —gruñó Estrella Negra.

—Bien —maulló Estrella de Fuego, que estaba sentado al pie del tocón, al lado de Estrella Leopardina—.

Podremos hacer eso cuando tengamos una idea más clara de cada territorio. Gracias, Zarzoso.

El joven guerrero inclinó con respeto la cabeza ante Estrella de Fuego. A pesar de que había sido capaz de guiar a sus amigos hasta el lugar donde se ahoga el sol y de nuevo a casa, y de que había explorado el territorio que circundaba el lago encabezando la patrulla, se sentía tan desamparado como un cachorro cuando estaba ante los líderes de cada clan. Su pelaje se erizó, y se dio cuenta de que Alcotán lo miraba fijamente desde la primera fila de los gatos allí congregados. Agitando las orejas, Zarzoso bajó del tocón. Hizo una

mueca al ver que Alcotán se le acercaba, y se preparó para un comentario hostil, quizá una provocación sobre dónde deberían trazarse las nuevas fronteras.

Para su sorpresa, en los ojos azules del guerrero del Clan del Río había un brillo amistoso.

—Gracias por encontrar los nuevos territorios, Zarzoso —maulló Alcotán—. Casi lamento que ahora vayamos a seguir caminos separados. Me habría gustado cazar contigo.

Zarzoso parpadeó. Los guerreros de clanes diferentes no podían cazar juntos… pero no era eso lo que más le había sorprendido de las palabras de

Alcotán. ¿Acaso el guerrero del Clan del Río sentía por él algún vínculo fraternal? Si Alcotán y él hubieran sido miembros del mismo clan, ¿habrían sido amigos como Látigo Gris y Estrella de Fuego? ¿Habrían sido capaces, como ellos habían hecho en numerosas ocasiones, de arriesgar la vida el uno por el otro?

—Bueno, nos veremos en las Asambleas… —empezó a decir.

—Zarzoso, ¿qué estás haciendo? —lo interrumpió Esquiruela, fulminando con la mirada a Alcotán—. Estrella de Fuego nos está esperando.

—Por supuesto —contestó Alcotán, antes de despedirse inclinando la cabeza

y alejarse de allí—. Estrella Leopardina también estará esperándome a mí.

Esquiruela aguardó a que el guerrero se alejara, y sólo entonces preguntó, enfadada:

—¿Por qué estabas hablando con él? Ya sabes que no es de fiar.

—Yo no sé nada de eso —replicó Zarzoso.

Esquiruela resopló.

—Sí, claro. Ese gato tiene más ambición de la que le conviene.

Zarzoso notó que se le erizaba el pelo del cuello.

—¿En serio?

—Seguro que le habría gustado que Vaharina no regresara, para poder seguir

siendo lugarteniente. Lo he oído discutir con ella más de una vez.

—Él quiere lo mejor para su clan. Eso es todo —maulló Zarzoso.

Una parte de él comprendía perfectamente cómo debió de sentirse Alcotán cuando Vaharina consiguió escapar de los Dos Patas que la habían capturado, y reclamó recuperar su puesto como lugarteniente del Clan del Río.

—Y eso no es todo. —Esquiruela se detuvo, sacudiendo la cola de un lado a otro—. Sé que Hojarasca no se fía de Alcotán, y ella lo conoce mejor que nosotros: estaba en el bosque mientras él fue lugarteniente del Clan del Río.

—¿Y le has preguntado a tu hermana por qué desconfía de él?

Esquiruela negó con la cabeza.

—No necesito preguntárselo. Sé de sobra por qué.

Zarzoso entornó los ojos.

—O sea, que lo único que tienes en contra de Alcotán es lo que Hojarasca siente hacia él, ¿no? Porque es tu hermana, ¿verdad? Bueno, pues Alcotán es mi hermano.

—¿Me estás diciendo que sientes un ápice de lealtad hacia él por eso? —estalló Esquiruela—. Pero ¡si apenas lo conoces!

—Tampoco tú. Pero crees que lo conoces lo suficiente como para

asegurar que no es de fiar. —Zarzoso sacó las garras y dejó que se clavaran en las hojas caídas—. ¿O estás acusándolo sólo por ser hijo de quien es?

A Esquiruela casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—Si eso es lo que piensas, ¡entonces no me conoces en absoluto! —bufó.

Y dicho esto, dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas con la cola bien alta.

Consternado, Zarzoso observó cómo su amiga se alejaba de él. Se había peleado muchas veces con Esquiruela desde que ella era apenas una aprendiza, pero nunca la había visto tan disgustada y ofendida.

Sintió como si unas zarpas heladas le arañaran la columna vertebral. Si Esquiruela desconfiaba de Alcotán por ser hijo de Estrella de Tigre, ¿significaba eso que tampoco se fiaba de él?



5

Después de que Zarzoso terminara de hablar y bajara del tocón de árbol, Hojarasca miró a su alrededor buscando a Esquiruela. Se moría de ganas de saber más cosas sobre el nuevo territorio del Clan del Trueno, y de averiguar si su hermana había encontrado algunas hierbas que pudieran serles útiles.

Vio a Acedera y se dirigió hacia ella.

—¿Has visto a Esquiruela?

La guerrera parda negó con la cabeza.

Hojarasca se dispuso a seguir buscando a su hermana y justo en ese momento sintió una fuerte punzada que la atravesaba de arriba abajo como un zarpazo. Contuvo la respiración, y pegó el hocico al pecho para mitigar el dolor. Algo le pasaba a Esquiruela, algo que la angustiaba, aunque no tenía la menor idea de qué podía ser. La patrulla había regresado sana y salva, y parecía que había territorios para todos los clanes alrededor del lago, de modo que ¿por

qué Esquiruela iba a sentir esa sobrecogedora mezcla de furia y conmoción?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Acedera.

—¿Qué? Ah, sí, sí, estoy bien. Es sólo que quería preguntarle una cosa a mi hermana…

Intentó sonar calmada, pero le tembló la voz. Por suerte, había tanto ruido a su alrededor que Acedera no se dio cuenta.

—Te ayudaré a buscarla —se ofreció su amiga—. ¡Estoy deseando saber cosas de nuestro nuevo hogar!

Hojarasca asintió, y comenzó a zigzaguear entre los otros gatos,

buscando el familiar pelaje rojizo oscuro de la joven guerrera. Sintió una oleada de alivio al ver a su hermana con otros miembros del Clan del Trueno, moviendo animadamente la cola mientras les explicaba algo. Lo cierto es que no daba la impresión de que le pasara nada, pero la aprendiza de curandera sabía que no había malinterpretado el fogonazo de rabia y pena que la había sacudido.

Se acercó con Acedera.

—... Es una hondonada rocosa —estaba contando Esquiruela—, y dentro hay mucho espacio. Para guaridas, para la maternidad, e incluso podremos tener una zona de entrenamiento.

Aunque parecía estar perfectamente, al acercarse más Hojarasca percibió oleadas de tristeza procedentes de su hermana. Tenía los ojos demasiado dilatados, demasiado brillantes, y no paraba de mirar a su alrededor, como si intentara localizar a alguien que no estaba allí. Hojarasca reparó enseguida en que el gato que faltaba era Zarzoso, aunque supuso que el guerrero estaría hablando con otros miembros del Clan del Trueno.

—¿La hondonada está vacía? —preguntó Manto Polvoroso.

El guerrero marrón estaba sentado delante de Esquiruela, con Fronda a su lado. El único hijo que les había

sobrevivido, Betulino, estaba rodando por la hierba con los tres cachorros de Amapola; todos estaban demasiado emocionados para dormir.

—Sería típico de ti, Esquiruela —continuó Manto Polvoroso—, que esperaras que acampáramos en una madriguera de tejón.

Esquiruela enroscó la cola, ofendida.

—Manto Polvoroso, te prometo que me comeré a cualquier tejón que encuentres allí. Y también a cualquier zorro. No había ningún rastro oloroso de depredadores.

Manto Polvoroso gruñó.

—Pues yo creo que suena estupendo.

—Centella se acercó y hundió el hocico en el costado de la joven guerrera—. ¿Cómo lo encontrasteis?

—Yo… bueno, la verdad es que me caí en la hondonada —admitió Esquiruela.

Nimbo Blanco soltó un resoplido de risa.

—¿Por qué no me sorprende eso?

—Oye, si tienes que…

Esquiruela giró en redondo para encararse al guerrero blanco, pero antes de que pudiera decir nada se oyó un maullido.

—¡Gatos de todos los clanes!

Al volverse, Hojarasca vio que Carbonilla había trepado al tocón de

árbol. La luz de la luna hacía que su pelaje gris pareciera plateado. La curandera hizo una señal pidiendo silencio, y los maullidos de emoción se apagaron poco a poco.

—Antes de separarnos y marcharnos a nuestros propios territorios —maulló la curandera del Clan del Trueno—, debemos decidir dónde vamos a celebrar la próxima Asamblea. El Clan Estelar esperará que nos reunamos cuando llegue la luna llena.

—Pero ¿dónde? —preguntó Bermeja, la lugarteniente del Clan de la Sombra—. ¿La patrulla ha encontrado algún sitio parecido a los Cuatro Árboles?

Vaharina, que estaba sentada cerca de la base del tocón, se levantó.

—No —contestó alzando la voz, para que todos los gatos la oyeran—. No hemos visto nada así, aunque no hemos tenido tiempo de explorar a fondo todo el territorio.

—El Clan Estelar nos mostrará un lugar —declaró Cirro desde donde estaba, al lado de Bermeja y Estrella Negra.

—Quizá nos lo haya mostrado ya —intervino Ala de Mariposa, poniéndose en pie de un salto. Con ojos centelleantes, comenzó a describir la isla que había cerca de la orilla del lago—. Es segura, está resguardada y no

demasiado lejos. Perfecta para las Asambleas —concluyó.

—Pero ¡tendríamos que llegar nadando hasta ella! —protestó Musaraña, guerrera del Clan del Trueno—. Yo no pienso nadar en ese lago cada luna llena, ni aunque el Clan Estelar en persona baje a suplicármelo.

—¿Y qué pasa con los veteranos? —quiso saber Nariz Inquieta, el antiguo curandero del Clan de la Sombra, con voz quebrada.

Se elevó un coro de conformidad. Hojarasca miró preocupada a unos y otros. Aunque tenía sus propias dudas sobre la idea de reunirse en la isla, no se le ocurría una opción mejor. Aun así,

no vio que ningún gato se mostrara entusiasmado ante la propuesta de Ala de Mariposa.

Alcotán avanzó para situarse junto a su hermana. Tras inclinar educadamente la cabeza ante Carbonilla, maulló:

—Propongo encabezar una patrulla de gatos del Clan del Río para explorar la isla más a fondo. Aunque los clanes no puedan usarla para las Asambleas, parece un sitio ideal para el campamento del Clan del Río.

Casi antes de que hubiera terminado de hablar, Vaharina dio un paso hacia él.

—Ya he dicho dónde va a acampar el Clan del Río —maulló quedamente, erizando el pelo del cuello—. Hay un

lugar donde confluyen dos arroyos, no lejos del lago, protegido por árboles y sin la menor señal de que los Dos Patas vayan por allí, ni siquiera en la estación de la hoja verde.

—Pero debemos considerar lo segura que sería la isla —apuntó Alcotán—. Tendríamos un lago lleno de peces justo delante de nuestras guaridas. ¿Has pensado tal vez que el lugar elegido por ti podría estar demasiado expuesto? Y el Sendero Atronador que has mencionado no parece quedar muy lejos.

Vaharina se sulfuró.

—¿Estás cuestionando mis decisiones? ¡Conozco muy bien las

necesidades de mi clan!

Alcotán enseñó los colmillos, y Hojarasca notó cómo todo su cuerpo se ponía en tensión, a la espera de que los dos guerreros se enzarzaran en una pelea.

—¡Basta!

Esta palabra, pronunciada con un bufido, sonó a espaldas de Hojarasca. Al volverse, la aprendiza vio que Estrella Leopardina se dirigía hacia sus dos guerreros enfrentados.

—¿Es que queréis avergonzar al Clan del Río? —gritó la líder.

Alcotán dio un paso atrás, y Vaharina alisó el pelo de su lomo, aunque Hojarasca advirtió que le

costaba un gran esfuerzo.

—Alcotán, si lo deseas, puedes llevar una patrulla a la isla —continuó Estrella Leopardina—. Cuando regreses, decidiremos dónde instalar el campamento.

—Por supuesto, Estrella Leopardina —maulló Alcotán, inclinando la cabeza—. Escogeré unos pocos gatos y saldremos en cuanto haya luz.

Retrocedió un par de pasos y quedó rodeado por sus compañeros de clan, todos ofreciéndose a ir con él a la isla.

Hojarasca se estremeció. Había sido muy extraño presenciar un desafío tan claro a la autoridad de Vaharina. Alcotán debía de sentirse muy seguro de

su lugar en el clan para atreverse a discutir con su lugarteniente delante de su líder y de todos los demás clanes.

Hojarasca creyó ver la misma inquietud en los ojos azules de Carbonilla, que volvió a pedir silencio.

—Está bien —maulló—, sea como sea, ¿dónde nos reuniremos para la próxima Asamblea?

—Tendremos que regresar aquí —decidió Estrella de Fuego—. A menos que el Clan Estelar nos muestre un sitio distinto antes de la próxima luna llena.

Enlodado se encaró al líder del Clan del Trueno.

—Yo no creo que sea una buena idea. Estamos demasiado cerca de esa

vivienda de los Dos Patas que hay al otro lado de los caballos.

—Eso no se puede evitar —replicó Estrella Negra, y Estrella de Fuego asintió.

—Ya llevamos aquí dos días y dos noches, y no hemos captado el olor de un solo Dos Patas. Pero, si tú tienes una idea mejor, la escucharemos.

Enlodado sacudió la cola.

—Como quieras —gruñó—. La palabra del gran Estrella de Fuego es la ley, como siempre.

Los gatos comenzaron a alejarse del tocón, dispersándose entre las sombras. Fronda le indicó con la cola a Betulino que la siguiera.

—Es hora de que te vayas a dormir, chiquitín. Mañana nos aguarda un largo viaje.

Betulino interrumpió sus juegos con los hijos de Amapola y se acercó a su madre.

—¿Sapillo, Pomina y Tarquín también pueden venir? —le preguntó.

—No. Nosotros pertenecemos al Clan de la Sombra —le explicó dulcemente Amapola—. Ahora tenemos nuestro propio territorio.

—Pero ¡eso no es justo! —gimoteó Betulino, y los cuatro cachorros se apretujaron unos contra otros, mirando a sus madres con ojos dilatados y suplicantes—. Si ellos no pueden venir,

entonces yo no quiero ir.

Hojarasca se estremeció. ¡Qué inocentes eran! No tenían ni idea de que sus vidas habían sido muy distintas de las de sus compañeros de clan de más edad. Sus primeros recuerdos iban desde el horror del hambre en el bosque, donde todos los gatos temían por sus vidas, hasta su encuentro con nuevos amigos, cuando los clanes se unieron para el agotador viaje a través de las montañas. Ellos desconocían la rivalidad entre clanes, y también la importancia de ser un guerrero al servicio de un solo clan. Probablemente, ni siquiera sabían aún que hubiese cuatro clanes.

—No seas bobo. —Comprensiva, Fronda le dio un lametón a su hijo en las orejas—. Así es el código guerrero. Cuando seáis aprendices, os reencontraréis en las Asambleas.

—No será lo mismo —masculló Sapillo, mirando a su madre con rebeldía.

—Y en el Clan del Trueno no hay otros cachorros para jugar —añadió Betulino con tristeza.

Fronda y Amapola intercambiaron una mirada, y Hojarasca vio auténtica tristeza en sus ojos: los cachorros no eran los únicos que habían forjado estrechas amistades por encima de los clanes.

Al final, Amapola bajó la cabeza y reunió a sus tres hijos con un movimiento de la cola.

—Ahora despedíos —maulló con brío.

—Adiós —dijeron al unísono Sapillo y Tarquín.

Pomina corrió a entrechocar la nariz con la de Betulino.

—Adiós —maulló Betulino, que, cabizbajo, se quedó mirando cómo sus amigos se marchaban tras su madre.

A Hojarasca se le rompió el corazón por el cachorro, pero también por todos los que añorarían a los amigos que habían hecho en los otros clanes. A unas colas de distancia, vio que Espinardo

estaba despidiéndose de Perlada y Bigotes, del Clan del Viento. Al ver que Hojarasca estaba mirándolo, el guerrero del Clan del Trueno se sobresaltó con culpabilidad, como si se sintiera desleal hacia su clan por aquella amistad.

—No te preocupes, Espinardo —le dijo Hojarasca, tocando su nariz con la suya—. Sé que es difícil renunciar así a nuevos amigos.

«Yo soy afortunada —pensó, agradecida—. Puedo seguir siendo amiga de Ala de Mariposa». Para los curanderos, las divisiones de clan no eran tan importantes, sobre todo en relación con los otros curanderos.

Decidió ir a preguntarle a

Carbonilla si podía hacer algo para preparar a los gatos de cara al día siguiente. Mientras avanzaba entre los demás, se encontró con Corvino Plumoso, inclinado sobre un veterano del Clan del Viento, un gato flacucho de pelaje marrón claro, que estaba cómodamente ovillado en un lecho de hojas secas, debajo de un árbol.

—Mira, Torrente —maulló Corvino Plumoso con frustración—. El Clan del Viento se ha agrupado colina abajo. Si te quedas aquí, te mezclarás con el Clan del Trueno.

—¿Y qué? El Clan del Trueno jamás me ha hecho el menor daño —replicó el veterano con voz quebrada—. No pienso

moverme de aquí ni dar un paso, jovencito, al menos hasta que haya comido algo.

Corvino Plumoso puso los ojos en blanco.

—¡Por el gran Clan Estelar!

—¿Puedo ayudar? —se ofreció Hojarasca.

No estaba segura de si Torrente se mostraba tozudo o si, en realidad, estaba demasiado débil para moverse. Quizá pudiera encontrar algunas hierbas que lo ayudaran a recuperar fuerzas, como las hierbas de viaje que tomaban antes de ir a la Piedra Lunar.

Pero Corvino Plumoso se volvió hacia ella con mirada glacial.

—No necesito ayuda del Clan del Trueno, gracias —respondió secamente.

—Perdón. —Hojarasca retrocedió un paso, tratando de no mostrar su enfado por que él hubiese rechazado su ayuda de esa forma—. Sólo pensaba…

—Relájate, Corvino Plumoso. —Esquiruela, que acababa de llegar, tocó levemente a su hermana en el omóplato—. No tienes por qué ser tan quisquilloso —añadió, mirando al guerrero del Clan del Viento.

Él clavó nervioso las garras en el suelo.

—Nuestro viaje ha terminado, Esquiruela —maulló—. Ahora tenemos que recordar que pertenecemos a clanes

diferentes.

Esquiruela resopló.

—Siempre has sido una bola de pelo gruñona, Corvino Plumoso. Pero si estás decidido a hacerlo todo más difícil de lo que es, adelante. Eso sí, cuidadito con cómo le hablas a mi hermana.

El guerrero del Clan del Viento desvió la mirada y masculló algo parecido a una disculpa.

—Pero puedo encargarme de Torrente yo solo —añadió.

Antes de marcharse, Hojarasca vio que Corvino Plumoso se agachaba de nuevo junto al veterano.

—Torrente, si te traigo una pieza de carne fresca, ¿te moverás?

—Puede. —El viejo se puso más cómodo y cerró los ojos—. Siempre que sea buena y carnosa.

—Hojarasca, ¿vienes? —preguntó Esquiruela.

Al volverse, Hojarasca vio que se le acercaba Acedera.

—¿Ése era Corvino Plumoso? —preguntó la guerrera—. Tiene la lengua tan afilada como el colmillo de un zorro. ¿Te está dando problemas? Yo me encargo de él —maulló, con un brillo anhelante en los ojos.

—No, no pasa nada —respondió Hojarasca, tocando el hombro de su amiga con la punta de la cola.

Al mirar atrás, hacia el lugar por el

que había desaparecido Corvino Plumoso en busca de una presa, Hojarasca pensó que lo que acababa de decir no era del todo cierto. Pero no conocía ninguna hierba capaz de curar un corazón roto.



6

Zarzoso se agitó incómodo entre las hojas muertas. Se le estaba clavando una ramita en el costado, pero no se había despertado por eso. No estaba acostumbrado a dormir solo, sin la calidez del cuerpo de Esquiruela a su lado. Le parecía que la guerrera se había ido a dormir junto a Cenizo, pero no estaba seguro del todo. Lo único seguro

era que no estaba cerca de él.

Notó otro pinchazo en el costado. Pero ahora no se trataba de una ramita, sino de una zarpa. Cascarón estaba inclinado sobre él.

—¿Dónde está Estrella de Fuego? —quiso saber el curandero del Clan del Viento.

Zarzoso se incorporó trabajosamente y bostezó. Por encima de su cabeza, el cielo estaba comenzando apenas a iluminarse.

—La mayor parte del Clan del Trueno está ahí, debajo de los árboles.

—¿Puedes ir a buscarlo de mi parte? —La voz de Cascarón parecía estar a punto de quebrarse—. Estrella Alta

pregunta por él.

Zarzoso supo enseguida que el líder del Clan del Viento estaba perdiendo su última vida.

—Iré a decírselo —prometió.

—Gracias. Estamos debajo de ese arbusto de aulaga de ahí —dijo Cascarón, señalando con la cola—. Tengo que ir a buscar a Bigotes —añadió.

Y salió corriendo.

Zarzoso se dirigió hacia los guerreros del Clan del Trueno más cercanos. Estrella Alta era el líder más veterano, y su muerte supondría una gran pérdida para los cuatro clanes, no sólo para el Clan del Viento. Durante un

segundo, temió no encontrar a Estrella de Fuego en la escasa luz de la madrugada, pero entonces lo vio compartiendo lenguas con Tormenta de Arena, cerca del tocón de árbol.

—Estrella de Fuego, Cascarón dice que Estrella Alta quiere verte —anunció Zarzoso cuando llegó a su lado.

El líder se puso tenso e intercambió una mirada con Tormenta de Arena.

—Enseguida voy —respondió.

—¿Cascarón necesita ayuda? —preguntó Tormenta de Arena—. Carbonilla estaba aquí hace un momento. Dile a Cascarón que mande un gato si la necesita.

Zarzoso asintió, y siguió a Estrella

de Fuego hasta la aulaga bajo la que agonizaba Estrella Alta. Las ramas exteriores rozaban el suelo y, a primera vista, no había ni rastro de ningún gato. Pero, al aproximarse un poco más, Zarzoso oyó una respiración ronca e irregular. Se asomó por un hueco y vio a Estrella Alta tendido de costado, sobre un lecho de hojas secas.

—Estrella de Fuego está aquí —maulló el guerrero, antes de apartarse para que su líder entrara en la guarida improvisada—. Yo esperaré fuera —añadió.

—¿Eres Zarzoso? —La voz de Estrella Alta sonó muy débil desde debajo del arbusto—. No te vayas… Tú

también deberías oír lo que tengo que decir.

Zarzoso miró vacilante a Estrella de Fuego, pero cuando vio que su líder asentía, se arrastró por el suelo para sortear las ramas bajas y se situó a su lado.

Estrella Alta estaba solo. Cascarón aún no había regresado con Bigotes. El pecho del viejo líder subía y bajaba penosamente con cada esfuerzo por respirar, y Zarzoso se estremeció al ver cuánto le costaba levantar la cabeza.

Pero a la débil luz de la luna que se filtraba entre las ramas, los ojos de Estrella Alta brillaron con el fulgor del Clan Estelar.

—Estrella de Fuego, tengo que darte las gracias —maulló con voz rota—. Has salvado a mi clan.

Estrella de Fuego murmuró una protesta.

—Y, Zarzoso… —continuó Estrella Alta—, hiciste un viaje larguísimo y encontraste este lugar para todos nosotros, enfrentándote a peligros que ningún otro gato había visto antes. Incluso Látigo Gris, que quizá camina ya con el Clan Estelar, coincidiría en que tú serías un digno lugarteniente para el Clan del Trueno.

Zarzoso se quedó sin aliento. Y no se atrevió a mirar a su líder, que dio un respingo a su lado. Sabía que Estrella de

Fuego no aceptaba el duelo por Látigo Gris y que se aferraba a la idea de que su amigo todavía estaba vivo. Se había negado a nombrar a otro lugarteniente hasta el momento, a pesar de que parecía muy poco probable que Látigo Gris consiguiera escapar de los Dos Patas que les habían quitado el bosque.

La ambición atenazó a Zarzoso como las garras de un águila. Por mucho que le costara admitirlo, sabía que deseaba ser lugarteniente, y luego, con el tiempo, líder de su clan. «¿Era eso lo que sentía Estrella de Tigre?»., se preguntó. La sed de poder de su padre era tan intensa que estuvo dispuesto a mentir, matar y traicionar por saciarla. «Yo jamás

podría hacer eso», pensó. Si llegaba a ser lugarteniente, sería a través de la lealtad a su clan, el trabajo duro y el respeto al código guerrero.

Pero la oscura herencia de Estrella de Tigre siempre estaría con él, ensombreciendo todo lo que intentara hacer. «Me miran y sé que ven a Estrella de Tigre».

Se recobró a tiempo para inclinar la cabeza ante Estrella Alta y murmurar:

—No fui yo solo. Fuimos todos juntos.

—Tienes que conservar fuerzas, Estrella Alta —maulló Estrella de Fuego con voz afectuosa—. Necesitas descansar.

—Ahora… descansar no me servirá de nada —replicó el líder del Clan del Viento.

Estrella de Fuego no trató de fingir que había posibilidades de que mejorara.

—Serás una noble incorporación a las filas del Clan Estelar.

Dio un paso adelante y se agachó para restregar el hocico contra el de su anciano colega.

—Antes de eso… —maulló Estrella Alta—, antes de eso debo decir… —Comenzó a ahogarse, y sus patas arañaron las hojas secas.

—Zarzoso, ve a por Cascarón —ordenó Estrella de Fuego.

—No. —Estrella Alta logró recuperar el aliento y le hizo una seña a Zarzoso para que se quedara—. No hay nada… No hay nada que ningún curandero pueda hacer ya por mí. —Con los ojos entornados, resolló varias veces antes de continuar—. Tengo que deciros algo importante. ¿Dónde está Bigotes?

Estrella de Fuego miró a Zarzoso, que negó con la cabeza.

—Cascarón ha ido a buscarlo —maulló el guerrero—. Iré yo también.

—Deprisa… —A Estrella Alta se le quebró la voz mientras Zarzoso salía—. Diles que… es hora…

Cuando salió del arbusto de aulaga,

Zarzoso miró a su alrededor. La luz del alba estaba aumentando, pero seguía sin poder ver más que formas oscuras y algunos borrones de pelajes más claros. La mayor parte de los gatos estaban durmiendo en lechos preparados entre la larga hierba del prado que se habían repartido los cuatro clanes. Estaba intentando descifrar cuál de los difusos grupos era el del Clan del Viento, cuando vio una figura solitaria que llegaba corriendo desde el lago. Para su alivio, reconoció a Bigotes.

—Cascarón dice que Estrella Alta está muriéndose —jadeó el guerrero del Clan del Viento, tras detenerse junto al arbusto y soltar un bocado de musgo

chorreante—. Sólo me he acercado al lago para traerle agua.

—Quiere verte —maulló Zarzoso.

Bigotes se deslizó bajo las ramas hasta la guarida de Estrella Alta, y Zarzoso lo siguió a tiempo de ver cómo depositaba el musgo junto a la cabeza de su líder. El viejo moribundo lamió débilmente unas gotas y volvió a levantar la cabeza.

—Antes de reunirme con el Clan Estelar, hay algo que debo hacer. —Su voz era más fuerte ahora—. Estrella de Fuego, Bigotes, escuchadme. Enlodado es un guerrero valiente, pero no es el adecuado para liderar al Clan del Viento. En las últimas lunas he

aprendido que el futuro de los clanes reside en la amistad. No quiero que haya rivalidad entre el Clan del Viento y el Clan del Trueno cuando me haya ido. No debemos ser enemigos. Pero eso no dejará de ser así si Enlodado lidera el clan.

Zarzoso vio cómo Estrella de Fuego intercambiaba una mirada con Bigotes; los dos parecían conscientes de que el concepto de amistad duradera que tenía Estrella Alta nunca llegaría a ser una realidad, sin importar quién estuviese al mando del clan, y eso los incomodaba. Que los clanes fuesen rivales era lo natural; formaba parte del código guerrero.

—Todavía puedo escoger al gato que liderará al Clan del Viento después de mí —maulló Estrella Alta con voz ronca—. A partir de este momento, Enlodado ya no es el lugarteniente de mi clan.

Tres pares de ojos se quedaron mirándolo, atónitos.

—Pronuncio estas palabras… ante el Clan Estelar —declaró Estrella Alta con voz resollante—. El Clan del Viento debe tener… un nuevo lugarteniente. Bigotes, quiero que tú lideres el Clan del Viento cuando yo me vaya.

Zarzoso y Estrella de Fuego intercambiaron una breve mirada de sorpresa. Aquéllas no eran las palabras

correctas para elegir a un nuevo lugarteniente, aunque era evidente cuál era la intención de Estrella Alta. Zarzoso sintió un hormigueo helado. ¿Aceptaría el Clan Estelar a Bigotes como líder del Clan del Viento, si no lo habían nombrado lugarteniente de la manera que exigía el código guerrero? Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla al ver la expresión de su propio líder. Estrella de Fuego parecía más conmocionado todavía que él; se le había erizado el pelo del cuello y clavaba las garras en el suelo, pero no dijo nada.

—Estrella Alta, no —maulló Bigotes con voz horrorizada.

Estrella Alta hizo caso omiso. Sus ojos, que resplandecían ya con el brillo de las estrellas, se posaron primero en su nuevo lugarteniente y luego en Estrella de Fuego y en Zarzoso.

—Doy las gracias por haber traído al clan hasta aquí —murmuró—. Bigotes, trata bien a nuestros amigos cuando lideres el Clan del Viento. Recuerda todo lo que el Clan del Trueno ha hecho por nosotros.

—Estrella Alta, haré todo lo que esté en mis manos, pero…

Bigotes alargó una zarpa para tocarlo, pero Estrella Alta dejó caer la cabeza sobre las hojas. Cerró los ojos, y su respiración se tornó rápida y

superficial.

Zarzoso notó una tenue brisa en la piel y oyó unos suaves pasos. Algo lo rozó, y por un instante creyó ver el reflejo de la luz de las estrellas en los ojos de Estrella de Fuego. De pronto, sintió como si la pequeña guarida estuviera abarrotada de felinos lustrosos que pasaban junto a él en todas direcciones.

El guerrero se sobresaltó al oír un correteo a sus espaldas y, un segundo después, la guarida estaba vacía de nuevo. Al volverse, vio que Cascarón estaba deslizándose entre las ramas.

Tras dejar un fardo de hojas junto a Estrella Alta, el curandero maulló:

—Carbonilla me ha dado esto…

Se interrumpió al mirar a su líder.

—Es demasiado tarde para hierbas —se apresuró a señalar Estrella de Fuego.

Bigotes se agachó para hundir el hocico en el pelo de Estrella Alta. El costado blanco y negro del líder del Clan del Viento había dejado de moverse, paralizado para siempre con la marcha del espíritu del viejo gato.

—Ahora camina con el Clan Estelar —murmuró Cascarón.

Zarzoso sintió cómo la tristeza se aferraba a su garganta. Estrella Alta no era su líder, pero había sido un gato noble, y nada volvería a ser igual ahora

que había muerto.

Al cabo de unos momentos, Estrella de Fuego tocó a Bigotes con la cola.

—Bigotes, tienes que hablar con tu clan. Recuerda lo que ha dicho Estrella Alta. Él… te ha nombrado lugarteniente para que ahora seas el líder del Clan del Viento.

Bigotes levantó la cabeza. En sus ojos se veía un caos de tristeza y confusión.

—¡Estrella de Fuego, no puedo hacerlo! —exclamó—. ¡No puedo convertirme en líder! —Más dubitativo, preguntó—: ¿Tenemos que contar lo que ha dicho Estrella Alta? Yo… sé que no ha empleado las palabras correctas para

elegir a un nuevo lugarteniente. Estrella Alta estaba agonizando, no podía pensar con claridad…

—Estrella Alta sabía exactamente qué quería, haya usado o no las palabras correctas —contestó Estrella de Fuego con firmeza, aunque en sus ojos había comprensión—. Él quería que tú fueras el lugarteniente en vez de Enlodado, porque quería que lo sucedieras como líder del clan. ¿Vas a traicionar su confianza y despreciar el honor que te ha hecho?

Zarzoso vio que a Cascarón se le salían los ojos de las órbitas, y recordó que el curandero había llegado después de que Estrella Alta terminara de hablar.

—¿Que Estrella Alta ha dicho qué? —quiso saber Cascarón.

Cuando Estrella de Fuego acabó de contárselo, Cascarón parecía desasosegado.

—Comprendo que las palabras de nuestro líder te hayan conmocionado —le dijo el curandero a Bigotes—, pero tú no puedes hacer nada al respecto. Si eso es lo que Estrella Alta deseaba, significa que tú eres el líder del clan a los ojos del Clan Estelar. ¿Crees que nuestros antepasados le concederían ahora nueve vidas a Enlodado, sabiendo que Estrella Alta había cambiado de opinión?

—¡Y Enlodado! —Bigotes miró a

los demás, abatido—. ¿Qué voy a decirle?

Estrella de Fuego se restregó contra su costado para reconfortarlo.

—Si quieres, yo lo anunciaré a los clanes mientras tú decides qué les dices a algunos gatos en particular.

Los ojos de Bigotes se llenaron de alivio.

—¿Lo harías, Estrella de Fuego? Siempre te lo agradeceré.

Estrella de Fuego hizo un gesto de asentimiento, pero Zarzoso sintió cierta desazón. Sabía que los dos eran amigos desde mucho antes de que Estrella de Fuego se convirtiera en líder de clan, pero no cabía duda de que, en ese

momento, y por muy difícil que le resultara, Bigotes debería actuar por sí solo. Ya iba a ser un impacto lo bastante grande para el Clan del Viento sin que Estrella de Fuego, un miembro de un clan distinto, se viera involucrado en todo aquello.

El líder del Clan del Trueno salió de entre las ramas. Zarzoso y los demás lo siguieron hasta que llegó al tocón de árbol, al borde del claro desierto, y subió de un salto.

Bigotes estaba a punto de sentarse entre las raíces, pero Estrella de Fuego le hizo un gesto con la cola para que subiera.

—Tú debes estar aquí arriba —

maulló—. ¿Qué va a pensar tu clan si te quedas ahí abajo, como un simple guerrero?

Zarzoso comprendió a la perfección a Estrella de Fuego, y sofocó una punzada de impaciencia. Había llegado el momento de que Bigotes se sobrepusiera a la impresión vivida y comenzara a portarse como un líder.

—Adelante —lo instó Zarzoso.

Bigotes lo miró dubitativamente, y luego saltó al lado de Estrella de Fuego.

El líder del Clan del Trueno soltó un maullido.

—¡Gatos de todos los clanes! Reuníos aquí para escuchar las noticias que tengo para vosotros.

Zarzoso vio que los gatos comenzaban a levantarse de sus improvisados lechos alrededor del claro, como cuando la larga hierba se ondulaba bajo el viento. No muy lejos, oyó a uno de los gatos mascullando con mal humor:

—¿Qué es lo que quiere ahora?

Estrella de Fuego repitió la llamada hasta que, uno tras otro, todos los gatos llegaron al claro y rodearon el tocón.

Esquiruela se acercó somnolienta a Zarzoso, bostezando con ganas.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué quiere Estrella de Fuego?

—Será mejor que lo oigas de su boca —respondió Zarzoso.

Él era incapaz de explicar lo que había sucedido antes de que Estrella Alta perdiera su última vida, pero, de pronto, recordó que se había peleado con Esquiruela. Obviamente, la joven no la había olvidado y malinterpretó su cautelosa respuesta como falta de ganas de hablar con ella.

—Ah, muy bien —maulló. Lo miró con frialdad y se alejó un par de colas antes de sentarse.

—Gatos de todos los clanes. Tengo noticias tristes —comenzó el líder del Clan del Trueno—. Estrella Alta se ha ido a cazar con el Clan Estelar.

—¡Estrella Alta ha muerto! —exclamó Oreja Partida—. Ya era el líder

de nuestro clan antes de que yo naciera. ¿Qué le pasará al Clan del Viento sin él?

A su lado, su aprendiz, Zarpa de Cárabo, agachó la cabeza, demasiado abrumado para hablar. Una reina del Clan del Río, Musgosa, tocó al joven con la punta de la cola.

—Era un gato noble —murmuró—. Será bien recibido por el Clan Estelar, y caminará con los mejores de nuestros antepasados.

De algún lugar del fondo, una sola voz se elevó en un alarido de pena que resonó en el corazón de Zarzoso.

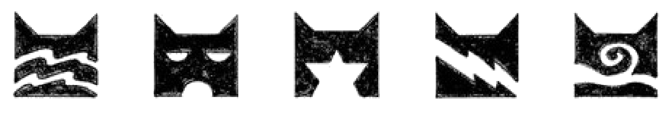
—Yo estaba con él cuando murió —continuó Estrella de Fuego, lanzando una mirada a Zarzoso—, y sus últimas

palabras…

Se interrumpió cuando un guerrero marrón con manchas se abrió paso entre los congregados y se detuvo al pie del tocón.

—¿Cómo es eso? —espetó con ojos llameantes de furia—. ¿Estrella Alta ha muerto? ¿Por qué nadie me ha avisado?

Era Enlodado.



7

Estrella de Fuego miró con calma al guerrero del Clan del Viento.

—Estrella Alta ha muerto hace apenas unos instantes —maulló—. No ha habido tiempo de avisar a nadie.

—Enlodado, ahora tú eres nuestro líder —dijo Manto Trenzado—. Todos lloraremos a Estrella Alta, pero necesitamos que nos ayudes a

instalarnos en nuestro nuevo hogar.

Sus compañeros de clan coincidieron con un murmullo de aprobación. Enlodado lo agradeció inclinando la cabeza, pero se volvió hacia Estrella de Fuego; sus ojos seguían centelleando de ira.

—Deberías haber enviado a alguien a buscarme, antes de convocar esta reunión. ¿Por qué un gato del Clan del Trueno ha de dar noticias del Clan del Viento?

Estrella de Fuego agitó la cola.

—Estrella Alta quería que fuese así. Escucha lo que intento contar, por favor. —Dirigiéndose a todos los gatos, y no sólo a Enlodado, continuó—: Justo antes

de morir, Estrella Alta ha nombrado lugarteniente a Bigotes.

Su mirada pasó sobre Zarzoso, pero no llegó a cruzarse con la del guerrero. Éste sintió un hormigueo: ¿acaso Estrella de Fuego estaba realmente dispuesto a pasar por alto que Estrella Alta no había seguido la ceremonia apropiada para nombrar a su nuevo lugarteniente?

—¿Qué? —chilló Enlodado con incredulidad.

—¿Quieres decir que Enlodado no es ahora nuestro líder? —preguntó Manto Trenzado. Confundido, hundió las garras en el suelo.

—¡Eso es una cagarruta de zorro! —

gruñó una gata negra del Clan del Viento, mostrando los colmillos—. No hay un gato más capacitado para liderar al clan.

Zarzoso presenciaba la escena, incómodo. Si él tuviera que tomar esa decisión, consideraría a Bigotes mejor líder que Enlodado. Pero él no tenía derecho a juzgar. Y se imaginaba a la perfección cómo debía de sentirse Enlodado, viendo cómo le arrebataban en un segundo el liderazgo que había estado esperando.

Bigotes miró a Enlodado desde lo alto del tocón.

—Esto es tan sorprendente para mí como para ti —maulló—. Y me gustaría

que tú siguieras siendo el lugarteniente del Clan del Viento. Necesitaré tu apoyo y tu experiencia en todos los pasos del camino.

Enlodado erizó el pelo del cuello.

—No creerás que voy a tragarme todo ese montón de cagarrutas de zorro, ¿verdad? —espetó—. Todos los gatos saben que Estrella Alta prácticamente le entregó nuestro clan a Estrella de Fuego antes de abandonar el bosque. Él siempre sintió más lealtad hacia el Clan del Trueno de la que se merecen. ¡Y ahora viene Estrella de Fuego a contarnos que su amiguito Bigotes va a ser líder! ¿Alguien más ha sido testigo de este conveniente cambio de opinión?

Con las patas tan pesadas como si fueran de piedra, Zarzoso se adelantó hasta situarse junto a Enlodado.

—Yo. —Las palabras se le atascaron en la garganta como un pedazo de carne dura—. Yo estaba presente, Enlodado. He sido testigo de cómo Estrella Alta nombraba lugarteniente a Bigotes.

Estuvo a punto de añadir «aunque no ha empleado la fórmula correcta», pero se contuvo. Estrella de Fuego no había dicho nada sobre eso.

El claro y el tocón de árbol se esfumaron, y Zarzoso se vio de nuevo en el barranco, como un aprendiz de menos de siete lunas, hurgando de mala gana en

el pelaje de los veteranos en busca de garrapatas. Todos los aprendices odiaban esa tarea, pero a veces era soportable por la oportunidad de escuchar historias sobre los viejos tiempos del Clan del Trueno, antes de que ellos hubieran nacido. Mientras cerraba cuidadosamente los dientes sobre una garrapata aferrada a la base de la cola de Tuerta, oyó cómo la vieja gata hablaba con Cola Moteada de cuando Estrella Azul nombró lugarteniente a Estrella de Fuego, que entonces se llamaba Corazón de Fuego. El anterior lugarteniente, Garra de Tigre, había resultado un traidor que estaba tramando asesinar a su líder, y Zarzoso

sintió un hormigueo en la piel al oír cómo mencionaban a su padre de un modo tan duro. Desterraron a Garra de Tigre del campamento, y, en su lugar, Estrella Azul nombró lugarteniente a Corazón de Fuego. Pero estaba tan trastornada por la traición de Garra de Tigre que retrasó la ceremonia hasta mucho después de que la luna estuviera en lo más alto, que era el límite impuesto por el código guerrero. Varios gatos del clan, incluso los que apreciaban y respetaban al guerrero rojizo, expresaron sus dudas hacia su derecho a ser llamado lugarteniente, y tuvieron que pasar muchas lunas antes de que Corazón de Fuego demostrara ser

digno de haber ocupado el puesto de Garra de Tigre.

Zarzoso sacudió la cabeza, regresando así al bosquecillo junto al lago. Se le heló la sangre en las venas. ¡La ceremonia de nombramiento de Estrella de Fuego no había sido la adecuada, al igual que la de Bigotes! No era extraño que el líder del Clan del Trueno defendiese al nuevo lugarteniente cuando había dudas sobre su derecho a liderar el clan. Si Estrella de Fuego había tenido dudas alguna vez sobre su propia posición como lugarteniente, se las había guardado para él; y obviamente, pensaba que Bigotes debía hacer lo mismo.

Enlodado miró a Zarzoso entornando los ojos.

—Así que tú también estabas ahí, ¿eh? Otro gato del Clan del Trueno, ¡qué sorpresa! ¿Qué te ha ofrecido Estrella de Fuego si lo respaldabas? ¿Acaso te ha prometido nombrarte lugarteniente del Clan del Trueno?

Cualquier tentación de confesar la verdad se esfumó al instante, y Zarzoso tuvo que contener el impulso de saltar sobre el guerrero del Clan del Viento y arrancarle el pellejo. Consiguió quedarse donde estaba, y, al mirar hacia Estrella de Fuego, vio en sus ojos verdes una rabia helada.

—¿Cómo te atreves a dudar de mi

palabra o de la de mis guerreros? —le bufó Estrella de Fuego a Enlodado—. Estrella Alta ha tomado su decisión bajo la mirada del Clan Estelar.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le espetó Enlodado, desafiante—. ¿De repente te has convertido en curandero?

—Su decisión estaba bastante clara —replicó Estrella de Fuego.

Enlodado se volvió para encararse a sus compañeros de clan.

—¿Vais a quedaros ahí sentados y aceptar esto? —les preguntó—. ¿Vamos a permitir que el Clan del Trueno escoja a nuestro líder por nosotros? —Volviéndose de nuevo hacia Bigotes, añadió con mirada torva—: ¿Cuántos de

nuestros guerreros crees que te seguirán, llorica, traidor carroñero?

Antes de que Bigotes tuviera tiempo de responder, Corvino Plumoso se adelantó hasta el pie del tocón. Tenía el pelo revuelto y los ojos rebosantes de tristeza, pero, cuando habló, su voz sonó tranquila.

—Yo seguiré a Bigotes. Hice el viaje al lugar donde se ahoga el sol con Zarzoso, y sé que él no mentiría. Si dice que Estrella Alta ha nombrado lugarteniente a Bigotes antes de morir, yo lo creo. —Levantó la mirada hacia Bigotes y maulló—: Estrella de Bigotes, yo te saludo como el líder de mi clan.

Se oyeron más voces del Clan del

Viento.

—¡Sí! ¡Estrella de Bigotes! ¡Estrella de Bigotes!

Pero otros sonaron inseguros, o se mostraron abiertamente desafiantes, y Zarzoso vio que a Bigotes no iba a resultarle fácil creer en su derecho a ser líder del clan. Descubrió a Estrella Negra y Estrella Leopardina al borde de la multitud, intercambiando miradas de divertida satisfacción. Era obvio que no les disgustaba ver disputas en el Clan del Viento.

Bigotes inclinó la cabeza ante Corvino Plumoso.

—Gracias —maulló—. Pero no me llaméis Estrella de Bigotes todavía —

pidió—. El Clan Estelar aún no me ha dado mi nombre ni mis nueve vidas.

Bajó las orejas avergonzado, y Zarzoso supuso que temía que el Clan Estelar jamás lo aprobara por la manera en que se había convertido en lugarteniente del Clan del Viento.

—¡Y nunca te los dará! —gruñó Enlodado, como si pudiera leer los pensamientos más ocultos de Bigotes—. ¡Tú no eres nuestro líder! Baja aquí a pelear conmigo si te atreves. Entonces veremos quién es el mejor líder para el clan.

Bigotes se dispuso a saltar, aceptando el reto de Enlodado, pero Estrella de Fuego levantó la cola para

detenerlo. Zarzoso se preparó para interceptar a Enlodado si éste se abalanzaba hacia el tocón de árbol.

—¡Quietos! —Cascarón soltó un grito indignado—. Esconde las garras, Enlodado —le ordenó al destituido lugarteniente del Clan del Viento—. Nunca se ha escogido a los líderes de clan en una pelea. ¿Acaso queréis iniciar un enfrentamiento con el espíritu de Estrella Alta vigilándonos todavía? Deberíamos estar velándolo, en vez de discutiendo quién ocupará su lugar. Lo traicionáis al comportaros así. Él siempre esperó lo mejor de sus guerreros más experimentados. —Hizo una larga pausa mirando a Estrella de

Fuego, y luego añadió—: Yo creo lo que nos cuentan los gatos del Clan del Trueno. Ésa ha sido la decisión de Estrella Alta, y debes aceptarla.

Con un visible esfuerzo, Enlodado relajó el pelo del cuello y envainó las uñas.

—Muy bien —gruñó. Luego miró a Bigotes, y el odio de sus ojos era como veneno—. Eres muy valiente ahí arriba, respaldado por tus amigos del Clan del Trueno. Pero, si crees que voy a ponerme a tu servicio como lugarteniente, te equivocas.

Bigotes inclinó la cabeza.

—Como quieras —maulló—. Aunque lamento que tu decisión sea ésa.

La única respuesta de Enlodado fue soltar un bufido. Luego siguió a Cascarón y otros guerreros del Clan del Viento, que iban a trasladar el cuerpo de Estrella Alta para velarlo.

—Bigotes —maulló Estrella de Fuego quedamente—. Tienes que nombrar a otro lugarteniente. Ahora. No puedes liderar este clan tú solo, y necesitarás todo el apoyo que puedas reunir si Enlodado decide ponértelo difícil.

Durante un momento, Zarzoso se preguntó si escogería a Corvino Plumoso, que estaba observando fijamente a los líderes. Pero Corvino Plumoso era guerrero desde hacía muy

poco tiempo y, además, tenía el defecto de tener amigos en el Clan del Trueno, debido al viaje que había hecho con Zarzoso y Esquiruela. Bigotes necesitaba un guerrero experimentado que contara con la confianza del clan, pero que no fuese demasiado popular entre los demás clanes; una elección que aprobara todo el mundo, incluso el propio Enlodado.

Bigotes cerró los ojos para pensar. Luego volvió a abrirlos y miró a sus compañeros de clan.

—Pronuncio estas palabras ante el espíritu de Estrella Alta y ante los espíritus de todo el Clan Estelar, para que puedan oír y aprobar mi elección.

Zarzoso soltó un suspiro de alivio al ver que, en esa ocasión, se usaban las palabras correctas.

—Perlada será la nueva lugarteniente del Clan del Viento.

Zarzoso no estaba seguro de conocer a Perlada. Entonces vio a una gata gris con una expresión de absoluta sorpresa en su ancha cara. Corvino Plumoso corrió hacia ella y restregó el hocico contra el suyo mientras los demás miembros del Clan del Viento coreaban:

—¡Perlada! ¡Perlada!

De repente, Zarzoso recordó que era la madre de Corvino Plumoso. La había visto una o dos veces en las Asambleas, aunque nunca había hablado con ella.

Era evidente que había sido una elección bien recibida por el clan. Zarzoso entornó los ojos: como él esperaba, Bigotes había escogido inteligentemente.

El nuevo líder del Clan del Viento bajó del tocón de árbol, y Estrella de Fuego lo siguió. Perlada se acercó a entrechocar la nariz con su líder.

—Gracias, Bigotes —maulló—. Lo haré lo mejor que pueda. Jamás me habría imaginado…

—Lo sé —la interrumpió él, dándole un lametazo—. Ésa es una de las razones por las que te he escogido. No quiero a nadie que crea que se merece el poder. Quiero a alguien que me ayude a

conseguir que nuestro clan sea fuerte otra vez, cuando lleguemos a nuestros nuevos territorios.

Perlada ronroneó.

—Entonces, eso es lo que haré.

Bigotes se volvió hacia Estrella de Fuego.

—Gracias. Lamento que esto haya sido tan desagradable. Nunca habría imaginado que Enlodado sería capaz de acusarte de mentir.

Estrella de Fuego se encogió de hombros.

—A mí no me ha sorprendido. Enlodado se había hecho cargo de muchas de las obligaciones de un líder antes de la muerte de Estrella Alta. Para

él habrá sido tremendo saber que, después de todo, no va a ser vuestro líder. Pero, al menos, parece que ahora tienes a la mayor parte del clan de tu lado.

Bigotes asintió, pero una sombra de inquietud cruzó su rostro.

—¿Cómo va a concederme el Clan Estelar mi nombre y mis nueve vidas, Estrella de Fuego? Aquí no hay Piedra Lunar. ¿Crees que debería tomar a algunos de mis guerreros y cruzar de nuevo las montañas hasta las Rocas Altas?

Estrella de Fuego agitó la cola.

—Creo que eso es lo más imprudente que podrías hacer. El viaje

de ida y vuelta te llevaría casi una luna. Y Enlodado no se quedaría sentado sin hacer nada mientras estuvieras lejos, de eso estoy seguro.

Giró las orejas hacia los gatos que acababan de sacar al claro el cuerpo de Estrella Alta. Enlodado se hallaba un poco apartado de ellos, mirando a Bigotes con expresión siniestra. Zarzoso sintió un escalofrío. El nuevo líder del Clan del Viento sería un insensato si creyera que sus problemas con Enlodado habían concluido.

—Tienes razón —suspiró Bigotes—. Éste no es el momento de dejar solo al clan, pero deberemos encontrar cuanto antes una manera de compartir lenguas

con el Clan Estelar, ¿no?

—Tiene que haber otra Piedra Lunar cerca —maulló Perlada, con un inquebrantable sentido común—. De lo contrario, el Clan Estelar no nos habría traído hasta aquí. La encontraremos lo más deprisa que podamos, y, hasta entonces, la lealtad de tu clan tendrá que bastar para mantenerte como nuestro líder.

Bigotes seguía pareciendo angustiado, y Zarzoso comprendió por qué. No se trataba sólo de Enlodado. Era obvio que Manto Trenzado y Nube Negra tampoco estaban contentos con el cambio de líder, y podría haber más como ellos. El liderazgo de Bigotes no

estaría completamente a salvo hasta que consiguiera sus nueve vidas y su nuevo nombre. ¿Se los concedería el Clan Estelar, si Estrella Alta no había seguido la ancestral ceremonia para nombrarlo lugarteniente?

—Por ahora no podemos hacer más —maulló Bigotes con cansancio—. Aunque el alba ya está aquí, debemos velar a Estrella Alta.

Cruzó el claro y se tumbó al lado de la inmóvil figura de su viejo líder, hundiendo el hocico en su pelaje blanco y negro. Perlada y Corvino Plumoso se colocaron a ambos lados de Bigotes, como si quisieran protegerlo mientras lloraba la muerte de Estrella Alta.

Zarzoso supuso que el dolor de los miembros del Clan del Viento sería más intenso incluso, porque no podían velar a su líder toda una noche. Aquella misma mañana, los clanes se trasladarían a sus nuevos hogares. No podía dejar de pensar en todo lo que estaba sucediendo, y por un momento sintió como si todo el código guerrero estuviera viniéndose abajo, haciéndose pedazos bajo la presión de trasladarse a sus nuevos territorios.

—Bigotes ha tomado una decisión muy inteligente al nombrar lugarteniente a Perlada —declaró Estrella de Fuego.

Con un sobresalto, Zarzoso volvió al presente.

Sabía que el líder de su clan tenía razón, pero sintió como si tuviera un hueso atascado en la garganta y no pudo contestar. ¿Qué iba a decir, cuando Estrella de Fuego se había negado a tomar una decisión similar para el Clan del Trueno? Tragó saliva a duras penas, buscando palabras para expresar su respeto a la amistad de Estrella de Fuego y Látigo Gris, pero dejando claro también que no creía que el Clan del Trueno pudiera seguir adelante indefinidamente sin nombrar a un lugarteniente.

Estrella de Fuego clavó sus verdes ojos en él, y pareció adivinar lo que estaba pensando.

—No tenemos la menor prueba de que Látigo Gris esté muerto. Y si no lo está, tarde o temprano regresará con el Clan del Trueno. ¿Cómo voy a poner a otro en su lugar?

—El Clan del Río nombró lugarteniente a Alcotán cuando Vaharina desapareció —repuso Zarzoso.

Estrella de Fuego entornó los ojos.

—Eso fue diferente. Cuando Vaharina desapareció, nadie sabía qué le había ocurrido. Parecía imposible que pudiera estar viva. Pero ahora sabemos que los Dos Patas habían atrapado a los gatos desaparecidos. Si hubieran querido matarlos, lo habrían hecho inmediatamente, pero no fue así. A

Látigo Gris lo tienen encerrado en algún lugar, y antes o después conseguirá escapar y volverá a nuestro lado. —Arañó el suelo, dejando profundos surcos en la tierra—. No perderé las esperanzas hasta que vea su cadáver con mis propios ojos.

«¿Está intentando convencerme a mí… o a sí mismo?»., se preguntó Zarzoso sombríamente.

Sin una palabra más, Estrella de Fuego dio media vuelta y se dirigió al grupo que se había reunido alrededor del cuerpo de Estrella Alta. Zarzoso lo miró con una mezcla de culpabilidad y frustración. Él quería ser lugarteniente, ¿qué había de malo en eso?

«Acuérdate de Estrella de Tigre», le susurró una vocecilla al oído, y se le erizó todo el pelo al pensar con horror en lo que había sucedido.

«¡Yo no me parezco en nada a Estrella de Tigre! —replicó mentalmente—. Soy un guerrero leal. He trabajado duro y he arriesgado la vida por mi clan. Nadie podría decir que no me merezco ser lugarteniente».

Vio cómo Esquiruela surgía silenciosamente de entre las sombras para entrechocar la nariz con la de su padre. Los dos se sentaron juntos fuera del círculo de apenados gatos del Clan del Viento; sus pelajes rojizos se confundían entre sí.

Una punzada de envidia, tan cortante como el viento invernal, sacudió a Zarzoso. Había discutido con Esquiruela por Alcotán, y su hermana, Trigueña, pertenecía a otro clan. No tenía a nadie con quien compartir un afecto sin complicaciones como el que se tenían Esquiruela y Estrella de Fuego.

«¿Cuántas veces tengo que demostrar mi valía?»., se preguntó, desesperado. Alcotán no parecía tener el mismo problema en el Clan del Río, aunque también era hijo de Estrella de Tigre. Zarzoso sintió un repentino deseo de buscarlo y hablar con él, pero, con los clanes a punto de tomar caminos separados, sabía que ya no era el

momento.

Deseaba tanto ser lugarteniente que le dolía. ¿Por qué Estrella de Fuego y Esquiruela no podían confiar en él? Cerró los ojos y clavó las garras en el suelo mientras lo inundaba una negra oleada de ambición, helándole la sangre.



8

Hojarasca se sentó no muy lejos del cuerpo de Estrella Alta, observando a los gatos que estaban velando al líder fallecido. La luz del día se extendía con firmeza por detrás de la cadena de colinas, y poco a poco revelaba un cielo gris con nubes bajas. Desde el lago llegaba una brisa fría y húmeda, y hacía que las ramas repiquetearan como

huesos de ratón.

El cadáver del viejo líder se veía desalentadoramente descarnado, y Hojarasca se estremeció. Resultaba muy extraño estar velando bajo la fría luz de la mañana. Lo habitual era que la ceremonia se desarrollara a lo largo de una noche, cuando la figura inmóvil quedaba camuflada por las sombras, como si estuviera cubierto por un manto negro, suave y reconfortante.

La aprendiza apartó la mirada del cuerpo de Estrella Alta, y se dejó llevar por sus pensamientos. La ansiedad la reconcomía como afilados colmillos de zorro. Bigotes no podía ir hasta la Piedra Lunar para recibir sus nueve

vidas de manos del Clan Estelar. No sólo estaba demasiado cansado para hacer ese largo viaje de ida y vuelta, sino que era obvio que Enlodado aprovecharía su ausencia para dar problemas. Pero ¿qué les sucedería a los clanes si sus líderes no compartían lenguas con el Clan Estelar? Su código guerrero se desvanecería como la niebla a la luz del sol, y ellos no serían mejores que los proscritos.

—¡El Clan Estelar tiene que guiarnos! —exclamó en voz alta.

Carbonilla, que estaba hablando con Cascarón, se volvió hacia ella y se le acercó con expresión preocupada.

—¿Hojarasca? ¿Qué ocurre?

La aprendiza negó con un gesto de la cabeza.

—Lamento haberte inquietado, Carbonilla. Es sólo que estaba pensando en Bigotes. ¿Qué hará si no puede ir a las Rocas Altas?

Carbonilla la rozó levemente con la punta de la cola.

—No te preocupes —la tranquilizó—. El Clan Estelar nos mostrará un nuevo lugar en el que compartir lenguas con ellos.

—Pero ¿cuándo? —Hojarasca miró los ojos azules de su mentora—. Bigotes necesita ya su nombre y sus nueve vidas.

—Paciencia, Hojarasca. El Clan Estelar no debe de tener prisa. Habrá

una respuesta, ya lo verás. Y mientras tanto —añadió con más brío—, podrías estar haciendo algo útil en vez de preocuparte. Mira, Ala de Mariposa ha tenido una buena idea. Está llevando agua a los veteranos y los cachorros.

Al otro lado del claro, la curandera del Clan del Río se dirigía a un grupo de gatos del Clan del Viento, llevando en la boca una bola de musgo goteante. Con una punzada de culpabilidad, Hojarasca se dio cuenta de que no había hecho nada, excepto angustiarse por cosas que no podía solucionar.

—Lo lamento, Carbonilla —maulló, poniéndose en pie—. Yo también iré a por musgo empapado de agua.

La curandera asintió.

—Te sentirás mejor si estás atareada.

Hojarasca se encaminó al lago, pero apenas había salido del bosquecillo cuando vio a varios gatos subiendo la ladera. Tenían el pelo mojado, y Hojarasca reconoció al que encabezaba al grupo, Alcotán. Era la patrulla del Clan del Río, que había ido a explorar la isla con la primera luz del alba.

Picada por la curiosidad, Hojarasca volvió atrás y los siguió hasta el centro del claro.

Alcotán se subió de un salto al tocón de árbol y soltó un maullido para convocar a todos los gatos. Hojarasca se

preguntó si el guerrero debería tomarse esas libertades.

—¿A qué está jugando? El tocón de árbol es para los líderes, como la Gran Roca en los Cuatro Árboles. —Acedera parecía haber intuido los pensamientos de su amiga al acercarse—. Alcotán ya ni siquiera es lugarteniente.

Pero nadie cuestionó al guerrero del Clan del Río. En vez de eso, los clanes se apresuraron a reunirse para oír sus noticias.

—¿Y bien? —lo instó Estrella Leopardina—. ¿Habéis llegado a la isla? ¿Qué habéis encontrado?

—Todo lo que podríamos esperar —declaró Alcotán—. No me imagino un

lugar mejor para un campamento. El Clan Estelar debía de tenerlo en mente cuando nos trajo hasta aquí. Disponemos del lago para pescar, hay árboles que proporcionan abrigo, y el lugar está a salvo de depredadores… y de cualquier otro que quisiera atacarnos —añadió, mirando con ojos centelleantes a los clanes rivales.

Brotaron algunos maullidos de aprobación entre los guerreros del Clan del Río, y Prieto exclamó:

—¡Bien hecho, Alcotán!

El guerrero atigrado inclinó la cabeza.

—Sólo intento hacer lo mejor para nuestro clan —contestó.

Hojarasca se sorprendió al oír un sonoro resoplido a sus espaldas. Al mirar por encima del hombro, vio que Esquiruela estaba mirando a Alcotán con inequívoca hostilidad.

Sigilosamente, la aprendiza de curandera caminó hacia atrás hasta situarse junto a su hermana.

—¿Qué te pasa?

—No me fío ni un pelo de él —masculló Esquiruela, sin despegar los ojos del guerrero del Clan del Río.

—Yo tampoco —admitió Hojarasca.

Recordó un día, en el bosque, en el que Acedera traspasó sin querer la frontera del Clan del Río persiguiendo una ardilla. Alcotán saltó sobre ella y la

inmovilizó, y sólo Ala de Mariposa consiguió que la soltara al aconsejarle que no creara problemas entre los clanes. Aquel día, el guerrero dejó perfectamente claras sus ambiciones; incluso insinuó que el Clan del Río podría ocupar el territorio del Clan del Trueno, que estaba debilitado por la falta de presas.

Hojarasca y Acedera habían decidido no contar nada de eso a Estrella de Fuego ni a sus compañeros de clan. Acedera no quería confesar que había traspasado la frontera, y aseguró que cualquier joven guerrero ambicioso soñaría con apoderarse de los terrenos de caza de otro clan. A Hojarasca no le

habría sido tan fácil excusar la sed de territorios y de poder de Alcotán.

—Sabía que no te fiabas de él —maulló Esquiruela quedamente—. Me he dado cuenta desde el principio. Me alegro de que alguien coincida conmigo.

Vaharina se acercó al tocón de árbol agitando la punta de la cola.

—Alcotán, ya te dije que sería una idea descabellada instalar el campamento en la isla. Los guerreros pueden llegar nadando, es cierto, pero ¿qué pasa con los veteranos y los cachorros? ¿Y si les ocurre algo a los peces del lago? Jamás podríamos llevar carne fresca desde tierra firme.

Alcotán dirigió la mirada hacia su

líder.

—Estrella Leopardina, ¿tú qué opinas?

La líder del Clan del Río vaciló antes de responder.

—Lo que dices es cierto, Alcotán —maulló finalmente—. La isla sería más fácil de defender que cualquier campamento situado tierra adentro. Pero Vaharina también tiene razón. No podemos instalar nuestro hogar en un sitio al que les cueste llegar a nuestros veteranos y cachorros, y el aislamiento nos volvería vulnerables, a pesar de darnos también seguridad. Acamparemos en el lugar que encontró Vaharina.

Hojarasca se preparó para un estallido de rabia por parte de Alcotán, pero el guerrero se limitó a inclinar la cabeza ante Estrella Leopardina y bajó del tocón de árbol.

—Bien. —Esquiruela sonó satisfecha.

—Sé justa —maulló Hojarasca—. No puedes culparlo por querer encontrar un hogar seguro para su clan.

Esquiruela soltó un resoplido asqueado.

—Eso es lo último que intentaba hacer Alcotán. Sólo quería desafiar a Vaharina. Si yo fuera ella, me andaría con ojo. Y no me digas que no estás de acuerdo conmigo —añadió—, porque no

te creeré.

—Lo sé —admitió Hojarasca—. Sin embargo, Alcotán todavía no ha hecho nada.

Esquiruela entornó los ojos.

—Dale tiempo —maulló sombríamente.

Agotada por el madrugón, Hojarasca se quedó dormida, pero se despertó cuando una cola le rozó la oreja. Parpadeando, vio que se trataba de Carbonilla.

—Voy a ayudar a llevar el cuerpo de Estrella Alta para enterrarlo —maulló la curandera—. Estrella de Fuego está

preparándose para partir.

Hojarasca se puso en pie, sacudiéndose del pelo trocitos de hojas secas.

—¡Lo lamento, Carbonilla! —balbuceó—. ¿Por qué no me has despertado antes?

—Necesitabas dormir —murmuró su mentora.

Para entonces, las nubes se habían disipado hasta dejar ver un pálido sol. Los gatos estaban reuniéndose alrededor de Estrella de Fuego, cerca del tocón de árbol. Fronde Dorado guiaba al ciego Rabo Largo, con la cola sobre su hombro, mientras Fronda reprendía dulcemente a Betulino, que iba saltando

de un lado a otro y tropezaba con todos.

Hojarasca se sintió embargada de emoción, y se espabiló de inmediato. ¡Estaban a punto de ver su nuevo hogar!

—¿Puedo ayudar en algo? —le preguntó a Carbonilla.

—Sí, por favor, pero hazlo rápido. Me gustaría que fueras a la zona pantanosa a recolectar un poco más de cola de caballo. Quizá no tengamos otra oportunidad en una temporada.

Hojarasca asintió.

—Claro. Pero ¿te importa si busco primero a Ala de Mariposa? Me gustaría despedirme de ella.

—Volverás a verla en las Asambleas… —repuso Carbonilla, pero

luego añadió afectuosamente—: De acuerdo, pero no tardes.

Hojarasca salió disparada. Para su alivio, encontró a Ala de Mariposa casi de inmediato, caminando entre los árboles con otra bola de musgo empapado en la boca. Sintiéndose un poco culpable, Hojarasca pensó que su amiga debía de haber dado ya de beber a los cachorros y los veteranos de los cuatro clanes.

—¡Eh, Ala de Mariposa! —la llamó.

Al llegar a su lado, arrugó la nariz por el desagradable olor que desprendía el pelo de la joven curandera.

Los ojos azules de Ala de Mariposa se iluminaron de risa.

—Bilis de ratón —se disculpó—. Esta mañana, Paso Potente ha insistido en que lo librara de las garrapatas antes de hacer otra cosa. Después de eso, he estado tan ocupada llevando agua a quien la necesitaba que no he tenido tiempo de lavarme. Para ser sincera, ya me he acostumbrado al olor.

—Lo siento. —Hojarasca se sintió peor que antes—. Debería haberte echado una mano.

Ala de Mariposa se encogió de hombros.

—No importa. Ya casi he terminado. ¿Quieres un poco de agua para tus veteranos?

Empujó el musgo empapado hacia

Hojarasca.

—Gracias —respondió la aprendiza, preguntándose si tendría tiempo de llevárselo a Rabo Largo antes de recolectar cola de caballo.

Se inclinó para recoger el musgo, pero se apartó de un salto cuando un intenso olor le invadió la boca y la nariz… un olor raro y amargo que le recordó a la carroña. Se incorporó, pasándose la lengua por hocico.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Ala de Mariposa.

—No estoy segura. Huele un poco raro. ¿De dónde es?

—Hay una charca ahí… —Ala de Mariposa señaló con la cola—. He

tenido suerte de encontrar agua tan cerca; no me ha hecho falta bajar hasta el lago.

—Enséñamela —pidió Hojarasca.

Ala de Mariposa la guió fuera del claro, hasta el borde del cenagal. Avanzó con seguridad por el suelo fangoso, saltando sobre matas de hierba áspera cuando se volvía demasiado lodoso incluso para un gato del Clan del Río. Iban en paralelo a la orilla del lago, pero estaban lejos del agua.

Por fin, Ala de Mariposa se detuvo junto a una pequeña charca de agua estancada, alimentada por un arroyuelo que discurría entre la larga hierba del pantano hacia el lago. Incluso antes de

llegar al agua, Hojarasca reconoció el mismo olor acre en el aire. Se acercó cautelosamente y se asomó a la charca. La superficie del agua estaba negra e inmóvil, pero, cuando Hojarasca se inclinó sobre ella, su reflejo bloqueó la luz y pudo ver el fondo. Entornando los ojos, distinguió una masa de pelo oscuro sobre el lecho de turba. Parecía que un conejo había caído en la charca y se había ahogado.

Con un bufido de asco, se incorporó.

—¡Mira! —le dijo a su amiga, apartándose para que pudiera agacharse a su lado.

A Ala de Mariposa se le salieron los ojos de las órbitas.

—Cuando he venido antes, el cielo se reflejaba en el agua —murmuró—. No he visto ese conejo muerto. Y no puedo oler otra cosa que la maldita bilis de ratón. ¿Crees que los veteranos estarán bien? —preguntó, preocupada.

Hojarasca abrió la boca para decir que el agua podría provocarles dolor de barriga, pero, al ver la mirada angustiada de su amiga, fue incapaz de hacerlo.

—Seguro que estarán bien —maulló incómoda. Después de todo, si el agua estaba contaminada, Ala de Mariposa no podía hacer nada al respecto—. Pero será mejor que no les des más.

—No, no lo haré. —Ala de

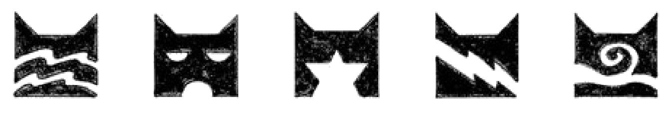
Mariposa sacudió la cola, irritada—. ¡Ahora tendré que bajar hasta el lago! Te veré en la próxima Asamblea, Hojarasca.

—Eso espero. —Hojarasca vio cómo su amiga se alejaba ladera abajo —. ¡Lávate las patas! —añadió, aunque no estaba segura de si la oiría ya.

Se apartó del agua y restregó con cuidado las patas contra la hierba, imaginando que la tierra empapada que rodeaba la charca también podía estar contaminada. Un poco más allá, lo bastante lejos para que las raíces no entraran en contacto con aquella agua envenenada, vio una frondosa mata de cola de caballo.

Podría recolectar un poco para Carbonilla, y luego se marcharían. «Todo irá bien en cuanto estemos en nuestro nuevo territorio», se dijo a sí misma. Miró hacia Ala de Mariposa, que seguía alejándose, y sintió un escalofrío de inquietud.

La curandera del Clan del Río tenía buena intención al recoger agua de la charca para los veteranos y los cachorros. Pero ¿qué podría hacerles esa agua contaminada a los gatos que la habían bebido?



9

Zarzoso se deslizó entre los árboles, con la boca abierta para distinguir el olor del Clan del Trueno entre los olores mezclados de los clanes que llenaban el aire. No le resultaba nada fácil; habían viajado juntos tanto tiempo que los clanes ya no conservaban sus olores distintivos y característicos. Los gatos iban arriba y abajo, intentando

despedirse de los amigos de otros clanes. Había tanta actividad, tanta tensión chisporroteando entre los diferentes clanes, que Zarzoso casi podía imaginarse que estaba en el fragor de una batalla… aunque por supuesto en esa batalla no había enemigos.

El sol ya estaba en lo más alto, y a Estrella de Fuego se lo veía ansioso por partir hacia su nuevo territorio. Le había pedido a Zarzoso que se asegurara de que no dejaban a nadie atrás cuando se pusieran en marcha.

Zarzoso vio a Musaraña despidiéndose de Paso Potente, del Clan del Río. La guerrera del Clan del Trueno parecía cansada y estaba delgada. Quizá

tendría que unirse a los veteranos cuando se instalaran en el nuevo campamento.

—Hola, Musaraña —maulló—. Estrella de Fuego quiere que todos nos reunamos ahora mismo al lado del tocón.

Evitó con cuidado darle una orden directa. Musaraña tenía mal genio, y él no quería perder la cola.

—De acuerdo, voy enseguida.

Musaraña le dio un lametazo a Paso Potente.

—Que vaya todo bien —le dijo—. Te veré en la Asamblea.

—Adiós, Musaraña.

Paso Potente observó cómo se

marchaba la guerrera antes de hacerle un gesto a Zarzoso e internarse entre los árboles, hacia donde se reunía el Clan del Río para partir.

Al darse la vuelta, Zarzoso estuvo a punto de chocar contra Esquiruela, que apareció por detrás del tronco de un árbol y frenó en seco ante él.

—Hola, te estaba buscando —resolló la joven—. Ven conmigo.

Dio media vuelta y lo guió hasta una pequeña hondonada, donde esperaban Trigueña y Corvino Plumoso.

—Tenemos que despedirnos como es debido —maulló—. Éste es el final de nuestro viaje, ahora que los clanes se separan.

Una punzada de dolor atravesó el corazón de Zarzoso. Esquiruela tenía razón. Su búsqueda había llegado a su fin. Juntos se habían enfrentado a incontables peligros, y, en medio de la oscuridad y del miedo, en la desesperada carrera por salvar a sus clanes, habían encontrado una amistad verdadera. Pero ahora debían ser ante todo leales a sus clanes. Parecía que hubiera pasado una eternidad desde su primera salida del bosque, y a veces incluso les costaba recordar lo fuerte que había sido su amistad en el largo viaje al lugar donde se ahoga el sol. Zarzoso miró a Esquiruela y se preguntó si ella seguía confiando ciegamente en

él.

Se acercó a Corvino Plumoso y Trigueña, y entrechocó la nariz con ambos. Mirándolos a los ojos, vio que en ellos los recuerdos nadaban como peces en el agua.

—Jamás olvidaremos lo que hemos hecho juntos —murmuró Trigueña—. Gracias a eso, seremos más fuertes durante toda nuestra vida.

Los cuatro permanecieron en silencio hasta que Corvino Plumoso maulló amargamente:

—Deberíamos ser seis.

Zarzoso se estremeció al pensar en los dos gatos que jamás regresarían a su clan: Plumosa, que había entregado su

vida generosamente, y Borrascoso, que se había quedado con la Tribu de las Aguas Rápidas.

—Seguimos siendo seis —maulló Trigueña dulcemente—. Mientras los recordemos, siempre estarán con nosotros.

La mirada de Corvino Plumoso se perdía en la distancia. Con una voz casi inaudible, murmuró:

—A veces los recuerdos no bastan.

Trigueña se sacudió.

—¡Bueno, aquí ya no hacemos nada! —maulló—. Será mejor que me vaya. ¡Os veré a todos en la Asamblea!

Y dicho esto, se alejó sin más, mientras los otros se despedían de ella.

Corvino Plumoso inclinó la cabeza.

—Que tengáis un buen viaje —maulló, empezando a retroceder.

—Viajaremos juntos un trecho —señaló Zarzoso—. Tenemos que cruzar vuestro territorio para llegar hasta nuestro bosque.

—Lo sé, pero ahora debemos permanecer con nuestros clanes.

Corvino Plumoso dio media vuelta y desapareció por lo alto de la hondonada.

Zarzoso se quedó mirándolo hasta que lo perdió de vista, deseando que el tenaz guerrero del Clan del Viento dejara de obstinarse en hacerlo todo solo. Su sufrimiento por Plumosa parecía haberlo convencido de que la

amistad sólo acarreaba dolor.

Esquiruela le rozó la oreja con la punta de la cola.

—Vamos. Estrella de Fuego estará buscándonos.

En el camino de vuelta al claro, se encontraron con Zancón, el aprendiz de Musaraña, que estaba despidiéndose de un par de aprendices del Clan del Río. Esquiruela le dio un manotazo cariñoso en la oreja y le dijo que se fuera con ellos o lo dejarían atrás.

Al llegar al tocón de árbol, descubrieron que el resto del Clan del Trueno estaba sentado en pequeños grupos, esperando para partir.

Manto Polvoroso estaba

comprobando que todos se encontraran allí.

—Faltan Zarzoso y Esquiruela —le dijo, irritado, a su líder—. Y también Zancón… ¡Ah, aquí estáis! —añadió al verlos—. Muy bien. Estrella de Fuego, ya estamos todos.

—Estupendo —maulló el líder.

Saltó al tocón, donde ya aguardaba Estrella Negra. Estrella Leopardina se les unió al cabo de un momento, y Bigotes corrió desde donde estaba reunido el Clan del Viento y se sentó a sus pies, entre las raíces del suelo. En lo alto del tocón sólo había espacio para tres gatos, y Zarzoso advirtió que Enlodado asentía satisfecho, como si le

alegrara que Bigotes no pudiera estar junto a los demás líderes. El joven guerrero no pudo evitar un escalofrío de decepción. Ése no era el inicio que necesitaba el Clan del Viento en su nueva vida junto al lago.

Los demás gatos se agitaban con impaciencia, y uno o dos se levantaron para arañar el suelo. Estaban demasiado nerviosos ante la perspectiva de conocer sus nuevos hogares como para quedarse quietos escuchando a sus líderes.

—Nosotros cuatro hemos estado debatiendo posibles fronteras —empezó Estrella Negra—, y tenemos que contaros lo que hemos decidido.

Zarzoso irguió las orejas. ¿No era

demasiado pronto para resolver eso? Al fin y al cabo, la patrulla no había tenido ocasión de explorar minuciosamente los nuevos territorios. Aunque quizá era mejor indicar a los gatos la extensión de cada uno, para evitar que un clan reclamara más de lo que le correspondía.

—Trigueña nos comentó que la patrulla había cruzado un pequeño Sendero Atronador que discurre al lado del pinar —continuó Estrella Negra—. El Clan de la Sombra lo considerará su frontera con el Clan del Río. Al otro lado, el claro por el que pasa un arroyo que desemboca en el lago puede ser la frontera con el Clan del Trueno.

—No sabemos hasta dónde llega el claro —le recordó Trigueña, sentada entre sus compañeros de clan—. También tendremos que marcar la frontera entre los árboles.

Estrella Negra asintió.

—Comprobaremos eso en cuanto lleguemos.

—Sea como sea, el territorio del Clan del Trueno comenzará en el claro —maulló Estrella de Fuego—. Y Zarzoso dice que hay un arroyo en el otro extremo del bosque, al pie de la cadena de colinas: también podría ser una buena frontera con el Clan del Viento.

—El territorio del Clan del Río

empezará aquí, en el cercado de los caballos —intervino Estrella Leopardina—. Y llegará hasta el Sendero Atronador que hay junto al pinar.

—Entonces, el territorio del Clan del Viento se extenderá desde el cercado de los caballos hasta el arroyo que ha mencionado Estrella de Fuego —maulló Bigotes.

Zarzoso cruzó una mirada con Trigueña y asintió. Eso sonaba justo. Cada clan tendría una buena extensión de terreno con acceso al lago y mucho espacio para cazar las presas a las que estaban habituados.

—Esto es sólo una idea a grandes

rasgos —avisó Estrella de Fuego—. Tenemos que conocer bien el territorio antes de dejar nuestras marcas olorosas. En la próxima Asamblea anunciaremos con más exactitud los límites de nuestras fronteras.

—E intentemos hacerlo sin pelear —pidió Cascarón—. Antes de arrancarle la oreja a un guerrero, por favor, recordad que los curanderos aún no hemos tenido tiempo de aprovisionarnos de hierbas medicinales.

Una oleada de risas recorrió a los reunidos, y Zarzoso vio que más de un guerrero asentía con aprobación. Sin embargo, para él la verdadera razón por la que pelear parecía una mala idea no

radicaba en la falta de remedios curativos, sino en algo que iba mucho más allá: resultaría extraño pelear con gatos que se habían ayudado mutuamente y esforzado por sobrevivir a la destrucción del bosque y al largo viaje a través de las montañas.

—Pongámonos en marcha —instó Estrella de Fuego—. Y que el Clan Estelar nos acompañe a todos. —Bajó del tocón y se acercó a los gatos del Clan del Trueno, con la cola bien alta, disimulando apenas su impaciencia—. Zarzoso, Esquiruela, será mejor que vosotros vayáis delante, ya que conocéis el camino.

Zarzoso asintió y se situó en cabeza

de su clan. Parecía lo correcto; después de todo, él los había llevado hasta allí. Sus compañeros debían saber cuánto había hecho por ellos, por encontrar su nuevo hogar. Y tal vez, sólo tal vez, Estrella de Fuego comprendería que merecía convertirse en lugarteniente.

Cuando echaron a andar entre los árboles, Bigotes los llamó y se acercó a ellos, seguido de su clan.

—He pensado que podríamos viajar juntos un trecho del camino —le dijo a Estrella de Fuego—. Vamos en la misma dirección.

Estrella de Fuego asintió.

—Buena idea.

Al ponerse de nuevo en marcha,

Zarzoso vio que Corvino Plumoso, que ahora estaba entre los miembros de su clan, no lo miraba ni siquiera de soslayo. En vez de eso, el joven guerrero tenía la vista clavada al frente, mientras descendía con decisión hacia el lago, desde donde podrían tomar una ruta que los llevara sin desviarse hasta los cerros. Justo detrás de su amigo, Zarzoso vio que Enlodado observaba ceñudo a Bigotes, pero era imposible saber si su hostilidad era pura envidia o si se debía a que no quería viajar junto al Clan del Trueno.

A poca distancia, el Clan del Río y el Clan de la Sombra iban oblicuamente por la ladera en dirección opuesta.

Zarzoso vio a Alcotán, que cubría las espaldas a sus compañeros. En ese preciso instante, el guerrero del Clan del Río se volvió, y su mirada se encontró con la de Zarzoso. Entonces murmuró algo al gato que tenía al lado y se separó de su clan para acercarse a su medio hermano.

—Zarzoso. —Alcotán inclinó la cabeza con un saludo formal, pero sus ojos azul hielo eran afables—. Buena suerte en tu nuevo territorio. Que el Clan Estelar vaya con vosotros.

—Y con vosotros.

—Estoy deseando volver a verte en las Asambleas —añadió Alcotán.

Sus ojos se clavaron en los de

Zarzoso, como si quisiera decir algo más, pero un maullido de uno de sus compañeros lo sobresaltó. Los dos clanes casi habían llegado a la orilla del lago, y, si no se daba prisa, tendría que correr para alcanzarlos.

—Debo irme —maulló—. Hasta la Asamblea, entonces.

Guiñó un ojo, y luego dio media vuelta y corrió hacia sus compañeros de clan.

—¡Hasta la Asamblea! —se despidió Zarzoso, y se le encogió el corazón de pena al pensar que había perdido la oportunidad de conocer mejor a su medio hermano.

—¿Crees que podemos continuar ya?

—se quejó Esquiruela—. ¿O acaso piensas quedarte todo el día chismorreando?

—¡Alcotán sólo intentaba ser amable! —replicó Zarzoso con rabia.

—¿Amable? —bufó Esquiruela, con los ojos dilatados de incredulidad—. Pues prefiero pasar sin su amabilidad. Mira cómo ha tratado de apoderarse de la isla para el Clan del Río.

—No estaba tratando de apoderarse de la isla. Ningún otro clan puede usarla. Sólo pretendía hacer lo mejor para el Clan del Río.

—Si te crees eso, te creerás cualquier cosa.

Esquiruela dio media vuelta con la

cola bien tiesa y se marchó a grandes zancadas.

Mientras la seguía, Zarzoso percibió la tensión que erizaba todo el pelaje de la joven guerrera. Aquella situación lo entristecía. De todas las amistades que había forjado en el largo viaje, ¿no era la de Esquiruela la que debería haber sobrevivido a la separación de los clanes? Por el contrario, se había esfumado tan deprisa como el rocío bajo la luz matinal, simplemente porque ella no soportaba verlo junto a su medio hermano. Si la guerrera pensaba que él preferiría ser amigo de Alcotán a serlo de ella, se equivocaba por completo. Zarzoso la quería, y la añoraba tanto que

sentía que le faltaba el aire.

El Clan del Trueno y el Clan del Viento siguieron la orilla del lago, pasando en silencio junto al cercado de los caballos. Luego ascendieron un poco para poder contemplar la reluciente extensión de agua. En la orilla cercana a la isla, Zarzoso distinguió apenas dos grupos de puntos minúsculos que se movían despacio: el Clan de la Sombra y el Clan del Río dirigiéndose a sus nuevos territorios. A esa distancia, no podía reconocer a ningún gato, pero sabía que su hermana, su medio hermano Alcotán y su media hermana, Ala de

Mariposa, iban entre ellos, y, por muchos problemas que el guerrero del Clan del Río hubiera provocado entre él y Esquiruela, les deseó a todos lo mejor.

Los gatos cruzaron juntos la ladera hasta alcanzar una estrecha hondonada en la colina, donde había algunas piedras que sobresalían entre la áspera hierba y fluía un arroyuelo.

Bigotes se detuvo y reunió a su clan con un movimiento de la cola.

—Nos separamos aquí, Estrella de Fuego. Por esta zona deberíamos llegar a la estribación en la que Corvino Plumoso encontró un buen sitio para nuestro campamento. —Inclinando la cabeza, añadió—: Llevaos nuestro

agradecimiento a vuestro nuevo hogar. Sin vosotros, el Clan del Viento jamás habría visto estos cerros.

Zarzoso oyó un bufido sofocado entre los guerreros del Clan del Viento. No vio de quién procedía, pero tampoco lo necesitaba. Enlodado sería el primero en ofenderse por cualquier insinuación de que el Clan del Viento debía estar agradecido al Clan del Trueno.

Estrella de Fuego pasó ligeramente la cola por el hombro de Bigotes.

—Id en paz. El Clan Estelar ha encontrado buenos hogares para todos nosotros. —Bajando la voz, añadió—: Si hay algún problema, dímelo. El Clan del Trueno te ayudará con gusto.

Zarzoso no estaba seguro de si él debería haber oído eso, y retrocedió para que Estrella de Fuego no se diera cuenta de que conocía su promesa. El joven guerrero sintió un hormigueo en la piel. ¿No era una mala idea que Bigotes depositara sus esperanzas en el apoyo de otro clan? Y no sólo eso: el nuevo líder sabía que Estrella de Fuego y Zarzoso eran los únicos gatos que habían sido testigos de lo que Estrella Alta había dicho —y de lo que no había dicho— al escogerlo como su nuevo lugarteniente. Confiaba en que ellos le guardarían el secreto, que le serían leales por encima de las exigencias del código guerrero, y que respaldarían su

liderazgo aunque no tuviera la bendición del Clan Estelar.

Los dos líderes se despidieron, al igual que otros gatos de ambos clanes, y los miembros del Clan del Viento comenzaron a subir el escarpado barranco. Los gatos del Clan del Trueno se quedaron mirando cómo ascendían hacia las colinas durante un rato. Zarzoso reparó en que Hojarasca, con un ramillete de hierbas en la boca, observaba a los gatos del Clan del Viento con la cabeza ladeada inquisitivamente. Se preguntó si le preocuparía algo —quizá el Clan Estelar le había anunciado problemas para el Clan del Viento—, pero, antes de

que pudiera preguntar, Estrella de Fuego llamó a los suyos.

De algún modo, ahora que el Clan del Trueno estaba solo, el lago y los territorios que lo rodeaban parecieron extenderse más lejos que antes, incluso se veían más extraños y amenazadores. Zarzoso escudriñaba cualquier roca o arbusto que pudiera ocultar a un enemigo. Tenía el pelo erizado. Era realmente curioso que no hubiera tenido la misma sensación de peligro cuando hizo su batida con la patrulla de exploración. Tal vez se debía a que se había enfrentado a muchos peligros con los gatos de la patrulla —exceptuando a Vaharina—, y confiaba en ellos tanto

para cuidar de sí mismos como para cuidar de los otros. Ahora tenía que preocuparse de la seguridad de todo su clan, que estaba menos acostumbrado a recorrer territorios desconocidos.

Era obvio que Estrella de Fuego compartía sus recelos.

—¡Estad todos alerta! —exclamó, y añadió en voz más baja—: Fronde Dorado, Manto Polvoroso, vigilad el lado más cercano al lago. Nimbo Blanco y Centella, ocupaos del otro lado. Tormenta de Arena y Acedera, vosotras os situaréis en la retaguardia, y aseguraos de que nadie se queda rezagado.

Los guerreros ocuparon sus

posiciones, y el clan siguió adelante. Cesaron los maullidos alegres y las bromas, y los gatos avanzaron en silencio, con los ojos dilatados y vigilantes.

La grisácea y fría luz del atardecer estaba empezando a apagarse cuando llegaron a un arroyo al pie de una suave ladera. Al otro lado estaba el bosque en el que Esquiruela había descubierto la hondonada rocosa. Zarzoso agitó inquieto las orejas, preguntándose qué opinarían sus compañeros de clan de su nuevo hogar.

—Ayer mismo cruzamos este arroyo —mascullÓ Esquiruela, deteniéndose en la ribera—. Cuando lleguemos al otro

lado, ¡estaremos de verdad en el territorio del Clan del Trueno!

—Eso si finalmente acordamos convertir esto en una frontera —le recordó Zarzoso—. Aún no está decidido.

El arroyo era demasiado ancho para saltarlo, y los gatos vacilaron en la orilla, buscando pasaderos o ramas que los ayudaran a cruzar. A medida que se extinguía la luz del día, el bosque que había ante ellos se transformó en una susurrante masa de sombras. Zarzoso percibió cómo la ansiedad de sus compañeros iba en aumento. Fronda pasó la cola por encima de los hombros de Betulino, para mantenerlo lejos del

agua; incluso los aprendices parecían asustados.

—¡¿Y qué pasa con Rabo Largo?! —exclamó Musaraña—. ¿Cómo esperáis que cruce por aquí?

—¡Cagarrutas de zorro! —masculló Esquiruela, malhumorada—. Será mejor que subamos la ladera hasta el punto por el que cruzamos ayer. Más arriba era más fácil.

—No, espera —maulló Zarzoso. No tenían tiempo para eso, al menos si querían llegar a la hondonada rocosa antes de que se hiciera de noche—. El arroyo no parece profundo. A ver si podemos vadearlo.

Hundió una pata en el agua,

temblando por su helado contacto, y se internó en la corriente. El lecho pedregoso se inclinaba suavemente, y descubrió que incluso en los puntos más profundos el agua no llegaba a cubrirle la barriga.

—¡Venga! —gritó al saltar al margen opuesto, sacudiéndose el agua de una pata tras otra—. ¡Es fácil!

Sonaron unos pocos maullidos de protesta.

—¡Si piensas que voy a meterme en esta agua helada, es que tienes abejas en el cerebro! —le gritó Musaraña.

Zarzoso suspiró. Tardarían más si subían la ladera hasta los pasaderos, y si se veían obligados a deambular en la

oscuridad buscando el nuevo campamento, entonces era probable que algunos gatos lo encontraran como lo había encontrado Esquiruela: cayendo por la quebrada. Para su alivio, vio que Estrella de Fuego estaba reuniendo al clan.

—¡Vamos! —maulló el líder con impaciencia—. Hemos llegado hasta aquí. ¿Es que vamos a dejar que una simple corriente de agua nos detenga?

Uno a uno, los gatos del clan comenzaron a cruzar. Nimbo Blanco y Tormenta de Arena fueron los primeros, y vadearon despacio el arroyo con la cola meciéndose en la corriente. Manto Polvoroso pasó después, cargado con

Betulino, inclinando la cabeza hacia arriba para que el cachorro no se mojara demasiado. Detrás de él, Fronde Dorado y Acedera guiaron a Rabo Largo. Esquiruela consiguió persuadir a Musaraña de que se metiera en el agua, prometiéndole que pronto estaría en una guarida calentita, sobre un lecho de musgo seco. La guerrera no dejó de refunfuñar con cada paso, hasta que alcanzó la otra orilla; sacudiéndose el agua del pelo, fulminó a Zarzoso con la mirada. A sus espaldas, Esquiruela puso los ojos en blanco, como si no tuviera demasiadas ganas de reunir todo el musgo que había prometido en la orilla opuesta.

Estrella de Fuego fue el último en cruzar.

—Muy bien —maulló al reunirse con Zarzoso en la ribera—. ¿Dónde está ese campamento?

El joven guerrero intercambió una mirada con Esquiruela. No habían descubierto la hondonada desde esa dirección, y, en la creciente oscuridad, todo parecía diferente. Era obvio que la guerrera dudaba tanto como él. Lo miró sin saber qué decir, y negando levemente con la cabeza.

Zarzoso olfateó el aire, intentando calcular su posición desde el arroyo y la ladera.

—Es por aquí —maulló al final,

esperando sonar más seguro de lo que se sentía.

El clan lo siguió hacia los árboles, y Esquiruela se situó junto a Zarzoso.

—¿Y si no lo encontramos? —maulló el guerrero en voz baja.

Los ojos verdes de la joven gata brillaron en la oscuridad.

—Entonces tendremos detrás a muchos gatos furiosos. Deja de preocuparte —añadió—. Está por aquí, en alguna parte. Recuerda que encontramos esa hondonada aunque ni siquiera estábamos buscándola.

Zarzoso no le dijo que eso era justo lo que temía: que encontraran la hondonada sólo cuando un gato cayera

en ella. De pronto, se sentía muy pequeño y vulnerable, caminando sobre hojas muertas, con lisos troncos grises alzándose por todos lados. «Aunque encontremos la hondonada, ¿les parecerá que es un buen lugar para un campamento?»., se preguntó, desolado.

Estaba comenzando a oír murmullos de inquietud entre los otros gatos, que debían de haber advertido que no seguían una ruta directa, cuando vio que Esquiruela erguía las orejas.

—¡Mira! —exclamó la gata—. Ese espacio entre esos árboles, con la mata de helecho seco… ¡Lo he visto antes!

—¿Estás segura…? —preguntó Zarzoso, pero ella ya había echado a

correr.

La siguió hasta un pequeño claro, y frenó en seco ante la maraña de espinos por la que Esquiruela había desaparecido antes de descubrir la hondonada rocosa.

La guerrera estaba en medio del claro, con ojos relucientes.

—¡Es aquí! —maulló triunfal. Se volvió y llamó al resto del clan—. ¡Venid, ya hemos llegado!

Zancón soltó un chillido de emoción y salió disparado, directo hacia los zarzales. Zarzoso se quedó mirándolo horrorizado. Habían encontrado la hondonada, pero ¡la entrada no era por allí!

—¡Regresa! —le gritó Musaraña a su aprendiz.

No hubo respuesta. Zarzoso entrevió la larga cola negra del aprendiz entre los espinos y saltó hacia delante para detenerlo, pero Esquiruela fue más rápida.

—¡No! —bramó la joven, y se internó en la maleza para impedir que Zancón cayera igual que ella.

Zarzoso se deslizó bajo las ramas y los encontró a los dos justo al borde del abismo. Esquiruela había conseguido inmovilizar a Zancón y resollaba por el esfuerzo. Debajo de ella, el aprendiz se asomaba a la pared de roca vertical, con los ojos desorbitados.

—¡Estúpida bola de pelo! —exclamó la gata—. ¿Es que quieres romperte el cuello?

—Lo… lo siento —musitó Zancón—. Has dicho que ya habíamos llegado, así que he pensado que…

Esquiruela le dio un manotazo en la oreja con las uñas envainadas.

—Vuelve con los demás —le ordenó con voz ronca—. Y la próxima vez, ¡piensa menos y escucha más!

Zarzoso estuvo a punto de soltar un sonoro resoplido al oír cómo Esquiruela daba el mismo consejo que ella había desatendido tantas veces. Esperó a que la guerrera y el aprendiz se alejaran del despeñadero, antes de seguirlos entre

los zarzales.

—¿Qué está pasando? —quiso saber Fronda, la madre de Zancón, en cuanto salieron al claro—. ¿Hay algo peligroso en esos arbustos? ¿Por qué no nos habíais avisado?

Aquel comentario lo disgustó tanto como si una garra afilada le hubiera arañado la columna vertebral.

—Bueno… hemos encontrado el campamento, ¿no? —maulló Zarzoso—. Está en una hondonada, al otro lado de esos zarzales —explicó, pero se apresuró a añadir—: No es peligroso cuando ya sabes dónde está el borde. Venid a ver, pero ¡por aquí no! —gruñó cuando Zarpa Candeal se acercó con

curiosidad a los espinos.

Él y Esquiruela guiaron al clan cuesta abajo, serpenteando entre zarzales y avellanos, hasta alcanzar el hueco en el círculo rocoso. Zarzoso se quedó mirando, nervioso, cómo sus compañeros entraban uno a uno observando los altos muros de piedra. El cielo ya estaba casi completamente negro, con la media luna tapada por las nubes, y el guerrero tuvo que admitir que la hondonada parecía oscura y poco acogedora. Daba la impresión de que hubiera más zarzales y espinos de los que recordaba; el lugar tenía un aspecto asfixiante y descuidado. Parte de aquella maleza sería útil como cobijo, pero

habría que retirar el resto.

Musaraña fue la primera en hablar.

—¡Esto no es un campamento! ¿Dónde están las guaridas? Aquí no hay espacio suficiente ni para que una serpiente tome el sol.

—¡Oye! —protestó Esquiruela—. No creerías que el Clan Estelar lo tenía todo arregladito para nosotros, ¿verdad? Ya sé que hay mucho que hacer, pero piensa en lo fácil que será de defender, rodeado por esas paredes rocosas.

—Yo creo que es estupendo —maulló Espinardo—. Enseguida tendremos guaridas como es debido y hay espacio suficiente para la maternidad.

—¡Yo quiero explorar! —exclamó Zarpa Candeal dando brincos—. ¿Podemos, Fronde Dorado? ¡Por favor!

Su mentor le dio un empujoncito afectuoso.

—Mejor esperar hasta mañana, cuando haya luz.

Flor Dorada estaba junto a Rabo Largo, rodeándole los hombros con la cola.

—Es un claro enorme rodeado de altas paredes de piedra —maulló quedamente—. Está bastante oscuro, pero creo que los muros están cubiertos de helechos y musgo. ¿Oyes ese hilillo de agua? Suena más como el goteo de la roca tras la lluvia que como un

arroyuelo de verdad. La hondonada está llena de helechos y espinos, pero parece que hay espacio suficiente para todo el clan.

—Entonces el Clan Estelar nos ha traído a un lugar excelente —maulló el veterano ciego—. Puedo imaginarnos sin problema instalando aquí nuestro campamento.

Su optimismo animó a Zarzoso, aunque no todos lo compartían. Fronda estaba mirando a su alrededor poco convencida, y Hollín olfateaba el aire con expresión malhumorada, como si hubiera esperado que en el nuevo campamento las presas saltaran a sus zarpas.

Musaraña resopló.

—Esos arbustos deben de estar fríos y húmedos, y no me extrañaría nada que estuvieran llenos de garrapatas.

Esquiruela entornó los ojos, pero, antes de que pudiera soltar una réplica mordaz, Tormenta de Arena le tocó las orejas con la cola a modo de advertencia.

—Venga, esto tiene muchas cosas buenas —maulló con brío—. Es un buen refugio: esos muros nos protegerán del mal tiempo, y, como ha dicho Esquiruela, será fácil de defender.

—Bueno, pero tendremos que hacer algo con eso —intervino Manto Polvoroso, señalando la entrada con la

cabeza—. El Clan de la Sombra entero podría entrar por ahí en un par de segundos.

Aunque Zarzoso había pensado lo mismo nada más ver la hondonada, no pudo evitar sentirse molesto. ¿Acaso sus compañeros esperaban que el campamento fuera perfecto desde el mismo instante en que pusieran sus patas en él?

—Ahora es demasiado tarde para hacer nada —maulló Estrella de Fuego—, está demasiado oscuro. Pero tenéis razón: parece un buen sitio para un campamento. Podremos tomar una decisión definitiva cuando lo veamos a la luz del día. Manto Polvoroso,

Espinardo, ¿podríais comprobar que no estamos compartiendo este lugar con zorros o tejones? Los demás podemos empezar a buscar sitios donde dormir.

Los dos guerreros se separaron del grupo y comenzaron a bordear la hondonada tomando direcciones opuestas, olfateando el aire cada pocos pasos y mirando dentro de las grietas rocosas y debajo de los arbustos. Sintiendo que ya no podía dar ni un paso más, Zarzoso se quedó observando a los guerreros hasta que los engulleron las sombras.

—¿Y la carne fresca? —preguntó Hollín—. ¿Es que tenemos que irnos a dormir con el estómago vacío?

Se elevaron una o dos voces dándole la razón, y Zarzoso notó que se le erizaba el pelo del cuello.

—No hace mucho, nos acostábamos todas las noches con hambre —le susurró Esquiruela al oído. Sonaba tan desilusionada como él por la reacción de sus compañeros de clan ante la hondonada—. ¿Por qué se quejan tanto?

—Hemos estado comiendo bien desde que llegamos al lago —le recordó Zarzoso—. Nos hemos acostumbrado a tener el estómago lleno. Pero a nadie le hará daño esperar a mañana para comer.

—Organizaremos patrullas al amanecer —le prometió Estrella de Fuego al clan.

Hubo algunas protestas, pero se apagaron poco a poco, y el grupo comenzó a dispersarse en busca de lugares para pasar la noche.

—Zarzoso, ¿sabes si hay algún sitio resguardado para Betulino? —preguntó Fronda, angustiada—. Me da miedo que contraiga la tos blanca si no duerme en un lugar calentito.

—No lo sé —admitió el guerrero—, pero te ayudaré a buscar. Un poco más adelante, cerca de la pared, hay zarzales.

—¿Y musgo para el lecho? —quiso saber Musaraña—. ¿Se supone que tenemos que dormir en el suelo pelado? Esquiruela ha prometido que, cuando

cruzara ese maldito arroyo, habría una guarida calentita esperándome.

—¡No puedo hacerlo todo! —espetó Zarzoso, perdiendo la paciencia—. Esta noche tendrás que arreglártelas como puedas.

Musaraña frunció el hocico y se alejó con los hombros hundidos. Zarzoso notó un escalofrío y, al levantar la vista, descubrió que Estrella de Fuego estaba mirándolo. Los ojos del líder eran inexpresivos, pero Zarzoso sabía que, si deseaba ser lugarteniente del Clan del Trueno, la mejor forma de lograrlo no era perder los estribos con una de las guerreras más veteranas.

—Lo lamento —musitó, yendo tras

Musaraña—. Iré a echarte una mano en cuanto Fronda esté instalada, ¿de acuerdo?

—No, ya me ocuparé yo. —Fronde Dorado se acercó y hundió el hocico en el hombro de Musaraña—. No la tomes con Zarzoso —le dijo a la guerrera—. Está haciendo todo lo que puede.

La gata arrugó la nariz.

—Pues todo lo que puede es bastante poca cosa —replicó.

—Te sentirás mejor cuando hayas dormido bien —aseguró Fronde Dorado —. Venga, vamos a echar un vistazo a esos helechos de ahí.

Con una mirada comprensiva a Zarzoso, Fronde Dorado se dirigió hacia

la pared rocosa. Musaraña lo siguió, arrastrando la cola por la hierba húmeda, y Zarzoso sintió una punzada de lástima por ella. La guerrera marrón no solía ser tan exigente; debía de estar exhausta por el viaje, y tan asustada como los demás al llegar a su nuevo hogar.

Mientras ayudaba a Fronda a buscar un lecho para su cachorro, Zarzoso pensó en cómo Fronde Dorado había lidiado con Musaraña. Había permanecido tranquilo y afable, a pesar del mal genio de la guerrera, demostrando sus lunas de experiencia al cuidado de sus compañeros de clan. ¿No significaba eso que se merecía más que

él ser lugarteniente? Zarzoso enroscó la cola, incómodo. No sólo estaba Fronde Dorado: había otros gatos que eran guerreros desde mucho antes que él, como Manto Polvoroso y Nimbo Blanco.

Pero ésa no era la única razón por la que el joven guerrero podría no llegar a convertirse nunca en lugarteniente. Él soportaba una carga que no compartía ningún otro miembro del Clan del Trueno: la herencia de Estrella de Tigre. Cuando estaban abandonando el bosque, Estrella de Fuego declaró que todos los hijos de Estrella de Tigre se habían ganado su lugar dentro de sus correspondientes clanes. El líder del

Clan del Trueno estaba intentando convencer a Alcotán y a Ala de Mariposa de que se quedaran con el Clan del Río en vez de marcharse con Sasha, su madre proscrita, pero Zarzoso supo que también se refería a él y a su hermana, Trigueña. Aun así, nadie había olvidado el grado de hostilidad entre Estrella de Tigre y Estrella de Fuego, que había estado a punto de aniquilar a todos los clanes del bosque con el calor de sus llamas, y Zarzoso dudaba de que su líder pudiera mirarlo sin ver al fantasma de su viejo enemigo sobre sus hombros.

Cuando encontró un sitio para Fronda y Betulino entre los zarzales,

donde reunió unas cuantas hojas secas para formar un lecho, casi todos los demás ya habían hallado un lugar donde dormir. Instintivamente, miró a su alrededor buscando a Esquiruela, y la localizó en medio de una zona de helechos, con algunos de los guerreros más jóvenes.

Zarzoso la llamó, pero, si ella lo oyó, no respondió. En vez de eso, se ovilló al lado de Cenizo, y su pelaje rojizo se confundió con el gris del guerrero. Zarzoso dio un paso hacia allí, pero luego giró en redondo. Si Esquiruela imaginaba que se disculparía por haber hablado con Alcotán, tendría que esperar sentada.

Mientras buscaba un lugar donde cobijarse, pasó junto a su madre, Flor Dorada, que acababa de acomodarse al lado de Rabo Largo sobre una mata de helecho seco. Parecía que el veterano ciego ya estaba durmiendo; tenía los ojos cerrados y la cola sobre el hocico.

—Anímate —maulló Flor Dorada—. Todo va a ir bien. Lo sé.

Zarzoso se dejó caer a su lado. Estaba demasiado cansado para fingir que era así como había deseado que el clan llegara a su nuevo hogar.

—Estaría mejor si el resto mostrara un poco más de entusiasmo —se lamentó.

Flor Dorada restregó el hocico

contra su costado y ronroneó afectuosamente.

—Estamos agotados. ¿Qué esperabas? Todos saben cuánto te debemos. Si nos hubiéramos quedado en el bosque, a estas alturas estaríamos muertos. Gracias a ti, eso no ha ocurrido. Tú nos has traído hasta aquí. Estamos a salvo.

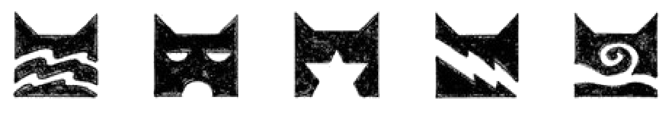
—Lo sé, pero…

—El final del viaje no es como esperabas, de acuerdo; pero, ahora mismo, no veo que eso importe mucho.

Le pasó la lengua por las orejas briosamente. Durante un momento, Zarzoso se sintió de nuevo como un cachorro y deseó estar de vuelta en la

maternidad, con Trigueña a su lado, y con nada más urgente de lo que preocuparse que la siguiente comida o si haría bastante calor para jugar fuera.

—Duerme un poco —le dijo su madre, apartándose y rompiendo la ilusión—. Lo verás mejor por la mañana.



10

Hojarasca y Carbonilla habían encontrado un saliente rocoso al fondo de la hondonada.

—Nos servirá, pero no de forma definitiva —advirtió la curandera—. Necesitamos una gruta de verdad para almacenar nuestras provisiones, como la que teníamos en el bosque. Pero valdrá por esta noche.

Hojarasca siguió a su mentora debajo del saliente y al fondo encontró un sitio seco para la cola de caballo que había cogido en la ciénaga.

—Descansa bien esta noche —le aconsejó Carbonilla, poniéndose cómoda y tapándose la nariz con la cola —. Habrá mucho que hacer por la mañana.

Hojarasca sabía que no podría conciliar el sueño hasta que hubiera hecho la pregunta que le provocaba escalofríos de la cabeza a la cola.

—Carbonilla, ¿tú… tú crees que éste es el lugar adecuado para nosotros? —maulló al fin con valentía—. ¿Es realmente el que nos tenía destinado el

Clan Estelar?

Carbonilla bostezó.

—Lo sabremos con certeza cuando el Clan Estelar esté listo para decírnoslo. Ahora deja de preocuparte y duérmete.

Escondió más la nariz debajo de la cola, y su respiración se volvió más lenta y regular conforme iba quedándose dormida.

A Hojarasca no le resultó tan fácil. Se sentó sobre las patas y se quedó mirando la hondonada llena de sombras. «Clan Estelar, ¿dónde estás?»., preguntó en silencio. Pero en el cielo nublado sólo brillaban una o dos estrellas solitarias, y Hojarasca sintió como si,

aquella noche, sus antepasados guerreros estuvieran demasiado lejos para vigilar al clan.

Debió de dormirse por fin porque, al abrir los ojos, descubrió que estaba soñando. Se hallaba en una oscura ladera, contemplando el brillo del Manto Plateado reflejado en el reluciente y negro lago. La isla debería alzarse como una sombra más densa sobre el agua, pero, en vez de eso, resplandecía con la luz de la luna; cada uno de los árboles que había allí destacaba bajo un rayo plateado. Hojarasca sintió como si aquel lugar la llamara, como si tuviera que averiguar algo más sobre él. «Pero no puedo ir

hasta allí —se recordó a sí misma—. Ningún gato sabe nadar como los del Clan del Río».

Se levantó una brisa, que susurró sobre el lago tachonado de estrellas y alborotó el pelo de Hojarasca. La joven sintió una oleada de esperanza, aunque las voces de sus antepasados guerreros seguían mudas. Aun así, ella no tenía miedo. Los antepasados habían guardado silencio durante el largo viaje a través de las montañas, y ella había aprendido que, en ocasiones, en lo único en lo que podía confiar un gato era en su fuerza interior. Todo iría bien si ella y los demás se mantenían firmes. Instalarían allí su campamento y

explorarían todas las partes del bosque hasta que conocieran los lugares buenos para conseguir presas, agua, musgo para los lechos… Encontrarían las zonas donde crecían las hierbas medicinales y también un sitio en el que poder jugar y relajarse al sol. Ahora parecía un territorio extraño e intimidante, pero acabaría convirtiéndose en su hogar. Paso a paso, lograrían que eso sucediera.

Mientras contemplaba el lago, Hojarasca advirtió que la superficie del agua estaba cambiando. El fulgor de la luz estelar se difuminó, y el agua fue tornándose más y más roja, hasta que olas de color escarlata lamieron la

orilla. Hojarasca levantó la mirada, sorprendida, pero el cielo estaba tan oscuro como antes, así que aquello no podía deberse a un reflejo del sol. El agua parecía densa, sumida en una quietud extraña. Bañaba perezosamente los guijarros de la ribera, y, de repente, Hojarasca supo que aquello no era agua en absoluto. El lago estaba lleno de sangre, alimentado por arroyos que fluían como heridas abiertas. Otra ráfaga de viento azotó a la aprendiza de curandera: ahora era una brisa caliente y polvorienta, y arrastraba el hedor de la carroña.

Estremeciéndose de espanto, Hojarasca oyó cómo una voz hablaba

con claridad en su cabeza: «Antes de que haya paz, la sangre derramará sangre y el lago se tornará rojo».

—¡Carbonilla! ¡Carbonilla!

Hojarasca se despertó con un sobresalto. Todavía era de noche. Acedera estaba asomándose debajo del saliente, llamando angustiada a la curandera. En algún lugar de la hondonada, el escalofriante aullido de un gato atormentado quebró la quietud nocturna.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hojarasca, levantándose y pinchando a su mentora en el costado.

—Es Musaraña —maulló Acedera—. Dice que le duele mucho el estómago.

—Llévame hasta ella —respondió Carbonilla poniéndose en pie.

—Si Musaraña tiene dolor de estómago, necesitamos menta acuática o bayas de enebro —dijo Hojarasca—. Había muchísimo de las dos cosas en el otro extremo del lago. ¿Quieres que vaya a recoger un poco?

—Sería mejor encontrar existencias más cerca —contestó la curandera muy seria—, pero, si las necesitamos antes de que se haga de día, entonces tendrás que ir hasta allí.

Tropezando con las piedras en la

oscuridad, siguieron a Acedera por la hondonada hasta la mata de helechos en la que se había instalado Musaraña. Hojarasca olfateó el aire, en un intento de descubrir si algunas de las hierbas que necesitaban crecían cerca, pero era imposible distinguir esos olores en concreto entre los muchos otros, más aún entre el abrumador olor a gato.

Cuando llegaron hasta donde estaba Musaraña, la encontraron tendida de costado, con espasmos de dolor, soltando un maullido de angustia.

—Musaraña, escúchame. —Carbonilla se agachó a su lado—. ¿Sabes qué puede haberte provocado esto? ¿Has comido carroña?

Musaraña parpadeó, con los ojos vidriosos de dolor.

—¿Carroña? No —respondió con voz ronca—. ¿Crees que tengo cerebro de ratón? Mi estómago…

Sus palabras se transformaron en otro alarido.

Una horrible sospecha se abrió paso en la mente de Hojarasca. Tras llevar aparte a Carbonilla, murmuró:

—Musaraña debió de beber del agua que repartía Ala de Mariposa. Creo que estaba contaminada. Olía mal, y cuando ella me mostró la charca de donde la había tomado, vi que había un conejo muerto en el fondo.

Carbonilla soltó un suspiro

exasperado.

—¿Y ella no pensó que…? Bueno, no tiene sentido centrarse en eso ahora.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Hojarasca, nerviosa.

Carbonilla se volvió hacia Acedera.

—¿Sabes si algún otro gato bebió de esa misma agua?

La guerrera parda negó con la cabeza.

—Quizá la hayan tomado Flor Dorada y Rabo Largo —aventuró la curandera—. Compruébalo, Acedera, por favor.

La gata moteada asintió y desapareció en la oscuridad.

—Procura no moverte, Musaraña —

la instó Carbonilla—. Deja que te palpe la barriga.

Le dio unos golpecitos delicados con la zarpa. Para Hojarasca, el estómago de la enferma parecía anormalmente hinchado.

—¿No podrías darme algunas hierbas? —se impacientó Musaraña.

Carbonilla negó con la cabeza.

—Aún no hemos tenido tiempo de recolectar nada.

Musaraña abrió la boca para decir algo, pero entonces le dieron arcadas y comenzó a vomitar.

—Eso podría ser una buena señal —dijo Carbonilla a Hojarasca—. Al menos está librándose del veneno.

Hojarasca asintió, pero se sentía inútil. Musaraña estaba sufriendo porque las curanderas no podían hacer nada sin sus provisiones de hierbas.

—Tendremos que abastecernos en cuanto se haga de día —maulló—. Sobre todo de menta acuática y bayas de enebro. Les llevaré también a los otros clanes, es posible que algunos veteranos hayan bebido de esa agua.

A Carbonilla se le dilataron los ojos de la sorpresa, y Hojarasca hizo una mueca. Se había acostumbrado demasiado a pensar en los cuatro clanes como si fueran uno, con problemas compartidos y soluciones comunes. Si sus veteranos también estaban sufriendo

como Musaraña, ayudarlos le parecía lo más natural. Pero ahora que estaban restableciéndose las fronteras, ¿estaba ella siendo desleal a su clan?

—Por lo menos deberíamos ir a ver al Clan del Viento —añadió de modo persuasivo—. Sus gatos son los más débiles, así que corren más peligro.

Carbonilla asintió.

—Puedes ir por la mañana, pero será mejor que te acompañe un guerrero. Hablaremos con Estrella de Fuego en cuanto podamos. ¿Y bien? —le preguntó a Acedera, que acababa de volver.

—Flor Dorada dice que le dolía la barriga, pero que ha vomitado y ahora no se encuentra tan mal —informó la

guerrera parda—. Rabo Largo está dormido y parece encontrarse bien, así que no lo he despertado.

—Gracias —maulló la curandera—. Rabo Largo es más joven, claro, y también es más fuerte. Iré a ver cómo está cuando se despierte.

—Ala de Mariposa sólo pretendía ser amable… —murmuró Hojarasca.

No quería que su amiga tuviera problemas por no haber visto el conejo muerto en el fondo de la charca.

Para su alivio, Carbonilla no parecía culpar demasiado a la joven curandera.

—Lo sé. Todos cometemos errores. —Luego, con la mirada más sombría, añadió—: Pero Ala de Mariposa

debería ser la primera en admitir que tiene mucha menos experiencia que los demás curanderos, y ningún mentor que la guíe, ahora que Arcilloso está muerto. Espero, por el bien del Clan del Río, que no cometa esta clase de errores demasiado a menudo. Necesitará toda la ayuda que pueda darle el Clan Estelar, eso sin duda.

Debilitada después de vomitar, pero algo más aliviada, Musaraña consiguió quedarse dormida. Acedera permaneció a su lado para vigilarla, con la orden de Carbonilla de ir a por ella si volvía a sentir dolor. El cielo estaba ya

tornándose gris detrás de los árboles que crecían en lo alto de la pared rocosa, y, aunque Hojarasca se sentía exhausta, no tenía sentido regresar a la guarida improvisada. En cuanto la luz se intensificó, ella y Carbonilla fueron en busca de Estrella de Fuego.

Se había levantado algo de viento. Las ramas sin hojas entrechocaban, y las nubes se deshacían en jirones, pero la vegetación protegida por el anillo rocoso apenas se movía. Un rayo de débil luz solar entró oblicuamente en la hondonada. El pie del precipicio permanecía cubierto de sombras, pero la luz del sol proporcionaba una tenue calidez a los helechos de la entrada. Los

gatos que no se habían enterado de la dolencia de Musaraña despertaron en un lugar muy distinto a la hondonada oscura y poco acogedora de la noche anterior. Hojarasca oyó cómo se llamaban unos a otros alegremente, y vio a Betulino salir de un zarzal para saltar sobre una hoja seca. La imagen del cachorro jugando como cuando estaba en el bosque, antes de que desaparecieran las presas y todos estuvieran deprimidos por el hambre, hizo que a Hojarasca se le levantara el ánimo y dio gracias en silencio al Clan Estelar. Dejó que la profecía teñida de sangre de su sueño permaneciera oculta en el fondo de su mente y se dijo a sí misma que aquél debía de ser el lugar

adecuado para que se instalara el Clan del Trueno.

Encontraron a Estrella de Fuego en un espacio abierto, cerca del centro de la hondonada; el líder ya había reunido a algunos de sus guerreros.

—Debemos salir de inmediato para marcar nuestras fronteras —estaba maullando Manto Polvoroso—. Si no lo hacemos, el Clan del Viento y el Clan de la Sombra reclamarán el bosque y las presas antes de que podamos decir «ratón».

—También tenemos que explorar el territorio —señaló Tormenta de Arena—. Por lo que sabemos, este bosque podría estar lleno de zorros y tejones.

—Por no hablar de los halcones —añadió Espinardo.

Tormenta de Arena coincidió con un murmullo:

—Yo me encargaré de las patrullas de caza si quieres, Estrella de Fuego —se ofreció.

El líder asintió, agradecido.

—Gracias, sería estupendo.

Hojarasca notó una pequeña oleada de orgullo al pensar que su madre era uno de los mejores cazadores del Clan del Trueno.

Manto Polvoroso agitó las orejas.

—Yo me ocuparé de la protección del campamento. No me gusta el aspecto del hueco de la entrada. Reuniré a los

aprendices y veré qué podemos hacer con algunos espinos.

—Y yo me haré cargo de las patrullas fronterizas —propuso Zarzoso.

—Eso es muchísimo trabajo —avisó Estrella de Fuego—, sobre todo porque todavía no sabemos siquiera dónde quedarán los límites de las fronteras. Fronde Dorado, Zarzoso, ¿podréis hacerlo juntos?

Los dos guerreros asintieron.

—Nimbo Blanco, quiero que formes una patrulla y exploréis los alrededores del campamento —ordenó el líder—. Informadme sobre cualquier cosa que creáis que debo saber. No sólo tenemos que ocuparnos de las fronteras…

también quiero saber qué es lo que hay dentro de ellas.

Nimbo Blanco asintió con un movimiento de la cola.

—¿Y yo qué? —preguntó Espinardo.

Carbonilla se adelantó cojeando.

—Discúlpame, Espinardo. Estrella de Fuego, tenemos un problema. —Y se apresuró a contarle lo de la intoxicación de Musaraña—. Quiero ir a buscar las hierbas adecuadas —explicó—, y llevarles unas pocas al Clan del Viento. Todos los clanes pueden haber bebido de esa agua, pero los gatos del Clan del Viento son los más débiles, así que corren más peligro.

Estrella de Fuego pensó un momento

antes de responder. Costaba descifrar su expresión, y Hojarasca se preguntó si sería reacio a gastar tiempo y energía ayudando a otro clan, ahora que empezaban a establecer sus nuevos territorios.

—No debemos permitir que el Clan del Viento sufra si podemos hacer algo para evitarlo —insistió Carbonilla.

—Todos los curanderos saben tratar los dolores de estómago —le recordó Estrella de Fuego—. Pero tienes razón, Carbonilla; el Clan del Viento ya lo ha pasado bastante mal, y son los cachorros y los veteranos quienes sufrirán si no hacemos nada. Espinardo os acompañará.

—Gracias. En cuanto examine a Musaraña y los demás, nos iremos.

Hojarasca siguió a Carbonilla hasta el lecho de la guerrera marrón oscuro. Musaraña estaba dormida, y Acedera dormitaba a su lado. Rabo Largo y Flor Dorada se les habían unido. Flor Dorada también estaba dormida, pero Rabo Largo levantó la cabeza cuando se acercaron las curanderas, e irguió las orejas hacia ellas como si pudiera verlas con total claridad.

—Hola, Carbonilla, Hojarasca —las saludó.

La aprendiza sabía que las había reconocido con el olfato, pero eso no impidió que la atravesara una punzada

de compasión.

Acedera abrió los ojos bizqueando y se puso en pie.

—Creo que va todo bien —maulló—. Musaraña duerme desde que os marchasteis.

—Su olor vuelve a ser prácticamente normal —añadió Rabo Largo—. El de Flor Dorada también, pero creo que ella tomó menos agua.

Carbonilla se inclinó a olfatear a Musaraña y a Flor Dorada, y luego escuchó su respiración.

—Se pondrán bien —maulló, incorporándose—. Acedera, puedes irte. Te necesitarán para alguna de las patrullas. Gracias por quedarte con

Musaraña.

La joven guerrera echó a correr, ondeando la cola al pasar junto a Hojarasca.

—¿Y tú, Rabo Largo? —preguntó Carbonilla—. ¿También has tenido dolor de estómago?

—Un poco —maulló el guerrero ciego—. Acedera dice que ha sido por el agua que nos dio Ala de Mariposa. Me pareció que olía un poco raro, pero cuando un curandero te da algo…

—Todos cometemos errores. Hojarasca y yo vamos a buscar hierbas para tener existencias, por si otro gato muestra los mismos síntomas.

—Buena suerte —se despidió Rabo

Largo con un tono melancólico, como si le hubiera gustado ir con ellas a explorar el nuevo territorio.

Las curanderas regresaron al centro del claro, donde los guerreros estaban dividiéndose en patrullas. Hojarasca vio que Zarzoso se encaminaba resueltamente hacia Esquiruela, pero, antes de que llegara hasta ella, Cenizo le lanzó un grito:

—¡Eh, Esquiruela! —maulló el guerrero gris—. Tormenta de Arena dice que te quiere para la patrulla de caza.

—¡Voy! —contestó ella.

En los ojos de Zarzoso había una mezcla de frustración y desilusión mientras veía alejarse a la joven, pero

no intentó detenerla.

Hojarasca suspiró. Era evidente que algo iba mal entre el guerrero atigrado y su hermana, aunque no tenía ni idea de qué se trataba.

—Despierta. —Carbonilla le clavó una uña en el costado—. Espinardo ya está listo. Vamos.

Hojarasca sintió un cosquilleo de emoción en las zarpas al dirigirse al hueco de la pared rocosa. Manto Polvoroso estaba dando órdenes a Zancón y Zarpa Candeal para retirar los espinos del campamento y construir con ellos una barrera.

—Que no pueda colarse ni un ratón —maulló.

—¿Cómo? ¿Y gatos tampoco? —respondió Zancón con descaro, moviendo la cola.

Manto Polvoroso suspiró.

—Dejaremos un túnel, cerebro de ratón.

Hojarasca avanzó entre una extensión de helechos que parecían menos punzantes que los zarzales que crecían al lado, y se detuvo en el centro, aspirando el intenso olor verde que la rodeaba. Al otro lado, más allá del hueco que conducía a la hondonada rocosa, los esperaba el desconocido bosque.

No: los esperaba el nuevo territorio del Clan del Trueno.



11

—¿Estás atascada? —preguntó Espinardo, tropezando casi con Hojarasca al avanzar entre los helechos.

Ella saltó para salir de entre las olorosas plantas.

—Lo siento —resopló.

Espinardo siguió más despacio y la miró.

—Todo es un poco raro, ¿verdad?

—maulló—. Pero recuerda esto: nunca volverá a ser tan extraño para nosotros. Sólo tenemos que explorar una vez el territorio para que luego nos parezca más un hogar.

Sintiéndose reconfortada, Hojarasca caminó a su lado y se alejaron de la hondonada. Cuando, al cabo de unos instantes, miró hacia atrás de nuevo, los precipicios rocosos habían desaparecido entre los árboles, y lo único que pudo ver fueron los lisos troncos grises y las ramas que se mecían en la brisa. Se animó al pensar que sus compañeros de clan estaban resguardados por las imponentes paredes de piedra, invisibles y seguros

en mitad del bosque.

Sonaban voces más adelante, y, al rodear un robusto roble, se encontraron a Nimbo Blanco, Centella y Acedera, olfateando con cautela un hueco entre las raíces. Era la patrulla que Estrella de Fuego había enviado a explorar el territorio más cercano a la hondonada rocosa.

—Zorro —maulló Nimbo Blanco.

Centella levantó la cabeza y olfateó cuidadosamente el aire.

—Es un olor muy rancio —concluyó—. No creo que ese zorro haya estado por aquí en lunas.

—¿Entro a echar un vistazo? —se ofreció Acedera.

Centella negó con la cabeza.

—¿Es que tu mentora nunca te advirtió sobre meterte en agujeros extraños? Ya podemos oler que aquí no hay nada. Sigamos adelante.

Hojarasca se detuvo para que Carbonilla los alcanzara y miró a su alrededor. Los árboles se extendían en todas direcciones, y sus ramas estaban tan entrelazadas que sólo dejaban ver pequeños retazos de cielo. No eran tan altos como los del bosque que habían abandonado, pero Hojarasca imaginó que, en la estación de la hoja verde, sus hojas formarían un denso y refrescante dosel. La mayor parte del suelo estaba cubierto de hierba corta, salpicada de

campanillas de invierno, y había unos pocos arbustos de espino y zarzales. El sotobosque se veía más despejado de lo que estaba acostumbrada Hojarasca, pero cabía esperar que en la estación de la hoja nueva brotaran helechos y otras plantas que sirvieran de hogar a las presas y ayudaran a los gatos a sentirse más seguros cuando patrullaran su territorio.

Carbonilla la alcanzó y continuó adelante, siguiendo el sonido de la corriente de agua.

—Es improbable que encontremos enebro aquí —comentó—. Hojarasca, ¿qué otra cosa podríamos usar para el dolor de estómago?

—Menta acuática —sugirió la joven —. O raíz de perifollo.

—Las dos cosas servirían —aprobó Carbonilla—. Pero será más fácil encontrar menta acuática que perifollo.

Llegaron al arroyo, que fluía por una profunda hendidura entre las raíces enredadas de los árboles. Hojarasca se detuvo en la orilla y buscó señales de la frondosa planta verde, pero sólo pudo ver agua corriendo sobre piedra gris, con helechos de un verde vivo al borde de la corriente.

—Probemos en la otra orilla —sugirió Espinardo, al llegar a un punto en que las riberas descendían suavemente y se podía cruzar

chapoteando.

Carbonilla estuvo de acuerdo, pero ambas orillas eran parecidas: un sotobosque despejado con poca vegetación. Aun así, cuando alcanzaron el otro lado, Hojarasca olió a suelo húmedo, un poco como la ciénaga del otro extremo del lago. La menta acuática no tenía por qué crecer cerca de un arroyo: a veces bastaba tierra mojada. Echó a correr, cruzando algunas matas de hierba puntiaguda, y descubrió los altos y frondosos tallos, medio ocultos entre una mata de helecho.

—¡Muy bien, Hojarasca! —la elogió Carbonilla, que salió a reunirse con ella —. Hay de sobra para abastecernos con

regularidad.

Ladeando la cabeza, cortaron varios tallos. A Hojarasca le lloraron los ojos cuando la savia se pegó a sus bigotes, y su boca se llenó del penetrante olor.

—Será mejor que regrese al campamento —maulló Carbonilla cuando terminaron de recolectar la menta—. Espinardo, ¿acompañarás a Hojarasca al territorio del Clan del Viento?

—Primero te acompañaremos a ti —respondió él—. Nadie debería ir solo por este bosque hasta que lo conozcamos un poco mejor.

El guerrero las guió por una ruta distinta, calculando, por las cuestas y

pendientes del terreno, la ruta más directa a la hondonada rocosa. Pasaron por debajo de unas hayas, y a Hojarasca le rugió el estómago al captar un intenso olor a ardilla.

Espinardo olfateó el aire con un brillo en los ojos, y la aprendiza supuso que él también estaba hambriento.

—¿Tenemos tiempo de cazar algo? —le preguntó el guerrero a Carbonilla.

La curandera dejó en el suelo los tallos de menta acuática.

—Si no tardamos demasiado…

—No tardaremos nada —prometió Espinardo.

Dirigió las orejas hacia el árbol más cercano, y Esquiruela vio una ardilla

entre las raíces, mordisqueando un hayuco.

Espinardo se detuvo un momento a comprobar la dirección del viento y luego comenzó a avanzar con sigilo, dando un rodeo para acercarse a la ardilla con el viento a favor. Tras tensar las patas traseras, saltó. La ardilla pataleó con un espasmo y se quedó inmóvil.

—¡Venga! —las llamó el guerrero —. ¡Hay de sobra para los tres!

La carne fresca estaba deliciosa, y Hojarasca dio gracias en silencio al Clan Estelar por haberlos llevado a un lugar donde las presas eran rollizas… y lentas. Tenía la boca llena del olor de la

ardilla, así que no advirtió la llegada de tres gatos, que aparecieron de repente por detrás de un tronco, a poca distancia. Frenaron de golpe al ver a los miembros del Clan del Trueno y luego corrieron hacia ellos. Al aproximarse, Hojarasca se dio cuenta de que era una patrulla del Clan del Viento, formada por Oreja Partida, su aprendiz, Zarpa de Cárabo, y Cola Blanca.

Espinardo engulló el último bocado de carne y se puso en pie, pero Oreja Partida fue el primero en hablar.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —quiso saber—. Esto es territorio del Clan del Viento.

—¿A qué te refieres con «territorio

del Clan del Viento»? —Espinardo se quedó mirándolo con sorpresa—. Todavía no se han establecido las fronteras.

—Estamos marcándolas ahora —explicó Cola Blanca, que sonó algo azorada—. Estrella de Fuego dijo que el arroyo del pie de la colina sería la frontera, y ahora mismo estáis en el lado del Clan del Viento.

—Pero Estrella de Fuego también dijo que sólo era una sugerencia —recordó Espinardo a los guerreros del Clan del Viento. Señaló a su alrededor con la cola—. Mirad: árboles. Ésta es la clase de lugar en el que el Clan del Trueno caza mejor. Vosotros necesitáis

llanuras y conejos, ¿no?

—Aquí no hay tantas llanuras como en nuestro antiguo hogar —explicó Oreja Partida—. Necesitamos extender el territorio a este bosque, o no podremos sustentar a nuestro clan.

—Bueno, pues no vais a extenderlo por aquí —replicó con firmeza Espinardo, a quien se le había erizado el pelo del lomo.

Hojarasca supuso que el guerrero se sentía muy incómodo. A todos les resultaba difícil olvidar lo unidos que habían estado los clanes durante el viaje. En su antiguo bosque ya habrían sacado las garras, pero en éste no tenían el instinto de pelear por un territorio que

aún no habían terminado de explorar.

—¿Crees que el Clan Estelar nos enviará una señal que nos muestre dónde deberíamos situar las fronteras? —le preguntó Hojarasca a Carbonilla.

La curandera negó con la cabeza.

—El Clan Estelar nunca favorecería a un clan por encima de otro, ni se involucraría en disputas de este tipo. Esto es algo que los clanes deben resolver solos.

Los guerreros se quedaron unos instantes donde estaban, incómodos. Cola Blanca reparó entonces en el montoncillo de menta acuática.

—¿Es para el dolor de barriga? —preguntó.

—Sí —respondió Hojarasca—. ¿Algunos de vuestros gatos también están enfermos?

Cola Blanca lanzó una rápida mirada a Oreja Partida antes de contestar.

—Sí. Flor Matinal y Manto Oscuro.

—¿Flor Matinal? —Eso era preocupante. Hojarasca sabía que la reina del Clan del Viento siempre había sido amiga del Clan del Trueno—. ¿Y qué está haciendo Cascarón?

—No puede hacer gran cosa sin una buena provisión de hierbas —maulló Oreja Partida—. Me han dicho que había salido a buscar enebro. Sólo espero que no tarde mucho. Me ha parecido que Flor Matinal se encontraba

bastante mal.

Hojarasca se volvió hacia su mentora.

—Yo puedo llevar un poco de menta al Clan del Viento ahora mismo. Que ellos me indiquen el camino y Espinardo regrese a la hondonada contigo.

—Por supuesto —aprobó Carbonilla—. Ve tan deprisa como puedas.

Todos los guerreros parecieron aliviados por tener que pensar en algo más urgente que la cuestión de las fronteras. Espinardo y Carbonilla se encaminaron a la hondonada rocosa, mientras que Hojarasca se fue en dirección contraria con los gatos del Clan del Viento. La llevaron hasta el

lindero de los árboles —como les habían dicho, el arroyo viraba allí hacia el bosque, lejos del pie de las colinas— y luego a través de un páramo abierto. Después tomaron una pendiente bastante empinada junto a otro arroyuelo, que discurría en una serie de pequeñas y burbujeantes cascadas. Unos cuantos espinos achaparrados crecían a lo largo de las orillas, con rastro de olor a conejos aquí y allá. Hojarasca pensó enseguida que sí había presas allí para el Clan del Viento. ¿Acaso Oreja Partida no había dicho la verdad al asegurar que podrían no ser suficientes?

Por fin alcanzaron la cima de una loma bordeada de arbustos, y Hojarasca

se encontró mirando, a sus pies, el campamento del Clan del Viento. Los límites de aquella hondonada no eran tan escarpados como las paredes de piedra que rodeaban el campamento del Clan del Trueno, pero las laderas lisas y desnudas no proporcionaban escondrijos a posibles atacantes.

Hojarasca vio a Bigotes y Perlada, que charlaban con un par de guerreros cerca de unos pedruscos dispersos en el centro de la depresión.

—Te llevaré directamente con Flor Matinal —maulló Cola Blanca.

—Y yo le contaré a Bigotes que estás aquí —añadió Oreja Partida, que descendió la cuesta con Zarpa de

Cárabo.

Cola Blanca guió a Hojarasca a una zona de aulagas, en el extremo más alejado de la hondonada. La aprendiza de curandera sintió un hormigueo al notar las miradas de los guerreros del Clan del Viento cuando pasó ante ellos, pero eran más curiosas que hostiles.

Flor Matinal estaba tendida en un lecho de hojas, cobijada por los arbustos, y Manto Oscuro estaba ovillado a una cola de distancia; Hojarasca, sin embargo, no pudo despegar la mirada de la vieja gata. Lo que vio la dejó horrorizada: Flor Matinal yacía desmadejada en el suelo y su respiración era ronca y superficial.

Tenía el estómago hinchado y despedía un olor acre a vómito. Mantenía los ojos cerrados y estaba inmóvil excepto por algún espasmo en el costado. A la aprendiza de curandera le pareció que se encontraba apenas a un paso de unirse al Clan Estelar.

Tras dejar la menta acuática en el suelo, Hojarasca se inclinó sobre Flor Matinal, pero, antes de que pudiera hacer nada más que posar con delicadeza una zarpa en su estómago, la interrumpió un gruñido furioso.

—¿Qué crees que estás haciendo?



12

«¡Zorro!».

Zarzoso levantó la cabeza para olfatear el aire más cuidadosamente. El olor emanaba del zarzal que tenía al lado, y era más intenso alrededor de un túnel de bordes toscos que parecía hecho por el paso de cuerpos esbeltos que lo atravesaran a diario.

—Estuvo aquí no hace mucho —

avisó a Fronde Dorado—. Podría haber una madriguera cerca.

La patrulla tenía que buscar referencias para las fronteras del nuevo territorio y dejar las primeras marcas olorosas. Orvallo iba con ellos, y también Manto Polvoroso, que había dejado a Zarpa Candeal y a Zancón colocando espinos para bloquear las paredes de entrada al campamento.

—Informaremos a Estrella de Fuego —decidió Fronde Dorado—. Debemos ser cautelosos hasta que averigüemos si el zorro vive aquí o si sólo estaba de paso.

Zarzoso asintió con un cosquilleo de emoción. Todas sus dudas sobre la

idoneidad de la hondonada habían quedado olvidadas a la luz del día, ahora que los gatos podían ver que era un lugar muy bueno para un campamento. Se había alegrado de que Estrella de Fuego lo enviara a patrullar las nuevas fronteras; cada paso que daba en aquel bosque hacía que se sintiera más en el territorio del Clan del Trueno, y rozaba adrede los zarzales y los troncos de los árboles al pasar, para dejar un rastro oloroso que era inconfundiblemente de su clan.

Permitió que Fronde Dorado encabezara la marcha al seguir adelante. Al bordear un grupo de avellanos, Manto Polvoroso se detuvo a olisquear

una rama baja, y cuando alzó la mirada, sus ojos rebosaban tanta inquietud que los otros tres se aproximaron a oler también. Se miraron con aprensión unos a otros al captar olor a Dos Patas.

—Por lo menos es rancio —señaló Fronde Dorado—. Diría que es de hace días.

—Pero vienen por aquí. —Manto Polvoroso frunció el hocico—. Aunque no volviera a ver un Dos Patas hasta el día que me reúna con el Clan Estelar, sería demasiado pronto.

Zarzoso respiró hondo para calmar su desbocado corazón. Él sentía lo mismo, pero sería un signo de debilidad mostrar su miedo ante los demás

guerreros. Ahora, aquél era su hogar, y no podían vivir esperando que los Dos Patas se lo arrebataran de nuevo. Posó levemente la punta de la cola en el omóplato de Manto Polvoroso.

—Ésta es la primera vez que captamos su olor desde que hemos salido de la hondonada —señaló—. Y estamos muy lejos de un Sendero Atronador. Al menos no habrá monstruos.

Manto Polvoroso agitó las orejas y echó a andar sin responder. Los demás lo siguieron. Zarzoso se colocó en la retaguardia, temiendo que los otros pudieran ver el espanto en sus ojos mientras intentaba reprimir las imágenes

del bosque derrumbándose a su alrededor.

—¡Cacemos algo! —propuso Fronde Dorado.

—Buena idea —aprobó Orvallo.

Nadie mencionó que sería una buena distracción para no pensar en los Dos Patas y sus monstruos, pero todos se concentraron en rastrear presas como si llevaran una luna sin comer.

Zarzoso redujo el paso para absorber el olor mezclado de ardilla, conejo y pájaros. Saltó al oír una llamada de alarma, y vio que Orvallo había cazado un estornino. Con un gesto apreciativo, pasó ante el joven guerrero para internarse más en el bosque, hasta

que descubrió un tordo que picoteaba entre las raíces retorcidas de un árbol muerto. Tras agazaparse tanto que su barriga rozaba las hojas caídas, avanzó sigilosamente hasta que pudo saltar sobre el ave y despacharla con una veloz dentellada en el cuello.

Al inclinar la cabeza para tomar un bocado, un cuerpo aterrizó sobre su lomo y notó que le clavaban unas garras. Instintivamente, se lanzó de costado para rodar por el suelo y zafarse de su atacante. Mientras intentaba escapar de aquellas afiladas zarpas, entrevió un pelaje rojizo, y al principio pensó que se trataba de Fronde Dorado. ¿Es que su compañero se había vuelto loco? Pero

cuando logró clavar las uñas en el suelo y revolverse, se encontró frente a un ceñudo guerrero del Clan de la Sombra.

—¡Serbal! ¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees? —gruñó el gato rojizo—. Defender la frontera del Clan de la Sombra, por supuesto.

—¿Qué?

Zarzoso miró a su alrededor, y se dio cuenta de que las hayas y los robles que crecían junto al campamento del Clan del Trueno estaban allí mezclados con pinos.

—¡No finjas que no lo sabías! —bufó Serbal—. Has traspasado nuestras marcas olorosas.

—¡No he detectado ni una sola

marca olorosa! —protestó Zarzoso—. Deben de ser demasiado tenues.

Se negó a admitir la otra posibilidad: que los olores de los clanes se hubieran mezclado tanto durante el viaje que ahora nadie podría distinguir unos de otros. Si eso fuera verdad, resultaría imposible establecer ningún tipo de frontera.

—¡Demasiado tenues! —se mofó Serbal—. ¡Cagarrutas de ratón! Admítelo: estabas intentando apropiarte de nuestro territorio.

—Tú estás intentando quedarte con el nuestro —replicó Zarzoso con rabia —. En las colinas, dijimos que usaríamos el claro de ambos lados del

arroyo como frontera. Tienes que haberlo traspasado tú, porque yo estoy seguro de no haberlo hecho.

—Aquí no hay ningún claro, cerebro de ratón —gruñó Serbal—. El arroyo se interna más en nuestro territorio, y los árboles crecen en ambas orillas. Hemos trazado la frontera con una línea recta desde donde el arroyo atraviesa el claro. La próxima vez, intenta buscar las marcas olorosas, así sabrás dónde empieza exactamente el Clan de la Sombra.

Desenvainó las garras, tensando las patas traseras para saltar de nuevo, y Zarzoso se preparó para una pelea. Pero, antes de que Serbal pudiera atacar,

un relámpago pardo emergió de los arbustos y lo derribó. Era Trigueña.

—¿Qué estás haciendo? —espetó la guerrera—. Es demasiado pronto para empezar a luchar por los territorios.

Serbal fulminó con la mirada a su compañera de clan.

—Qué sorpresa, pero ¡si es la guerrera mestiza! —bufó—. Todos sabemos que preferirías defender a tu hermano antes que a tu clan.

—¡Eso no es cierto! —protestó la gata.

—No lo es. —Zarzoso se acercó a su hermana—. Yo sé que Trigueña es leal al Clan de la Sombra.

La expresión incrédula de Serbal lo

arañó como una zarpa.

—Si queréis saber mi opinión —gruñó—, os diré que los gatos que fueron a ver a esa tejona han olvidado a qué clan pertenecen.

Zarzoso lanzó un aullido furioso y a punto estuvo de saltar sobre él cuando aparecieron tres miembros más del Clan de la Sombra: Cedro, Robledo y Garrudo. El guerrero notó la tensión en el estómago. Él no podía con toda una patrulla del Clan de la Sombra, ¿y qué haría Trigueña si sus compañeros la obligaban a participar en un enfrentamiento con su hermano?

Para su alivio, oyó la voz de Fronde Dorado a sus espaldas.

—¡Zarzoso! ¿Qué ocurre?

Al mirar atrás, vio a sus tres compañeros corriendo entre los árboles. Los guerreros del Clan de la Sombra se agazaparon desenvainando las uñas, pero, antes de que saltaran unos contra otros, se oyó una nueva voz.

—¡Deteneos! —bramó.

Estrella de Fuego apareció por una extensión de espinos que había detrás de Zarzoso, con los ojos entornados de furia.

—No puedo creer lo estúpidos que estáis siendo, todos. Si no podemos establecer las fronteras pacíficamente, terminaremos derramando la sangre de todos los gatos del bosque.

Dolido, Zarzoso retrocedió un paso, y vio que sus compañeros también relajaban el pelo del cuello. Los guerreros del Clan de la Sombra hicieron lo mismo, aunque sacudiendo la cola con rabia.

—Han traspasado nuestras marcas olorosas —mascullóSerbal.

—No, no lo hemos hecho —aseguró Zarzoso. Había esperado el apoyo de su líder, pero, en vez de eso, Estrella de Fuego se comportaba como si no quisiera que defendiesen su territorio—. Quizá tengamos que pelear. Éste es nuestro hogar ahora, y debemos estar listos para…

—¡Ya basta! —lo interrumpió

Estrella de Fuego con mirada fría—. Si el Clan de la Sombra ha dejado sus marcas olorosas, entonces éste es su territorio.

—Eso si lo han hecho… —intervino Manto Polvoroso—. Yo no he olido ni una sola marca.

—No acusaremos a ningún otro gato de mentir —bufó Estrella de Fuego—. Serbal, ¿dónde están el arroyo y el claro que dijimos que usaríamos como frontera?

El guerrero del Clan de la Sombra señaló con la cabeza hacia su territorio.

—El arroyo está ahí detrás, y no hay ningún claro a esa distancia del lago. —Agitando la cola desdeñosamente hacia

Zarzoso, añadió—: Ya se lo he dicho.

—En ese caso, el Clan de la Sombra tiene derecho a estar aquí —concluyó Estrella de Fuego—. El Clan del Trueno encontrará otros lugares donde cazar. Venga, regresamos al campamento.

Zarzoso no podía creer lo que estaba oyendo. Apretó los dientes para no cuestionar a su líder delante de guerreros de otro clan. Lo único que podía hacer era lanzar una mirada asesina a la patrulla del Clan de la Sombra antes de dar media vuelta para seguir a Estrella de Fuego entre los árboles.

Cuando se aproximaban al árbol muerto en el que había matado al tordo,

captó un leve olor en el aire: ahí estaba la marca olorosa del Clan de la Sombra, pero era tan débil que apenas la reconoció y, sin duda, contenía también rastros del Clan del Trueno, el Clan del Viento y el Clan del Río. Pero su furia no menguó al saber que Serbal no había mentido: no estaba enfadado con el Clan de la Sombra, sino con Estrella de Fuego.

¿Por qué su líder había dado por hecho que él y sus compañeros estaban equivocados? ¿Cómo era posible que no se hubiera parado a escuchar sus explicaciones sobre lo difícil que resultaba detectar las marcas de la frontera? Zarzoso frunció el hocico. Si

Estrella de Fuego seguía así, acabaría entregando el bosque entero a los demás clanes.

En el viaje al lugar donde se ahoga el sol, él y sus cinco amigos lo debatían todo, y, aunque Zarzoso había destacado como el líder natural, tomaban juntos todas las decisiones importantes. ¿Por qué Estrella de Fuego no podía actuar así? Todos los gatos del clan tenían una opinión sobre su nuevo hogar, y seguir órdenes a ciegas no siempre era la mejor solución.

Antes de llegar a la hondonada, Estrella de Fuego se detuvo.

—Fronde Dorado, quiero que vayáis por aquella zona. —Señaló con la cola

un área que nadie había explorado todavía, donde los árboles crecían más juntos—. Mirad a ver qué encontráis y comprobad si hay buenas referencias para la frontera. Pero necesito que uno de vosotros venga conmigo… Zarzoso, sígueme.

El guerrero se quedó mirando cómo los demás desaparecían entre los helechos, antes de volverse hacia Estrella de Fuego.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó.

—Necesitamos mucho musgo y hojas para los nuevos lechos —contestó el líder—. Quiero que recojas todo lo que puedas antes de que anochezca.

—¿Qué? —Zarzoso frenó en seco, enfureciéndose de nuevo—. ¡Ése es trabajo de aprendices!

—Habitualmente, sí, pero los aprendices están muy atareados construyendo una buena barrera en la entrada del campamento. Haz lo que te he ordenado y punto, Zarzoso. Sabes que todo el mundo tiene que arrimar el hombro hasta que nuestro nuevo hogar esté completamente establecido.

—De acuerdo —masculló el joven guerrero.

Se separó de Estrella de Fuego y se detuvo al pie de un árbol para arrancar el musgo que crecía entre las raíces, descargando su rabia contra la tupida

planta. Aunque Estrella de Fuego había dicho que todos tenían que arrimar el hombro, estaba claro que aquello era un castigo por su refriega con la patrulla del Clan de la Sombra. Él sólo intentaba defender el territorio de su clan. Quería que su líder confiara en él, que le diera responsabilidades, y allí estaba, recogiendo musgo.

Al regresar con una bola de musgo entre los dientes, se encontró con Esquiruela y el resto de la patrulla de caza, cargados de carne fresca.

—¡Hola, Zarzoso! —lo saludó Esquiruela tras dejar en el suelo la ardilla que llevaba en la boca—. ¡Este lugar es genial para cazar!

Él no podía compartir su entusiasmo. Lo único que le habían permitido cazar para el Clan del Trueno era un montón de musgo para los lechos. Sin molestarse en soltar el musgo para evitar responder, pasó ante su compañera a trote ligero y entró en el campamento a grandes zancadas.



13

—¡Te he preguntado qué estás haciendo aquí!

Hojarasca sintió que se le erizaba el pelo ante la iracunda mirada de Corvino Plumoso.

—He venido a ayudar. Flor Matinal y Manto Oscuro están enfermos. Les he traído unas hierbas.

—¿Y cómo sabes lo que les pasa?

—preguntó Corvino Plumoso con recelo.

—Porque tenemos el mismo problema en el Clan del Trueno —replicó Hojarasca.

No había necesidad de contarle lo de Ala de Mariposa y el agua contaminada. No quería darle al quisquilloso guerrero la menor ocasión de acusar a su amiga de envenenar a propósito a los veteranos.

—Apártate, Corvino Plumoso —maulló Cola Blanca—. Yo le he pedido a Hojarasca que viniera.

El guerrero gris oscuro soltó un resoplido de disgusto, pero se quedó observando a Hojarasca mientras ella

comenzaba a examinar a Flor Matinal. A la aprendiza, su presencia le resultaba absolutamente molesta, pero no podía decirle que se fuera porque él estaba en su campamento.

En cuanto estuvo segura de que Flor Matinal padecía el mismo mal que Musaraña y los demás, la aprendiza de curandera mascó unas pocas hojas de menta acuática y separó las mandíbulas de la veterana. Tras meterle la pasta de hojas en la boca, le acarició la garganta para que se la tragara.

Cola Blanca se agachó a su lado.

—¿Morirá?

—No lo sé —admitió Hojarasca, y, en silencio, le rogó al Clan Estelar:

«Por favor, ayudadla, haced que se recupere».

Mientras esperaba a que las hierbas curativas surtieran efecto, oyó que Manto Oscuro se movía. El viejo gato levantó la cabeza y miró a su alrededor con ojos vidriosos.

—Por el Clan Estelar, me duele la barriga —se quejó—. ¿Dónde está Cascarón con ese enebro?

—Todavía no ha vuelto —respondió Cola Blanca—. Pero Hojarasca ha venido con un poco de menta acuática.

—¿Hojarasca? —Manto Oscuro parpadeó—. Es una gata del Clan del Trueno —maulló, pero, antes de que la aprendiza pudiera explicarse, el

veterano añadió—: Clan del Trueno, Clan del Viento… A quién le importa, siempre y cuando sepa lo que está haciendo.

Masticó las hojas de menta que Hojarasca le puso delante, y volvió a apoyar la cabeza sobre las patas.

Un sonido estrangulado hizo que Hojarasca devolviera su atención a Flor Matinal. La veterana estaba vomitando débilmente y sacudía las patas.

—¿Qué le has hecho? —gruñó Corvino Plumoso—. ¡Está peor!

El guerrero intentó apartar de un empujón a Hojarasca, pero ella saltó hacia atrás, y Corvino Plumoso le mostró los dientes cuando la gata trató

de rodearlo para volver junto a su paciente.

—¡Alto!

Al dar media vuelta, Hojarasca vio a Bigotes, que se acercaba por los arbustos con Oreja Partida a la zaga.

—¡Corvino Plumoso, ¿qué crees que estás haciendo?! —exclamó el líder—. Hojarasca ha venido a ayudar.

—Ella no debería estar aquí —gruñó el joven.

—¿Estás diciendo que no debería hacernos un favor, que no debería intentar salvarle la vida a uno de nuestros gatos? —La voz de Bigotes sonó desapasionada, pero estaba llena de furia. Al ver que Corvino Plumoso no

respondía, añadió—: Ya que estás tan interesado, puedes quedarte a observar. Si Hojarasca necesita que hagas algo, hazlo. Hojarasca, no tengas reparos en pedir lo que haga falta.

La aprendiza inclinó la cabeza.

—Gracias, Bigotes. Creo que Cola Blanca y yo podremos arreglárnoslas.

—Quiero a Cola Blanca para una patrulla de caza —respondió el líder—. Pero Corvino Plumoso no tiene otra cosa que hacer.

Le hizo una seña a Cola Blanca y se alejó.

Corvino Plumoso fulminó con la mirada a Hojarasca.

—Trátame como a un aprendiz, y te

haré picadillo —bufó.

Por mucho que el joven guerrero la hubiera asustado, Hojarasca no pudo evitar sentir que Bigotes había sido un poco duro con él.

—Vamos a concentrarnos en ayudar a Flor Matinal —maulló—. Necesitamos que trague un poco más de menta acuática.

Mascó más hojas y le pidió a Corvino Plumoso que le abriera la boca a la veterana mientras ella le metía la pasta, rezando para que no la vomitara de nuevo. Se estremeció cuando Corvino Plumoso la rozó, provocándole un cosquilleo como el del aire antes de una tormenta. Él también retrocedió de un

salto, y luego se adelantó de nuevo sin mirarla a los ojos, como si estuviera avergonzado.

Flor Matinal yacía inmóvil de nuevo, como si estuviera exhausta. La aprendiza de curandera se sentó a su lado para acariciarle delicadamente el estómago con la cola. Era muy consciente de que Corvino Plumoso estaba observándola, y deseó que se marchara.

Poco después, le pareció que la respiración de la veterana recuperaba un ritmo más natural. Manto Oscuro estaba dormitando de nuevo y de vez en cuando soltaba un ronroneo áspero.

—¿Están mejorando? —susurró

Corvino Plumoso.

—Creo que sí —respondió la gata —. Estoy segura de que Manto Oscuro se pondrá bien. La que me preocupa es Flor Matinal.

—Hojarasca.

Una sombra se proyectó sobre el cuerpo de Flor Matinal. Al levantar la cabeza, la aprendiza vio a Cascarón.

—Me alegro de verte.

El curandero habló entre dientes: tenía la boca ocupada con un fardo de hojas. Al dejarlo en el suelo, las hojas se separaron y quedaron al descubierto unas pocas bayas de enebro arrugadas.

—Cascarón, espero que no te importe —empezó la joven

nerviosamente—. Me he encontrado con unos miembros de tu clan en el bosque, y me han dicho que Flor Matinal estaba enferma. Nosotros hemos tenido el mismo problema, de modo que…

El curandero la interrumpió con un movimiento de la cola.

—Eres muy bienvenida. Todavía no tengo ni idea de dónde crecen las mejores hierbas… Sólo he encontrado un arbusto de enebro, y por lo que he visto los pájaros deben de haberse llevado la mayoría de las bayas. —Tras olfatear con cuidado a Flor Matinal, añadió—: Está mejor que cuando me he marchado. ¿Qué le has dado… menta acuática? Buena idea, aunque yo usaría

bayas de enebro si pudiera encontrar las suficientes.

—Entonces, ¿puedo irme ya? —intervino Corvino Plumoso.

—Ay, sí, sí. —Cascarón lo despachó con un ademán—. Ya puedo encargarme yo.

Hojarasca lo observó mientras se marchaba, preguntándose por qué se sentía desilusionada. Detestaba la idea de pelear con cualquier gato, pero le dolía aún más con Corvino Plumoso porque era amigo de Esquiruela… aunque no podía entender qué era lo que su hermana veía en él.

—Será mejor que tú te vayas también, Hojarasca —maulló Cascarón

—. Has hecho un buen trabajo aquí, pero estoy seguro de que tu clan te necesitará.

Hojarasca le dejó lo que quedaba de menta acuática.

—Hazme saber cómo le va a Flor Matinal.

—Lo haré. Te mandaré un mensaje de algún modo —prometió el curandero.

Hojarasca salió del arbusto. Bigotes se hallaba en el centro del campamento, rodeado por algunos de sus guerreros, y la joven decidió informarlo de que se marchaba. Vaciló al ver que uno de los gatos que hablaban con el líder era Enlodado.

Bigotes reparó en ella.

—¿Cómo se encuentra Flor Matinal?

—preguntó.

—Creo que se pondrá bien. Cascarón ya está con ella.

—No podremos agradecerte bastante lo que has hecho —maulló el líder con expresión cálida—. Oreja Partida me ha contado que, cuando os habéis encontrado, él y Espinardo estaban discutiendo por la frontera en el bosque. He decidido que, a partir de ahora, dejaremos esa zona al Clan del Trueno. Pondremos nuestras marcas olorosas en el lindero del bosque, en la falda del cerro.

—¡Eso es muy generoso por tu parte! —empezó Hojarasca, pero la interrumpió un gruñido de Enlodado.

—¿Es que has perdido el juicio por completo? —espetó el antiguo lugarteniente con voz ronca—. ¿Vas a ceder territorio del Clan del Viento por un puñado de hierbas curativas? Cascarón era perfectamente capaz de tratar a los enfermos. No había ninguna necesidad de que esta aprendiza metiera aquí las narices.

Bigotes se volvió para encararse a él.

—Enlodado, eres un necio si crees que esto es una simple cuestión de hierbas. Piensa en todo lo que el Clan del Trueno ha hecho por nosotros. ¿Cuántas vidas harían falta para compensar su generosidad? Sin su ayuda

y camaradería, a estas alturas todos los gatos del Clan del Viento serían carroña.

Enlodado gruñó, enseñando sus amarillos y afilados dientes, y Hojarasca tuvo que clavar las garras en la tierra para no encogerse de miedo. Uno o dos guerreros más también parecían molestos, incluido Corvino Plumoso. Hojarasca creyó que el joven respaldaría a Enlodado y diría que ella no debería haber ido allí, pero el gato de ojos azules no abrió la boca.

—No quiero oír nada sobre disputas con el Clan del Trueno por la frontera —gruñó Bigotes—. Esa extensión de bosque no nos sirve de gran cosa. ¿Desde cuándo el Clan del Viento ha

cazado entre los árboles?

—Entre los árboles hay más cosas que presas. —Manto Trenzado se adelantó para situarse junto a Enlodado —. Hierbas medicinales, por ejemplo. Sé que Cascarón necesita plantas que jamás encontraríamos en espacios abiertos.

—¡Ya basta! —zanjó Bigotes—. Queda mucho territorio, y a Cascarón nunca le ha costado encontrar provisiones.

Sus guerreros inclinaron la cabeza, pero ninguno parecía contento con las órdenes de su líder. Enlodado dio media vuelta para marcharse.

—¡Traidor! —masculló, en voz lo

bastante alta para que todos lo oyeran.

A Hojarasca se le hizo un nudo en el estómago de angustia. Supuso que algunos gatos del Clan del Viento coincidían con Enlodado en que Bigotes no estaba poniendo en primer lugar los intereses de su clan al recordar su vieja alianza con el Clan del Trueno. Se preguntó qué sucedería si Enlodado desafiara a Bigotes por el liderazgo. ¿Cuántos gatos lo secundarían con uñas y dientes?

—Querrás volver —le dijo Bigotes a Hojarasca—. Corvino Plumoso, por favor, acompáñala hasta su campamento y comunica a Estrella de Fuego mi decisión.

Corvino Plumoso levantó la vista con los ojos como platos.

—¿Yo?

«Oh, no», pensó la aprendiza.

—No tienes por qué hacerlo —respondió—. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma. Que sea curandera no significa que no sepa usar las garras.

Bigotes agitó las orejas.

—Corvino Plumoso, eso era una orden.

El guerrero de color gris oscuro aún parecía disgustado, pero suspiró exageradamente.

—Venga. Me meteré en problemas si no te acompaño.

Hojarasca vio que tendría que ceder. Mientras Corvino Plumoso se dirigía hacia la ladera del borde de la hondonada, ella se despidió con rapidez de Bigotes y fue tras él. El guerrero gris adoptó un paso rápido sin preguntarle a Hojarasca si podría seguirlo. Era tan grosero que la aprendiza no iba a molestarse ni en intentar conversar. Aun así, incluso en silencio, entre ellos el aire restallaba como un relámpago de la estación de la hoja verde. Era evidente que Corvino Plumoso odiaba la idea de que un miembro del Clan del Trueno le hubiera hecho un favor a su clan.

Como curandera, Hojarasca vivía al margen de las rivalidades de clan que

afectaban a los otros gatos. Si era así como se sentían los demás, le alegraba no tener que tratar a los gatos como a enemigos sólo porque procedían de clanes distintos. Aunque Corvino Plumoso era uno de los elegidos que habían viajado hasta el lugar donde se ahoga el sol, había retomado más deprisa que ninguno de ellos las antiguas costumbres. Con el pelo erizado y las miradas de soslayo, parecía de lo más predispuesto a reavivar las viejas rivalidades.

Hojarasca soltó un suspiro de alivio cuando llegaron al arroyo. Estaban algo más arriba del sitio por el que el Clan del Trueno había cruzado la noche

anterior, y Corvino Plumoso la guió ágilmente a través de unos pasaderos hasta el territorio del Clan del Trueno. Poco después, la aprendiza reconoció los arbustos que circundaban la parte superior de la hondonada rocosa. Hojarasca se puso en cabeza y siguió la pendiente que llevaba al hueco entre los muros de piedra. En la entrada habían colocado ya una buena parte de la barrera de espinos, y una vez dentro pudieron ver un montón de carne fresca en un espacio despejado entre las zarzas.

Estrella de Fuego se hallaba cerca del arbusto en el que habían pasado la noche Fronda y Betulino. Esquiruela

estaba ayudando a Fronda a sacar largos zarcillos espinosos.

—En este espacio podríamos instalar una buena maternidad —resolló Fronda, al tiempo que se sacaba una espina del flanco con la zarpa trasera—. Como está pegado al muro rocoso, quedará resguardado del mal tiempo. Aunque necesitamos hacer un buen hueco en este zarzal.

—No tardaremos mucho en conseguirlo —aseguró Esquiruela.

Briosamente, la joven guerrera sacó a rastras una rama de zarza el doble de larga que ella, mientras Betulino lanzaba ataques al otro extremo de la rama, jugueteando.

Zarzoso apareció con una gran bola de musgo, que llevó al interior de la nueva maternidad. A Hojarasca le impresionó que un guerrero estuviera dispuesto a realizar tareas de aprendices. Era obvio que Zarzoso estaba decidido a acomodar a sus compañeros de clan en el campamento que había encontrado para ellos. Fronda lo siguió al interior para ayudarlo a disponer el musgo, y Betulino dejó de atacar el extremo de la zarza de Esquiruela y corrió tras su madre.

—Estrella de Fuego, Corvino Plumoso está aquí. —Hojarasca inclinó la cabeza ante el líder de su clan—. Me ha acompañado desde el territorio del

Clan del Viento.

—Gracias. —Estrella de Fuego se acercó al joven guerrero del Clan del Viento—. ¿Va todo bien?

—Hojarasca ha ayudado a Flor Matinal. —Corvino Plumoso sonó claramente desagradecido—. Y Bigotes me ha pedido que te diga que el Clan del Trueno puede ser el primero en dejar marcas olorosas en el bosque que hay al otro lado del arroyo.

Sorprendido, Estrella de Fuego abrió los ojos de par en par; evidentemente, no se esperaba ganar ese territorio con tanta facilidad.

—Bigotes es muy amable —contestó—. Dale las gracias de mi parte.

—Y gracias a ti por acompañarme —añadió Hojarasca.

Aunque Corvino Plumoso se hubiera comportado como un zorro con una espina en la zarpa, ella no tenía por qué ser grosera también.

El guerrero del Clan del Viento la miró largamente, con hostilidad y algo más en los ojos. Pareció a punto de decir algo, pero luego se limitó a asentir y se encaminó a la salida.

—¡Hola! —lo saludó Esquiruela a sus espaldas—. Ninguneando a tus viejos amigos, ¿eh?

Corvino Plumoso no miró atrás y desapareció entre los helechos.

Estrella de Fuego se quedó

observando las temblorosas hojas verdes que habían engullido al guerrero.

—Bigotes ha sido muy generoso —maulló, aunque no parecía tan contento como Hojarasca había esperado—. Qué diferente del Clan de la Sombra —añadió.

—¿El Clan de la Sombra? —repitió Hojarasca, preguntándose por qué su padre habría pensado en sus otros vecinos.

—¡Casi ha habido una pelea! —le contó Esquiruela, entusiasmada—. Zarzoso ha traspasado las marcas olorosas del Clan de la Sombra, y una patrulla vecina ha intentado echarlo.

—Podríamos haber lidiado con ellos

—maulló Zarzoso, surgiendo de la maternidad ya sin la carga de musgo—. Supongo que sólo estaban dando prioridad a los intereses de su clan. Me pregunto si Bigotes podría decir lo mismo. Parece que está cediendo un buen pedazo de un excelente territorio de caza…

Sonó más extrañado que hostil, pero Esquiruela se volvió hacia él con la cola erizada.

—¡Por lo menos es leal a sus viejos amigos! —estalló—. Algo que tú pareces haber olvidado.

Los ojos de Zarzoso centellearon de furia. En vez de responder, apretó los dientes y se alejó. Estrella de Fuego

negó con la cabeza, preocupado, lo siguió unos pasos, y al final se desvió y fue a hablar con Espinardo, que estaba junto al montón de carne fresca.

—¿De qué iba todo esto? —le preguntó Hojarasca a su hermana, abatida—. ¿Por qué se ha estropeado todo entre Zarzoso y tú?

Esquiruela se encogió de hombros.

—A mí no me lo preguntes. Zarzoso está de un humor de perros desde que llegamos aquí. —Dejó de intentar fingir que le daba igual, y miró a su hermana con unos ojos que eran estanques verdes de dolor y desconcierto—. Creo que ya no le gusto…

A Hojarasca no se le ocurrió qué

decir para consolarla. Ella podía sanar heridas, y conocía las hierbas apropiadas para el dolor de estómago, pero la brecha que se había abierto entre Esquiruela y Zarzoso estaba fuera de sus capacidades. Eso era una parte de la vida de los gatos que los curanderos nunca conocerían. Pensó que debería sentirse aliviada por no tener que sufrir jamás semejante dolor. Pero luego vio la avidez con que Esquiruela observaba cómo Zarzoso salía del campamento, y recordó lo mucho que se querían ambos gatos. Un pequeño vacío brotó en su interior al comprender que nadie sentiría algo así por ella.

Manto Polvoroso apareció por el

zarzal arrastrando otro largo zarcillo, y estuvo a punto de tropezar por culpa de Betulino, que se abalanzó sobre el extremo.

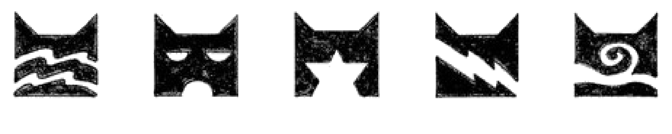
—¡Betulino! Das más problemas que un zorro con un ataque de hambre.

—No lo riñas —murmuró Fronda, siguiendo a su pareja al exterior—. Es estupendo que se sienta lo bastante feliz para jugar.

Manto Polvoroso coincidió con un ronroneo y, junto a Fronda, contempló con ojos centelleantes cómo su cachorro gruñía ferozmente a la zarza, aferrándola con los dientes y sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

Mientras Hojarasca presenciaba la

escena, el vacío de su interior se hizo más grande. Ella nunca sentiría por otro gato lo que Esquiruela sentía por Zarzoso, ni disfrutaría de la intimidad de tener pareja y cachorros. Nunca había dudado de su decisión de dedicar la vida al Clan Estelar y recorrer el solitario camino de los curanderos… pero en aquel instante no pudo evitar preguntarse si estaría perdiéndose algo.



14

La fresca hierba rozaba a Zarzoso mientras avanzaba con sigilo por el sotobosque. Oía los correteos de pequeñas criaturas debajo de los arbustos, y sus sentidos estaban colmados del olor de las presas.

Antes de que pudiera atrapar algo, salió a un espacio abierto. Una luna casi llena colgaba en el cielo despejado,

contorneando todos los tallos y las hojas con su luz plateada. Justo delante de él, la ladera descendía hacia una hondonada, con rocas sobresaliendo por sus escarpados lados.

El guerrero se quedó mirando aquel lugar, atónito. Ése era el barranco que conducía al antiguo campamento del Clan del Trueno. Levantó la cabeza para olfatear el aire cuidadosamente. No captó el áspero hedor de los monstruos de los Dos Patas, ni ningún sonido más alto que el susurro del viento entre los árboles. ¡Su hogar estaba a salvo! La destrucción del bosque, el miedo y el hambre, el largo viaje a través de las montañas, no habían sido nada más que

un sueño.

Zarzoso corrió barranco abajo hasta el túnel de aulagas del fondo, con el corazón a punto de estallarle de felicidad. En unos pocos segundos, volvería a ver a todos sus compañeros de clan: Látigo Gris no habría sido capturado por los Dos Patas; todos los hijos de Fronda seguirían vivos, y los veteranos estarían en su guarida, ordenando quejumbrosos a los aprendices que los libraran de las garrapatas.

Temblando de emoción, Zarzoso recorrió el túnel hasta el campamento, con la boca abierta para saludar con un aullido. Pero entonces frenó en seco. El

claro estaba completamente vacío, excepto por un gato, que estaba sentado solo en el centro del espacio despejado.

El guerrero alzó la cabeza y miró a Zarzoso con unos abrasadores ojos ámbar.

Era Estrella de Tigre.

Zarzoso estuvo a punto de atragantarse de la impresión y la incredulidad. La captura de Látigo Gris, la muerte de los hijos de Fronda, el viaje interminable… Todas esas cosas eran reales. Aquello era un sueño, y de pronto se había transformado en una pesadilla.

Estrella de Tigre enroscó la cola y le indicó a Zarzoso que se acercara. El

joven se quedó de piedra, pero luego avanzó lentamente. Al aproximarse, vio a su padre con más claridad: su musculoso pecho, su ancha cabeza, sus ardientes ojos ámbar…

—Bienvenido —lo saludó Estrella de Tigre con voz profunda—. Llevo muchas lunas esperando para hablar contigo.

Zarzoso se detuvo a unas colas de distancia. No sabía qué decir. Sólo podía pensar en que era la viva imagen de su padre: la anchura de sus hombros, la forma de la cabeza, el color de los ojos. Podría estar mirando su propio reflejo en un charco.

—He visto tu valor y tu fuerza —

continuó Estrella de Tigre—. Me siento orgulloso de llamarte hijo.

—Gr… gracias. —Zarzoso amasó el suelo con las zarpas—. ¿Por qué has venido aquí? ¿Te ha enviado el Clan Estelar?

—Yo no cazo con el Clan Estelar —espetó Estrella de Tigre—. Hay más firmamento que el Manto Plateado, y muchos terrenos de caza que ni siquiera el Clan Estelar conoce. —Su mirada se apartó de Zarzoso—. Bienvenido —maulló—. Esperaba que vinieras. Estaba deseando conocerte.

Zarzoso miró en la misma dirección que su padre y vio que Alcotán aparecía por el túnel de aulagas. Se quedó

mirando, en un silencio aturdido, cómo el guerrero del Clan del Río cruzaba el claro y se sentaba a su lado. La luna proyectó un par de sombras idénticas sobre el duro suelo, y Zarzoso pensó que un cachorro aún medio ciego sabría de inmediato que los tres pertenecían a la misma familia.

Se dijo a sí mismo que debería sentir algo más fuerte que desconcierto y curiosidad por saber más sobre su padre y su hermanastro. Procedían de tres clanes diferentes, y, aparte de eso, Estrella de Tigre había asesinado a muchos gatos y traicionado a sus propios compañeros de clan para satisfacer sus ansias de poder. Sin

embargo, Zarzoso no podía librarse de la sensación de que llevaba mucho tiempo esperando ese momento. A pesar de las diferencias que había entre ellos, por sus venas corría la misma sangre.

—¿Eres Estrella de Tigre? —preguntó Alcotán, y Zarzoso recordó que el joven había llegado al bosque tras la muerte del traidor—. ¿Eres mi padre?

Estrella de Tigre asintió.

—Lo soy. Bueno, ¿qué tal son vuestros nuevos territorios?

—Es duro estar en un lugar tan diferente —admitió Alcotán.

—Todos echamos de menos el bosque —añadió Zarzoso.

—Pronto, la tierra que rodea el lago

os parecerá vuestro hogar —aseguró Estrella de Tigre—. Estableced las fronteras y defendedlas con uñas y dientes, porque el territorio es lo que une a un clan.

—¡Sí! —Los ojos de Alcotán brillaron con ansia—. El Clan del Río ya ha marcado sus fronteras. Ayer, Prieto y yo expulsamos a un tejón que estaba viviendo en nuestro territorio.

—Bien, bien. —Estrella de Tigre irguió las orejas y levantó la cabeza como si oyera que lo llamaban. Por encima de los árboles, el cielo estaba aclarándose con la primera luz del alba —. Ahora debo irme. Adiós, Zarzoso, Alcotán. Volveremos a vernos si

recorremos la senda de los sueños. Estoy seguro de eso.

Se puso en pie. En ese momento, una nube ocultó la luna, sumiendo el claro en la oscuridad durante un breve instante. Cuando pasó de largo, Estrella de Tigre había desaparecido.

—Yo también debo irme.

Alcotán entrechocó levemente su nariz con la de Zarzoso y se dirigió hacia la entrada del campamento.

—No… espera. ¡No te vayas! —exclamó Zarzoso.

—Tengo que irme. He de salir con la patrulla del alba. ¿De qué estás hablando, Zarzoso?

Zarzoso parpadeó y se incorporó.

Nimbo Blanco estaba mirándolo con una expresión confundida mientras se retiraba trocitos de musgo del pelo.

—¿Ocurre algo? —preguntó el guerrero blanco—. ¿Quieres que le diga a Fronde Dorado que no puedo ir con la patrulla?

Zarzoso negó con la cabeza, aún confuso.

—No, no… Estoy bien.

Volvió a tumbarse y cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera librarse del agudo dolor que le desgarraba el estómago.

El sueño se había desvanecido, y él estaba de nuevo en la hondonada rocosa. Estrella de Tigre, Alcotán y el antiguo

campamento del Clan del Trueno habían desaparecido.

Zarzoso durmió sin sueños un rato más, y se despertó sintiéndose menos confuso y desdichado. Salió de entre los helechos, y se desperezó arqueando el lomo. El cielo era más luminoso, y contra él se recortaban las ramas desnudas de los árboles que había en la parte superior de la alta pared rocosa. Lo recorrió una oleada de emoción al recordar que esa noche había luna llena y que los clanes se reunirían para celebrar una Asamblea.

Miró a su alrededor. El claro

parecía muy distinto de la primera vez que lo vieron. Habían arrancado muchas zarzas para formar una barrera protectora ante la entrada del campamento, y el zarzal más grande se había transformado en la maternidad. Los aprendices habían instalado su guarida en una cueva poco profunda de la pared rocosa, y los guerreros dormían debajo de las ramas desplegadas de un espino que era casi tan grande como el del antiguo campamento. Los veteranos, sin embargo, aún no habían encontrado una guarida satisfactoria para todos; cada noche probarían un lugar diferente, y despertarían quejándose de que era demasiado húmedo o demasiado

ventoso. Zarzoso sospechaba que Flor Dorada y Rabo Largo iban a disfrutar bastante con la búsqueda del lugar perfecto, porque eso significaba que tendrían que inspeccionar todos los rincones de la hondonada; incluso habían comenzado a recomendar a los demás los mejores sitios para tomar el sol o para comer resguardados de la lluvia.

Poco a poco, la hondonada rocosa iba convirtiéndose más en un hogar, pero Zarzoso no podía borrar el recuerdo de su sueño, en el que había regresado al campamento del barranco. Aunque si se sentía inquieto y desasosegado no era sólo por el anhelo de regresar al bosque;

tampoco podía dejar de pensar en su padre y en su medio hermano. ¿Qué había querido decir Estrella de Tigre con eso de cazar en firmamentos diferentes? ¿Estaba vigilando a Estrella de Fuego y al Clan del Trueno desde donde fuera que cazara ahora?

Zarzoso sacudió la cabeza con violencia, como si el sueño fuera una telaraña pegada a su pelo. Su antiguo hogar había desaparecido, y no iba a ganar nada preocupándose por recuerdos del pasado. Al centrarse en asuntos prácticos, reparó en que el montón de carne fresca estaba disminuyendo. En ese mismo instante, Manto Polvoroso salió de la maternidad

y se le acercó.

—Hola —lo saludó Zarzoso—. ¿Quieres salir a cazar?

—¡Por supuesto! —A Manto Polvoroso le brillaron los ojos—. ¿A quién más nos llevamos?

Zarzoso se preguntó si debería ir a buscar a Esquiruela, pero entonces oyó que llamaban a Manto Polvoroso. Al volverse, vio que Fronde Dorado corría hacia ellos.

—Manto Polvoroso —resolló el guerrero al detenerse a su lado—. Ayer tuviste a Zarpa Candeal trabajando todo el día en el campamento. ¿Puedo llevármela hoy a entrenar? Es hora de que los aprendices retomen su rutina.

—Claro —respondió Manto Polvoroso—. ¿Queréis venir a cazar con nosotros?

—Trae también a Zancón —propuso Zarzoso—. Musaraña todavía no está lo bastante bien para patrullar.

—Bien pensado —maulló una voz a sus espaldas.

Al darse la vuelta, Zarzoso vio a Estrella de Fuego.

—Acabo de hablar con Musaraña —continuó el líder—. Ayer, Zancón ahuyentó a un joven zorro que estaba olisqueando alrededor de la entrada del campamento. Los dos creemos que está listo para convertirse en guerrero, así que celebraremos su ceremonia de

nombramiento cuando el sol esté en lo más alto. Podéis decirle que ésta será su última patrulla de caza como aprendiz.

Zarzoso enroscó la cola con satisfacción. Nombrar a un nuevo guerrero era una de las cosas más importantes que podía hacer un clan, y la ceremonia de Zancón serviría para que la hondonada de piedra pareciera aún más un hogar. Y también sería algo de lo que informar en la Asamblea.

Estrella de Fuego les deseó suerte con la caza y se marchó, mientras Fronde Dorado iba a por los dos aprendices. Poco después, los cinco componentes de la patrulla estaban subiendo la cuesta que rodeaba la

hondonada, antes de dirigirse hacia los árboles que crecían más arriba del campamento. Habían alcanzado casi el punto más alto del despeñadero cuando oyeron un maullido quejumbroso a sus espaldas.

—¡Esperadme!

Zarzoso vio a Betulino, que corría esforzadamente tras ellos, trastabillando en las matas de hierba en su intento por alcanzarlos.

—¡Betulino! —exclamó Manto Polvoroso—. ¿Qué crees que estás haciendo?

El cachorro miró a su padre con ojos suplicantes.

—Yo también quiero ir de caza. Por

favor, ¿puedo?

Fronde Dorado se volvió hacia Zarzoso poniendo los ojos en blanco.

—¡Cachorros!

A Manto Polvoroso no le hizo tanta gracia.

—No, por supuesto que no —le respondió a su hijo, cortante—. No puedes salir a cazar hasta que seas aprendiz.

—Pero ¡soy un buen cazador! —fanfarroneó Betulino—. Mira, te lo demostraré. Atraparé a ese pájaro.

Señaló con la cabeza un petirrojo que estaba en un espino, justo al borde de la hondonada. Antes de que alguien pudiera detenerlo, el cachorro saltó

hacia delante.

—¡No! —aullaron a la vez Manto Polvoroso y Zarzoso, saltando tras él.

Zarzoso lo alcanzó primero, y lo agarró por el pescuezo justo cuando el espino cedía bajo el peso del pequeño y comenzaba a deslizarse hacia la hondonada. Un segundo más, y Betulino habría caído como le sucedió a Esquiruela, sólo que en aquel punto el precipicio era el doble de alto, y ningún gato podía esperar sobrevivir a una caída así.

Zarzoso dejó a Betulino en suelo firme, bien lejos del borde. El gatito se acurrucó temblando. Manto Polvoroso se plantó ante él con el pelo erizado.

—¿Es que tienes cerebro de ratón? —bufó—. ¿No sabes que hay una razón por la que los cachorros se quedan con sus madres en la maternidad hasta que los nombran aprendices?

Betulino asintió, con los ojos desorbitados y llenos de miedo.

—Lo siento —gimoteó.

—No seas demasiado duro con él —le recomendó Fronde Dorado—. No tenía mala intención.

Manto Polvoroso se revolvió para fulminarlo con la mirada.

—¿Y eso de qué sirve? De no ser por Zarzoso, ahora Betulino estaría muerto. —Empujó a su hijo con la cola—. Todavía no he oído cómo le das las

gracias.

El cachorro agachó las orejas y bajó la cabeza.

—Gr… gracias, Zarzoso. Lo lamento mucho, de verdad.

—No pasa nada —respondió el guerrero atigrado.

Lo sentía mucho por el aterrorizado cachorro; a juzgar por su expresión despavorida, el susto que se había llevado bastaría para que no saliera del campamento en varias lunas.

—Venga, levántate. No estás herido —lo instó Manto Polvoroso.

Se inclinó sobre su hijo y le dio unos vigorosos lametazos. Zarzoso sabía que se había enfurecido tanto porque había

estado a punto de perder al único cachorro que había sobrevivido de su última camada.

—Vete a casa con Fronda, y no hagas más tonterías como ésta —añadió.

Betulino asintió, y Manto Polvoroso restregó el hocico contra su costado para reconfortarlo antes de que regresara hacia la entrada del campamento. El guerrero atigrado marrón se quedó mirándolo hasta que estuvo fuera de la vista.

—Tendremos que poner una norma —decidió—. Los cachorros no pueden acercarse al precipicio. Y eso también se aplica a los aprendices —añadió, señalando con las orejas a Zarpa

Candeal y Zancón, que habían presenciado la escena en un silencio espantado.

Zarpa Candeal asintió. Zancón enroscó la cola, como recordándose que esa norma ya no se la aplicarían a él cuando el sol hubiera superado su cénit. Parecía haberse olvidado de que él mismo había estado a punto de caer por el otro lado cuando el clan se acercó por primera vez al campamento.

—Podríamos dejar marcas olorosas a lo largo del borde —propuso Zarzoso—. Así lo recordarían todos los gatos.

—Buena idea —maulló Manto Polvoroso—. Coméntaselo a Estrella de Fuego cuando volvamos. Venga,

cacemos algo antes de que Zancón se pierda su ceremonia de nombramiento.

Mientras echaba a andar detrás de los demás, Zarzoso notó un hormigueo en las patas con una sensación de peligro. Se volvió a mirar hacia los espinos, y se imaginó el cuerpecillo de Betulino, magullado y destrozado en el claro de más abajo. «¿De verdad he traído al clan a un lugar seguro?»., se preguntó.

Desde la llegada al lago, no había habido ninguna señal del Clan Estelar que indicara que sus antepasados guerreros seguían vigilándolos. ¿Realmente era ése el lugar donde debían estar?

Zarzoso condujo a la patrulla al otro lado del arroyo, a la extensión de tierra que Bigotes había cedido al Clan del Trueno. No tardó mucho en descubrir una ardilla rebuscando al pie de un árbol. El guerrero avanzó sigilosamente, y se la cobró con un hábil golpe que le partió el cuello.

—¡Bien hecho! —exclamó Manto Polvoroso.

Zarzoso empezó a echar tierra sobre la ardilla, pero se detuvo cuando Zarpa Candeal se acercó a él.

—¿De verdad crees que deberíamos llevarnos esa pieza? —preguntó,

nerviosa, la aprendiza—. Se supone que el territorio que hay a este lado del arroyo pertenece al Clan del Viento.

—Pero Bigotes nos lo ha dado —repuso mientras seguía tapando la ardilla—. Esta presa es nuestra.

Sintió un hormigueo de irritación: que una aprendiza insinuara que estaba robando comida a otro clan era algo insólito. No era problema suyo si el Clan del Viento quería renunciar a uno de sus terrenos de caza.

Zarpa Candeal no volvió a protestar cuando la patrulla se internó más entre los árboles.

Para cuando el sol estaba en lo más alto, todo el clan había comido bien y aún quedaba un buen montón de carne fresca. Al terminar, todos habían permanecido en el centro de la hondonada, donde se habían retirado los arbustos para dejar un pequeño claro en el que pudiera reunirse el clan. Había llegado el momento de la ceremonia de nombramiento de Zancón.

No había una Peña Alta como la del antiguo campamento. En su lugar, Estrella de Fuego había encontrado un reborde a unas pocas colas de las cabezas de los gatos, al que se llegaba

saltando sobre un montón de rocas escalonadas que servían para subir por el despeñadero. Justo debajo de la cornisa —los gatos ya estaban comenzando a llamarla la Cornisa Alta —, había una estrecha grieta que desembocaba en una gruta, y Estrella de Fuego había decidido convertirla en su guarida. De todas las guaridas del nuevo campamento, ésa era la más parecida a la del barranco, rodeada de muros cubiertos de liquen y con un suelo seco y arenoso.

Estrella de Fuego elevó la voz en un maullido. Su pelaje era de un naranja llameante contra el gris azulado de la roca.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí, bajo la cornisa, para una reunión del clan!

Zarzoso sintió un cosquilleo al oír cómo las palabras rituales resonaban por la hondonada. Observó la figura negra y patilarga de Zancón —con el pelo tan acicalado y lustroso que parecía el ala de un cuervo— mientras cruzaba el claro para colocarse junto a su mentora, Musaraña. Ella se veía delgada y temblorosa, como si todavía no se hubiera recuperado por completo del dolor de estómago, pero sus ojos centelleaban de orgullo cuando su aprendiz se reunió con ella.

Zarzoso se abrió paso hacia delante, con la esperanza de sentarse al lado de Esquiruela, pero se detuvo al ver que ella estaba con Cenizo, Hollín y Orvallo. Los cuatro tenían las cabezas muy juntas, y sus hombros se sacudían levemente, como si estuvieran intercambiando una broma. Zarzoso frunció el hocico, sintiéndose de pronto vacío y frío. Se sentó sombríamente junto al gato más cercano, que resultó ser Nimbo Blanco, e intentó concentrarse.

—¿Problemas? —murmuró el guerrero blanco, apuntando con las orejas hacia Esquiruela—. ¿Qué has hecho para que esté enfadada?

—Nada —contestó Zarzoso. Las razones de su pelea eran demasiado complicadas y privadas para compartirlas con nadie.

—Eh, no te preocupes. —Nimbo Blanco le propinó un toque comprensivo con la cola—. Todo quedará olvidado.

—Quizá —suspiró Zarzoso, a quien no le apetecía nada hablar del tema.

—Tenemos que celebrar una ceremonia —maulló Estrella de Fuego en cuanto todos los gatos estuvieron acomodados—. Musaraña, ¿estás convencida de que Zancón está listo para convertirse en guerrero?

La guerrera marrón inclinó la cabeza.

—Lo estoy.

Estrella de Fuego descendió ágilmente por las piedras escalonadas hasta el suelo de la hondonada, y le hizo un gesto a Zancón para que se acercara. El aprendiz avanzó, temblando de la nariz a la cola.

—¡Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que observen a este aprendiz! —Su voz resonó con claridad por encima del sonido del viento y del suave crujido de las ramas que bordeaban la hondonada—. Ha entrenado duro para comprender el sistema de vuestro noble código, y yo os lo encomiendo a mi vez como guerrero.

—Clavó sus ojos en Zancón y prosiguió —: Zancón, ¿prometes respetar el código guerrero y proteger y defender a este clan, incluso a costa de tu propia vida?

—Lo prometo —respondió el joven ansiosamente.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te doy tu nombre guerrero. Zancón, a partir de este momento serás conocido como Zancudo. El Clan Estelar se honra con tu valor y tu entusiasmo, y te damos la bienvenida como guerrero de pleno derecho del Clan del Trueno.

Dio un paso adelante y posó el hocico sobre la cabeza de Zancudo. El

joven guerrero le dio un lametón respetuoso en el hombro, y luego fue a reunirse con los demás guerreros.

—¡Zancudo! ¡Zancudo!

El clan coreó su nuevo nombre para saludarlo como guerrero. Manto Polvoroso parecía a punto de estallar de orgullo, y a Fronda le centelleaban los ojos de alegría al ver a su hijo mayor convertido por fin en guerrero. Betulino saltaba entre las patas de su hermano, ya recuperado del susto de aquella mañana.

Estrella de Fuego pidió silencio alzando la cola, y el ruido se apagó. Todo el clan lo miró con curiosidad.

—Antes de seguir con nuestras obligaciones, hay que llevar a cabo otra

ceremonia —maulló el líder—. Musaraña y yo hemos estado hablando, y ella ha tomado una decisión. Musaraña, ¿aún estás segura de que eso es lo que quieres?

La vieja gata asintió con la cabeza mientras se adelantaba.

—Musaraña —continuó Estrella de Fuego—, ¿deseas renunciar a ser guerrera para unirte a los veteranos?

Zarzoso creyó oír un temblor en la voz de la gata cuando respondió:

—Lo deseo.

El joven guerrero se imaginó que, para la orgullosa guerrera, era muy duro aceptar que estaba envejeciendo. La combinación del largo viaje y la

reciente enfermedad habían revelado que ya no era tan fuerte como antes. Sintió un escalofrío de tristeza al recordar el valor de la gata y su destreza en la lucha.

—Tu clan te honra por todo el servicio que nos has prestado —continuó Estrella de Fuego—. Solicito al Clan Estelar que te conceda muchas estaciones de reposo.

Puso la cola sobre el hombro de Musaraña, que inclinó la cabeza antes de ir a situarse al lado de Flor Dorada y Rabo Largo.

—No necesito demasiado reposo —dijo la gata con voz ronca—. Mantendré las garras afiladas, y, si el clan tiene

problemas, estaré lista.

Un murmullo de risa y admiración brotó de los gatos que la rodeaban, y uno o dos corearon su nombre, como si acabara de convertirse en guerrera. Flor Dorada le dio un lametón amistoso en las orejas.

Los reunidos comenzaron a dispersarse. Cuando se disponía a felicitar a Zancudo, Zarzoso vio que Estrella de Fuego lo llamaba con un movimiento de la cola.

—He oído cómo Zarpa Candeal le contaba a Nimbo Blanco lo de la ardilla que has cazado esta mañana —maulló el líder.

A Zarzoso se le erizó el pelo. Había

evitado deliberadamente el territorio del Clan de la Sombra al llevarse a la patrulla en la dirección opuesta, ¿acaso Estrella de Fuego iba a culparlo ahora por invadir un terreno del Clan del Viento?

—Bigotes dijo que podíamos quedarnos con esa extensión de bosque —replicó, procurando que no se le notara el enfado en la voz.

—Lo sé —respondió Estrella de Fuego con calma—. No has hecho nada malo. Pero, de momento, vayamos con cuidado con ese territorio. Acabaremos solucionándolo, pero hasta entonces no quiero aprovecharme de la buena voluntad de Bigotes.

—Yo no pretendía hacer algo así —aseguró Zarzoso, aliviado—. Pero es responsabilidad de Bigotes pelear por las fronteras del Clan del Viento. ¿O acaso espera que defendamos su territorio, aparte del nuestro, sólo porque hemos pasado la última luna viajando juntos?

Estrella de Fuego entornó los ojos.

—No te preocupes, Zarzoso —maulló—. Llegará el momento en que cada clan se defienda solo con uñas y dientes, y en que luche por sus territorios con tanta fiereza como hemos hecho siempre. Pero ese momento no es ahora. —Dio media vuelta para irse, pero luego se detuvo y lo miró por

encima del hombro—. Descansa un poco, Zarzoso —le recomendó—. Esta noche vendrás con nosotros a la Asamblea.

El guerrero parpadeó, esperando que su líder no pudiera ver la expectación que lo había inundado, haciendo que se le erizara el pelo. «¡Esta noche volveré a ver a Alcotán! ¡Puedo preguntarle por el sueño!». Se moría de curiosidad por saber si su medio hermano se había encontrado también con Estrella de Tigre. ¿Los gatos emparentados compartían sueños? No siempre… Pero su sueño del viejo campamento había sido muy real, casi más real que haber encontrado su nuevo hogar. Si Estrella

de Tigre estaba verdaderamente vigilando a sus hijos, sin duda los visitaría a los dos, ¿no?

Se le cortó el aliento de repente, estrangulado por la culpabilidad. Alcotán pertenecía a un clan rival. Que ellos dos fueran familia no significaba nada comparado con la lealtad a sus respectivos clanes y líderes. Era ridículo pensar que Alcotán y él podían haber compartido un sueño.

Sin embargo, mientras se dirigía a la guarida de los guerreros para echar una cabezadita antes de marcharse a la Asamblea, sintió un cosquilleo en las zarpas ante la idea de que pronto volvería a ver a su medio hermano.



15

El sol se había puesto, pero el cielo seguía llameando con un color escarlata cuando los gatos del Clan del Trueno se pusieron en marcha. Mientras esperaba a que Fronde Dorado cruzara el túnel formado en la barrera de espinos, Zarzoso reparó en que Esquiruela se había puesto a su lado.

—Hola —lo saludó la joven. Sonó

amigable pero dubitativa, como si no estuviera segura de cómo iba a reaccionar él—. ¿Te encuentras bien? Te has pasado todo el día en las nubes.

Zarzoso se estremeció. El recuerdo de su encuentro con Estrella de Tigre y Alcotán le ocupaba la mente con tal intensidad que, cuando cerraba los ojos, casi podía sentir el roce de su medio hermano en el costado. Deseaba responder al afecto que transmitían los ojos verdes de Esquiruela, pero ella era la última a la que podía contarle su sueño, teniendo en cuenta lo que sentía por el guerrero del Clan del Río.

Zarzoso arañó la tierra.

—Anoche no dormí muy bien; eso es

todo.

Esquiruela entornó los ojos. Evidentemente, sabía que él se estaba callando algo.

—Guárdate tus secretos si quieres —suspiró—. Para lo que me importa…

Y desapareció por el túnel, detrás de Fronde Dorado.

—¡Esquiruela, espera!

Zarzoso corrió tras ella, furioso consigo mismo por haberle dado la impresión de que rechazaba su intento de volver a ser amigos. Pero, cuando salió al otro extremo del túnel, Esquiruela estaba alejándose con Hojarasca; las dos iban con las cabezas muy juntas y, aunque la llamó de nuevo,

ella ni siquiera lo miró.

Acedera fue la última en salir por el túnel. Fronde Dorado estaba comprobando que estuvieran todos los gatos que debían asistir a la Asamblea. Cuando la guerrera parda pasó por su lado, Fronde Dorado estiró el cuello para tocarle la punta de la oreja.

—Hola, Acedera —murmuró—. Me alegro de que vengas con nosotros.

Ella le guiñó un ojo, ronroneando.

Estrella de Fuego guió a su clan cuesta arriba, hasta el lugar por el que cruzarían el arroyo, aprovechando los pasaderos, para luego seguir la corriente hasta la orilla del lago.

—Si seguimos celebrando las

Asambleas junto al cercado de los caballos —maulló—, el Clan del Viento deberá comprender que tendremos que atravesar su territorio cada luna llena.

—Eso no será muy difícil —masculló Nimbo Blanco, dirigiéndose a Manto Polvoroso.

El atigrado marrón gruñó:

—Cierto. Podríamos irrumpir en el campamento del Clan del Viento sin que ni un guerrero levantara una sola pata.

—¡Eso no es justo! —protestó Acedera—. Bigotes defendería su campamento tan ferozmente como cualquier guerrero.

Manto Polvoroso y Nimbo Blanco intercambiaron una mirada; Zarzoso vio

que no estaban muy convencidos de eso.

Los gatos avanzaron por la orilla del lago. El agua iba tornándose más oscura a medida que el rojo del horizonte se difuminaba en el cielo, y aparecieron las primeras estrellas. Zarzoso se descubrió mirando de nuevo hacia Esquiruela y Hojarasca, que caminaban juntas en la retaguardia. Se consoló con que, por lo menos, Esquiruela no estuviera con Cenizo: el guerrero iba hablando con Orvallo y Carbonilla. Zarzoso pensaba que el guerrero gris le prestaba demasiada atención a la joven.

Para cuando se aproximaron al cercado de los caballos, la luna llena se había separado de los retazos de nubes y

estaba inundando el lago y su orilla de una suave luz plateada. Justo antes de llegar a la valla, Bigotes apareció por la cima de una ladera, flanqueado por varios de sus compañeros de clan. A Estrella de Fuego lo sorprendió ver a Enlodado entre ellos, y más aún al comprobar que no había ni rastro de Perlada, la lugarteniente.

El líder del Clan del Trueno se detuvo a aguardar que los alcanzaran los gatos del Clan del Viento, y recibió a Bigotes con un amigable ronroneo. Aunque los dos líderes continuaron andando juntos, los guerreros de los distintos clanes no se mezclaron. Zarzoso vio a Corvino Plumoso y movió

la cola para llamarlo, pero, en vez de acercarse a saludar, el otro se limitó a responderle con un gesto de la cabeza.

De pronto, Estrella de Fuego alzó la cola indicando que todos se detuvieran. Zarzoso se adelantó quedamente para averiguar qué sucedía. Se paró a olfatear el aire, y se le erizó el pelo del cuello al distinguir el olor de gatos desconocidos.

—¿Más mininos caseros? —le susurró a Corvino Plumoso.

El guerrero del Clan del Viento irguió las orejas erizando el pelo. Zarzoso siguió su mirada, y captó un pequeño movimiento en la hierba que crecía al otro lado de la valla de los

Dos Patas. Al cabo de un instante, aparecieron un gato y una gata. El macho, musculoso y de color blanco y gris, los fulminó con la mirada a través de la valla, mostrando los colmillos con un bufido.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —exigió saber.

Enlodado y Nimbo Blanco saltaron hacia delante, listos para la batalla, pero Estrella de Fuego los contuvo con la cola.

—No buscamos problemas —respondió—. Hemos venido a vivir cerca de aquí.

—¡Sois muchos! —exclamó la gata, una reina de pelo largo y color tostado,

con los ojos dilatados por la sorpresa. Su redondo e hinchado vientre revelaba que estaba embarazada.

—En realidad, todavía somos más —contestó Bigotes—. Pero Estrella de Fuego tiene razón: no vamos a molestaros.

—Siempre que vosotros no nos molestéis a nosotros… —gruñó Enlodado.

El macho erizó el pelo del cuello.

—Poned una pata a este lado de la valla y…

—¿Por qué íbamos a hacer eso? —preguntó Esquiruela, con un brillo de curiosidad en sus ojos verdes—. Nosotros no vivimos con los Dos Patas.

—¿Los Dos Patas? —La reina de pelo largo pareció desconcertada.

—Sí, esas criaturas rosadas que caminan sobre las patas traseras —explicó Zarzoso. En su viaje para conocer a Medianoche, habían descubierto que no todos los gatos usaban los mismos términos—. Viven en construcciones de piedra roja como ésa —añadió, señalando con la cola la casa de los Dos Patas del otro lado del cercado.

—Ah, quieres decir los Pelados —maulló la reina—. Nosotros tampoco vivimos con ellos. Vivimos en el establo, con los caballos.

Zarzoso ladeó la cabeza, perplejo.

Parecía que esos gatos eran solitarios, igual que Centeno y Cuervo, que vivían en un granero cerca del antiguo territorio. Pero no podía imaginarse que ningún gato quisiera vivir tan cerca de una casa de los Dos Patas, a menos que fueran mininos domésticos, y menos aún en un lugar donde podían ser aplastados por las enormes patas de los caballos.

El macho blanco y gris agitó la punta de la cola.

—Seguid adelante —les ordenó—. No os queremos aquí.

—¡No tienes por qué ser tan antipático! —protestó Esquiruela.

Enlodado desenvainó las uñas y las clavó en la hierba. Zarzoso flexionó las

patas delanteras, descargando toda su tensión en las traseras. Si el desconocido insistía en ser agresivo, habría pelea.

Una pequeña reina blanca del Clan del Viento sacudió la cola para refrenar a Enlodado.

—Tranquilizaos —maulló—. ¿Es que no oléis a los cachorros? Él sólo está defendiendo a su prole.

Zarzoso tomó aire para relajarse un poco. Cola Blanca tenía razón: allí había más gatos, aparte de aquellos dos, y tenían cachorros.

La gata tostada pareció impresionada.

—Es cierto, aquí vive otra gata —

maulló—. Pelusa dio a luz ayer. —Y con un golpecito a su compañero en el hombro, añadió—: Estos gatos parecen agradables. No creo que tengamos que preocuparnos por ellos.

—Ninguno de nosotros haría daño a un cachorro —aseguró Estrella de Fuego.

El macho dio un paso adelante, pero relajó el pelo del cuello.

—Más os vale —repuso con voz áspera. Se volvió a medias, y luego miró de nuevo hacia ellos—. Yo soy Humazo, y ésta es Dalia. Y quizá os interese saber que hay un perro que vive en la casa con los Pelados. Es pequeño, blanco y negro, y muy ladrador.

Normalmente lo tienen dentro, pero a veces se escapa.

—Gracias —maulló Estrella de Fuego—. Estaremos ojo avizor.

Humazo asintió brevemente, le hizo un gesto con la cabeza a Dalia y comenzó a andar hacia su guarida del establo. La gata vaciló un momento antes de seguirlo. Su pelo claro se desvaneció enseguida en la oscuridad.

—¡Adiós! —exclamó Esquiruela—. ¡Nos veremos en otra ocasión!

Los gatos de clan se pusieron en marcha de nuevo, bordeando la valla y siguiendo la línea de la orilla hasta el bosquecillo en el que habían instalado el campamento provisional. El Clan de la

Sombra y el Clan del Río ya estaban allí, y Zarzoso distinguió enseguida a su hermana Trigueña. Cuando se dirigía hacia ella, Orvallo pasó por su lado para saludar a una joven guerrera del Clan del Río.

—¡Hola, Golondrina! ¿Cómo va la caza?

La atigrada oscura lanzó una mirada incómoda a la líder de su clan, Estrella Leopardina, que se hallaba a unas colas de distancia.

—Bien —murmuró.

Orvallo la saludó lamiéndole las orejas, pero luego se apartó de golpe. Azorado, se lamió una zarpa y se la pasó por la cara.

—Lo lamento… —masculló—. Se me olvida que ahora las cosas son distintas.

Trigueña llegó junto a Zarzoso, pero, tras aquel brusco recordatorio de las diferencias de clan, el joven se quedó a una cola de su hermana e inclinó la cabeza, muy formal.

—Me alegro de verte —maulló.

—Y yo a ti, cerebro de ratón. —Trigueña restregó el hocico contra el suyo—. ¡Esto es ridículo! Hemos vivido demasiadas cosas juntos para olvidarnos del pasado. ¡Compartir recuerdos, y apreciarnos por eso, no nos convierte en traidores a nuestros clanes!

Zarzoso parpadeó. Trigueña tenía

razón, aunque él sabía que otros gatos no opinaban lo mismo. No muy lejos había un grupo de miembros del Clan de la Sombra mirándolos con el ceño fruncido; entre ellos estaba Serbal, el guerrero que lo había atacado después de que él cruzara accidentalmente las marcas olorosas rivales. Cuando vio que Zarzoso lo miraba, Serbal se volvió para hacer un comentario burlón a uno de sus compañeros. El guerrero del Clan del Trueno estaba demasiado lejos para oírlo, pero supuso que sería cualquier cosa menos algo halagador.

Se encaminó al tocón de árbol, con el deseo de encontrar un buen sitio para escuchar a los líderes. Había dado sólo

unos pasos cuando apareció Alcotán. El corpulento guerrero del Clan del Río lo miró expectante, como si esperara que él hablase primero.

—Eh, hola —lo saludó Zarzoso. La luz de la luna moteaba el pelaje de Alcotán, y se acordó de su sueño—. ¿Cómo te va?

El guerrero inclinó la cabeza.

—Bien, gracias.

Su voz sonó fría, y Zarzoso retrocedió sintiendo un hormigueo. ¿Acaso Alcotán lo consideraba desleal a su clan por hablar con él?

—Lo lamento —musitó—. Sólo pensaba…

Alcotán ladeó la cabeza con una

expresión cómplice en sus ojos azul hielo.

—No te preocupes. No soy de esos que creen que los gatos de clanes diferentes no deberían tener nada que ver entre sí. He visto lo que ha ocurrido con Trigueña —maulló, comprensivo—. Es duro querer ser leal a algo más que a tu clan. Ahora todos tenemos amigos en otros clanes, y aun así debemos actuar como si lo único que importara fuera ser rivales.

Una parte de Zarzoso quería exclamar: «¡Sí! ¡Eso es lo que yo siento!», pero notó miradas de curiosidad a su alrededor, de modo que se limitó a maullar en voz queda:

—Cuesta olvidar todo lo que hemos pasado.

Alcotán agitó la cola.

—Justamente le estaba diciendo eso mismo a Enlodado. Ha estado contándome los problemas del Clan del Viento.

Zarzoso se puso tenso.

—¿Qué problemas?

—¿Y tú no lo sabes? —Los ojos de Alcotán centellearon de sorpresa—. Para empezar, parece ser que Bigotes no ha establecido fronteras firmes. Según Enlodado, le ha entregado un buen trozo de territorio al Clan del Trueno a cambio de un manojo de hierbas medicinales.

Zarzoso entornó los ojos. Parecía que Enlodado estaba recurriendo a cualquier cosa para insinuar que Bigotes no era el guerrero apropiado para ejercer de líder.

—Tal vez Estrella Alta cometió un error al elegir a Bigotes como su sucesor —continuó Alcotán—. Sería una pena para el Clan del Viento que su líder no fuera lo bastante fuerte. No es el mejor comienzo para su nueva vida.

—Yo estoy convencido de que Bigotes puede ser un gran líder —objetó Zarzoso, apartando el recuerdo de Estrella Alta saltándose las palabras que debían usarse en esa ceremonia con su último aliento—. No hay ninguna razón

para que el Clan del Viento no pueda ser tan fuerte como los demás clanes en su nuevo hogar.

—Hace falta un líder fuerte para tener un clan fuerte —repuso Alcotán—. Bigotes todavía no ha recibido su nombre ni sus nueve vidas de líder. ¿No podría ser eso una señal de que no cuenta con la aprobación del Clan Estelar?

Su voz era neutra, más curiosa que hostil, y a Zarzoso le resultó imposible no coincidir con él. ¿Y si el Clan Estelar se negaba a reconocer a Bigotes como líder del Clan del Viento? Era cierto que no habían visto ninguna señal que le indicara a Bigotes cómo recibir sus

nueve vidas.

—Enlodado piensa lo mismo —prosiguió Alcotán—. Él sabe que sus compañeros de clan necesitan más que nunca un liderazgo fuerte. Todos somos conscientes de que es difícil poner nuevas fronteras cuando hemos estado viviendo tan juntos, pero, si no lo hacemos, ¿cómo van a sustentarse los clanes? Lo que decidamos ahora afectará a todos los gatos durante muchas estaciones. Si Bigotes no reclama el territorio suficiente, el Clan del Viento podría acabar pasando hambre.

Esa nueva visión de Enlodado iluminó a Zarzoso como un rayo de sol

al atravesar el dosel forestal. Pensaba que al antiguo lugarteniente del Clan del Río sólo le importaba su propia ambición, pero Enlodado había demostrado tanto valor y determinación como cualquiera en el largo viaje. Aun así, ¿realmente sería un líder más eficaz que Bigotes?

—Enlodado ha sido un lugarteniente muy bueno… —empezó Zarzoso, pensativo.

Alcotán entornó los ojos.

—Hablando de lugartenientes, ¿cuándo va a nombrarte Estrella de Fuego su lugarteniente?

Zarzoso arañó las hojas muertas.

—Hay guerreros más

experimentados…

Alcotán agitó la cola desdeñosamente.

—Hay guerreros de más edad —lo corrigió—, pero ¿más experimentados? Yo creo que no. ¿Cuántos de ellos podrían viajar hasta el lugar donde se ahoga el sol, volver a nuestro viejo bosque y luego conducirnos hasta aquí? Tú eres fuerte y hábil, y respetas el código guerrero. ¿Por qué no deberías ser lugarteniente?

—Estrella de Fuego tiene buenas razones para no nombrar a un lugarteniente todavía —justificó Zarzoso.

—¿Estás hablando de Látigo Gris?

—Alcotán parpadeó—. Todos los gatos sabemos que Látigo Gris está muerto. Seguro que prefirió morir peleando a que un Dos Patas lo convirtiera en minino casero. Sólo hay un motivo por el que Estrella de Fuego no te ha nombrado lugarteniente, y tú lo conoces tan bien como yo. El problema es quién era tu padre. Quién era nuestro padre.

Zarzoso se quedó mirando fijamente a su medio hermano, y volvió a tener la sensación de estar contemplando su propio reflejo: ambos tenían el mismo pelaje atigrado, los mismos hombros poderosos, la misma vehemencia en los ojos, que sólo diferían en el color, azul hielo y ámbar.

—¿Tú tienes el mismo problema en el Clan del Río? —susurró Zarzoso.

Alcotán negó con la cabeza.

—No. Estrella de Tigre nunca fue un gran enemigo del Clan del Río. Mis problemas proceden de no haber nacido dentro de un clan. Antes, eso me molestaba, pero ahora sólo tengo que fijarme en Estrella de Fuego. Si un minino casero pudo acabar convirtiéndose en líder, yo también puedo.

Zarzoso captó un destello de pelo rojizo por el rabillo del ojo. Esquiruela estaba rodeando el tronco a toda prisa, y, como no miraba por dónde iba, estuvo a punto de chocar contra él y Alcotán.

Frenó justo a tiempo.

—Lo siento. Estaba buscando a… —Se interrumpió al reconocer a los dos gatos que tenía delante—. Ah, eres tú —le espetó con grosería a Alcotán.

—Hola, Esquiruela. —El guerrero del Clan del Río inclinó la cabeza con cortesía—. Zarzoso y yo estábamos hablando del Clan del Viento. Tememos que haya problemas si Bigotes no recibe pronto sus nueve vidas.

Zarzoso se sintió aliviado al ver que Alcotán no mencionaba sus especulaciones sobre los lugartenientes y el Clan del Trueno, pero su alivio no duró mucho. Esquiruela estaba mirando a su medio hermano con abierta

hostilidad, y empezaba a erizar el pelo del cuello.

—¿Y qué tiene eso que ver con el Clan del Río? —espetó la joven.

A Alcotán se le dilataron los ojos, pero no dijo nada.

—Por supuesto que le incumbe al Clan del Río —intervino Zarzoso—. Un liderazgo fuerte es importante para todos los clanes del bosque.

Esquiruela respondió con un resoplido despectivo, pero su réplica quedó interrumpida por Vaharina, que se acercó a su compañero de clan.

—Estrella Leopardina te busca, Alcotán —maulló la lugarteniente—. Tenemos que concretar qué vamos a

exponer en la Asamblea.

—Nuestras decisiones finales sobre las fronteras —le explicó Alcotán a Zarzoso.

—No sólo eso —repuso Vaharina—. Estrella Leopardina quiere contar a los otros clanes cómo Prieto y tú echasteis a aquel tejón.

Alcotán se encogió de hombros.

—Cualquiera habría hecho lo mismo —maulló, aunque había un matiz de orgullo en su voz.

Los dos gatos del Clan del Río se alejaron, dejando a Zarzoso boquiabierto. ¡Alcotán había mencionado al tejón en su sueño! Eso significaba que el sueño era real y que,

por muy misterioso que pudiera parecer, los tres habían estado juntos. Lo recorrió un escalofrío de las orejas a la punta de la cola.

Quería llamar a Alcotán para que volviera, pero lo distrajo un ligero roce en el hombro. Esquiruela todavía estaba junto a él, con los ojos llenos de una mezcla de ira y desdicha.

—¿Estás buscando problemas? —bufó la gata—. Has tomado partido por esa… sarnosa bola de pelo ¡en vez de por mí!

—No creo que se trate de tomar partido —replicó Zarzoso, malhumorado—. A mí, Alcotán me parece un buen guerrero. Eres tú quien

causa problemas.

—Sólo porque cada vez que me doy la vuelta te encuentro hablando con él —espetó ella.

—¿Y por qué no voy a hacerlo? —Zarzoso notó que se le empezaba a erizar el pelo del cuello—. Alcotán es mi hermano. ¿No puedes entender que eso hace que quiera conocerlo mejor? Y, por si no te habías dado cuenta, estamos en una Asamblea. Se supone que tenemos que debatir cosas con gatos de otros clanes. No puedo creer que hayas sido tan maleducada con Alcotán.

—Y yo no puedo creer que discutas el liderazgo de Bigotes con él —replicó Esquiruela—. Bigotes siempre ha sido

amigo del Clan del Trueno.

—¿Me estás diciendo que Alcotán es nuestro enemigo?

Durante unos segundos, Esquiruela no respondió. La furia de sus ojos desapareció y fue reemplazada por una profunda tristeza.

—De acuerdo, me doy por vencida —maulló—. Esto no va a funcionar, ¿verdad? Tú y yo.

—¿Qué quieres decir? —Zarzoso se quedó mirándola, abatido—. ¿Por qué no?

—Porque veo exactamente qué lugar ocupo en tu vida. Para ti, yo no soy tan importante como otros gatos… como Alcotán.

Zarzoso abrió la boca para contradecirla, pero otra voz lo interrumpió.

—¡Hola, Esquiruela! Te he reservado un sitio aquí. —Era Cenizo, señalando con la cola un lugar a unos zorros de distancia.

Esquiruela le dedicó a Zarzoso una última y larga mirada en la que aún competían la rabia y la tristeza, y luego se alejó a grandes zancadas para ir a sentarse junto al guerrero gris.

Zarzoso saltó tras ella.

—¡Esquiruela, espera! ¡Yo jamás elegiría a otro gato antes que a ti!

Pero ella no volvió la vista atrás, y él no pensaba seguirla hasta donde

estaba Cenizo. No estaba dispuesto a darle al joven guerrero la satisfacción de verlos discutir.

A sus espaldas, Estrella Negra subió al tocón de árbol y pidió atención. Mientras los gatos se reunían a su alrededor, Zarzoso vio que Alcotán estaba mirándolo con curiosidad. Pero en esos momentos el guerrero del Clan del Trueno ya no quería hablar sobre su sueño. Dijera lo que dijese Esquiruela, nadie era más importante que ella, y él no podía pensar en nada excepto en que la gata estaba sentada junto a Cenizo, que justo en ese instante se inclinaba hacia ella para susurrarle algo al oído.

Zarzoso desvió la mirada hacia las

sombras que bordeaban el claro, mientras una oleada de pérdida e incredulidad se alzaba a su alrededor como las turbulentas y asfixiantes aguas del lugar donde se ahoga el sol.



16

Hojarasca permaneció en el lindero del claro, observando cómo los cuatro clanes se movían de un lugar a otro, saludando con cautela a los viejos amigos y buscando buenos sitios para sentarse. Quería preguntarle a Corvino Plumoso cómo se encontraba Flor Matinal y si se había tomado la menta acuática que ella le había dejado. Sabía

que el joven guerrero estaba allí porque lo había visto con sus compañeros cuando el Clan del Trueno se había encontrado con el Clan del Viento junto al cercado de los caballos. Pero él había avanzado con la cabeza gacha, como si no quisiera hablar con ella ni con nadie más, y ahora había desaparecido. «¡Corvino Plumoso no podría ser más irritante ni aunque lo intentara!», pensó la aprendiza con frustración.

—¡Hojarasca! Hojarasca, ¿estás soñando?

Una garra le pinchó el costado. La aprendiza pegó un salto al darse cuenta de que Carbonilla la estaba llamando. En ese mismo instante, vio a Corvino

Plumoso al otro lado del claro.

—Lo lamento, Carbonilla —murmuró.

—Cuando finalice la Asamblea —maulló su mentora—, los curanderos vamos a quedarnos.

Hojarasca irguió las orejas.

—¿Alguien ha recibido una señal sobre la nueva Piedra Lunar?

—No lo sé. Quizá. —Luego, añadió más briosamente—: Venga, busquemos un sitio donde sentarnos. La Asamblea comenzará enseguida.

Hojarasca se volvió hacia Corvino Plumoso, preguntándose si antes de que empezara podría hablar con él.

Carbonilla siguió su mirada.

—Vigila dónde pones tus afectos, Hojarasca —le advirtió en voz baja—. Recuerda que eres curandera.

—¡Lo recuerdo perfectamente! —protestó ella—. No creas que siento ningún afecto por esa bola de pelo huraña. Cada vez que nos vemos, intenta dar problemas. Yo sólo quiero saber si Cascarón le ha dado a Flor Matinal el resto de la menta acuática, eso es todo.

Carbonilla la miró con una ligera nota de incredulidad en sus ojos azules antes de dirigirse hacia los otros gatos. Hojarasca la siguió, un tanto enojada. No había nada que la molestara más que la impertinencia de ese guerrero del Clan del Viento. ¿Afecto? ¡Si aborrecía

hasta el último pelo de su cuerpo!

Carbonilla se acomodó cerca del tocón de árbol, sentándose sobre su pata lesionada. Hojarasca estaba a punto de sentarse también, cuando vio que Esquiruela se encaminaba hacia Cenizo. Su hermana emitía vibraciones de desdicha; Hojarasca las percibió con tanto dolor como si procedieran de ella misma.

Mientras Estrella Negra pedía silencio con un aullido, Hojarasca corrió a sentarse junto a Esquiruela.

—¿Qué ocurre? —le susurró—. ¿Has vuelto a discutir con Zarzoso?

—¡No pronuncies su nombre! ¡No pienso volver a hablar con él nunca más!

Hojarasca la miró fijamente.

—Cuéntame qué ha pasado —maulló.

—Zarzoso estaba hablando otra vez con Alcotán. Parece que sólo piense en él… ¡Es un guerrero de otro clan, y Zarzoso lo secunda en todo! ¿Por qué no me escucha cuando le digo que no puede fiarse de ese gato?

—¿Eso es todo?

—¿Qué quieres decir con si «es todo»? —Esquiruela sacudió la cola—. Le dije a Zarzoso que tú sabías que Alcotán no es de fiar, pero no me hizo ni caso. Todo se reduce a una cuestión de confianza, y es obvio que Zarzoso confía en Alcotán más que en mí. Así, ¿cómo

vamos a estar juntos?

Hojarasca se sintió completamente impotente. Ella era curandera… ¿qué sabía sobre relaciones de ese tipo? Comprendía que Esquiruela estuviera dolida si Zarzoso prefería pasar el tiempo con Alcotán a pasarlo con ella, pero, por otro lado, la desconcertaba que su hermana pareciera tan presta a rechazar a Zarzoso. Restregó el hocico contra el de Esquiruela para consolarla.

—No olvides que son medio hermanos; es natural que busquen la compañía del otro de vez en cuando.

Los ojos verdes de Esquiruela centellearon en la oscuridad.

—¡Se trata de confianza! A mí me

trae sin cuidado que sean hijos de Estrella de Tigre. ¡Esto es mucho más importante que el hecho de que tengan la misma sangre!

«Sangre…». Esa palabra resonó en los oídos de Hojarasca, que retrocedió. «La sangre derramará sangre, y el lago se tornará rojo». Se había olvidado de aquel espantoso sueño, que ahora acudía de nuevo a su mente, con el agua espesa y lenta como una herida sangrante. ¿Qué significaba? ¿De quién sería la sangre derramada?

Buscó a Carbonilla con los ojos, desesperada por preguntarle sobre eso, pero Estrella de Fuego, Estrella Leopardina y Estrella Negra ya estaban

en lo alto del tocón de árbol, listos para comenzar, de modo que Hojarasca tuvo que quedarse donde estaba, junto a su hermana, intentando darle un consuelo mudo con la calidez de su cuerpo.

Bigotes corrió hacia el tocón, pero cuando trató de subir de un salto, resbaló y cayó al suelo con torpeza. No había sitio para los cuatro líderes. Estrella de Fuego y Estrella Leopardina intercambiaron una mirada incómoda, pero Estrella Negra maulló rudamente:

—Quédate ahí abajo, Bigotes. Debemos empezar la Asamblea.

Bigotes se sentó entre las raíces e inclinó la cabeza para lamerse el pelo alborotado del pecho.

—No parece un líder de verdad… —maulló Esquiruela.

—Lo sé —coincidió Hojarasca en voz baja—. Cuanto antes encontremos otra Piedra Lunar, mejor: tiene que recibir sus nueve vidas y su nombre.

Estrella Negra fue el primero en dirigirse a los congregados.

—Como ya habíamos acordado, nosotros hemos señalado la frontera dejando marcas olorosas a lo largo del pequeño Sendero Atronador que lleva al lago —anunció—. Estrella Leopardina, espero que eso te parezca bien.

Clavó los ojos en la líder del Clan del Río, como si estuviera desafiándola a discutir.

Estrella Leopardina inclinó la cabeza.

—Perfecto, Estrella Negra, gracias.

Estrella Negra pareció sorprendido. Inicialmente, Hojarasca no entendió por qué Estrella Leopardina se mostraba tan colaboradora. Esquiruela le había contado que el pequeño Sendero Atronador no quedaba muy lejos del campamento del Clan del Río, y las nuevas fronteras sólo se habían acordado a grandes rasgos en la reunión anterior, así que la joven pensó que Estrella Leopardina podría haber intentado ampliar su territorio. Entonces cayó en la cuenta de que, si el Sendero Atronador quedaba como límite, el

medio puente y la casita de los Dos Patas que le había descrito Esquiruela estarían en el territorio del Clan de la Sombra. De modo que, si los Dos Patas causaban contratiempos, eso sería problema del Clan de la Sombra.

—También hemos delimitado nuestra frontera con el Clan del Trueno con marcas olorosas —continuó Estrella Negra—. Hemos reivindicado el territorio que hay hasta el arroyo que desemboca en el lago y, de ahí hacia arriba, hasta el árbol muerto del otro lado de la corriente.

—Tendría más sentido convertir en frontera el curso del arroyo —maulló Estrella de Fuego con calma.

—Quizá tendría más sentido para el Clan del Trueno —replicó Estrella Negra—, pero el arroyo se desvía de repente al final del claro, internándose en nuestro territorio, y hay pinos en ambas riberas. Las marcas olorosas son las marcas olorosas. Si no te gustan las que hemos dejado, deberías haber sido más rápido con las tuyas.

El líder del Clan del Trueno lo miró largo rato. Al final, inclinó la cabeza.

—Muy bien —aceptó—. Pero el Clan del Trueno ha dejado marcas olorosas en una línea que se alarga desde el árbol muerto hasta un gran acebo, y de ahí a una madriguera de zorro abandonada, debajo de una roca

blanca. Poned una pata en ese lado de la frontera, y el Clan del Trueno tendrá algo que decir.

—Me parece justo —maulló Cenizo —. ¡Está claro que Estrella de Fuego conoce el nuevo territorio!

—Respecto a la otra frontera —prosiguió Estrella de Fuego, bajando la vista hacia Bigotes—, yo propongo que nos ciñamos a la primera idea de aprovechar el arroyo que discurre al pie de la colina. De ese modo, los gatos de los dos clanes tendrán acceso al agua.

—Buena idea —murmuró Hojarasca.

—Pues yo no entiendo por qué Estrella de Fuego se preocupa por el

agua. —Esquiruela agitó los bigotes—. Con el lago justo delante de nuestras narices, difícilmente pasaremos sed.

—Creo que se te escapa lo esencial —repuso Hojarasca—. Si Estrella de Fuego accede a convertir el arroyo en frontera, el Clan del Viento recupera la extensión de bosque que Bigotes nos cedió.

Esquiruela parpadeó.

—Entonces, ¿Estrella de Fuego está declinando la oferta sin que parezca que Bigotes ha sido excesivamente generoso?

Hojarasca asintió.

—Gracias, Estrella de Fuego —contestó Bigotes aliviado, aunque era

imposible saber si era porque quería cazar en el bosque o porque sabía que eso satisfaría a los guerreros más descontentos—. A nosotros nos parece bien. Tomaremos la valla del extremo más alejado del cercado de los caballos como la otra frontera.

—El resto del territorio es para el Clan del Río —maulló Estrella Leopardina.

—Excepto el sitio en el que nos encontramos ahora —advirtió Estrella de Fuego—. Este lugar no debería pertenecer a ningún clan, para que tengamos donde reunirnos.

La líder del Clan del Río entornó los ojos.

—Pareces estar deseando regalar una parte de mi territorio —replicó con voz áspera.

Por una vez, Estrella Negra coincidió con Estrella de Fuego.

—Necesitamos reunirnos en algún lugar, y no hay ningún otro con espacio suficiente para todos nosotros.

—Esto es, obviamente, territorio del Clan del Río —insistió Estrella Leopardina—. En esas ciénagas crecen hierbas primordiales.

Estrella de Fuego le rozó el hombro con la cola.

—Estrella Leopardina, nuestros curanderos esperan que el Clan Estelar les muestre un lugar mejor en el que

reunirnos. Renuncia a tus exigencias de momento y tal vez en la próxima luna llena puedas tratar todo esto como tuyo.

Estrella Leopardina vaciló, pero luego respondió asintiendo brevemente con la cabeza.

—El Clan del Río permitirá que los cuatro clanes se reúnan aquí —maulló—, pero, si no hemos recibido una señal del Clan Estelar dentro de dos lunas, tendremos que volver a hablar del tema.

Estrella de Fuego siguió contando a los demás clanes cómo se estaba adaptando el Clan del Trueno y añadió con orgullo que ya habían nombrado un nuevo guerrero.

—Zancudo velará en silencio esta

noche —concluyó.

Una sombra cubrió el claro. Al levantar la cabeza, Hojarasca vio que una nube había tapado la luna; no era lo bastante densa como para ocultarla por completo, pero sí lo suficiente para que la noche pareciera oscura y escalofriante. Justo en ese momento, un viento frío y húmedo sopló desde el lago, alborotando el pelaje de los felinos y entrechocando las ramas en lo alto. Hojarasca advirtió que, a su alrededor, algunos gatos se movían inquietos, mirando por encima del hombro.

—Esto no es como en los Cuatro Árboles —masculló Cenizo—. Allí nos

sentíamos seguros.

—El Clan Estelar está con nosotros, dondequiera que nos encontremos —le recordó Hojarasca.

Pero sus palabras no parecieron tranquilizar al joven guerrero ni a los demás gatos.

—¿Bigotes? —lo llamó Estrella de Fuego—. ¿Tienes algo que contar? Sube aquí para que podamos oírte.

Y dicho esto, bajó del tocón para que su amigo pudiera ocupar su lugar.

—Estamos instalándonos en nuestro campamento… —empezó Bigotes.

—¡Habla más alto! Apenas te oímos —lo interrumpió refunfuñando Paso Potente, un guerrero del Clan del Río.

—¡Ni lo oirás si no guardas silencio! —espetó Enlodado, y a Hojarasca la sorprendió que saliera en defensa de Bigotes—. Escucha lo que nuestro líder tiene que decir.

Paso Potente le lanzó una mirada hosca, pero no respondió.

Bigotes empezó de nuevo.

—Dos de nuestros veteranos han estado enfermos, pero están recuperándose bien. Damos las gracias al Clan del Trueno por la ayuda que nos envió.

—No debería haber mencionado eso —susurró Hojarasca al oído de Esquiruela—. Suena como si el Clan del Viento no pudiera arreglárselas sin el

Clan del Trueno.

—Quizá sea así —musitó Esquiruela secamente.

Por encima del hombro de su hermana, Hojarasca vislumbró algo que se movía bajo las sombras de los árboles. Se le erizó el pelo al sentir un peligro cercano. Los demás gatos también lo percibieron, y la mitad se levantaron de un salto con las uñas desenvainadas cuando dos esbeltas figuras emergieron de la oscuridad.

¡Zorros!

Se acercaron más, sin amilanarse por la cantidad de gatos que había en el claro. Hojarasca vio el destello de sus colmillos cuando comenzaron a gruñir.

Con un feroz alarido, Manto Polvoroso se abalanzó contra uno de ellos. El zorro se revolvió, intentando morderlo, pero Manto Polvoroso fue más rápido: le arañó el costado y se puso fuera del alcance de su puntiagudo morro. Orvallo, Alcotán y Bermeja corrieron a unirse al atigrado marrón, y muchos más gatos se adelantaron, formando una línea de guerreros que gruñían con el pelo erizado.

Superados en número, los zorros dieron media vuelta y salieron corriendo, con Manto Polvoroso y unos pocos más pisándoles los talones. Hojarasca se quedó mirando la oscuridad con el corazón desbocado,

hasta que, uno a uno, los gatos regresaron. Para su alivio, ninguno estaba herido.

Manto Polvoroso se dirigió al tocón de árbol flexionando las garras.

—La próxima vez no serán tan curiosos.

Uno o dos gatos lo felicitaron, pero la mayoría seguían estando intranquilos y miraban las sombras de alrededor como si esperaran que los zorros volviesen. Hojarasca alzó la vista al cielo, claramente visible por encima de los escasos árboles, y deseó con toda su alma poder estar de nuevo en los Cuatro Árboles. Allí se sentían a salvo, bajo la protección de los cuatro gigantescos

robles, sabiendo que sus antepasados guerreros habían pisado ese mismo suelo durante incontables estaciones. Pero no había ninguna señal de que sus antepasados hubieran estado alguna vez en ese claro.

—Bien —maulló Estrella Negra—. Concluyamos esta Asamblea y volvamos a casa antes de que suceda algo más. A menos que alguien quiera hablar.

Nadie quiso tomar la palabra. Los gatos comenzaron a agruparse en clanes, sin los habituales comentarios o despedidas: todos querían ponerse en marcha de inmediato.

—Yo tengo que quedarme —le dijo Hojarasca a Esquiruela—. Hay una

reunión de curanderos.

—¿Estaréis bien? Esos zorros podrían regresar.

—¿Tú regresarías si Manto Polvoroso te hubiera soltado un zarpazo como el que le ha dado?

Esquiruela le rozó la oreja con la punta de la cola.

—No te falta razón, pero, aun así, tened cuidado.

Cenizo la esperaba, y los dos se fueron juntos hacia el lago. Por una vez, Esquiruela no se paró a ver dónde estaba Zarzoso. Hojarasca encontró al guerrero atigrado al cabo de un momento. Se había detenido a observar cómo Alcotán reunía a unos cuantos

gatos del Clan del Río. Con un escalofrío, Hojarasca se preguntó si Esquiruela tendría razón al acusarlo de estar obsesionado con su medio hermano.

Notó que le tocaban ligeramente el costado. Ala de Mariposa estaba junto a ella.

—Ven —le dijo la joven curandera—. Vamos a reunirnos ahí.

Hojarasca la retuvo con un movimiento de la cola.

—¿Vuestros veteranos están bien? —le preguntó en voz baja.

Los ojos de Ala de Mariposa reflejaron una gran culpabilidad.

—Sí, pero lo lamento muchísimo,

Hojarasca. Debería haber examinado mejor el agua.

—No fue culpa tuya. —Hojarasca se restregó contra ella para reconfortarla —. ¿Cómo ibas a oler el agua cuando estabas rebozada en bilis de ratón? Ya está todo bien, y el incidente sólo supuso que nos viéramos obligados a encontrar nuevas reservas de hierbas más deprisa de lo que habríamos hecho. De modo que algo ha tenido de bueno.

Ala de Mariposa no parecía muy convencida. Condujo a Hojarasca hasta las zarzas donde se habían reunido los curanderos tras su llegada al lago. Carbonilla y Cascarón ya estaban allí, sentados sobre un lecho de hojas

muertas, secos y resguardados del viento que agitaba las ramas. Ala de Mariposa y Hojarasca se les unieron, y poco después apareció Cirro.

—Si hay más zorros errantes, no les resultará fácil alcanzarnos aquí —apuntó, mientras se retorcía por debajo del zarzal para sentarse al lado de Carbonilla.

Cascarón, que era el curandero de más edad, comenzó la reunión.

—Ese incidente con los zorros ha evidenciado que necesitamos un lugar mejor para las Asambleas. También tenemos que encontrar algo semejante a la Piedra Lunar, donde podamos compartir lenguas con el Clan Estelar.

¿Habéis recibido alguna señal?

Todos negaron con un gesto de la cabeza.

—La Piedra Lunar es más urgente —declaró Carbonilla—. A menos que Estrella Leopardina cambie de opinión, no tendremos que preocuparnos sobre el punto de encuentro hasta dentro de dos lunas, pero Bigotes necesita ya su nombre y sus nueve vidas de líder.

—El Clan Estelar sabe lo que necesitamos —murmuró Cirro—. Quizá está intentando decírnoslo, y nosotros no estamos reconociendo sus señales.

—Y quizá los erizos vuelan —repuso Cascarón—. ¿Acaso crees que si el Clan Estelar nos hubiera mandado una

señal sobre algo tan importante como esto, no nos habríamos dado cuenta?

—Bueno, a lo mejor es que aquí no hay nada parecido a la Piedra Lunar —maulló Ala de Mariposa.

Hojarasca se estremeció cuando Cascarón le dedicó a su amiga una mirada fulminante.

—Si no lo hay, entonces éste no es el lugar en el que el Clan Estelar pretende que nos quedemos. ¿Quieres contarles a todos los clanes que tienen que trasladarse de nuevo a otros territorios?

Ala de Mariposa se miró las patas.

—En cualquier caso —maulló Carbonilla—, tal vez eso sea precisamente lo que tengamos que hacer

si no recibimos pronto una señal. Los clanes no pueden sobrevivir sin un lugar en el que compartir lenguas con el Clan Estelar.

—Puede que, después de todo, éste no sea el sitio que nos tenía reservado el Clan Estelar —aventuró Cirro en voz queda.

Cascarón frunció el hocico.

—Si decimos a los clanes que debemos marcharnos, muchos gatos se negarán. ¿Qué haríamos en ese caso?

Hojarasca se sintió culpable. Su hermana formaba parte del grupo que había guiado a los clanes a través de las montañas hasta aquellos territorios, y ella era quien había interpretado el

reflejo de la luz de las estrellas en el lago como una señal de que el Clan Estelar estaba esperándolos. ¿Habían estado equivocados desde el principio?

—Quizá el Clan Estelar quiera que vayamos a buscar señales —sugirió.

Carbonilla asintió.

—Tal vez tengas razón, Hojarasca. Debemos estar ojo avizor hasta que volvamos a reunirnos en la media luna.

—Y les pediremos a las patrullas que estén atentas a posibles grutas como la de la Boca Materna —añadió Cascarón—. Si encuentran algo, el curandero correspondiente puede enviar un mensaje a los demás.

—Buena idea —aprobó Carbonilla.

—Si eso es todo, deberíamos marcharnos ya a casa —maulló Cascarón con voz ronca—. Sólo quiero dar las gracias a Hojarasca por su ayuda cuando nuestros veteranos enfermaron. Ahora ya están recuperándose.

La aprendiza inclinó la cabeza.

—¿Vuestros veteranos estaban enfermos? —preguntó Cirro—. Un par de los nuestros, también. Algo debió de provocarles ese dolor de estómago cuando estábamos todos juntos. Ala de Mariposa, ¿habéis tenido algún problema en el Clan del Río?

Ala de Mariposa le lanzó una mirada a Hojarasca.

—Sí.

—Bueno, pues no hace falta que nos des detalles, ¿eh? —gruñó Cascarón—. ¿Tus veteranos se encuentran bien o no? ¿Qué tratamiento les diste?

—Bayas de enebro. Y, sí, se encuentran bien, gracias, Cascarón.

El curandero asintió y se puso en pie. Cuando todos salieron del zarzal, Ala de Mariposa le hizo un gesto con la cola a Hojarasca para retenerla un momento.

—Gracias por no contarles nada —maulló en voz baja.

—No hay de qué.

Ala de Mariposa la miró largo rato con ojos intranquilos.

—Hojarasca, somos amigas,

¿verdad?

—Por supuesto —respondió la aprendiza, sorprendida.

Ala de Mariposa titubeó, clavando las uñas en el suelo. Al final, tomó aire y maulló:

—Lo que ha dicho Carbonilla sobre buscar señales del Clan Estelar… Bueno, tú ya sabes que yo no voy a recibir ninguna, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando? ¡Eres la curandera del Clan del Río! ¿Con quién si no va a comunicarse el Clan Estelar?

—Deja de fingir, Hojarasca. —Ala de Mariposa sacudió la cola con impaciencia—. Para mí, el Clan Estelar, nuestros antepasados guerreros y esas

señales que se supone que debemos interpretar… no son más que un puñado de historias para tener contentos a los clanes.

Hojarasca la miró horrorizada. «¿Cómo puedes ser curandera y no creer en el Clan Estelar?»., pensó.

—Pero… pero ¡tú compartiste lenguas con el Clan Estelar en la Piedra Lunar, cuando te convertiste en curandera!

Ala de Mariposa se encogió de hombros.

—Tuve un sueño, eso es todo. No pongas esa cara de susto —añadió—. No es el fin del mundo. Yo puedo sanar a mi clan tan bien como cualquier

curandero. No necesito que el Clan Estelar me diga qué hierbas debo emplear.

Hojarasca abrió la boca para contarle a Ala de Mariposa las señales que ella había recibido y sus valiosos encuentros con Jaspeada —la antigua curandera del Clan del Trueno— mientras dormía. Luego pensó que su amiga los desdeñaría también al considerarlos simples sueños.

—Venga, Hojarasca —continuó Ala de Mariposa—. Acabas de decir que debemos pedir a nuestras patrullas que estén atentas a posibles señales. ¿Por qué tendríamos que hacer tal cosa si el Clan Estelar nos las va a enviar?

—Bueno… sí. Pero no se trata de eso. Buscar señales no es lo mismo que inventarlas.

Ala de Mariposa agitó las orejas.

—Pues a mí no me suena muy distinto.

Hojarasca sintió que el suelo se movía bajo sus patas. Ala de Mariposa estaba cuestionándole todo lo que ella creía desde que era una cachorrita. Pero le resultaba imposible defenderlo, porque todo lo que sabía sobre el Clan Estelar, todos sus encuentros con los antepasados, estaban en el interior de su cabeza.

—No es lo mismo —insistió—. Eso es lo que significa la fe en el Clan

Estelar: seguir indagando, y creyendo, incluso cuando no hay ninguna señal. No sabremos que nuestros antepasados están realmente aquí para protegernos hasta que nos llegue la hora de unirnos al Clan Estelar.

Ala de Mariposa negó con la cabeza.

—Lo lamento, Hojarasca. Para mí no es así. Quizá sea porque mi madre era una proscrita. Pero puedo ser una gata leal al Clan del Río sin creer todos los mitos que hay sobre nuestros antepasados guerreros.

—Pero ¿y qué me dices de tu señal del ala de mariposa? —replicó Hojarasca.

Al principio, Ala de Mariposa había

tenido que esforzarse para que la aceptaran como curandera porque su madre no había nacido dentro de un clan. Cuando todavía era candidata a aprendiza, Arcilloso, el anterior curandero del Clan del Río, había encontrado un ala de mariposa delante de su guarida, y lo había tomado como una señal del Clan Estelar: Ala de Mariposa era la adecuada para sucederlo, y así inició ella su aprendizaje.

—No puedes decir que eso no fue obra del Clan Estelar —insistió Hojarasca.

—¿El ala de mariposa? —Hubo un destello de algo semejante al miedo en

los ojos de la joven curandera—. Eso fue…

—¡Hojarasca! ¿Vienes o qué? —la llamó Carbonilla.

Hojarasca movió la cola a modo de respuesta; quería oír lo que Ala de Mariposa estaba a punto de contarle.

Pero la gata del Clan del Río había dado ya media vuelta.

—Carbonilla te llama —maulló—. Nos veremos en la próxima media luna.

Antes de que Hojarasca pudiera decir nada, su amiga se alejó a saltos.

La aprendiza fue a reunirse con su mentora para ir hacia la orilla del lago. ¡Ala de Mariposa no creía en el Clan Estelar! Siempre había sabido que a su

amiga le resultaban penosos algunos aspectos de ser curandera, pero estaba convencida de que todo se debía a que le había costado aprenderse las distintas hierbas medicinales. Jamás se habría imaginado que Ala de Mariposa simplemente no creía en sus antepasados guerreros.

A Hojarasca se le pusieron los pelos de punta. ¿Debía contárselo a Carbonilla? ¿Serviría de algo? El miedo la persiguió como un zorro cuando se le ocurrió otra cosa más sobrecogedora aún: ¿acaso el Clan Estelar había estado mudo porque sabía que uno de los curanderos no creía en sus antepasados guerreros? ¿La falta de fe de Ala de

Mariposa estaría poniendo en peligro el nuevo hogar de los cuatro clanes?

Soltó un largo suspiro.

—¿Va todo bien? —preguntó Carbonilla.

Hojarasca tragó saliva. No quería que su mentora empezara a hacerle preguntas sobre Ala de Mariposa.

—Sí, todo bien, gracias —contestó.

—Ese suspiro no tenía nada que ver con cierto guerrero del Clan del Viento, ¿verdad?

Hojarasca parpadeó.

—¡No! —replicó—. ¡Claro que no!

Carbonilla le lanzó una mirada afilada, pero no dijo nada más. Hojarasca vio el reflejo de las estrellas

en el lago y se obligó a contemplarlo con los ojos de Ala de Mariposa, como nada más que motas de luz. Un escalofrío recorrió su cuerpo de los bigotes a la punta de la cola. «¡No!». Ella tenía que creer que sus antepasados guerreros los habían conducido a ese lugar.

«Clan Estelar, muéstranos que es aquí donde tenemos que estar», suplicó, pero, si hubo respuesta por parte de alguno de los resplandecientes espíritus, ella no la oyó.



17

En los días posteriores a la Asamblea, Hojarasca buscó desesperadamente cualquier cosa que pudiera interpretarse como una señal del Clan Estelar. Mientras deambulaba por el bosque, encontró lugares junto al arroyo donde crecían bardana y caléndula, y también frondosas matas de perifollo más cerca del campamento.

Aun así, y aunque resultaba muy útil descubrir nuevas reservas de hierbas curativas, nada de eso llevaba a un lugar donde los clanes pudieran reunirse con sus antepasados guerreros. ¿Qué sucedería si el Clan Estelar no enviaba una señal antes de la media luna? ¿Los clanes tendrían que pensar de verdad en abandonar sus nuevos hogares y buscar en otros territorios?

Dos días antes de la media luna, Hojarasca regresaba de una expedición con un puñado de olorosa milenrama. Le lloraban los ojos por el fuerte olor de las flores, pero reconoció la figura de Fronde Dorado, que en aquel momento salía por el túnel de espinos. El guerrero

fue hacia Acedera, que estaba montando guardia.

—Hola —maulló él, entrechocando la nariz con la de la guerrera parda—. ¿Quieres venir luego a cazar… solos tú y yo?

Acedera ronroneó.

—Claro. Cuando el sol llegue a lo más alto, estaré libre.

—¡Genial! Nos vemos entonces.

Fronde Dorado le dio un lametazo en las orejas y desapareció de nuevo por el túnel.

Hojarasca se acercó a su amiga y dejó en el suelo la milenrama.

—Bueno, parece que la caza va bien, ¿eh?

Acedera giró en redondo.

—¡No sé a qué te refieres! —protestó.

Hojarasca enroscó la cola, divertida.

—Que sea curandera no significa que no vea cómo le gustas a Fronde Dorado.

—Bueno… —Acedera amasó el suelo con sus blancas zarpas—. Es un gato estupendo, ¿verdad? —maulló, mientras los ojos le brillaban con una mezcla de orgullo y vergüenza.

—Desde luego que sí. —Hojarasca hundió el hocico en el costado de su amiga—. Me alegro muchísimo por ti.

Le deseó buena caza a Acedera,

recogió la milenrama y se metió por debajo de los espinos que protegían la entrada del campamento.

—¡Aquí estás! —exclamó Carbonilla, cojeando hacia ella—. Ven a ver esto.

Hojarasca la siguió hacia la parte más alta del despeñadero. Las zarzas habían echado raíces en una grieta que se encontraba a unas colas de altura, y sus largos zarcillos colgaban como una cortina.

—Las zarzas de aquí eran de lo más espinosas —le explicó Carbonilla—. Y también demasiado densas para servir de refugio, así que esta mañana les he pedido a Orvallo y Hollín que las

desplazaran, ¡y mira lo que han descubierto!

Se deslizó por detrás de la punzante cortina tras hacer una seña con la cola. Hojarasca miró cautelosamente a través de los zarcillos y se quedó impresionada: ante ella se abría una profunda gruta, tanto que los rincones del fondo se perdían en las sombras. A un lado, un hilillo de agua goteaba en el suelo, donde formaba un pequeño charco. El resto del suelo estaba lleno de piedras, pero entre ellas había arena fresca y seca sobre la que podrían tumbarse.

Los ojos de Carbonilla resplandecieron en la semioscuridad.

—¡La guarida perfecta para una curandera! —anunció—. ¿Qué opinas?

Hojarasca miró a su alrededor. Aquello era mucho mejor que el saledizo debajo del que estaban durmiendo ahora. Con aquel pequeño charco a su alcance, los gatos enfermos podrían beber fácilmente, y había muchas grietas en la roca donde almacenar las hierbas medicinales. Y ella podía dormir justo en la entrada, cobijada por las zarzas que la cubrían, de modo que Carbonilla tendría algo de intimidad por la noche.

—¡Es magnífico! —maulló entusiasmada—. Yo retiraré las piedras y traeré musgo para los lechos.

Carbonilla llamó a Estrella de Fuego para que viera su descubrimiento, y el líder del clan ordenó a Nimbo Blanco y Centella que ayudaran a despejar la guarida. Para cuando se apagó la luz del día, todo estaba listo, con cómodos lechos de musgo y hojas para las dos curanderas.

Hojarasca se ovilló en su nueva guarida y metió la nariz debajo de la cola. Estaba calentita y resguardada detrás del zarzal, y la cueva se hallaba a sólo una cola de distancia, de modo que podría estar con un gato enfermo en menos de un segundo si la llamaban por la noche. Agotada de mover piedras durante toda la tarde, cerró los ojos.

Casi de inmediato, se encontró caminando por la orilla del lago, con la luz de las estrellas bañándole las patas. A unas pocas colas de distancia, había una figura delgada y oscura, sobre una roca, contemplando la reluciente agua. Era Corvino Plumoso.

Al acercarse, Hojarasca lo oyó murmurar:

—¿Plumosa? ¿Plumosa, dónde estás?

La aprendiza saltó a la roca, junto a él, rozándolo delicadamente. Cuando el gato se volvió, sus ojos rebosaban de dolor.

—Plumosa está aquí, entre las estrellas —le dijo ella con dulzura—.

Siempre está contigo, Corvino Plumoso, observándote.

—¿Por qué tuvo que morir? —susurró él.

Sus ojos la abrasaron, y ella sintió como si una espina le hubiera atravesado el corazón.

—No lo sé —admitió.

Un maravilloso y dulce aroma la rodeó en un abrazo. Al mirar atrás, Hojarasca vio que Jaspeada estaba esperándola.

—Tengo que irme —maulló, separándose del guerrero gris.

Él no respondió. Estaba contemplando el agua de nuevo, como si pudiera encontrar una estrella entre

todas las demás: el espíritu eternamente fulgurante de Plumosa.

Hojarasca corrió por la orilla hasta la curandera.

—¡Jaspeada! —exclamó. Frenó en seco, esparciendo guijarros, y miró a Jaspeada hasta que sintió que se perdía en sus centelleantes ojos—. Tenía miedo de no volver a verte nunca más.

—Ahora estoy aquí —murmuró Jaspeada, y le pasó el hocico, suave como una tela de araña, por las orejas.

Hojarasca cerró los ojos y aspiró el conocido olor de la gata. Luego retrocedió y respiró hondo para calmarse.

—¿Por qué el Clan Estelar no se ha

manifestado? —preguntó, luchando contra un insólito sentimiento de rabia hacia Jaspeada por haberla tenido preocupada tanto tiempo—. Hemos estado buscando otra Piedra Lunar, pero no hemos encontrado nada. ¿Qué haremos sin un lugar donde compartir lenguas con el Clan Estelar? ¿Tendremos que marcharnos de este territorio?

—Tranquila, pequeña —maulló Jaspeada—. No olvides que el Clan Estelar también ha tenido que viajar hasta aquí. Para nosotros, este lugar también es nuevo, y llevará tiempo explorarlo por completo. Pero la luz de las estrellas en el agua te mostrará adónde ir.

—¿Te refieres al lago?

—No. Esta vez debes buscar una ruta distinta.

—¿Dónde? ¡Por favor, enséñamela! —suplicó Hojarasca.

Jaspeada dio media vuelta y se alejó a grandes saltos.

—¡Espera! —exclamó Hojarasca, pero las sombras ya habían engullido a la hermosa curandera.

La aprendiza corrió tras ella. De pronto, el lago se esfumó, y ella se encontró trotando cuesta arriba junto a un arroyo iluminado por la luz de las estrellas. Aunque no podía ver a Jaspeada, el dulce aroma que permanecía en el aire la guió. A

Hojarasca se le llenaron los oídos con el sonido de la centelleante corriente, y cuando bajó la mirada hacia el agua, sintió que podría ahogarse en luz estelar.

—¡Jaspeada, ¿dónde estás?!

Su grito resonó a su alrededor, rebotando contra las rocas y quebrando el sonido del agua, y Hojarasca se despertó, jadeando y pataleando en su lecho musgoso. Un búho ululó en los árboles de más arriba, y la aprendiza soltó un siseo de frustración. Había perdido el rastro de Jaspeada y quizá no averiguara jamás lo que la curandera pretendía mostrarle. Le latía el corazón con el impulso de seguir corriendo, de ascender la colina y encontrar el

resplandeciente arroyo.

Al asomarse por la grieta para mirar hacia el interior de la cueva, distinguió la curva gris del lomo de Carbonilla, cuyos costados subían y bajaban levemente mientras dormía. Hojarasca salió con sigilo del zarzal y se detuvo a sacudirse trocitos de musgo del pelo. Aquella tarde había llovido con intensidad, y las paredes de la hondonada centelleaban con gotas de lluvia, pero ahora las nubes habían desaparecido. La luna flotaba detrás de los árboles y el cielo estaba cuajado de estrellas. Una brisa fría movía las ramas, y la aprendiza oyó la voz de Jaspeada por encima del suave susurro.

—Estoy aquí. Ven a mí.

«Iré hasta ti, Jaspeada —contestó la aprendiza en silencio—. Espérame».

Se dirigió sigilosamente hacia la entrada del campamento. Cuando estaba en mitad del claro, una figura parda surgió por detrás de unos helechos. Hojarasca contuvo la respiración.

—¿Jaspeada? ¿Eres tú?

—¿Hojarasca? —respondió una gata, sorprendida. Era Acedera—. ¿Adónde vas?

—No… no estoy segura —confesó la joven—. He recibido un mensaje del Clan Estelar. Tengo que ir a buscar nuestra nueva Piedra Lunar.

—¿Ahora? ¿No puedes esperar a

que sea de día?

—No. —Hojarasca flexionó las garras—. Debo seguir un arroyo lleno de luz estelar.

—¿Qué arroyo? —Acedera agitó la cola con inquietud—. ¿Está fuera de nuestro territorio? ¿Cómo sabes dónde buscarlo?

—Lo sé y punto.

—Entonces voy contigo —maulló Acedera.

Hojarasca titubeó. ¿Le importaría al Clan Estelar que se llevara a una guerrera, en vez de a otro curandero? Luego recordó que todos los gatos, incluidos los guerreros, tenían que ir a la Piedra Lunar al menos una vez y llegó

a la conclusión de que no había ningún problema. Además, le gustaba la idea de contar con la compañía de Acedera, sobre todo si se metían en problemas. Al fin y al cabo, no sabía con exactitud adónde iban.

—¡Pues en marcha!

Hojarasca se dirigió al túnel de espinos, donde Fronde Dorado montaba guardia con la cola pulcramente enroscada alrededor de las patas.

—¿Adónde vais vosotras dos? —preguntó, levantándose al ver a las gatas.

—Fuera —contestó Acedera.

—He recibido una señal del Clan Estelar —maulló Hojarasca, consciente

de que Fronde Dorado se merecía una explicación si tenía que dejarlas salir del campamento en mitad de la noche—. Tengo que ir a buscar la nueva Piedra Lunar.

Se sintió descorazonada al ver que Fronde Dorado no parecía muy convencido.

—Es demasiado peligroso que salgáis antes del alba. Todavía no conocemos bien este territorio.

—¿No confías en nosotras? —replicó Acedera—. ¿No confías en mí? Traeré a Hojarasca de vuelta a casa sana y salva, lo prometo.

Ella y Fronde Dorado intercambiaron una larga mirada, y al

final el guerrero asintió.

—De acuerdo, pero vigilad.

—¿Acaso no crees que sepamos cuidarnos? —maulló Acedera, tocándole las orejas con la cola.

Fronde Dorado soltó un ronroneo risueño.

—Acedera, si hay alguien que sabe cuidarse, ésa eres tú.

Hojarasca se puso en cabeza, corriendo a través del bosque hasta que tropezó con el arroyo que señalaba la frontera entre el Clan del Trueno y el Clan del Viento. Fluía oscuro y semioculto, oscurecido por los arbustos que se inclinaban hacia ambos márgenes, y no se parecía en nada a la

centelleante corriente junto a la que había corrido en su sueño.

La joven aprendiza de curandera ascendió por la colina y se detuvo en el lindero de los árboles. En su sueño, corría por una ladera despejada, así que tenía que dejar los árboles atrás.

—¿Y ahora qué? —resolló Acedera.

—Hacia arriba —contestó Hojarasca.

Continuaron adelante, siguiendo el arroyo fronterizo más allá del bosque y colina arriba. Cuando cerraba los ojos, Hojarasca sentía que la flanqueaban dos gatas, una a cada lado: su mejor amiga, Acedera, y Jaspeada, invisible excepto por un levísimo roce y un tenue rastro de

su dulce aroma. Al abrirlos, Hojarasca creía oír los pasos de una tercera gata, casi inaudibles.

Mientras seguían el arroyo por las colinas, Hojarasca decidió contarle a Acedera su sueño.

—Me encontraba a Jaspeada en la orilla del lago y ella me decía que la luz estelar sobre el agua sería la señal. No en el agua del lago, sino en un arroyo. Al instante siguiente, iba ascendiendo una ladera junto a un arroyo y el agua se veía repleta de estrellas.

—¿Sabes dónde estabas?

—No he visto nada que reconociera. No había árboles, y la brisa parecía fría y limpia, como si me hallara en un lugar

alto.

—Entonces lo mejor es que sigamos subiendo —maulló Acedera.

El arroyo fluía quedamente sobre su lecho de piedra; el agua era oscura y resplandeciente. En la cabeza de Hojarasca todavía resonaba el borboteo de la corriente rápida que Jaspeada le había enseñado.

A medida que ascendían, el arroyo parecía más ruidoso, incluso cuando alcanzaron su nacimiento y lo dejaron atrás.

—Ya voy, Jaspeada —murmuró Hojarasca.

Llegaron a un valle entre colinas, donde la tierra se hundía como rebanada

por una garra gigantesca. Las laderas estaban tapizadas de aulagas y helechos, y eran cada vez más empinadas y estrechas, con el suelo cubierto de piedras rotas. Hojarasca fue la primera en llegar al final, y se detuvo ante una pronunciada pendiente rocosa. Esperó a Acedera, que estaba empezando a arrastrar la cola de agotamiento, aunque seguía andando con decisión. Hojarasca, sin embargo, sentía como si pudiera correr eternamente. El sonido de su cabeza rugía con estruendo, como la cascada de las montañas tras la que vivía la Tribu de las Aguas Rápidas. Se había acostumbrado tanto a oírlo resonando en su mente que, en un primer

momento, no advirtió que también podía oírlo en el mundo real.

—¡Vamos! —le gritó a Acedera—. ¡Ya casi estamos!

Corrió hacia arriba, resbalando sobre el suelo húmedo. La cima que se erguía ante ella quedaba recortada por las primeras señales del alba, pero las estrellas seguían brillando en el cielo añil.

«¡Esperadme!», rogó a los relucientes guerreros, y se volvió hacia Acedera.

—¡Deprisa! ¡Antes de que se desvanezca la luz de las estrellas!

Se dispuso a echar a correr de nuevo, pero se quedó helada. A unas

colas de distancia, había un gato con las orejas erguidas y la cola bien alta. ¿Algún otro curandero habría sido guiado también hasta allí? Pero entonces advirtió que se trataba de Jaspeada, que la esperaba pacientemente, como si confiara en que hallaría ese lugar aunque la hubiera perdido en el sueño.

Al saltar para reunirse con ella, vio que se encontraba en la ribera de un arroyo que fluía por una profunda estribación en la roca. La luz de las estrellas centelleaba en la superficie del agua que salpicaba las piedras.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó la aprendiza, sin aliento—. ¡Lo hemos encontrado!

—Sígueme —la instó Jaspeada.

Hojarasca llamó a Acedera con la cola.

—¡Rápido! ¡Jaspeada está aquí!

La guerrera parda se unió a Hojarasca con un par de saltos y miró a su alrededor.

—¿Dónde?

—¡Ahí mismo!

Hojarasca señaló con un gesto la figura luminosa que se hallaba a un par de colas de distancia, al borde del arroyo.

—Yo… no puedo verla —maulló Acedera, mirando preocupada a su amiga—. ¿Eso es un problema?

Hojarasca le pasó la cola por los

ojos con delicadeza.

—No, por supuesto que no. Ella sí que puede ver que estás aquí, y eso es lo único que importa. Confía en mí; Jaspeada está con nosotras.

La curandera echó a andar arroyo arriba, y Hojarasca fue tras ella con impaciencia. El suelo era más empinado aún que antes, y la corriente iluminada por las estrellas desapareció entre una barrera de espinos que engulló a Jaspeada como si fuera un pez zambulléndose.

Hojarasca se detuvo y examinó los arbustos ladeando la cabeza. Tenía que seguir a Jaspeada, pero las espinas la harían trizas si intentaba meterse allí.

Entonces reparó en un pequeño hueco y se coló entre los punzantes tallos. Había el espacio justo para pasar sin dejarse la mitad del pellejo, aunque el pelo se le enganchaba de todas formas en las espinas. Oyó que Acedera iba tras ella, resollando por el esfuerzo después de haber ascendido el último trecho rocoso.

Poco después, Hojarasca salió al borde de una hondonada escarpada. El suelo descendía bruscamente más allá de los espinos, y la aprendiza se tambaleó un momento, tratando de mantener el equilibrio. La hondonada era mucho más pequeña que la del Clan del Trueno y estaba libre de espinos y aulagas; sus lados eran menos verticales

y además estaban bordeados de rocas cubiertas de musgo. Sólo en el extremo más alejado el suelo se elevaba en una pared recta, tapizada de musgo y helechos. De una grieta situada a media altura brotaba un manantial de agua, que caía burbujeando en una pequeña laguna situada en el centro de la hondonada. La superficie de la laguna bailaba y centelleaba con el reflejo de la luz de las estrellas. Era el lugar más hermoso que Hojarasca había visto en su vida.

Jaspeada estaba junto al agua.

—Ven —la llamó, moviendo la cola.

Junto a Hojarasca, una estrecha senda descendía por el lateral de la hondonada, serpenteando hasta la poza

de más abajo.

Acedera salió a sus espaldas por entre los espinos.

—¡Uau! —exclamó la guerrera—. ¿Es aquí?

—Creo que sí —respondió Hojarasca—. Jaspeada quiere que baje a la laguna.

—¿Voy contigo? —se ofreció Acedera.

Hojarasca negó con la cabeza.

—Creo que debería ir sola la primera vez.

Dejó a Acedera en lo alto de la hondonada y descendió cuidadosamente por el sendero. La roca estaba marcada con antiguas huellas, demasiadas para

contarlas, y, con cada paso, Hojarasca sintió que sus patas encajaban en las marcas que habían dejado otros gatos muchas lunas antes. Eran huellas de hacía mucho, pero Hojarasca notó un cosquilleo al saber que una vez habían estado allí.

Por fin llegó junto a Jaspeada, que la esperaba al borde de la laguna.

—Mira el agua, Hojarasca —murmuró la espectral gata.

Desconcertada, Hojarasca dirigió la mirada hacia el agua y sintió que el suelo se sacudía bajo sus patas. En vez de estrellas, vio el reflejo de muchísimos gatos, con resplandecientes pelajes a la luz de la luna. Incontables

pares de ojos la miraban con un brillo de expectación, como si supieran que iba a ir a visitarlos.

Sin atreverse apenas a respirar, Hojarasca levantó la mirada. A su alrededor estaban sentados los espectrales guerreros del Clan Estelar, que cubrían las laderas de la hondonada. Sus ojos centelleaban como lunas minúsculas, y su pelaje tenía el fulgor de la escarcha.

—No tengas miedo —murmuró Jaspeada—. Estábamos esperando que encontraras el camino hasta nosotros.

Hojarasca no tenía miedo. No era consciente de nada, excepto de la calidez y la buena voluntad de las

miradas estelares que la observaban. No conocía a la mayoría de los guerreros, pero en una de las primeras filas vio a Cola Moteada, la veterana del Clan del Trueno que había muerto tras comer un conejo que habían envenenado los Dos Patas. La gata parecía grácil y hermosa, y no flaca y desesperada como estaba la última vez que la vio Hojarasca. En sus ojos había un brillo acogedor; señaló con la cabeza dos pequeñas figuras que estaban cerca del agua, tropezando mientras perseguían un haz de luz de luna. Cuando se aproximaron jugando, Hojarasca captó su dulce olor de cachorros. Con una punzada de alegría, reconoció a Alercina y Carrasquilla, que

habían muerto de hambre cuando los Dos Patas arrasaron el bosque. Un joven gato alargó una pata para alejar a las cachorritas del agua: era el hermano de las pequeñas, Topillo, el aprendiz que había atropellado un monstruo de los Dos Patas mientras intentaba cazar para el Clan del Trueno.

«Tengo que contárselo a Fronda», se dijo Hojarasca, pensando cuánto se alegraría la reina al saber que sus tres hijos estaban a salvo entre las filas del Clan Estelar.

Luego se dio cuenta de que faltaba un gato. Recorrió la hondonada con la mirada para asegurarse. No había ni rastro de Látigo Gris. A Hojarasca le

dio un vuelco el corazón: ¿significaba eso que Estrella de Fuego tenía razón al insistir en que su amigo seguía vivo?

En el extremo opuesto de la laguna, una guerrera gris azulada se puso en pie. A la aprendiza de curandera le recordó a alguien… «¡Por supuesto! ¡Es la viva imagen de Vaharina!». Aquélla debía de ser Estrella Azul, la madre de Vaharina y la líder del Clan del Trueno anterior a Estrella de Fuego.

—Bienvenida, Hojarasca —maulló Estrella Azul—. Estamos encantados de recibirte aquí. Éste es el lugar al que los curanderos deben venir a compartir lenguas con el Clan Estelar, y donde vuestros líderes recibirán sus nueve

vidas y su nombre.

—Es precioso, Estrella Azul —susurró Hojarasca—. Gracias por enviar a Jaspeada para ayudarme a encontrarlo.

—Ahora debes regresar a contárselo a todos los clanes —continuó Estrella Azul—. Pero primero hay una amiga que desea hablar contigo.

Una bonita gata de color gris plateado rodeó la laguna hacia Hojarasca.

—¡Plumosa!

La fulgurante guerrera se detuvo delante de ella. Entrechocó la nariz con la aprendiza, una caricia tan tenue como una brisa susurrante.

—Pensaba que te habíamos dejado

con la Tribu de la Caza Interminable —maulló Hojarasca.

Plumosa negó con la cabeza.

—Ahora recorro dos cielos, con los antepasados de la tribu y con los míos. Pero, dondequiera que esté, jamás olvidaré a los clanes. —Vaciló un momento, y luego añadió—: Especialmente a Corvino Plumoso.

—Te echa muchísimo de menos. Incluso escogió su nombre guerrero en tu honor.

—Sí, presencié su nombramiento —ronroneó Plumosa—. Estoy muy orgullosa de él. Corvino Plumoso será un gran guerrero. —Se inclinó de nuevo hacia Hojarasca—. Dile que no sufra.

Yo siempre lo amaré, pero pasarán muchas, muchísimas lunas antes de que volvamos a vernos. Por ahora, debe vivir con sus compañeros de clan en su nuevo hogar. Y durante todo ese tiempo, no puede olvidar a los gatos que lo rodean.

—Se lo diré —prometió Hojarasca.

Plumosa inclinó la cabeza, dio media vuelta y empezó a alejarse: la luz estelar moteaba su pelaje plateado. Los guerreros comenzaron a difuminarse hasta que no fueron más que un brillo estrellado en las laderas de la hondonada, y luego desaparecieron. Hojarasca aspiró por última vez el aroma de Jaspeada, hasta que su rastro

se esfumó también.

Miró hacia arriba y vio que el cielo estaba cada vez más claro. Acedera se hallaba en lo alto de la hondonada, observándola.

La joven gata subió corriendo junto a su amiga.

—¿Los has visto? —preguntó, emocionada.

Acedera ladeó la cabeza.

—¿Si he visto qué?

—¡Al Clan Estelar! ¡Todos nuestros antepasados estaban aquí, alrededor de esta hondonada! ¡He hablado con Estrella Azul y con Plumosa!

Hojarasca se interrumpió al percatarse de que Acedera parecía

confundida, y también un poco recelosa.

—He visto que se elevaba una bruma brillante en la laguna —maulló la guerrera, dubitativa.

—Ésos debían de ser ellos —aseguró Hojarasca. Miró a su alrededor, con el sonido del agua cuajada de estrellas aún en los oídos—. Éste es el lugar.

—¿Estás segura?

En ese momento, los rayos de luna incidieron en la superficie del agua, y una luz blanca y pura inundó la hondonada.

—Sí, estoy segura —respondió Hojarasca—. Ya no tenemos la Piedra Lunar, pero tenemos la Laguna Lunar.

Éste es el sitio en el que el Clan Estelar compartirá lenguas con nosotros. —Se volvió hacia su amiga, y se dio cuenta de que su pelo resplandecía con la luz de las estrellas—. ¡Lo hemos encontrado, Acedera! ¡Éste es el nuevo territorio de los clanes!



18

Zarzoso irguió las orejas para captar el sonido de las presas mientras se deslizaba entre la vegetación. Oía a Espinardo y a Manto Polvoroso detrás de él, arrastrándose por debajo de los helechos con la barriga casi pegada al suelo. El joven guerrero se decía a sí mismo que daba igual que Esquiruela no estuviese con ellos. En esos momentos,

alimentar al clan y explorar el nuevo territorio era lo más importante. Si la guerrera estaba decidida a alejarse de él, ése era su problema. A ella no le había inquietado nunca la conexión que él tenía con Trigueña, así que, ¿por qué le molestaba su vínculo con Alcotán?

La patrulla salió de entre los helechos y siguió por el borde de un ancho camino de los Dos Patas. Era el lugar más alejado del campamento al que se había aventurado una patrulla. Hasta entonces, habían estado demasiado ocupados organizando las guaridas y las barreras en la hondonada, y habían encontrado suficientes presas cerca para que comieran todos los gatos.

Ahora estaban empezando a aventurarse más lejos, explorando con cautela las partes más lejanas del territorio.

Había algo en aquel camino que desazonaba a Zarzoso.

—No sé si me gusta esto —masculló —. Se parece demasiado a un Sendero Atronador.

Se le formó un nudo en el estómago al recordar cómo los monstruos mecánicos de los Dos Patas habían irrumpido en el bosque, dejando una franja de devastación más ancha que el camino, pero igual de recta.

Espinardo olfateó el aire con cuidado.

—No creo que lo sea —maulló al

cabo de un momento—. No hay hedor a Dos Patas ni a monstruos.

Zarzoso aspiró una gran bocanada de aire y advirtió que el guerrero marrón dorado tenía razón. No había ningún olor de los Dos Patas, ni siquiera un rastro rancio. Pero seguía habiendo algo muy familiar allí.

—Quizá sea un antiguo Sendero Atronador —sugirió—. Tal vez los Dos Patas dejaron que lo cubriera la hierba.

—¿Por qué harían algo así? —se extrañó Espinardo.

—Porque tienen cerebro de ratón —replicó Manto Polvoroso con acritud—. Todos los Dos Patas tienen cerebro de ratón.

Entonces vio un campañol debajo del arbusto más cercano, y comenzó a acercarse a él sigilosamente.

Mientras esperaba, Zarzoso observó desconcertado el largo camino. Si los Dos Patas habían cortado rocas de la hondonada donde ahora tenía su campamento el Clan del Trueno, tal vez necesitaron un Sendero Atronador para llevárselas. Agitó las orejas. No era importante, siempre que ya no hubiera Dos Patas por allí.

Cuando Manto Polvoroso acabó con el campañol y lo cubrió con tierra, siguieron adelante, siempre por el borde del camino. Zarzoso era reacio a poner las zarpas sobre algo hecho por los Dos

Patas, incluso aunque hiciera mucho tiempo de eso, y se imaginó que sus compañeros sentirían lo mismo.

De pronto, Manto Polvoroso soltó un bufido. Zarzoso se quedó paralizado, y se le erizó el pelo mientras seguía la mirada del guerrero marrón a través de los árboles. Entre la maleza distinguió los muros de piedra de una vivienda de los Dos Patas.

—Sigue sin oler a nada —maulló Espinardo, volviéndose hacia Zarzoso—. ¿Qué quieres hacer?

Una parte del joven guerrero quería dar media vuelta y regresar corriendo a la hondonada tan deprisa como pudiera. Pensó en la vivienda que habían

descubierto en el ahora territorio del Clan de la Sombra, cuando rodearon por primera vez el lago, y en los dos feroces mininos domésticos con los que se habían enfrentado. Pero el clan necesitaba saberlo todo sobre su nuevo territorio.

—Echemos un vistazo —decidió.

Del camino en el que estaban salía otro, más estrecho, que llevaba hacia la vivienda, pero Zarzoso prefirió tomar una ruta más directa a través de los árboles, acercándose con la barriga pegada al suelo.

Era muy diferente de las casas del poblado de los Dos Patas. Tenía una puerta hecha de tiras planas de madera,

pero estaban rotas y desvencijadas, y colgaban torcidas a un lado. Los grandes agujeros cuadrados de las paredes estaban vacíos, de modo que el viento y la lluvia podían colarse en el interior. La vivienda parecía oscura y silenciosa, llena de sombras y olores confusos.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Zarzoso y le puso todos los pelos de punta. Deseaba salir de allí sin aproximarse ni un paso más, pero sabía que Esquiruela diría: «¡No entraste! ¿Acaso eres un ratón o qué?».

—Esperad aquí —les ordenó a sus compañeros antes de dirigirse hacia la puerta a grandes zancadas.

Espinardo y Manto Polvoroso no lo

obedecieron. «No tienen por qué», pensó Zarzoso, recordándose que todavía no era lugarteniente. Iban pisándole los talones cuando subió los peldaños de acceso y se coló en la vivienda de los Dos Patas.

El débil rayo de luz que se filtraba a través del hueco de la puerta reveló unas ásperas paredes grises y suelos hechos de tiras de madera que estaban en muy mal estado, con malas hierbas creciendo entre las ranuras. Justo enfrente, una cuesta de bloques escalonados conducía a la parte de arriba.

No había rastro de olor de los Dos Patas, sólo un intenso aroma a presas. Las grietas en las paredes de piedra y

los huecos de debajo de los tablones de madera sin duda eran buenos escondrijos para ratones y campañoles. Zarzoso oyó las pisadas aceleradas de Espinardo resonando sobre la madera, y, al mirar atrás, vio a su compañero con un ratón colgando de la boca.

—¡Bien hecho! —susurró.

Manto Polvoroso parecía impresionado.

—Este sitio podría sernos muy útil —maulló—. Siempre que no vuelvan los Dos Patas.

Zarzoso estuvo de acuerdo —sin duda, allí las presas eran abundantes y fáciles de cazar—, pero no le gustaban las vibraciones que percibía en aquel

lugar. Parecía tan lúgubre y vacío como una guarida desierta, y se preguntó por qué lo habrían abandonado los Dos Patas.

—¿Queréis que subamos? —Espinardo señaló con las orejas los bloques escalonados.

—Ni aunque el Clan Estelar bajara a suplicármelo —repuso Manto Polvoroso—. No parece nada seguro.

—Echaré una ojeada —maulló Zarzoso, que casi podía oír las burlas de Esquiruela.

Subió deprisa los bloques, para no tener tiempo de preocuparse por lo que podría encontrar en lo alto. Al alcanzar el nivel superior —cuyo suelo, como el

de abajo, estaba hecho de tiras de madera—, le dio un brinco el corazón al oír unos sonoros chillidos de alarma y un batir de alas. Enseguida se dio cuenta de que sólo era una tórtola, asustada por su repentina aparición. El ave había escapado volando por el trozo de techo que faltaba, y algunas plumas blancas y grises aún flotaban en el aire.

Zarzoso avanzó con cautela y exploró toda la zona hasta que comprobó que el lugar estaba vacío. Cuando bajó de nuevo, descubrió que Manto Polvoroso había cazado otro ratón y que Espinardo estaba agazapado delante de una grieta en la pared, con las orejas erguidas.

—Ahora no tenemos tiempo de cazar —avisó Zarzoso. Entre aquellas paredes de los Dos Patas se sentía atrapado, y se moría de ganas de estar de nuevo al aire libre—. En el camino de regreso podremos encontrar presas, y tenemos que informar de esto a Estrella de Fuego. Vámonos.

De mala gana, Espinardo y Manto Polvoroso lo siguieron fuera de la casa, y los tres se encaminaron de nuevo hacia el Sendero Atronador abandonado.

Al llegar al campamento, sus compañeros de patrulla fueron derechos al montón de carne fresca, y Zarzoso se dirigió hacia el líder de su clan, que estaba sentado con Tormenta de Arena y

Esquiruela.

—Estrella de Fuego, creo que deberías saber lo que hemos encontrado hoy —maulló, y pasó a describirle la casa de los Dos Patas abandonada.

—¿Y no hay ni rastro de Dos Patas? —preguntó Estrella de Fuego cuando Zarzoso terminó el relato.

El joven guerrero negó con la cabeza.

—Parece un buen lugar para cazar. Está lleno de presas, y supongo que podría resultar útil en el futuro.

—Como refugio, quizá —sugirió Tormenta de Arena—, si el tiempo es muy malo. O si hay otro incendio…

La guerrera se estremeció, y Zarzoso

sabía cómo se sentía. Él recordaba perfectamente el día en que las llamas barrieron el antiguo campamento del Clan del Trueno, devorándolo todo a su paso. No estaba seguro siquiera de que las paredes de piedra de la casa de los Dos Patas pudieran protegerlos de un incendio como aquél.

—Es posible. Buen trabajo a todos —maulló Estrella de Fuego.

—Voy a volver a salir —dijo Zarzoso—. Necesitamos más carne fresca. —Sintió como si se le hubiera atascado un bocado de estornino en la garganta, pero consiguió añadir—: Esquiruela, ¿quieres venir conmigo?

La guerrera rojiza le dedicó una

larga mirada, y, por un momento, Zarzoso creyó que iba a decirle que sí. Pero entonces ella se levantó e hizo un gesto con la cola.

—Lo lamento. He quedado para cazar con Cenizo y Zancudo.

—Vale.

Zarzoso se tragó el dolor, decidido a no mostrar lo desilusionado que estaba.

—No salgas a cazar otra vez, Zarzoso —maulló Estrella de Fuego—. Llevas sin parar desde la Asamblea, y tú también necesitas descansar… Y es una orden —añadió al ver que el joven abría la boca para protestar—. El sol apenas acaba de salir y tú ya has acompañado a una patrulla. Ve a comer, y luego duerme

hasta que el sol esté en lo más alto. No pensarás que voy a permitir que uno de mis mejores guerreros enferme de agotamiento, ¿verdad?

Zarzoso inclinó la cabeza y dio media vuelta.

Espinardo había estado observando, y, cuando Zarzoso se sentó a su lado con un campañol que había tomado del montón de carne fresca, señaló hacia Esquiruela con las orejas.

—Os habéis peleado, ¿verdad? —preguntó, con un brillo divertido en los ojos—. ¿Qué le has hecho?

—Sólo el Clan Estelar puede saberlo —gruñó Zarzoso.

No quería que todos los gatos del

clan se interesaran por su pelea con Esquiruela… Y desde luego no quería que nadie supiera por qué habían discutido la primera vez. Sacudió la cola, irritado.

¿Por qué ella no podía ver que era un gato completamente leal a su clan, y que seguía queriéndola tanto como siempre? En lo más profundo de su ser, estaba seguro de conocer la respuesta. La razón por la que Esquiruela dudaba de su lealtad era que, cada vez que lo miraba, veía a otro gato.

Estrella de Tigre.

Zarzoso se despertó con un

sobresalto. El ángulo de la luz que se colaba a través de las ramas de la guarida de los guerreros le dijo que el sol ya estaba casi en lo más alto. Oyó voces fuera, y se levantó de un salto con el pelo erizado, pero enseguida se dio cuenta de que eran exclamaciones de emoción, no de miedo ni furia.

Tras sacudirse el musgo del pelaje, salió de la guarida. Había varios gatos apiñados en el centro del claro. Al acercarse más, Zarzoso descubrió que estaban rodeando a Hojarasca y Acedera.

Las jóvenes gatas parecían exhaustas, pero muy satisfechas consigo mismas. Hojarasca estaba hablando con

Estrella de Fuego mientras gesticulaba con la cola, como si estuviera señalando algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zarzoso.

Centella miró a los gatos que la rodeaban, con un destello de emoción en su ojo bueno.

—¡Hojarasca y Acedera han encontrado la Laguna Lunar!

—¿La Laguna Lunar? ¿Qué es eso?

Nadie respondió. Todos estaban demasiado ansiosos por oír lo que decía Hojarasca, de modo que Zarzoso se abrió paso a duras penas hasta que pudo captar también la voz de la aprendiza.

—Hemos subido siguiendo el arroyo que marca la frontera con el Clan del

Viento, hasta las colinas, mucho más allá del límite de nuestro territorio. Y entonces hemos encontrado otro pequeño arroyo, y la luz estelar era tan brillante que he sabido que nos mostraría el camino. Lo hemos seguido hasta una laguna… —Hojarasca bajó tanto la voz que se convirtió casi en un susurro—. Es ahí adonde debemos ir a compartir lenguas con el Clan Estelar.

Zarzoso cerró los ojos y dio las gracias en silencio a sus antepasados guerreros. Ellos les habían señalado el lugar que reemplazaría a la Piedra Lunar. Y eso significaba que los clanes estaban destinados a vivir allí, en aquellos territorios. No tendrían que

embarcarse en otro largo y agotador viaje.

Carbonilla hundió el hocico en el hombro de Hojarasca.

—Hoy has hecho algo muy especial —maulló—. Los clanes recordarán esto durante muchas estaciones.

—Cualquier otro curandero podría haber recibido la visión —contestó Hojarasca con los ojos dilatados.

—Pero la recibiste tú, Hojarasca —intervino Estrella de Fuego—. Y el clan también tiene que agradecértelo a ti, Acedera —añadió, mirando a la joven gata.

—Mañana por la noche es media luna —continuó Carbonilla, más

animada—. Debemos enviar de inmediato un mensaje a los demás curanderos para que podamos reunirnos en la Laguna Lunar.

—Iré yo —se ofreció Hojarasca.

—Ya has caminado bastante por hoy —apuntó Estrella de Fuego delicadamente—. No puedes rodear también todo el lago.

Carbonilla coincidió agitando las orejas.

—En cualquier caso, está demasiado lejos para un solo gato si queremos avisarlos a tiempo —declaró—. Por lo que nos ha contado Hojarasca, tendremos que ponernos en marcha, como muy tarde, a la puesta de sol de

mañana. Yo iré a avisar al Clan de la Sombra y al Clan del Río, y Hojarasca puede descansar un poco antes de ir a notificárselo al Clan del Viento.

—Buena idea —maulló Estrella de Fuego—. Pero ¿tienes que ir tú, Carbonilla? Puedo enviar a un guerrero en tu lugar.

La experimentada gata negó con un gesto de la cabeza.

—No. Esta noticia debe darla un curandero.

—Entonces quiero que te acompañen dos guerreros. En la Asamblea todos pudimos comprobar que, ahora mismo, los clanes están muy susceptibles con sus territorios.

Zarzoso se adelantó.

—Yo iré con ella.

Quería ver cómo el mensaje llegaba a Ala de Mariposa y Cirro; por fin podía demostrar a los clanes que aquéllos eran los nuevos territorios en los que debían instalarse. El viaje que había comenzado con el sueño que lo envió al lugar donde se ahoga el sol, en busca de una tejona llamada Medianoche, parecía haber tocado a su fin.

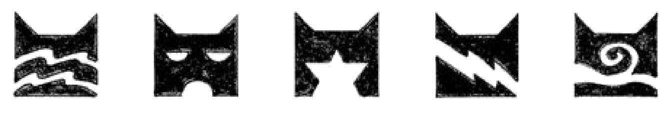
—Gracias, Zarzoso. Tormenta de Arena, ¿irás tú también?

—Claro —respondió la guerrera melada.

Mientras seguía a Carbonilla y a Tormenta de Arena fuera del

campamento, Zarzoso miró por encima de su hombro. Esquiruela estaba hablando entusiasmada con Hojarasca. No lo miró en ningún momento, y él no tenía tiempo de pararse a hablar con ella.

Zarzoso tendría que hacer solo aquella parte del viaje.



19

Hojarasca cruzó el arroyo por los pasaderos y comenzó a ascender el cerro hacia el campamento del Clan del Viento. Estrella de Fuego le había ofrecido una escolta, pero ella estaba convencida de que no la necesitaba para visitar al clan vecino. Había pensado en pedirle a Acedera que la acompañara. Sin embargo, al ir a buscarla la había

encontrado compartiendo lenguas con Fronde Dorado, y no había querido molestarlos.

El viento sacudía la corta hierba de las colinas y arrastraba un intenso olor a conejo. El pelaje de Hojarasca se pegaba a sus costados. Aunque sólo había dormido un poco desde su regreso de la Laguna Lunar, la noticia que llevaba le daba tanta energía como el agua del arroyo de luz estelar.

Ya casi estaba llegando al campamento cuando captó olor a gatos, y una patrulla apareció por detrás de un arbusto de aulaga. Eran Enlodado y Manto Trenzado con el aprendiz de éste, Zarpa de Turón. En aquellos días, todos

los clanes estaban especialmente sensibles con sus fronteras, pero Hojarasca esperó que los gatos del Clan del Viento le dieran la oportunidad de exponerles su misión antes de echarla de allí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gruñó Enlodado—. Éste es nuestro territorio.

—Traigo un mensaje para Cascarón.

Enlodado vaciló, pero luego asintió con la cabeza.

—Entonces, sígueme.

La guió hasta lo alto de la ladera y después la condujo al fondo de la hondonada.

Bigotes estaba sentado debajo de un

arbusto, cerca del centro del campamento, compartiendo un conejo de aspecto duro con Perlada. Hojarasca miró a su alrededor buscando a Corvino Plumoso. Cascarón no era el único que iba a recibir un importante mensaje del Clan Estelar.

—Bigotes, tenemos visita —anunció Enlodado.

El líder del Clan del Viento se puso en pie, pasándose la lengua por el hocico.

—¿Qué podemos hacer por ti, Hojarasca?

—Necesito hablar con Cascarón —respondió ella.

Bigotes irguió las orejas.

—¿Un mensaje del Clan Estelar?

Hojarasca asintió, aunque no podía decir nada más. Era Cascarón quien debía transmitir el mensaje a su clan.

—¡Qué gran noticia! —Los ojos de Bigotes brillaron de emoción—. Zarpa de Turón, ve a pedirle a nuestro curandero que venga de inmediato.

El aprendiz de Manto Trenzado desapareció por un túnel que había al pie de la ladera. Parecía una madriguera abandonada de conejos o de tejones. El joven gato reapareció al cabo de un momento seguido de Cascarón.

Hojarasca se acercó a él. Cascarón despachó al aprendiz con un movimiento de la cola y le indicó a la gata del Clan

del Trueno que se sentara a su lado.

—¿De qué se trata? —preguntó.

La emoción de la joven se desbordó, y las palabras brotaron de sus labios como el agua que corría sobre las piedras iluminadas por la luz de las estrellas.

—¡Y mañana por la noche hay media luna! —concluyó—. Carbonilla ha ido a contárselo a Ala de Mariposa y Cirro, para que todos podamos ir juntos a la Laguna Lunar.

Cascarón estiró el cuello para posar el hocico sobre la oreja de Hojarasca.

—Es la mejor noticia que he oído jamás —murmuró—. Gracias por todos tus esfuerzos.

El curandero se puso en pie y se dirigió hacia Bigotes y Perlada. Se les habían unido otros gatos, imaginándose que los aguardaba un anuncio importante.

Cascarón les contó rápidamente el descubrimiento de Hojarasca.

—Mañana por la noche, todos los curanderos se reunirán en la Laguna Lunar —maulló—. Y una noche después, Bigotes, tú y yo iremos juntos hasta allí para que puedas recibir tus nueve vidas y tu nombre de líder.

Por un instante, Hojarasca creyó ver un destello de pánico en los ojos de Bigotes. ¿No debería estar aliviado al saber que, por fin, iba a poder compartir

lenguas con el Clan Estelar, para que sus antepasados guerreros reconocieran su liderazgo? ¿Qué razón podía haber para que quisiera aplazarlo?

Bigotes parpadeó y sacudió la cabeza. Hojarasca supuso que el miedo que había visto en su mirada eran imaginaciones suyas.

—Cascarón, por lo que cuenta Hojarasca, es un largo trayecto —maulló Bigotes—. No puedes hacerlo dos veces en tan corto espacio de tiempo; estarás exhausto. He esperado hasta ahora para recibir mis nueve vidas y mi nombre. Puedo esperar un poco más.

Hojarasca se quedó impresionada

por la amabilidad de Bigotes. Luego lo miró con más atención, y se preguntó si temía que el Clan Estelar lo rechazara, después de que un agonizante Estrella Alta lo nombrara lugarteniente con tanta precipitación. Parpadeó comprensiva. Todos los gatos sabían que los lugartenientes sucedían a los líderes cuando éstos perdían su novena vida… Y eso era así a pesar de que fueran lugartenientes que hubieran sido nombrados justo en el momento de la muerte de su líder. Formaba parte del código guerrero, y, aunque hubieran cambiado muchas cosas durante el largo viaje desde el bosque, el código guerrero siempre permanecería en el

corazón de todos los clanes.

Cascarón pareció contento de tener un poco más de tiempo entre sus visitas a la Laguna Lunar, porque no intentó que Bigotes cambiara de opinión.

—Te veré mañana al atardecer, Hojarasca —maulló.

—Se lo diré a Carbonilla —contestó la joven—. Podemos encontrarnos junto al arroyo, en la frontera de los árboles.

Cascarón asintió.

—Que el Clan Estelar te acompañe, Hojarasca —murmuró antes de regresar a su guarida.

Bigotes y Perlada comenzaron a hablar quedamente. Enlodado le masculló algo a Manto Trenzado, y los

dos corrieron hacia lo alto de la hondonada y desaparecieron en dos segundos.

Hojarasca notó un leve toque en el hombro. Al volverse, le sorprendió ver a Corvino Plumoso, mirándola con vehemencia.

—¿De verdad has encontrado un sitio donde hablar con el Clan Estelar? —le preguntó el guerrero.

—Así es. —Hojarasca tragó saliva—. Tengo que contarte una cosa, Corvino Plumoso. ¿Hay algún lugar tranquilo donde podamos charlar?

—Sígueme.

Corvino Plumoso la guió al borde de la hondonada y se sentó debajo de un

árbol raquítico, de ramas retorcidas y sin hojas. Miró a Hojarasca con expectación, ladeando la cabeza.

La aprendiza respiró hondo.

—Anoche no soñé sólo con la Laguna Lunar. También vi a Plumosa.

Se había guardado ese detalle al contarle su historia a Cascarón.

A Corvino Plumoso se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Plumosa?

—Sí. Y me dio un mensaje para ti.

El corazón le latía tan fuerte que estaba convencida de que Corvino Plumoso podía oírlo. ¿Se enfadaría el joven guerrero por lo que tenía que decirle? Después de todo, a lo mejor él

quería seguir sufriendo por la muerte de Plumosa. Hojarasca se dijo que eso no era problema suyo. Era muy posible que Plumosa estuviera observándolos en ese preciso momento, y ella debía cumplir con su promesa de transmitir el mensaje.

—Me pidió que te dijera exactamente esto: «Dile que no sufra. Pasarán muchas, muchísimas lunas antes de que volvamos a vernos». No quiere que te olvides de los vivos.

Corvino Plumoso clavó los ojos en los de Hojarasca con una gran ansiedad, como si quisiera devorar hasta el último retazo del encuentro de la joven curandera con la gata que él amaba tan profundamente. Hojarasca parpadeó.

¿Cómo podría el guerrero dejar de sufrir si sus sentimientos eran tan fuertes?

Al final, Corvino Plumoso bajó la mirada.

—Yo jamás dejaré de desear que Plumosa no haya muerto —susurró—. ¿Acaso Plumosa piensa que podría olvidarme de ella alguna vez?

—¡No es eso lo que ella quería decir! —protestó Hojarasca.

—Nunca habrá otra como Plumosa. —El joven guerrero levantó la cabeza de golpe. En sus ojos había un brillo furioso—. No me importa cuánto tenga que esperar para volver a verla. Si ella puede esperar, ¡yo también!

Y dicho esto, dio media vuelta y

cruzó el claro a saltos. Hojarasca se quedó mirándolo con impotencia.

La media luna flotaba en lo alto, proyectando una suave luz gris sobre la ladera que había junto al ruidoso arroyo. Los cinco curanderos subieron esforzadamente el último tramo que llevaba hasta la barrera de espinos. Carbonilla estaba exhausta —tenía los ojos vidriosos, y sus pasos eran cada vez más desiguales—, pero parecía dispuesta a seguir adelante fuera como fuese. Ala de Mariposa apenas parecía cansada por el largo viaje. Desde el principio, había tomado la delantera, y

volvía atrás cada vez que necesitaba saber por dónde continuar, como si estuviera deseando llegar al sitio en el que por fin podría compartir lenguas con el Clan Estelar. Hojarasca pensó que su amiga no habría estado más impaciente si de verdad creyera en los antepasados guerreros, y se preguntó si estaría buscando la ocasión de demostrar que el Clan Estelar no existía. Pero apartó esos pensamientos. Ala de Mariposa era leal y bondadosa, y Hojarasca sabía que haría cualquier cosa por ocultar su falta de fe a los demás curanderos.

La aprendiza les enseñó la estrecha abertura que cruzaba la barrera de espinos, y por fin todos se hallaron en lo

alto de la hondonada, contemplando la Laguna Lunar. El agua brillaba con la misma pálida luz que Hojarasca recordaba, y el arroyo brotaba por la grieta resplandeciendo con un fulgor estrellado. Su tenue borboteo en la laguna era el único sonido que rompía el silencio.

—Sí, éste es el lugar —murmuró Cascarón.

Le hizo un gesto a Hojarasca para que los guiara camino abajo, y ella volvió a sentir cómo sus zarpas encajaban en las huellas dejadas por los gatos mucho tiempo atrás.

—¿Cómo se supone que vamos a compartir lenguas con el Clan Estelar?

—preguntó Cirro cuando todos estaban ya sentados alrededor de la Laguna Lunar.

Hojarasca parpadeó. No había pensado en ese detalle. En la Boca Materna, se tumbaban tocando con la nariz la Piedra Lunar; recordó el frío glacial que se le colaba por debajo de la piel; un frío que la empujaba a un sueño profundo, en el que podía reunirse con el Clan Estelar.

Miró a su alrededor, buscando algo iluminado por la luz de las estrellas, tan radiante como la Piedra Lunar. Pero allí sólo había rocas cubiertas de musgo y helechos… y la superficie de la laguna, donde relucía la luz estelar.

—Quizá deberíamos tocar el agua —sugirió.

Los curanderos se miraron entre sí.

—Vale la pena intentarlo —concedió Cascarón.

Temblando, Hojarasca estiró el cuello y lamió unas gotas de agua. Estaba fría como el hielo, y sabía a estrellas, a viento y a cielo añil. Cerró los ojos, aspirando los olores que le inundaban la boca.

La recorrió un escalofrío desde las orejas hasta la punta de la cola, y ya no pudo sentir la piedra bajo sus patas. En vez de eso, flotaba en un vacío negro, donde todo estaba oscuro y silencioso. Se oían voces, pero eran demasiado

débiles y agudas para distinguir lo que decían. Luego cesaron el sonido del viento y el chapoteo del agua, y Hojarasca se dio cuenta de que las voces la llamaban.

—Estoy aquí —susurró.

Abrió los ojos. Ante ella había una gran extensión de agua, pero no era la Laguna Lunar, resguardada en su hondonada, sino el lago. El viento agitaba la superficie y formaba olas ribeteadas de espuma. El agua parecía reflejar una ardiente puesta de sol, con todas las tonalidades de rojo lamiendo perezosamente la orilla. Sin embargo, al levantar la vista, descubrió que el cielo estaba oscuro y tachonado de estrellas.

¡El lago estaba lleno de sangre!

Las voces la llamaron de nuevo, y en esa ocasión lo bastante alto para que las oyera, aunque, cuando terminaron de hablar, deseó no haberlas oído.

«Antes de que haya paz, la sangre derramará sangre y el lago se tornará rojo».

Hojarasca se levantó para salir corriendo, pero sus patas resbalaron sobre la pegajosa sangre, y el hedor a muerte la engulló. Con un grito ahogado, abrió los ojos. Volvía a estar en la orilla de la Laguna Lunar, con la barriga pegada a la fría piedra, junto a los demás curanderos. Los otros estaban moviéndose y estirándose, despertando

de sus propios sueños. La luna descendía ya por debajo de la cima de la colina, y sus patas, entumecidas de estar tanto tiempo dobladas en la misma posición, le confirmaron a Hojarasca que había pasado mucho tiempo.

Cascarón y Cirro parecían muy preocupados; Hojarasca se preguntó si habrían recibido advertencias como la suya. Carbonilla estaba observando a su aprendiza con desasosiego, y Ala de Mariposa tenía la vista clavada en el suelo.

La aprendiza supuso que se encaminarían a casa de inmediato. Quería hablar a solas con Carbonilla, resistiéndose a anunciar su visión a los

demás curanderos. Sin embargo, en vez de dirigirse al sendero para salir de la hondonada, Carbonilla volvió a sentarse al borde de la Laguna Lunar.

—Antes de que regresemos con nuestros clanes —empezó—, tengo que hacer una cosa más.

Esperó a que los demás se sentaran también, mirándola con atención.

Hojarasca se preguntó de qué se trataría, pues Carbonilla no le había comentado nada de aquello mientras iban hacia allí. Ala de Mariposa le lanzó una mirada de inquietud, y ella respondió negando levemente con la cabeza: no le había revelado su falta de fe a Carbonilla ni a ningún otro gato.

—Los aprendices de clan reciben su nombre guerrero cuando sus mentores consideran que están preparados —continuó Carbonilla—. Ocurre lo mismo con los curanderos. —Con un destello en los ojos, se volvió hacia Hojarasca y le preguntó—: ¿Pensabas que tendrías que esperar a mi muerte para recibir tu nombre?

Hojarasca se quedó tan sorprendida que no respondió. Lo cierto es que nunca había pensado en eso. Quizá había dado por supuesto que sí. Pero ser aprendiz de curandero era distinto de ser aprendiz de guerrero: Hojarasca podía usar hierbas medicinales y compartir lenguas con el Clan Estelar tanto como los

demás curanderos. La sacudió un temblor de emoción al imaginarse lo que iba a suceder.

—Un curandero recibe su nombre cuando el Clan Estelar considera que se lo merece —maulló Carbonilla—. Hojarasca, el hecho de que nuestros antepasados guerreros te trajeran en primer lugar hasta la Laguna Lunar demuestra que te tienen en muy buen concepto.

—Eso es verdad —dijo Cascarón con voz grave.

Cirro coincidió con un ronroneo. A Ala de Mariposa le brillaban los ojos; se apresuró a hundir el hocico en el costado de su amiga. En medio de su

emoción, Hojarasca pensó que era bueno que Ala de Mariposa ya tuviese su nombre adulto; de otro modo, ¿cómo podría el Clan Estelar dar su aprobación a una gata que no creía en ellos?

—Acércate —maulló Carbonilla, haciéndole una seña con la cola.

Hojarasca casi no sabía qué pata mover primero. Rodeó la Laguna Lunar con pasos vacilantes, hasta quedar delante de su mentora.

Carbonilla alzó la vista y contempló el Manto Plateado.

—Yo, Carbonilla, curandera del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que observen a esta aprendiza. Ha entrenado duro para

comprender el sistema de los curanderos, y, con vuestra ayuda, servirá al clan durante muchas lunas.

A Hojarasca aquellas palabras le resultaron familiares: eran muy parecidas a las de las ceremonias de nombramiento de sus compañeros de clan. Sintió un cosquilleo en las zarpas, como si la luz de las estrellas le abrasara el pelo.

—Hojarasca, ¿prometes respetar el sistema de los curanderos, mantenerte al margen de las rivalidades entre clanes, y proteger a todos los gatos igualmente, incluso a costa de tu propia vida?

—Lo prometo.

—Entonces, por los poderes del

Clan Estelar, te doy tu verdadero nombre como curandera. Hojarasca, a partir de este momento serás conocida como Hojarasca Acuática. El Clan Estelar honra tu valentía y tu fe. Al encontrar la Laguna Lunar, has demostrado que éste es verdaderamente nuestro nuevo hogar.

Al igual que hacía un clan de líder en la ceremonia de nombramiento de un guerrero, Carbonilla posó el hocico en la cabeza de Hojarasca Acuática. Con la cabeza llena de estrellas, la joven se estiró para lamer el hombro de su mentora.

—¡Hojarasca Acuática! ¡Hojarasca Acuática! —exclamó Ala de Mariposa,

y Cascarón y Cirro se le unieron.

Ella inclinó la cabeza.

—Gracias… a todos. El Clan Estelar ha guiado mis pasos en todo lo que he hecho, y espero que siga haciéndolo durante el resto de mi vida.

—Que el Clan Estelar te lo conceda —murmuró Cascarón, y los demás repitieron su bendición.

Todos excepto Ala de Mariposa. Sin embargo, cuando Hojarasca Acuática la miró, el rostro de la gata del Clan del Río rebosaba de orgullo y cariño, y la joven supo que su amiga estaba tan contenta por ella como cualquiera. En ese preciso momento, no importaba ni un pelo de ratón que Ala de Mariposa no

compartiera sus creencias.

Mientras seguía a los demás fuera de la hondonada y por la ladera rocosa, Hojarasca Acuática se sentía tan llena de energía, tan comprometida con la vida de curandera que casi creyó que, si lo intentaba, podría regresar al campamento volando. Dejó que los otros se adelantaran un poco, y ella caminó a solas con sus pensamientos, repletos de luz estelar, hierbas y agua que sabía a cielo nocturno.

De pronto, notó como si algo pegajoso le entorpeciera el paso, y patinó sobre un líquido resbaladizo y viscoso. Bajó la mirada: debajo de sus patas no había nada más que la corta

hierba del páramo, pero un hedor a muerte se alzaba a su alrededor, y, aunque sabía que la ladera estaba seca, sintió como si estuviera vadeando un río de sangre que procedía, caliente y rojo, del lago desbordado y con olor a muerte.



20

Zarzoso se detuvo al borde del lago y miró al otro lado del arroyo, hacia el territorio del Clan de la Sombra. El pinar del extremo más lejano del arroyo era una sombra negroazulada contra el nublado cielo gris. No había gatos a la vista, pero el viento húmedo arrastraba un intenso tufo hacia él: el familiar olor del Clan de la Sombra, casi tan fuerte

como antes.

Era una señal más de que todos los gatos estaban adaptándose a sus nuevos territorios. Una señal más potente incluso que el descubrimiento de la Laguna Lunar. Esa misma mañana, muy temprano, Carbonilla y la recién nombrada Hojarasca Acuática habían vuelto del primer encuentro de los curanderos con el Clan Estelar, y, dentro de dos noches, Bigotes recibiría por fin sus nueve vidas de líder.

—¡Puaj! —exclamó Orvallo—. Nunca me acostumbraré al olor del Clan de la Sombra. Es como el de un zorro que llevara un mes muerto.

—Pues no creas que a ellos les gusta

más nuestro olor —replicó Zarzoso.

Lo interrumpió un chapoteo y un aullido de sorpresa. Al mirar a su alrededor, Zarzoso vio a Zancudo metido en el lago, con el agua hasta las patas.

—Por el gran Clan Estelar, ¿qué estás haciendo?

Zancudo regresó a la orilla, con la cabeza gacha de vergüenza.

—He visto un pez —explicó, y añadió innecesariamente—: Se me ha escapado.

Zarzoso suspiró.

—No puedes pescar un pez de ese modo. Recuérdame que algún día te dé algunas lecciones. Plumosa nos enseñó

en el viaje al lugar donde se ahoga el sol. —Sintió un dolor familiar al acordarse de la hermosa gata del Clan del Río—. Venga, será mejor que acabemos de patrullar esta frontera.

Se volvió para ir arroyo arriba, pero se detuvo al ver que algo se movía en el lado del Clan de la Sombra. Una gata gris había salido de entre los árboles y corría por la orilla en su dirección. Zarzoso abrió los ojos de par en par al reconocer a Vaharina. ¿Qué estaba haciendo un miembro del Clan del Río en el territorio del Clan de la Sombra?

—¡Zarzoso, espera! —aulló la gata. Cruzó el arroyo a saltos, como si no estuviera ahí, y frenó en seco delante del

guerrero, resollando—. Tengo que hablar con Estrella de Fuego de inmediato.

Zancudo se acercó, erizando el pelo del cuello.

—¿Qué estás haciendo en nuestro territorio?

—Sí, echémosla de aquí —gruñó Orvallo.

Zarzoso agitó la cola, irritado por la actitud de los jóvenes guerreros.

—No vamos a echarla. Es Vaharina, ¿recordáis? Es una buena amiga del Clan del Trueno.

—Gracias, Zarzoso. —Vaharina inclinó la cabeza, aunque seguía teniendo una expresión desencajada,

como si algo la hubiera aterrorizado—. Por favor, llévame hasta Estrella de Fuego.

—Por supuesto. —Zarzoso ignoraba qué podía ser tan urgente, pero sabía que Vaharina no era uno de esos gatos que montaban un escándalo por nada—. Vosotros dos, continuad patrullando —ordenó a los otros guerreros—. Atentos a si hay Dos Patas, y, cuando lleguéis hasta el árbol muerto, aseguraos de que las marcas olorosas del Clan de la Sombra estén donde se supone que deben estar.

Orvallo y Zancudo intercambiaron una mirada, como si no estuvieran muy convencidos de dejar solos a Zarzoso y

Vaharina, pero ninguno dijo nada. Emprendieron la marcha arroyo arriba, aunque Orvallo no paraba de mirar atrás, como si esperara que Vaharina fuese a atacar a Zarzoso en cuanto le dieran la espalda.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Zarzoso mientras guiaba a la gata al campamento por la ruta más rápida.

—Enseguida lo sabrás —maulló Vaharina muy seria—. Zarzoso, ¿no podemos ir más deprisa?

Desconcertado, el guerrero apretó el paso, hasta que ambos acabaron corriendo entre los árboles. No redujeron el ritmo hasta que alcanzaron

el túnel que llevaba al campamento. Zarzoso entró primero y, para su alivio, vio a Estrella de Fuego enseguida, compartiendo un tordo con Tormenta de Arena, cerca del montón de carne fresca. Tras indicarle a Vaharina que se mantuviera pegada a él, Zarzoso se acercó a su líder.

Estrella de Fuego engulló un bocado de carne y se puso en pie.

—Vaharina, bienvenida —saludó a la gata del Clan del Río—. ¿Qué te trae hasta aquí?

—Nada bueno —respondió ella.

Estrella de Fuego agitó las orejas, y Tormenta de Arena levantó la vista con curiosidad.

—Me temo que hay problemas para todos los clanes —continuó Vaharina.

—Espera un momento —la interrumpió el líder—. Será mejor que Manto Polvoroso y Fronde Dorado también oigan esto. Zarzoso, ¿puedes ir a por ellos?

El joven aspirante a lugarteniente corrió a la guarida de los guerreros. Encontró a Fronde Dorado ovillado junto a Acedera, y le dio un brusco empujón.

—¿Qué pasa? —Fronde Dorado alzó la cabeza, bizqueando.

—Estrella de Fuego te llama. ¿Has visto a Manto Polvoroso?

Fronde Dorado negó con la cabeza,

pero Nimbo Blanco, que estaba compartiendo lenguas con Centella a unas colas de distancia, maulló:

—Está en la maternidad, con Fronda.

—Gracias.

El guerrero salió disparado y cruzó la hondonada hasta el zarzal. Manto Polvoroso apareció justo cuando él estaba frenando en la entrada. El guerrero marrón irguió las orejas interrogativamente al ver a su compañero.

—Estrella de Fuego te llama —repitió Zarzoso—. Vaharina está aquí, y dice que hay problemas.

Entornando los ojos, el gato marrón

oscuro lo siguió hasta el montón de carne fresca, donde Fronde Dorado acababa de unirse a los demás.

—Ahora cuéntanos qué sucede —maulló Estrella de Fuego, haciéndole una seña con la cola a Vaharina.

La lugarteniente del Clan del Río había recuperado en parte la compostura, pero sus ojos seguían llenos de angustia.

—Hace tres noches, iba de vuelta a nuestro campamento cuando vi a dos gatos en la orilla del lago, frente a la isla —empezó—. Estaba lloviendo copiosamente, así que no entendí que quisieran estar ahí, empapándose y en un lugar desprotegido. Estaba a punto de

ordenarles que regresaran al campamento, cuando me di cuenta de quiénes eran.

Hizo una pausa, clavando las garras en el suelo.

—¿Y bien? —la instó Estrella de Fuego.

—Uno de ellos era Alcotán. —Tragó saliva penosamente, como si se le hubiera atascado un trozo de comida en la garganta—. Y el otro era Enlodado.

—¡¿Qué?! —exclamó Manto Polvoroso.

A Zarzoso se le hizo un nudo en el estómago. ¿Qué quería Alcotán del antiguo lugarteniente del Clan del Viento?

—Antes de que yo pudiera llegar a donde estaban, Enlodado se fue corriendo hacia su territorio —continuó Vaharina—. Pero Alcotán no lo había echado. Habían estado hablando juntos, y me dio la impresión de que no era la primera vez que lo hacían. Antes de eso, yo ya sospechaba que Alcotán estaba saliendo a hurtadillas del campamento por la noche. Para ser sincera —añadió, mirando azorada a Zarzoso—, pensaba que quizá estaba reuniéndose contigo. Os vi charlando en la Asamblea, y sois familia… —Luego prosiguió, como excusándose por su error—: No veía nada malo en eso, la verdad, así que jamás le pedí explicaciones a Alcotán.

Ahora sé que cometí un error. Sin duda, había estado reuniéndose con Enlodado.

Zarzoso bajó la vista, sintiendo cómo lo abrasaban las miradas de sus compañeros. Quería hallar una buena razón para que Enlodado estuviera hablando con un guerrero del Clan del Río, pero no podía encontrar una explicación lógica.

—Alcotán regresó al campamento… y dejó marchar a Enlodado —prosiguió Vaharina—. Él no sabía que yo lo había visto, y decidí que lo mejor era tratar de descubrir qué estaba ocurriendo antes de encararme con él.

—¿Qué hiciste entonces? —preguntó Tormenta de Arena.

—No podía creer que hubieran quedado allí mismo, en la orilla del lago, donde cualquiera podía verlos. Entonces recordé cuánto le había gustado la isla a Alcotán cuando llegamos a los nuevos territorios, de modo que fui nadando hasta allí. Y descubrí que aquél era su lugar de reunión, no había ninguna duda: capté el olor de ambos… rastros frescos y también rancios, de hacía días. Supongo que habrán estado allí tres o cuatro veces como mínimo.

—¿Enlodado había ido nadando hasta esa isla? —Manto Polvoroso sonó incrédulo—. Me sorprende que estuviera dispuesto a mojarse algo más

que las patas. A los gatos del Clan del Viento no les gusta nadar.

—Pues entonces explícame por qué estaba allí su olor —replicó Vaharina.

—¿Qué dijo Estrella Leopardina cuando le contaste todo esto? —quiso saber Estrella de Fuego.

Vaharina pareció incómoda.

—Aún no se lo he contado —confesó—. Alcotán es un buen guerrero, y muy popular, especialmente entre los más jóvenes. No es un secreto que algunos piensan que debería haber seguido siendo lugarteniente cuando yo conseguí escapar de los Dos Patas. Yo temía que, si se lo contaba a Estrella Leopardina, ella creyera que sólo

intentaba causar problemas porque consideraba a Alcotán una amenaza para mí. Además, yo no lo había visto haciendo nada malo, aparte de hablar con un gato de otro clan. Así que decidí no perderlo de vista hasta que averiguara por qué estaba reuniéndose con Enlodado.

—Y ya lo has averiguado, ¿no? —supuso Fronde Dorado.

Estrella de Fuego entornó los ojos.

—Sí; de otro modo no habrías venido hasta aquí por algo que viste hace tres noches. ¿Qué ha ocurrido?

—Esta mañana, Alcotán se ha ofrecido a dirigir la patrulla del alba —contestó Vaharina—. Los tres gatos que

ha escogido para acompañarlo son los que más proclaman lo buen lugarteniente que sería. Ninguno de ellos ha regresado todavía.

Zarzoso miró al cielo. El sol estaba oculto tras nubes de lluvia, pero supuso que no faltaba mucho para el crepúsculo. O la patrulla del alba se había perdido, o no tenían planeado regresar.

—Quizá sólo han encontrado un buen lugar de caza —sugirió Estrella de Fuego.

—Y no puedes culparlo por escoger a sus amigos para patrullar —añadió sensatamente Tormenta de Arena.

—No lo entendéis —maulló

Vaharina—. Al ver que aún no habían vuelto cuando el sol estaba en lo más alto, he decidido seguir su rastro. Enseguida me he dado cuenta de que era obvio que no habían salido a hacer la habitual patrulla del alba.

—¿Habían ido a la isla? —preguntó Manto Polvoroso.

—Yo pensaba que quizá sí, pero al seguir su rastro fuera del campamento, me he dado cuenta de que llevaba al territorio del Clan de la Sombra.

Zarzoso sintió que se le erizaban todos los pelos del cuerpo. ¿Acaso podía haber una justificación para eso?

—Yo sabía que el Clan del Trueno no estaría implicado, así que he venido

derecha hasta aquí —continuó Vaharina —. Una patrulla del Clan de la Sombra ha estado a punto de descubrirme, pero he conseguido llegar a la frontera sin que me atraparan. Estrella de Fuego, ¡estoy convencida de que Alcotán está involucrado en un complot para atacar al Clan del Viento!

Los ojos verdes de Estrella de Fuego parecían llenos de dudas.

—Podría haber otras explicaciones…

—¡Dime una! —le espetó Vaharina —. Todo el mundo sabe que Enlodado se enfureció cuando Estrella Alta eligió a Bigotes como su sucesor. ¿De verdad creías que no iba a hacer nada al

respecto?

—¡Esperad! —Fronde Dorado se levantó de un salto—. Ahora que Hojarasca Acuática ha encontrado la Laguna Lunar, Bigotes recibirá sus nueve vidas de manos del Clan Estelar. Enlodado tiene que atacar antes de ese momento, si quiere apoderarse del clan.

—Eso significa que atacará esta misma noche —maulló Zarzoso con voz ronca.

—Estrella de Fuego, ¡tienes que hacer algo! —lo instó Vaharina.

El líder del Clan del Trueno arañó el suelo.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no se lo pides a tu líder?

—Estrella Leopardina sospecharía que estoy buscándole problemas a Alcotán. Además, ella jamás haría nada por ayudar al Clan del Viento. Pero Bigotes es tu amigo…

—Y también es líder de un clan, y el responsable de la seguridad de los suyos. No puede esperar que el Clan del Trueno vaya a rescatarlo cada vez que tiene problemas. —Estrella de Fuego se quedó mirando cómo sus uñas se hundían en el suelo. Luego levantó la vista—. Aunque creo que tienes razón, Vaharina. No podemos quedarnos sentados sin hacer nada. Enviaremos una patrulla al Clan del Viento para ver qué está pasando. Y será mejor que

convoque una reunión para advertir al resto del clan.

—¿Es necesario? —protestó Zarzoso.

Estrella de Fuego lo miró largamente.

—No sabemos con certeza qué es lo que están planeando. Quizá quieran atacarnos a nosotros también. Espero, tanto como cualquiera, que nos equivoquemos, pero no podemos permitirnos correr ese riesgo.

Cruzó la hondonada a toda prisa y trepó por las rocas rotas hasta la Cornisa Alta.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas

acudan para una reunión del clan! —aulló.

Nimbo Blanco, Centella y Acedera salieron de la guarida de los guerreros. Los veteranos se les unieron al cabo de un momento; Flor Dorada guiaba a Rabo Largo. Carbonilla apareció con Hojarasca Acuática a la zaga; la joven, alarmada, tenía los ojos desorbitados.

Esquiruela, Cenizo y Espinardo se detuvieron al entrar en el campamento con carne fresca; luego dejaron las presas en el montón y corrieron a reunirse con los demás.

—¡Gatos del Clan del Trueno! —empezó Estrella de Fuego—. Vaharina nos ha traído unas noticias que sugieren

que Enlodado y Alcotán están planeando atacar al Clan del Viento. Voy a dirigir una patrulla al campamento del Clan del Viento, pero quiero que todos estéis alerta por si otros gatos vienen hacia aquí. Cabe la posibilidad de que el Clan de la Sombra también esté involucrado.

Brotaron murmullos conmocionados de los gatos reunidos. Zarzoso se mantuvo cabizbajo, percibiendo cómo sus compañeros lo miraban entre susurros, ya que estaba claro que no podían dejar de vincularlo a Alcotán, al tener el mismo padre. Se sentía incapaz de mirar a Esquiruela, temeroso de ver el desprecio en sus ojos.

—Nimbo Blanco, Centella y tú os

quedáis a cargo del campamento —continuó Estrella de Fuego—. Espinardo, toma dos gatos y patrullad la frontera del Clan de la Sombra. Si veis a algunos de sus guerreros, seguidlos, pero no ataquéis si os superan en número.

Espinardo asintió, y llamó a Esquiruela y Cenizo. Estrella de Fuego se preparó para saltar de la cornisa, pero, antes de que pudiera moverse, Carbonilla se adelantó.

—Estrella de Fuego, hay algo que deberías saber. Hojarasca Acuática me contó un sueño que había tenido. Quizá tenga algo que ver con todo esto.

—De acuerdo. —Estrella de Fuego

le hizo una seña a su hija para que se acercara—. Cuéntanos, Hojarasca Acuática.

—Vi que el lago se volvía rojo, y oí una voz —explicó la joven—. Dijo: «Antes de que haya paz, la sangre derramará sangre, y el lago se tornará rojo».

—¿Eso es todo? —preguntó Estrella de Fuego—. ¿Nada que diga de quién es la sangre o cuándo se derramará?

Hojarasca Acuática negó con un gesto de la cabeza.

—Basta para indicar que se avecina un gran problema —maulló Carbonilla—. En tu lugar, yo me tomaría este ataque muy en serio. Es la última

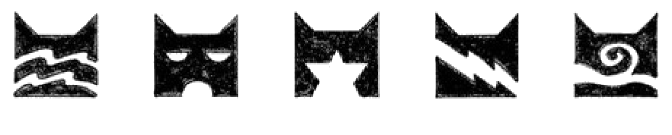
oportunidad de Enlodado de hacerse con el control del Clan del Viento, mientras Bigotes sólo tenga una vida.

—Bien. —Estrella de Fuego saltó al suelo—. En marcha.

Zarzoso siguió a su líder pasando ante Espinardo, que estaba organizando su pequeña patrulla, y no pudo resistirse a mirar de reojo a Esquiruela. Había esperado que la guerrera se mostrara triunfante, ahora que todo indicaba que había tenido razón desde el principio con respecto a Alcotán. Pero lo único que pudo adivinar en sus ojos fue lástima.

La mirada abatida de la joven lo acompañó todo el camino, mientras

seguía a Estrella de Fuego corriendo entre los árboles en dirección a la frontera del Clan del Viento.



21

Estaba cayendo la noche cuando los gatos del Clan del Trueno cruzaron el arroyo y entraron en el territorio del Clan del Viento. Sin la protección de los árboles, vieron que soplaba un viento constante, con un toque helado a lluvia. De vez en cuando, la luna o una estrella brillaban entre retazos de nubes e iluminaban su camino, pero la mayor

parte del tiempo una densa oscuridad cubría el páramo. Los gatos tenían que guiarse con la única ayuda del olfato, pues apenas podían ver siquiera dónde pisaban.

—No hay ni rastro de patrullas fronterizas —susurró Manto Polvoroso, olfateando el aire.

—Eso podría significar que están defendiendo el campamento —sugirió Vaharina.

—Guardad silencio y estad alerta —dijo la voz de Estrella de Fuego surgiendo de la oscuridad—. No sabemos con qué vamos a encontrarnos.

Pronto llegaron al arroyuelo que bajaba del campamento del Clan del

Viento. Estrella de Fuego lo siguió durante un rato y luego se detuvo a olfatear el aire. Zarzoso hizo lo mismo: de más arriba llegaba un fuerte olor al Clan del Viento, pero no había rastros de gatos de otros clanes. Y tampoco se oían sonidos que indicaran que hubiera pelea: sólo se oía el ulular del viento y el burbujeo del arroyuelo. En Zarzoso comenzó a crecer la leve esperanza de que Vaharina se hubiera equivocado.

—Nada —murmuró Estrella de Fuego, después de que el silencio se alargara varios segundos.

—Podríamos acercarnos y preguntarle a Bigotes si todo va bien —sugirió Fronde Dorado.

—¿Qué? ¿Irrumpir en su campamento para decirle que hemos venido a librarlo de sus enemigos? —maulló Manto Polvoroso—. No podemos hacer eso.

Tormenta de Arena coincidió con un murmullo, y, tras un momento de reflexión, Estrella de Fuego también estuvo de acuerdo.

—Tienes razón. Será mejor que nos marchemos a casa.

—Pero ¡algo va mal, estoy segura! —protestó Vaharina, con un brillo de ansiedad en los ojos—. ¿Qué pasa con el sueño de Hojarasca Acuática?

—No tenemos ni idea de qué significa ese sueño —señaló Estrella de

Fuego—. Mientras tanto, estamos en el territorio de otro clan con una fuerza de combate. Bigotes estaría en su derecho de arrancarnos la piel.

Manto Polvoroso soltó un resoplido.

—Me gustaría que lo intentara.

El viento se intensificó, y una ráfaga repentina estuvo a punto de derribar a Zarzoso. En la distancia se oyó un débil retumbo de truenos.

—Volvamos antes de que estalle la tormenta —maulló Estrella de Fuego.

Todos los gatos se dispusieron a seguirlo. En la retaguardia, Zarzoso lanzó una última mirada hacia el campamento del Clan del Viento y se quedó helado al detectar un tenue olor.

¡Alcotán!

—¡Estrella de Fuego, espera! —gritó con voz rota.

Mirando colina arriba, vio varias figuras oscuras que llegaban en dirección contraria y se lanzaban hacia la hondonada. Por un instante, creyó reconocer la ancha cabeza y los poderosos hombros de Alcotán, guiando al grupo.

Un único chillido de alerta hendió la noche. Estrella de Fuego se volvió y corrió hacia la colina.

—¡Vamos!

Zarzoso iba hombro con hombro con el líder cuando llegaron al borde de la hondonada, donde resonaron más

alaridos. La noche era tan oscura que Zarzoso no pudo distinguir más que un mar de pelo aullante. Captó el olor del Clan del Río y el Clan de la Sombra, mezclado con el del Clan del Viento, pero no podía reconocer olores individuales ni saber a qué gatos debería atacar.

Estrella de Fuego maulló el nombre de Enlodado al descender la cuesta hasta el campamento, y Zarzoso y el resto de la patrulla del Clan del Trueno corrieron tras él. Un instante después, Zarzoso perdió de vista a sus compañeros de clan, inmerso en la masa combatiente. Antes de poder recuperar el aliento, un gato lo embistió y lo

derribó. Al volverse, se encontró con los ojos iracundos de Cedro, del Clan de la Sombra.

—¡No te metas en esto! —le espetó el guerrero gris oscuro—. ¡Esta batalla no es asunto del Clan del Trueno!

Sin molestarse en responder, Zarzoso lo pateó con fuerza con las patas traseras y le clavó las garras en la barriga. El guerrero del Clan de la Sombra retrocedió trastabillando y desapareció, dejando a Zarzoso tambaleándose.

«Gran Clan Estelar, por favor, ¡no permitas que Trigueña esté aquí!», suplicó en silencio.

Se vio zarandeado de un lado a otro

mientras los gatos tropezaban con él en un revoltijo maullante de pelo y garras. No había ni rastro de Alcotán, aunque vio que otro guerrero del Clan del Río cruzaba el claro para saltar sobre una mata de aulaga con las uñas desenvainadas. El mar de gatos se abrió, y Zarzoso tuvo una vista clara de Manto Trenzado y Bigotes, enzarzados. Bigotes clavó profundamente los colmillos en el omóplato de Manto Trenzado, mientras éste arrancaba mechones de pelo del costado de su líder.

Zarzoso saltó para ayudar a Bigotes, pero en ese instante surgió Enlodado de entre las sombras. Bigotes desapareció bajo un remolino de dientes y uñas, y, al

cabo de un segundo, llegó Estrella de Fuego, que agarró a Enlodado por el pescuezo como si fuera un cachorro y lo separó de su amigo.

Enlodado se zafó.

—¿Acaso crees que éste es tu clan? —le gruñó a Estrella de Fuego—. ¡Piénsatelo mejor, minino casero! A partir de ahora el Clan del Viento tendrá un nuevo líder, un gato fuerte que pueda hacer que sea un gran clan otra vez.

—¡Bigotes es el líder del Clan del Viento! —replicó Estrella de Fuego.

Enlodado se abalanzó hacia el líder del Clan del Trueno. Cuando los dos gatos cayeron al suelo, Manto Trenzado se acercó corriendo y aprisionó la pata

de Estrella de Fuego con los colmillos. Zarzoso saltó hacia ellos, pero se vio detenido bruscamente por un peso que aterrizó sobre él y lo derribó. Lo invadió un intenso olor al Clan del Río, pero su atacante era negro, no atigrado. Mientras le propinaba un zarpazo a su rival en la cara, se sintió aliviado por no tener que luchar contra Alcotán… de momento.

Notó un dolor punzante en el costado cuando el gato lo arañó. «Estamos perdiendo —pensó, intentando no ser presa del pánico al imaginarse a Estrella de Fuego debatiéndose solo contra dos fuertes enemigos—. ¡Son demasiados!».

Pero el miedo le insufló una nueva

descarga de energía, y consiguió ponerse en pie y librarse de su atacante con un rápido mordisco en la cola. De pronto, oyó un maullido lejano y reconoció la voz de Esquiruela. La luz de la luna iluminó a la joven guerrera mientras corría por lo alto de la hondonada, junto con Cenizo y Espinardo.

Sólo entreveía un poco el costado rojizo de Estrella de Fuego, debajo de Enlodado y Manto Trenzado. Antes de que Zarzoso pudiera llegar hasta su líder, Esquiruela pasó como un rayo ante él y se incorporó a la batalla con un chillido de furia. Manto Trenzado huyó y Enlodado se volvió para atacar a la

guerrera. Ella se plantó sobre las patas traseras dando manotazos y Enlodado intentó clavarle los dientes en la garganta. Zarzoso corrió hacia Estrella de Fuego; se sintió muy aliviado al ver que su líder se levantaba para reincorporarse a la lucha. Le brotaba sangre de un costado, pero la herida no parecía restarle fuerza.

Zarzoso giró en redondo para sumarse de nuevo a la pelea contra Enlodado. Pero tanto él como Esquiruela habían desaparecido entre los combatientes que se agitaban de un lado a otro por la hondonada. Zarzoso se encontró entonces luchando hombro con hombro con Corvino Plumoso, con

movimientos bien coordinados y potentes, tras lunas viajando juntos. Vaharina y Tormenta de Arena estaban cerca, enfrentándose a dos guerreros del Clan del Río.

Entonces Zarzoso vio a Esquiruela de nuevo, en esta ocasión enzarzada en combate con Nube Negra. A Esquiruela le sangraba el costado, pero tenía a Nube Negra bien agarrada por el pescuezo y estaba vapuleando a la musculosa gata con las patas traseras.

Zarzoso saltó a su lado para ayudarla, y Nube Negra se liberó y salió a toda prisa. Esquiruela se puso en pie, resollando.

—¿Qué estás haciendo aquí? —

preguntó Zarzoso.

—No hemos captado ni el menor rastro de problemas en la frontera del Clan de la Sombra, así que hemos venido, por si nos necesitabais.

—Me alegro —maulló Zarzoso con vehemencia.

—Entonces, ¿por qué estamos perdiendo el tiempo hablando?

Apuntó con las orejas a dos guerreros del Clan de la Sombra, a unas colas de distancia. Ella y Zarzoso se unieron a la refriega codo con codo. Con un leve gesto de la cola de la joven, se separaron para confundir a los gatos del Clan de la Sombra, atacándolos por ambos lados e inmovilizándolos:

estaban tan pegados el uno al otro que se arañaron en su intento de alcanzar a sus enemigos.

—¡Buen movimiento! —resolló Esquiruela mientras daba un zarpazo en la oreja a un macho rojizo.

Un relámpago de pura energía recorrió a Zarzoso ante la mirada centelleante de la guerrera. Pero no duró mucho. Los otros dos gatos, atrapados en una maraña de colmillos y garras, lograron abrirse paso entre ellos, y cuando Zarzoso se revolvió, ya estaban huyendo, con Esquiruela pisándoles los talones. Al cabo de un segundo, la perdió de vista.

Respirando entrecortadamente, miró

a su alrededor. Había llegado al otro extremo de la hondonada. Los gatos se separaron delante de Zarzoso y éste vio que un enorme atigrado de anchos omóplatos avanzaba hacia él. El guerrero del Clan del Trueno miró fijamente a su hermano. La expresión de Alcotán era indescifrable: sus ojos azul hielo centelleaban a la luz de la luna.

Justo en ese momento, un guerrero gris saltó por un lado y tiró al suelo a Zarzoso, que soltó un alarido y atacó con las uñas. Sintió un intenso dolor cuando unos dientes se le clavaron en el bíceps, pero consiguió quitarse de encima al atacante y se levantó de nuevo. Entrevió a Alcotán arañando el

costado de un guerrero del Clan del Viento, pero entonces más gatos se interpusieron entre ellos y perdió de vista a su medio hermano.

Espinardo y Manto Polvoroso aparecieron junto a Zarzoso. Los tres obligaron a retroceder a los intrusos paso a paso. Zarzoso se dio cuenta de que habían cambiado las tornas: estaban empujando a los atacantes hacia lo alto de la ladera del extremo más alejado del campamento. Casi habían alcanzado la cima, cuando un relámpago bañó el páramo con una escalofriante luz amarilla e iluminó a Enlodado y Alcotán, cara a cara en la cumbre de la colina, recortados contra el cielo. Un

segundo después, un trueno restalló en lo alto, resonando por toda la colina como si no fuera a parar. La lluvia empezó a barrer la ladera; en unos instantes, Zarzoso quedó empapado, con el pelo pegado al cuerpo.

Como si el inicio de la tormenta fuera una señal, Enlodado soltó un maullido y huyó, seguido de cerca por Alcotán. Dos guerreros del Clan de la Sombra echaron a correr en dirección contraria, hacia el campamento del Clan del Trueno.

Corvino Plumoso se acercó a toda prisa a Zarzoso como interrogándolo con los ojos, esperando una orden.

—¡Ve tras ellos! —exclamó Zarzoso

con voz ahogada, señalando con la cabeza a los guerreros del Clan de la Sombra.

Acostumbrado instintivamente a obedecerlo, Corvino Plumoso salió disparado hacia la oscuridad.

Zarzoso echó a correr sobre la hierba persiguiendo a Enlodado. El antiguo lugarteniente había traicionado a su clan e intentado matar a su líder. El joven guerrero del Clan del Trueno se juró a sí mismo que ningún otro gato conocería el triunfo de clavar garras y colmillos en el cuello de Enlodado.

No se detuvo a preguntarse qué haría si tenía que enfrentarse a Alcotán.



22

Cuando comenzó a llover, Hojarasca Acuática se deslizó a un lugar resguardado, debajo de los arbustos de espino que crecían en lo alto de la hondonada rocosa. Por encima de su cabeza, las ramas de los árboles se sacudían contra el cielo tormentoso, pero en su refugio todo estaba tranquilo; el único sonido era el de las gotas de

lluvia, interrumpido por los truenos que resonaban desde las colinas.

Tras la partida de Estrella de Fuego con la patrulla, Nimbo Blanco había colocado centinelas alrededor de la hondonada. Hojarasca Acuática se había ofrecido a subir hasta allí, para dar un primer aviso si detectaba invasores. Los curanderos estaban entrenados también como guerreros, y ella usaría todas sus habilidades de lucha para defender su nuevo hogar.

Hasta entonces, nada había perturbado el bosque, aparte de la tormenta, pero daba la impresión de que la noche misma estaba tensa y a la espera. Habría dado cualquier cosa por

saber qué estaba sucediendo en el campamento del Clan del Viento. ¿Alcotán y Enlodado tramaban de verdad derrocar a Bigotes?

La joven dejó que su mente se perdiera en el descubrimiento de la Laguna Lunar, reviviendo el momento en que la vio por primera vez y contempló, reflejados en la superficie, a sus antepasados guerreros. Sintió lo asombroso que era ser curandera. No sabía cómo iba a soportar la espera hasta la siguiente media luna, cuando los curanderos volverían a reunirse. Notó un cosquilleo de expectación por su futuro al servicio del clan, que parecía extenderse ante ella como un arroyo

lleno de luz de estrellas.

De pronto, advirtió que unos gatos se aproximaban con rapidez entre los árboles. Por un segundo, pensó que era la patrulla del Clan del Trueno, que volvía al campamento. Pero entonces el viento le llevó una ráfaga de olor a Clan de la Sombra. Se puso en pie y abrió la boca para avisar al clan, que aguardaba en la hondonada de más abajo, pero, antes de que pudiera emitir siquiera un sonido, dos figuras irrumpieron entre la vegetación y fueron derechas hacia ella. Embistieron a la joven y la hicieron caer contra los arbustos que bordeaban el precipicio. Arañando el suelo con las patas traseras, Hojarasca Acuática notó

cómo los espinos cedían bajo su peso.

—¡No…! —exclamó con voz entrecortada.

Pero su advertencia llegó demasiado tarde. Aullidos de terror hendieron el aire cuando los dos intrusos saltaron por encima de ella y se precipitaron al campamento desde aquella altura. Hojarasca Acuática manoteó desesperadamente y consiguió agarrarse al borde rocoso con las zarpas delanteras, aunque no logró encontrar apoyo con las traseras para impulsarse y ponerse a salvo. Entonces oyó un ruido delante de ella y levantó la mirada, aterrorizada, temiendo ver a otro guerrero del Clan de la Sombra

dispuesto a acabar con su vida.

Corvino Plumoso la miró con los ojos desorbitados de espanto.

—¡Corvino Plumoso…! —Hojarasca Acuática siseó con los dientes apretados, por si el movimiento del guerrero la hacía caer en picado tras los dos gatos del Clan de la Sombra—. ¡Ayúdame!

El guerrero del Clan del Viento no se movió. La roca a la que se aferraba Hojarasca Acuática estaba empapada por la lluvia, y ella notó cómo empezaba a resbalar.

—¡Corvino Plumoso! —suplicó—. ¡Me voy a caer!

El guerrero seguía inmóvil, estaba

como paralizado. Habló con un susurro ronco, pero su mirada era inexpresiva, y Hojarasca Acuática se dio cuenta de que no estaba hablando con ella.

—¡Plumosa, lo lamento muchísimo! Fue todo culpa mía. No debería haberte dejado caer.

Hojarasca Acuática comprendió que el joven guerrero estaba recordando la cueva de las montañas donde había muerto Plumosa.

—No fue culpa tuya —maulló—. Ayúdame, Corvino Plumoso, por favor.

Notó cómo sus garras resbalaban un poco más y trató de clavarlas con fuerza, pero no había donde aferrarse en aquella superficie lisa.

Moviéndose despacio, Corvino Plumoso dio un paso adelante y se inclinó. Hojarasca Acuática soltó un grito ahogado al notar que las garras le cedían, pero, en ese mismo instante, Corvino Plumoso la agarró por el pescuezo. Por un momento, ambos se tambalearon al borde del precipicio, y Hojarasca Acuática notó cómo el peso de Corvino Plumoso se deslizaba hacia ella. Pero entonces él dio dos pasos atrás, arañando la tierra con las patas traseras, e izó a la joven por el borde. Los dos se desplomaron, resollando. Hojarasca Acuática apoyó la mejilla contra el suelo firme, consciente de que había estado a punto de morir. Corvino

Plumoso estaba tumbado a su lado, respirando entrecortadamente. Sus ojos se encontraron, y Hojarasca Acuática descubrió que no podía apartar la mirada de los de Corvino Plumoso.

—Gracias —maulló.

—Lo he hecho… —susurró Corvino Plumoso—. Te he salvado…

Entre ellos, el aire parecía crepitar como los relámpagos. Hojarasca Acuática intentó librarse de aquella sensación:

—Debo de ser la última gata a la que querrías salvar…

—¿Es eso lo que crees? —Los ojos de Corvino Plumoso la abrasaron—. ¿Es que no sabes lo que siento por ti? ¿Y

cuánto me odio a mí mismo por sentir esto por otra gata, tan poco tiempo después de la muerte de Plumosa? Yo la amaba, ¡de verdad que sí! ¿Cómo puedo amarte a ti también?

—¿A mí? Pero…

—Tú caminas en mis sueños, Hojarasca Acuática —susurró Corvino Plumoso.

—No… No puedes amarme —dijo la gata en voz baja—. Soy curandera…

«Y yo no puedo amarte a ti», pensó desesperada. Pero sabía que lo quería, mucho más de lo que nunca habría creído posible. Oír que Corvino Plumoso también la quería era algo que deseaba más que ninguna otra cosa.

—¡Hojarasca Acuática! ¿Estás ahí, Hojarasca…?

Dos gatos estaban subiendo hasta lo alto de la hondonada. Un instante después, Nimbo Blanco y Centella se colaban entre los espinos.

Corvino Plumoso y Hojarasca Acuática se pusieron en pie.

—¡Estoy aquí! —exclamó la joven.

Nimbo Blanco corrió hacia ella con la cola erizada.

—¿Estás bien? —quiso saber—. ¿Este gato está de nuestro lado o del de ellos? —añadió, señalando con la cola a Corvino Plumoso.

El joven guerrero comenzó a erizar el pelo.

—Yo estoy bien —se apresuró a responder Hojarasca Acuática—. Y Corvino Plumoso es un amigo. Estaba persiguiendo a esos dos guerreros del Clan de la Sombra. No le hagas nada, Nimbo Blanco, por favor. Me ha salvado de caer desde lo alto de la quebrada.

El guerrero blanco entornó los ojos.

—Bien.

—¿Qué les ha pasado a los gatos del Clan de la Sombra? —preguntó Corvino Plumoso.

—Están muertos. —Centella se deslizó por debajo de una rama para unirse a sus compañeros—. Se han roto el cuello.

Hojarasca Acuática se estremeció, consciente de lo que podría haberle ocurrido a ella si hubiera caído desde lo alto. Corvino Plumoso le lanzó una mirada inquisitiva y luego inclinó la cabeza ante Nimbo Blanco.

—En ese caso, volveré con los míos. Cuando he salido del campamento, la batalla estaba terminando. Bigotes sigue siendo el líder del Clan del Viento.

—Pero ¿qué ha…? —empezó Nimbo Blanco, pero Corvino Plumoso ya había desaparecido entre los árboles.

Centella le dio un empujoncito.

—Venga, debemos regresar al campamento. Y esperemos que no haya

más visitas inesperadas por esta noche.

Hojarasca Acuática se quedó mirando el lugar por el que había desaparecido Corvino Plumoso y luego siguió despacio a sus compañeros. Había estado a punto de morir por el ataque de guerreros del Clan de la Sombra a su campamento, pero se sentía como si estuviera volando y como si tuviera la cabeza llena de estrellas.



23

Zarzoso corrió colina abajo en persecución de Enlodado y Alcotán. La lluvia colmaba el aire, como si hubieran lanzado el lago entero al cielo. Eso borraba el rastro de los gatos a la fuga, y, en la oscuridad, el joven guerrero del Clan del Trueno ni siquiera estaba seguro de ir en la dirección correcta. Pero la furia imprimía velocidad a sus

patas y lo llenaba de energía desde las orejas hasta la punta de la cola, de modo que apenas era consciente de que estaba muerto de frío y calado hasta los huesos.

Un relámpago iluminó la ladera, y Zarzoso distinguió las sombras de sus enemigos corriendo más adelante: Enlodado ya casi había llegado a la orilla del lago y Alcotán lo seguía a un par de colas. Dos o tres oscuras figuras más corrían a su lado. En el caos de la tormenta, Zarzoso no estaba seguro de si alguno de sus compañeros de clan le iba a la zaga, pero siguió adelante, obligando a sus patas a correr todavía más.

El siguiente relámpago le reveló que

había reducido a la mitad la distancia con sus presas. Pasó como un rayo ante el cercado de los caballos y vislumbró un resplandor amarillo de luz en la vivienda de los Dos Patas del extremo más alejado del campo. Reparó en que no había mininos domésticos por allí mientras corría por la orilla, cerca de la arboleda de las Asambleas.

Al llegar al cenagal, tuvo que aminorar la marcha: allí las matas de hierba mojada eran resbaladizas, y el lugar estaba lleno de charcas de agua turbia y oscura. El barro se le pegaba a las patas y al pelo de la barriga. Zarzoso lanzó un gruñido de frustración, e imaginó a Enlodado y Alcotán

escapando.

Su sentimiento de fraternidad hacia Alcotán había desaparecido y se sintió vacío, con la sensación de traición atenazando su garganta. Si su medio hermano pensaba que iba a librarse de pelear con él porque tenían un vínculo familiar, ¡estaba muy equivocado!

Oyó a otro gato chapoteando delante de él y distinguió una figura oscura que avanzaba trastabillando sobre el fango. Soltando un alarido triunfal, Zarzoso saltó, pero sus patas traseras patinaron sobre el suelo encharcado y las delanteras apenas consiguieron rozar al otro gato. Aterrizó torpemente de costado y, antes de que pudiera

recuperarse, un gran peso cayó sobre él, hundiéndolo en el lodo. Notó cómo unas garras le arañaban el bíceps. A sólo un ratón de distancia, vio los ojos de Enlodado, que lo miraban furibundos, y lo inundó el olor del gato del Clan del Viento.

—¡Traidor! —exclamó Zarzoso sin aliento.

Intentó impulsarse hacia arriba y librarse de su enemigo, pero el suelo empapado cedió debajo de él, y notó el gélido contacto del barro líquido en la piel. Impotente, empezó a golpear la barriga de Enlodado con las patas traseras.

Enlodado soltó un bufido y le mostró

los dientes. Zarzoso se preparó, a la espera de que aquellos relucientes colmillos se clavaran en su garganta. Pero justo en ese momento una figura más oscura se alzó detrás de Enlodado y una gigantesca zarpa atigrada atizó al guerrero del Clan del Viento en la cabeza. El impacto echó hacia atrás a Enlodado, que perdió el equilibrio, y Zarzoso consiguió liberarse. En ese instante, entrevió a su rival forcejeando con Alcotán en un carrizal.

Absolutamente desconcertado, Zarzoso se levantó, tambaleándose y notando el peso del lodo pegado al pelo. El siguiente relámpago mostró a Alcotán encima de Enlodado, con una zarpa en

su barriga y la otra inmovilizándolo por el cuello. Tenía el pelo cubierto de barro y sus ojos azul hielo llameaban.

Alcotán y Zarzoso se miraron fijamente.

—Me has salvado la vida —maulló Zarzoso con voz temblorosa—. ¿Por qué, Alcotán? ¿Por qué me has ayudado a mí, y no a él?

Enlodado se retorció bajo las zarpas del atigrado y bufó un insulto, pero su captor no dejó de mirar a Zarzoso. Incluso en la oscuridad, el guerrero del Clan del Trueno no podía despegar la vista de los hipnóticos ojos azul hielo de su hermano. Durante unos segundos, los dos parecieron estar solos en el mundo,

cercados por el caos de la tormenta.

—Has… has ayudado a Enlodado —balbuceó Zarzoso—. Has atacado al Clan del Viento, pero ahora…

Alcotán bajó la cabeza.

—Cierto —maulló—. Me uní a Enlodado porque creo que es el legítimo líder del Clan del Viento. Pero tú eres mi hermano, Zarzoso. ¿Cómo iba a permitir que te matara?

Sus palabras golpearon a Zarzoso con la fuerza de una bofetada. Era como si Alcotán supiese desde el principio que Bigotes no se había convertido en lugarteniente de la manera correcta. El joven guerrero sintió una extraña punzada de alivio por no ser el único

que temía que el Clan Estelar no aprobase a Bigotes como líder del Clan del Viento.

—Enlodado me convenció para que me uniera a él —continuó Alcotán—. Prometió dejar tranquilo al Clan del Río si yo y algunos de mis compañeros de clan lo ayudábamos a echar a Bigotes.

—¡Cuéntale qué más te prometí! —gruñó Enlodado, bajo las zarpas del atigrado—. ¡Cuéntale que fuiste tú quien vino a mí para ofrecerme ayuda a cambio de que te nombrara lugarteniente del Clan del Viento… y de que después te ayudara a apoderarte del Clan del Río!

—¿Qué? —A Alcotán se le pusieron

los ojos como platos—. ¡Zarzoso, ni le escuches! ¿Por qué querría yo abandonar al Clan del Río? ¿Y por qué necesitaría pedirle a nadie esa clase de ayuda? —Alzó la cabeza, y Zarzoso pensó que nunca había visto un gato tan noble, incluso embarrado y sangrando por la batalla—. Si algún día he de liderar el Clan del Río, será según el código guerrero o no será.

—¡Mentiroso! —bufó Enlodado.

Alcotán negó con la cabeza.

—Yo sólo he hecho lo que consideraba correcto —le dijo a Zarzoso—. ¿Acaso puedes afirmar, con el corazón en la mano, que nunca has tenido dudas sobre el liderazgo de

Bigotes?

Zarzoso fue incapaz de responder. Las palabras de su medio hermano habían dado prácticamente en el blanco.

Mientras el joven guerrero vacilaba, Enlodado soltó un bufido triunfal y se impulsó hacia arriba, lanzando a Alcotán a una charca bordeada de juncos. Zarzoso se preparó para pelear cuando el guerrero saltó hacia él, pero Alcotán, recuperándose rápidamente, se interpuso entre ambos y atacó furioso a Enlodado con uñas y dientes. Enlodado giró a un lado, se revolvió, y luego dio media vuelta y salió disparado; su figura oscura fue engullida por la noche.

Sin decir una palabra más, Alcotán

echó a correr tras él, dejando atrás a Zarzoso.

Hubo otro relámpago, y por encima del retumbo del trueno que siguió, Zarzoso oyó que lo llamaban. Al volverse, descubrió que Esquiruela estaba justo a sus espaldas, con los ojos desorbitados de espanto.

—¡¿Qué estás haciendo?! —exclamó la joven con voz ahogada—. ¡Lo estás dejando marchar!

—No… no lo entiendes… —empezó Zarzoso.

—¡He oído todo lo que ha dicho Enlodado! Alcotán decidió ayudarlo para poder ser lugarteniente del Clan del Viento y apoderarse del Clan del Río.

¡Es peligroso, Zarzoso!

—Pero ¡Enlodado estaba mintiendo! —protestó Zarzoso.

Un relámpago hendió el cielo de arriba abajo. La vibrante llamarada blancoazulada iluminó a un gato en la orilla del lago, frente a la isla. Era Enlodado. En ese mismo instante, un crujido ensordecedor resonó por el agua. Un rayo cayó allí mismo y descendió por las ramas superiores de uno de los árboles de la isla, contorneándolo brevemente con un remate de luz. El árbol empezó a inclinarse, ganando velocidad a medida que caía. Cuando Enlodado reaccionó y se dispuso a salir corriendo, era

demasiado tarde. Su chillido de terror quedó interrumpido cuando el árbol se desplomó en la orilla. Las ramas repiquetearon contra el suelo como huesos.

Zarzoso avanzó con dificultad por la ciénaga hasta que alcanzó suelo firme. Como si hubiera hecho su trabajo al destrozar aquel árbol, la tormenta comenzó a alejarse; el siguiente relámpago se produjo sobre las colinas y el trueno que lo siguió resonó a mayor distancia. La lluvia se redujo a un leve goteo y comenzaron a aparecer huecos entre las nubes: una débil luz de luna empezó a bañar el lago.

Bajo aquella luz plateada, Zarzoso

pudo ver a más gatos agrupándose en la orilla; entre ellos estaban Estrella de Fuego, Bigotes y su lugarteniente, Perlada. El líder del Clan del Viento parecía exhausto y sangraba por un largo corte en el bíceps. Su mirada estaba vacía. Ahora sabía que Enlodado y otros miembros de su propio clan eran traidores que habían conspirado en secreto contra él.

Zarzoso corrió hacia su líder y los gatos del Clan del Viento, y todos juntos se aproximaron al árbol caído. El joven guerrero se quedó paralizado al captar movimiento entre las ramas. Se preparó para luchar hasta la muerte si Enlodado seguía vivo. Entonces, las ramas se

separaron y apareció un atigrado caminando con torpeza hacia atrás, tratando de aferrarse a los guijarros de la orilla. Zarzoso parpadeó. Era Alcotán. Su medio hermano estaba sacando a rastras a Enlodado, al que había agarrado por el pescuezo. La cabeza del guerrero del Clan del Viento se balanceaba en un ángulo extraño y sus extremidades yacían desmadejadas en el suelo.

Alcotán lo arrastró hasta Bigotes y lo dejó a sus pies.

—El árbol lo ha aplastado —dijo Alcotán con voz ronca—. Tu liderazgo está a salvo.

Bigotes se inclinó a olfatear al

antiguo lugarteniente.

—El clan lamentará su muerte —murmuró—. Una vez fue un gran guerrero.

Perlada soltó un pequeño bufido.

—¡Te traicionó!

—¡Igual que tú! —espetó Bigotes, volviéndose hacia Alcotán—. Tú lo ayudaste.

Desenvainó las garras, listo para saltar sobre el enorme atigrado.

Alcotán bajó la cabeza, y Zarzoso notó que se le hacía un nudo en el estómago de horror por lo que Bigotes pudiera hacer para tomarse la revancha.

—Lo admito —maulló Alcotán—. Y te pido que me perdones. Yo creía de

verdad que Enlodado era el líder legítimo del Clan del Viento, y por esa razón, y porque él me lo pidió, reuní a gatos del Clan del Río y el Clan de la Sombra para ayudarlo. Pero el Clan Estelar nos ha dado una señal clara al enviarnos ese rayo para acabar con Enlodado. Bigotes, ahora veo que tú eres el verdadero líder del Clan del Viento, el elegido por el Clan Estelar. Haz conmigo lo que desees.

Bigotes miró a Estrella de Fuego, pero éste se limitó a agitar las orejas, indicando con ello que era él quien debía solucionar ese problema. Zarzoso miró atentamente a su líder, intentando discernir su reacción a la noticia de que,

después de todo, el Clan Estelar aprobaba el liderazgo de Bigotes. Pero la expresión de Estrella de Fuego no revelaba nada.

Mientras tanto, Perlada se acercó a inspeccionar las ramas del árbol caído.

—Alcotán tiene razón, Bigotes. No podrías esperar una señal mejor que ésta. El Clan Estelar ha enviado un rayo para derribar el árbol y matar al gato que pretendía ocupar tu lugar. No cabe duda de que tú eres el gato que el Clan Estelar ha escogido para liderar al Clan del Viento.

Bigotes levantó la cabeza, con una creciente luz en la mirada.

—Entonces me sentiré honrado de

aceptar mis nueve vidas. —Y, tras volverse hacia Alcotán, añadió—: No puedo culparte por tener dudas, ni a ti ni a ninguno de los gatos que habéis apoyado a Enlodado. ¿Cómo voy a hacerlo, si yo mismo las tenía? Te perdono de buen grado, a ti y a todos los demás.

Alcotán inclinó la cabeza de nuevo y retrocedió. Zarzoso se le acercó y rozó su cuerpo empapado.

—Todavía tengo que darte las gracias por haberme salvado la vida —murmuró.

Alcotán lo miró con un centelleo cálido en los ojos.

—Por lo menos, esta noche he hecho

algo de lo que no me avergüenzo —maulló.

Zarzoso le tocó el hombro con la punta de la cola.

—Al ayudar a Enlodado, creías que estabas siguiendo el código guerrero. No puedes sentirte culpable por eso.

Habían empezado a aparecer más gatos en la orilla; entre ellos, Manto Polvoroso y Fronde Dorado, Vaharina y Oreja Partida. Se reunieron en un semicírculo irregular alrededor de los líderes de clan y el cadáver de Enlodado.

—¡Mirad esto! —maulló Fronde Dorado, y saltó al tronco y recorrió un trecho por encima del agua.

—¡Es como un puente de los Dos Patas! —exclamó Vaharina.

Fronde Dorado dio la vuelta y saltó de nuevo a la orilla, entre el susurro de las ramas.

—Podemos usar el árbol caído para llegar a la isla —propuso—. Es lo bastante ancho para que crucemos con seguridad. ¡Al final, parece que podremos celebrar aquí las Asambleas!

Zarzoso vio cómo se resolvía el último problema de su nuevo hogar. Gracias a Hojarasca Acuática, tenían la Laguna Lunar, donde podían compartir lenguas con el Clan Estelar, y ahora la isla les proporcionaría un lugar de reunión seguro que pertenecería a todos

los clanes y a ninguno.

Instintivamente, el joven guerrero miró a su alrededor en busca de Esquiruela y la vio al lado de Manto Polvoroso. Dio un paso hacia ella, deseoso de convencerla de que Alcotán decía la verdad sobre por qué había ayudado a Enlodado a atacar al Clan del Viento. Sin embargo, cuando sus miradas se encontraron, la guerrera entornó los ojos. Despacio, Esquiruela dio media vuelta y echó a andar por la orilla del lago.

Zarzoso se quedó mirándola sin moverse. Era evidente que Esquiruela no quería tener nada más que ver con él. Y no era difícil adivinar por qué: sin

duda lo había visto hablando amigablemente con Alcotán. Se sintió vacío por dentro. ¿Por qué Esquiruela siempre tenía que pensar lo peor del guerrero del Clan del Río?

El sueño de su encuentro con Estrella de Tigre y Alcotán acudió de nuevo a su mente. Tanto si a Esquiruela le gustaba como si no, ellos tres tenían un vínculo de parentesco. Pero él no tenía la mala sangre de Estrella de Tigre; ¿por qué no podía ser igual para Alcotán?

Zarzoso anhelaba compartir aquella victoria con Esquiruela, pero sabía que, mientras ella sólo viera en él y en Alcotán el peor legado posible de

Estrella de Tigre, no podrían tener un futuro juntos. Antes de regresar a casa, contempló a Esquiruela alejándose por la orilla, haciéndose cada vez más pequeña, hasta que desapareció entre las sombras.